



EMILIO
LARA

EL
RELOJERO
DE LA
PUERTA
DEL
SOL

NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

EL RELOJERO DE LA PUERTA DEL SOL

EMILIO LARA



Diseño de la sobrecubierta: Estudio Manuel Calderón

Primera edición: octubre de 2017

Primera edición en e-book: octubre de 2017

© Emilio Luis Lara López, 2017

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4660-2

Producido en España

A María José.

Era un hombre con una gran determinación para luchar contra el destino. Su mayor afán consistía en medir el tiempo, atraparlo en bellos relojes. Nació en una época en la que los amigos íntimos paseaban cogidos del brazo mientras conversaban con calma, ajenos a las prisas, pero vivió en un mundo que cambiaba a velocidad vertiginosa debido a las revoluciones y al vapor.

En verdad, no tuvo una vida fácil.

1. IRUELA, LEÓN

Marzo de 1814

El anochecer se echaba encima con hachazos negros. Aunque soplaba un viento frío estaba empapado en sudor. Las vacas caminaban lentas y la música de los cencerros sonaba a concierto desafinado. De las chimeneas salía humo y por las estrechas ventanas se entreveía el tembloroso resplandor del fuego y de los candiles. La aldea, de casas de piedra con tejado de losas de pizarra o de caña de centeno, estaba sumida en un silencio hermético. Flotaba un olor a leña de pino. Cuando vio a su padre esperándolo en la puerta de la casa, se puso a temblar. Regresaba con un animal menos.

—Llegas tarde.

—Lo sé, padre.

Metió al ganado en el establo bajo la severa mirada paterna. El aire espeso olía a boñiga y a paja. Le flaqueaban las piernas y tragó saliva al entrar en su hogar.

Su madre, con la pañoleta negra sobre los hombros, preparaba la cena en la lumbre. Sentada en una silla de anea con gesto ausente, removía el guiso de la olla puesta sobre las trébedes. La mujer tenía a su lado a dos de sus hijos pequeños, que, hambrientos, observaban cómo hervía el potaje y chisporroteaban los troncos. Las llamas iluminaban la escopeta de caza colgada de la pared y un crucifijo de latón. El padre, con la mirada encendida, colgó los pulgares del cinturón, en actitud retadora.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

Los latidos del corazón repicaban en el pecho cuando respondió:

—Se ha perdido una ternera, y he estado buscándola.

Su padre se quitó el cinturón con rapidez y comenzó a azotarlo con furia. Su madre ni siquiera reaccionó. Se limitó a seguir removiendo el guisote con el cucharón, temerosa de la violenta reacción del marido. Los dos pequeños, atemorizados, se abrazaban a ella sin soltar una sola lágrima.

Estaban acostumbrados a los estallidos de ira de su progenitor.

—¡No me pegue más, padre!

—¡Vas a ser mi ruina! —gritaba mientras descargaba cintarazos sobre los brazos con los que el muchacho se cubría la cabeza, para que la hebilla no le abriese una brecha—. ¡Eres un inútil! ¡Un verdadero inútil!

—¡No me pegue, padre! ¡La buscaré! ¡Iré a buscarla ahora mismo!

—¡No sirves para nada!

El hombre, jadeando por la rabia y el esfuerzo, dejó de golpear, agitó la correa y dijo:

—Si vuelves sin ella, te mato. Juro que te mato!

El joven abrió la puerta, se precipitó al exterior y comenzó a andar apresuradamente, mientras las ráfagas de dolor recorrían sus brazos de forma intermitente, como mordiscos de víboras. Tenía la boca seca de miedo. En el horizonte una línea de luz amarillenta era el último vestigio del día moribundo. El cielo viraba del morado al azul oscuro, y de las cumbres nevadas del Teleno llegaban rachas de viento frío.

Estaba convencido de que la ternera debió de extraviarse cuando él, absorto, intentaba reparar dos cencerros. No tenía perro guardián, así que no descubrió la pérdida hasta después del almuerzo. La buscó con ahínco, y no sólo en el prado, sino también en la vaguada. Ni rastro de ella. ¿Se la habrían robado? Imposible, pensó. No había ningún otro pastor a menos de cinco leguas. ¿Cómo había podido sucederle algo así?

Acuciado por el temor a la paliza mortal que recibiría, echó a correr en dirección al prado donde habían estado pastando las vacas. La luna llena se distinguía cada vez con mayor nitidez. Dispondría de luz para la búsqueda.

Las estrellas se iban ocultando tras una capa de nubes que amenazaban lluvia. Llegó al prado y lo recorrió a la carrera, pero no encontró a la ternera. La hierba exhalaba un aroma dulce. Un sudor helado le recorría el espinazo. Respiraba de forma entrecortada. De pronto, comenzó a llover. Las gotas caían en el pastizal y la tierra desprendía un olor a fertilidad. Entonces decidió encaminarse a un valle cercano donde antes no había buscado, y poco después de media hora encontró los restos de la ternera junto a un riachuelo.

La habían devorado los lobos.

El pánico le agarrotó los músculos. Se quedó ahí, paralizado, delante de los despojos iluminados por la luz de plata sucia de la luna. Los salvajes cinchazos que le había propinado su padre le dolían cada vez más. Soplaba

un viento que le helaba hasta los huesos. Resonó un trueno en la lejanía. Él no dejaba de contemplar el amasijo de restos sanguinolentos y huesos. El agua iba empapándolo. Llovía con un ímpetu bíblico. Y, sin embargo, aquella lluvia parecía incapaz de enfriar sus pensamientos. Estaba convencido de que su padre cumpliría la mortal promesa.

Su corazón latía a galope tendido. Tomó aire varias veces con la boca abierta al creer que le faltaba, que no le llegaba a los pulmones. Y con una súbita determinación nacida en lo más hondo, remontó el valle en dirección contraria a su aldea, jurándose a sí mismo que no volvería jamás.

Llovía bajo la luz embetunada de la noche. A lo lejos aullaban los lobos.

2. LONDRES

7 de marzo de 1866

Con sumo cuidado, giró con el dedo el minuterero del reloj de sobremesa hasta que ambas manecillas coincidieron en las doce. La sonería dio la hora por medio de una campanita de cristal y plata, y a continuación sonaron unos compases del vals Myrthen-Kränze que Johann Strauss hijo compuso en 1854 como regalo de cumpleaños para Elisabeth de Baviera, la emperatriz austriaca a la que llamaban cariñosamente Sissí.

Aquella alegre música vienesa evocaba fastuosos bailes en salones de mármol iluminados con arañas de cristal, llenos de parejas dando vueltas mientras una orquesta tocaba, de hombres con frac o uniformes de gala, de mujeres con vestidos de seda y de risas al anochecer en una velada en la que el tiempo parecía detenerse.

El relojero sonrió satisfecho. Aquel reloj se lo había encargado la propia Sissí y pensó que sería un bonito detalle incluir aquella elegante música de Strauss, el compositor predilecto de la esposa del emperador Francisco José de Austria. Había tardado dos meses en construir aquella maravilla con carcasa de ébano e incrustaciones de plata que formaban siluetas de pájaros.

Dejó las herramientas en su sitio, sacó brillo con un paño de algodón a la madera negra, a las pequeñas aves de plata y al cristal de la esfera y respiró hondo. Por fin podía dedicar todo su tiempo a terminar el gran reloj en el que llevaba trabajando desde hacía tres años.

La obra de su vida.

3. COMARCA DE LA CABRERA, LEÓN

Marzo de 1814

Caminó toda la noche bajo la lluvia y las estrellas, con la camisa y el tabardo empapados, un martilleo en las sienes y sin mirar atrás, porque el instinto de conservación superaba al remordimiento. Los correazos le habían dejado los brazos magullados y llenos de moratones, unas dolorosas violetas malignas, y sólo podía pensar en huir de la venganza paterna y alejarse de su aldea. Poco antes del amanecer, cuando dejó de llover, se tumbó a dormir junto a unos matorrales, reventado por la caminata.

Lo encontró un arriero a primera hora de la mañana. Al principio creyó que estaba muerto, pero al apearse y comprobar que vivía se apiadó de él y lo subió a su carromato.

Cuando despertó al cabo de unas horas, el arriero le dio vino, pan y queso añejo. Tenía un poco de fiebre, pero comió con apetito y bebió de la bota. Hacía un tibio día invernal, y en el aire se presentía la primavera. El sol ya casi había secado la humedad de su ropa.

—Bebe un poco más. Te hará bien. El vino es la mejor medicina.

El arriero era un hombre de mediana edad, cejijunto, con la tez requemada por el sol y la mirada resignada de quienes no esperan nada de la vida. El muchacho, con las fuerzas recobradas, se acercó a la parte delantera del carromato:

—Muchas gracias, señor.

El arriero asintió con la cabeza. El carro tirado por dos mulas traqueteaba entre los baches y piedras del camino.

—No tengo con qué pagarle —se disculpó.

El hombre se encogió de hombros antes de responder:

—Es de cristianos ayudar al prójimo. A mí me ayudaron hace tiempo, y no lo he olvidado —hizo una pausa—. ¿Adónde vas?

Al no saber qué contestar, preguntó:

—¿Adónde va usted?

—A Extremadura.

—¿Le importaría que lo acompañara?

El hombre observó un ave rapaz que volaba majestuosa y unas madejas de nubes blancas que no presagiaban lluvia. El día transcurriría apacible.

—Tanto me da señor.

—Se lo agradezco mucho, señor —respondió el joven aliviado.

Durante la siguiente media hora, se mantuvieron en silencio. Sólo se oía el chirrido de las ruedas y los crujidos del maderamen del carro. Al cruzar junto a un rebaño de cabras, el muchacho sintió la necesidad de explicar que era pastor, pero no le contó el motivo de su huida.

—¿Cómo te llamas?

—José.

—¿Cuántos años tienes?

—He cumplido los diecisiete.

—¿Luchaste contra el francés?

—No.

—Soldados más jóvenes que tú guerrearon contra Napoleón.

—Quise hacerlo, pero mi padre no lo consintió. Decía que sus vacas eran lo más importante.

El arriero contó que por aquellas tierras había visto marchar a los orgullosos regimientos franceses al comienzo de la invasión, con sus uniformes nuevos y las banderas rematadas por águilas doradas que refulgían bajo el sol. Y sonrió al decir que por los mismos caminos los vio retirarse, menos soberbios, con las casacas sucias y los estandartes coronados por «unos pollos gabachos de oro que ya no asustaban porque los habíamos desplumado». Al llegar a un prado, señaló con el dedo un solitario castaño.

—Alrededor de ese árbol enterraron vivos a cuatro franceses que habían sido hechos prisioneros. Les dejaron la cabeza fuera y los zagales jugaron a los bolos con ellas con piedras así de gordas.

Le relató las espantosas torturas y ejecuciones que había visto a lo largo de la guerra, y añadió que las siguientes cosechas serían recogidas en campos y labrantíos abonados con la sangre de los fallecidos. Luego se quedó callado un buen rato, como si evocar tantas escenas de muerte provocase escoveduras en su memoria. Al rato, comentó que los estorninos habían aprendido a imitar el sonido de las balas rasgando el aire, y que todavía podían oírse sus cantos

de disparos, de balas perdidas.

—Supongo que huirás de la miseria. Como todo el mundo.

El muchacho meditó la respuesta:

—¿Miseria? Comida y techo no me faltaban.

—¿Cuidarás cabras?

—No sé.

—Algo tendrás que hacer para no morirte de hambre.

José le mostró las manos, como si fuesen su mayor tesoro:

—Me gusta arreglar cosas.

—¿Componedor de trastos? ¡Bah! Eso no es oficio decente. Es propio de chamarileros —hizo un gesto de desprecio con la boca.

—Guardo ideas aquí —se tocó la frente.

—La vida es perra, y más para los que tienen pájaros en la cabeza, como tú.

—Tengo sueños.

—Ya te caerás del guindo, ya.

Al llegar a un riachuelo, el arriero se detuvo para que las bestias abrevaran. El joven, que había observado que una mula tenía en el lomo una matadura que supuraba, aprovechó para meterse en la boca un trozo de pan, y, mientras lo mascaba sin tragarlo, se apeó, arrancó unas hierbas que crecían en la ribera, se introdujo varias hojas en la boca para hacer un emplasto con la bola de pan, y lo colocó sobre la herida del animal.

—Con este remedio sanará la matadura —explicó.

El arriero se pasó la mano por los labios, achinó los ojos y sentenció:

—Me parece que vamos a hacer buenas migas. Aunque eres de pocas palabras...

—Sí.

Poco después, reanudaron el camino. El arriero se dirigía a la Vía de la Plata, la antigua calzada romana que se utilizaba como ruta comercial y del ganado trashumante. A medida que avanzaban y se alejaban más y más leguas de su aldea, José se sentía un poco más libre. En su corazón bullía la necesidad de comenzar una nueva vida, fuera del alcance de la cólera paterna.

Para él, la distancia era el olvido. Una dulce sensación.

4. EXTREMADURA-LA MANCHA

Agosto de 1814

El arriero cambió en Trujillo su cargamento de salazones por embutidos, y en aquella localidad se quedó José para probar fortuna. Trabajó durante la primavera y buena parte del verano como aprendiz en una barbería.

Al caer la noche, el barbero recibía a mujeres de larga cabellera que, por promesa o necesidad, se la cortaban a cambio de unas monedas y se marchaban con un pañuelo liado en la cabeza. El hombre seleccionaba entonces el pelo más sedoso de color castaño o negro, y componía pelucas para las imágenes religiosas. Y como alguna noche también acudían a su barbería las prostitutas en cumplimiento de una promesa concedida, su cabello lo destinaba a confeccionar pelucas para las efigies de María Magdalena, pues como el barbero decía «de puta llegó a santa». Era una suerte que, entre los mandados de José, estuviera el de entregar las pelucas, porque los dirigentes de las cofradías y los párrocos solían darle propinas que guardaba en una faltriquera.

En agosto decidió que afeitar, pelar, sacar muelas y sajar golondrinos no era lo suyo, y con el poco dinerillo ahorrado decidió irse a Madrid a ganarse la vida. Imaginaba que en la Corte habría más posibilidades de prosperar. Él era espabilado, no tenía manías y aprendía con rapidez. Echó cuentas: a pie, a un buen ritmo de marcha, comiendo lo justo, durmiendo al raso si hacía bueno y en una venta si estallaba tormenta, tendría suficiente con lo ahorrado.

La guerra había devastado el país, traído la discordia y abastecido los osarios de las iglesias. Por todos los pueblos por los que pasaba se encontraba con idénticas escenas: madres de negro que lloraban inconsolables en las iglesias por sus hijos fallecidos. Llevaban flores a las imágenes, encendían velas en los lampadarios, rezaban ensimismadas o aullaban de dolor, como si les arrancasen de cuajo las entrañas. Algunas sufrían arrebatos y se tiraban al frío suelo, sabedoras de que debajo, en la oscuridad de la cripta, reposaban los restos de sus hijos. De poco servían los sermones y las palabras

confortadoras de los párrocos que hablaban del cielo, pues ellas lo que deseaban era abrazarlos y cuidarlos. No querían oír hablar de pasajes evangélicos, sino verlos crecer. Muchas vivían ajenas al mundo, sonámbulas de sí mismas, como plañideras de mirada brumosa y desesperanzada.

La compañía de un marido fallecido podía reemplazarse, pero no ocurría lo mismo con el amor de un hijo muerto. Los recuerdos se les amontonaban: las nanas que les cantaban para dormirlos, los cuentos de miedo que les contaban para prevenirlos de los sacamantecas que metían a niños en sacos, los besos con que los cubrían en arrebatos maternales.

También en algunos pueblos vio a mujeres rapadas o peladas a trasquilones que, cabizbajas, soportaban un mortificante pedrisco de insultos y salvajes de sus convecinos. Algunas caminaban desorientadas, tambaleantes, como Lázaro recién resucitado. Eran las afrancesadas, las acusadas de haberse acostado con franceses. Purgaban su pecado entre silenciosas lágrimas y, si llevaban a sus hijos chicos en brazos o de la mano, éstos también eran vejados y recibían su ración de odio, sobre todo de mujerzuelas greñudas que, al maldecir, soltaban perdigones de saliva y gritaban: «¿Ya no tenéis el chocho escalfado, cacho zorras?».

Era un país que disfrutaba con el espectáculo del dolor.

Como de pequeño fue a la escuela, José leía los bandos municipales y las disposiciones reales pegadas con engrudo en las columnas y tableros de las plazas porticadas. Dichos papeles de colores recordaban la obligación de delatar a afrancesados y liberales por el bien de la patria y de la verdadera religión. Los pregoneros, con su trompetilla y voz de falsete, rodeados de chiquillos, leían lo mandado por los alcaldes y el rey, y aquellos que habían colaborado con los franceses o simpatizado con los liberales gaditanos, temiendo ser denunciados por sus vecinos, vivían atemorizados por si los detenían en cualquier momento y temblaban si alguien los miraba de manera incriminatoria, pues habían aprendido a interpretar las miradas de odio macerado y reconcomido. Mientras tanto, los curas, engallados, advertían en sus homilías «contra la funesta manía de pensar».

Al celebrar muchos pueblos sus fiestas patronales, la alegría por la restauración de Fernando VII en el trono se acompañaba de misas, cucañas, gigantes y cabezudos, fuegos artificiales nocturnos y muñecos de paja que representaban a Napoleón y a Pepe Botella, a los que pegaban fuego dando mueras. Al amanecer, un cohetero con pinta de tonto pagado de sí mismo recorría las calles tirando cohetes, con su puro en la boca y sus andares de

archipámpano de las Indias, despertando a los vecinos con los estampidos antes de que lo hiciese la procesión del rosario de la aurora con sus rezos y campanilleos. Y en la algarabía de feria que se formaba en las plazas principales, cuando ardían los espantapájaros de los hermanos Bonaparte, algunos hombres achispados por la bebida, entre gritos y risotadas, arrancaban las hojas de los ejemplares de la proscrita Constitución de Cádiz que hubiesen arramblado días atrás, hacían aspavientos de limpiarse el culo con ellas y, con una felicidad demente, las arrojaban a las llamas diciendo «¡a tomar por culo la Pepa!». Y los mismos gañanes, aborregados y ajumados de aguardiente, entre risas y silbidos de cabreros lunáticos, se iban pasando una bacinilla de hojalata con una moneda de José I soldada en el fondo para orinar y hacer sus necesidades sobre su efigie. Caminaban intentando mantener el equilibrio, como funambulistas en tierra firme, y luego terminaban recorriendo las calles con cencerradas, como hacían bajo los balcones de los recién casados en su noche de bodas.

Pero los festejos del día de la Virgen o del santo patrón eran el oropel de un país empobrecido.

Eran tiempos de denuncias, del miedo que sobrevolaba como murciélagos en la noche, de arrimarse a los que mandaban y de ajustar cuentas con el pasado reciente, algo en lo que muchos nacían enseñados.

Los campos cacereños y toledanos que recorría José estaban mal arados y estercolados, con las mieses agostadas y sin recoger por ausencia de brazos o con la siega del trigo y la cebada comenzada a destiempo. Muchos campesinos eran viejos enflaquecidos de piel cuarteada que, con caliqueños o pañuelos de cuatro nudos en la cabeza y alpargatas de cáñamo, se deslomaban de sol a sol con la hoz y la guadaña. Y sentados sobre las trillas arrastradas por mulas parecían surcar con lentitud un mar amarillo de cereal. Los ancianos movían las mandíbulas continuamente, como rumiantes. Amasaban sus vidas con resignación atávica. Estaban sujetos a la tierra como una maldición: quienes nacían jornaleros morían como tales, y al tañer lejanas las campanas al mediodía, se descubrían y rezaban el ángelus con las manos entrelazadas, con devoción.

José podía ver por donde pasaba las huellas de la guerra: castillos volados con pólvora, torres desmochadas a cañonazos, conventos reducidos a cenizas, industrias manufactureras saqueadas, talleres desguazados e iglesias expoliadas..., porque los franceses, al retirarse, destruyeron lo que no pudieron arramblar. Había casas deshabitadas con una tristeza de colegio en

vacaciones. Y en las cunetas de los caminos, a la entrada de los pueblos, podía ver cruces de palo con flores frescas o mustias, señalando los fusilamientos de los seres queridos, los que no pudieron escaquearse de la muerte.

En aquellos días era tan pobre que no tenía miedo de que lo asaltasen en el camino. Soportaba bien el calor y la dureza de las caminatas. Estaba habituado a las fatigas de la vida agreste y era de cuerpo vigoroso. Masticaba hinojo para calmar la sed. Rellenaba una calabaza seca con agua de los arroyos, compraba en las posadas hogazas de pan, queso o morcilla, y se daba panzadas de higos de las higueras salvajes o de las chumberas, hasta saciarse. Al pasar por las huertas, escuchaba las desafinadas cencerradas que daban los niños para asustar a los pájaros y evitar que picoteasen la fruta de los árboles.

Se echaba al camino antes de que despuntase el alba, y con los primeros rayos de sol veía pasar presurosas a las amas de leche que, abandonando sus aldeas, iban a las poblaciones más cercanas para amamantar a los niños de las familias pudientes y así ganarse un jornal. Las nodrizas, con los pechos rebosantes, se colocaban trozos de tela en los pezones para que no les goteasen y así evitar manchar las blusas y vestidos. Y él pensaba, ingenuamente, que si los hijos de los ricos se alimentaban con la leche de los pobres, tal vez cuando creciesen se portarían mejor con los desfavorecidos.

Casi siempre dormía al raso, al amparo de arboledas, pero si se avecinaba tormenta, pernoctaba en los cobertizos de las ventas junto a postillones y muleros, donde sólo podía permitirse un maloliente camastro con chinches. En las paredes encaladas de los cobertizos los viajeros grababan sus iniciales, frases y dibujos obscenos, como un testamento de simpleza. Y una noche oyó a un acemilero contar que, en un pueblo, un médico sibarita pagaba muchos reales a las amas de leche para que le vendiesen su calostro. Al parecer, hacía flanes con aquella nutritiva leche.

Él nunca se despertaba en la quietud de la noche sobresaltado con pesadillas que lo empapasen en sudor, que le hiciesen revivir la brutalidad paterna o le aguijoneasen la conciencia por su fuga. No. Dormía de un tirón porque sabía que no huía de sí mismo, sino que iba en pos de una vida mejor. Y al cerrar los ojos y al abrirlos, en la caja de resonancia de su mente había una idea fija.

Vivir en libertad.

5. LONDRES

8 de marzo de 1866

Al atardecer, los estibadores descendían por las rampas con fardos de algodón y té para cargarlos en carros. Las grúas chirriaban. Los contables, tablilla y papel en mano, apuntaban cada paca y fardo descargados mientras los paquebotes llegaban con sus chimeneas humeantes y sus ruedas de palas removiendo las aguas del Támesis.

Un barco atracó. En el muelle, un hombre bajo y panzudo observaba al pasaje. Buscaba a dos hombres que viajaban juntos. Le habían dado algunos detalles para identificarlos. Uno de ellos tenía una cicatriz que le cruzaba la cara. No tuvo problemas para localizarlos. Portaban sendas maletas.

—Buenas tardes, señores —dijo tendiendo la mano para saludarlos.

El de la cicatriz, de más edad que su amigo, sacó una petaca y bebió un largo trago de ron añejo. Ninguno le devolvió el saludo y él retiró la mano.

—El viaje ha sido largo. Llévenos a nuestro alojamiento —ordenó tras enroscar el tapón de la petaca.

—Enseguida.

Cogieron un coche de caballos y atravesaron media ciudad. Al apearse, el hombre barrigudo buscó en el bolsillo la llave de la puerta de entrada. Un policía pasó haciendo la ronda, volteando la porra con una mano. Al verlo, le tembló el pulso y la llave pareció negarse con obstinación a introducirse en el ojo de la cerradura, pero por fin consiguió abrir y los tres entraron.

La vivienda era espaciosa. Alguien, en nombre de aquellos individuos, le había encomendado suministrarles cuanto dispusiesen. La habitación daba a la calle, pero la luz que entraba por las ventanas era mortecina. Encendió un par de quinqués.

—Espero que el sitio sea de su agrado.

—Lo es —contestó el de la tajadura en la cara, dejando la maleta en el salón.

Su compañero puso su equipaje al lado, sacó un grueso sobre lleno de billetes y le pagó al gordo, que contó el dinero y sonrió:

—Todo correcto.

Hablaban un inglés con fuerte acento extranjero. Eran altos, fornidos, de piel morena y ojos pequeños y negros, de serpiente. Sacaron un par de habanos y el de la cicatriz en la cara le dio lumbre al otro con el mismo fósforo. Sus movimientos eran lentos y cuidadosos, de cazadores al acecho.

—¿Ha traído el plano de la ciudad? —preguntó expulsando el humo del cigarro.

—Sí. Aquí tiene. ¿Necesitan otro?

—Con uno bastará.

—Tenemos apetito. Recomiéndenos un restaurante. Uno bueno. Si es de comida francesa, mejor.

—Por supuesto. Les indicaré uno excelente en South Kensington.

—Y también un espectáculo.

—¿Teatro? ¿Quizás algo de Shakespeare?

—¿Hay mujeres?

—La actriz que interpreta a Lady Macbeth lo hace muy bien. Trabaja con mucho sentimiento.

Los dos rieron por lo bajo.

—Nos referimos a espectáculos para hombres.

—Ah, entiendo, entiendo... Puedo sugerirles un salón en el que una chica hace un número con una serpiente amaestrada. Se la enrolla por los muslos. La mujer grita.

—¿De terror?

—De placer.

Volvieron a reír entre dientes.

El del chirlo en el rostro extrajo del bolsillo del abrigo un revólver y comprobó el tambor. Cargado. Su compañero lo imitó. El acero pavonado brilló a la luz de los quinqués.

—Hacen bien en ir armados. Londres es una ciudad peligrosa. Sobre todo por la noche. Supongo que pistolas tan hermosas sólo pueden ser alemanas.

—Revólveres. Americanos.

Su compañero sacó una fotografía, y ambos la contemplaron bajo el haz luminoso de la lámpara. Era el hombre al que habían venido a buscar.

Uno de ellos hizo girar el tambor del revólver.
Sonó a una ruleta de la muerte.

6. MADRID

Septiembre de 1814

A principios de septiembre, José llegó a Madrid. La ciudad le deslumbró por su tamaño, la grandiosidad de sus edificios, su algarabía de zoco, su trasiego: bandas de música militares que hacían pasacalles; guardias de Corps que desfilaban con sus vistosos uniformes y sus gorros altos de piel de oso; aguadores que con un botijo en cada mano pregonaban la tragantada a dos maravedís; portales que olían a col fermentada y a cocido; cafés que servían cuartillos de leche helada; elegantes carretelas y tálburis que circulaban por el Paseo del Prado; viejas damas transportadas en sillas de mano por parejas de esforzados criados; el exotismo floral del Jardín Botánico que tanto alababan los entendidos; ciegos que tocaban organillos y plazoletas atestadas de ociosos que hacían tertulia y compraban billetes de lotería para ver si salían de pobres.

Quedó anonadado por el bullebulle de la capital, con hermosos caballos atados a las argollas de las fachadas de las casonas, amplios portales con guardacantones, novios que paseaban con una hermana pequeña detrás, de carabina, y hombres de gusto afrancesado que llamaban *pardesús* a los gabanes, tomaban rapé, comían caracoles y llevaban bastón-estoque por si tenían que defenderse de hampones al anochecer.

La vida se le dilataba de la pura emoción que sentía.

Dotado de una gran seguridad en sí mismo, José empezó a visitar talleres y obradores de todo tipo para ofrecerse como aprendiz, pero los maestros gremiales, displicentes, lo rechazaban alegando que disponían de niños a porrillo dispuestos a trabajar como aprendices sin recibir a cambio más que una comida diaria.

—Además con tu edad ya estarás maleado. Sería difícil enseñarte nada —añadía alguno—. Los muchachos, a tus años, tienen malas mañas.

Todos lo rechazaban: zapateros, curtidores, hojalateros, guarnicioneros,

confiteros, sombrereros, drogueros, especieros.

—Lárgate. Demasiadas bocas que alimentar tengo ya en el taller. Los aprendices comen como limas y son perezosos. ¡Sólo me faltabas tú!

—Encárgueme lo que sea. Haré lo que me mande. Soy habilidoso — enseñaba las manos—. Deme una oportunidad. No se arrepentirá.

—He dicho que te vayas. ¿No me has oído? ¿Acaso eres tonto?

En uno de sus intentos, un aprendiz de carpintero, al ver su deplorable aspecto, le dijo:

—Si tienes hambre, roba para comer.

—No soy de éstos.

—Entonces eres de los gilís. Robar para llenar la panza no es pecado. Mira los ricachones qué gordos están. Cebados como cerdos...

Sin desanimarse en ningún momento, cada mañana recorría infructuosamente las calles donde se agrupaban los gremios, y, al anochecer, cuando en el cuartel de los Guardias de Corps daban el toque de oración con corneta y tambor, buscaba un lugar para dormir.

Los faroles de aceite en la vía pública escaseaban, y para diluir la negrura que se abatía al caer la noche los viandantes más precavidos llevaban faroles de mano con los cristales salpicados de cera de vela. Y quienes tenían mala bebida salían de los garitos y tabernas con la tensión aflorada, caminando en actitud belicosa y buscando adrede un roce para enzarzarse en una pelea.

Transcurrían los desventurados días en la capital. José agotó su dinero y, como robar iba contra su conciencia, dormía recostado en los soportales de las iglesias o en los portales de las covachuelas. Y cuando despertaba con los ojos legañosos y el cuerpo entumecido, hacía acopio de fuerzas para comenzar a buscar trabajo sin que aquella pobreza le hiciese caer en la tentación de regresar a su casa.

A media mañana acudía a los conventos para recibir un cucharón de gachas o un cuenco de sopicaldo para calentarse el estómago, aguardando turno junto a indigentes con redondeles de tiña en la cabeza y ancianos desharrapados que tosían, tuberculosos. Alcanzar la felicidad para esas personas era algo tan lejano como la luna. Era como si, arrebatada cualquier esperanza, los más desgraciados tuvieran prisa por morir.

Los esfuerzos de José resultaban vanos y todo intento de buscar trabajo era infructuoso.

Una tarde de finales de septiembre, desfallecido por la malnutrición, caminaba febril por la plaza de Oriente después de haber intentado que lo empleasen en la Fábrica de Aguardientes, Resolís y Naipes. A lo lejos circulaban las calesas, y en la gran explanada del Palacio Real menudeaban los majos, los militares y las criadas y nodrizas que paseaban a los niños a su cargo. Los soldados rasos, con añoranza del destete, requebraban y piropeaban a las nodrizas con más busto. Un aguador con blusón negro y pañuelo liado en la cabeza transportaba una garrafa a la espalda, y con acento valenciano pregonaba la ricura de su agua de cebada. Los chisperos apuraban sus caliqueños, y exageraban sus expresiones castizas para ridiculizar la plaza reformada por José Bonaparte durante su efímero reinado, por lo que a sus conocidos sobrenombres de Rey Pepino, Rey Felón y Pepe Botella, se añadió también el de Rey Plazuelas. Y con todos esos motes lo recordaban a menudo y hacían chistes. Y todos vestían a la usanza tradicional del pueblo llano para exteriorizar el rechazo a la moda francesa que seguían los petimetres. Y, así, los hombres que no llevaban el pelo recogido en una redecilla con borlas usaban sombrero gacho, y se cogían con ambas manos las solapas de la jaqueta, la chaquetilla ajustada.

En los corrillos formados delante del Palacio Real, los hombres de más edad contaban jactanciosos que sus padres se amotinaron contra Esquilache, rompieron las farolas puestas por el ministro *italianini* y arrancaron los adoquines de las calles que empedró aquel sinvergüenza que quiso acortar las capas y obligar a llevar el sombrero extranjero de tres picos.

José esquivaba los corros de majos con patillas de hacha y modos chulescos, cuando una extraña máquina llamó su atención.

El dueño, un linternero ambulante, estaba tratando de arreglarla. Había quitado una de sus paredes laterales, y el interior mostraba una maquinaria de ruedas dentadas, palancas, lentes de aumento y placas con paisajes al óleo. José se acercó a curiosear. Era un aparato óptico consistente en una enorme caja de madera pintada de blanco, en cuyos laterales tenía dos orificios para mirar el interior. Disponía de dos ruedas con radios de madera y un borriquillo para el traslado. El pollino, manso, no se movía ni una pulgada. José no sabía qué era aquel armatoste, y miraba fascinado los engranajes.

Se trataba de una variante de linterna mágica, uno de los artilugios ópticos utilizados para visionar imágenes pintadas. El linternero estaba ofuscado al no atinar con la avería. Manipulaba las tripas mecánicas del artefacto, y debía de llevar un buen rato así, porque sudaba con profusión y se

enjugaba la frente con la manga de la camisa.

José se aproximó un poco más, y después de mirar con detenimiento el mecanismo, preguntó:

—¿Puedo ayudarle?

El propietario de la linterna mágica giró la cabeza hacia él y lo miró. Era muy delgado, calvo, con nariz aguileña y barba de profeta para ocultar su cara picoteada de viruela. Calibró con la mirada al muchacho que se había dirigido a él y, tras unos segundos, contestó:

—¿Entiendes de mundonuevos? —su voz era aflautada.

—¿De aparatos así? Nunca había visto ninguno.

—¡Ah, muy bien! Pues déjame trabajar en paz —respondió, molesto por la intromisión.

A poca distancia del carromato, se detuvo una anciana emperifollada acompañada de un perrito de lanas adornado con lazos de seda roja. La vieja, con la cara empolvada de blanco y colorete en las mejillas, sonrió al animal y mostró una boca desdentada. Acababa de comprar unos dulces en una confitería, y extrajo de un cucurucho de papel un pastel de chocolate, se inclinó y lo depositó en el suelo, al lado de su mascota, que lo olisqueó y comenzó a comérselo.

José repitió su ofrecimiento de ayuda:

—¿Me permite? Creo que sé lo que sucede.

El linternero, agobiado por su incapacidad, se encaró con el muchacho, levantó sus manos sucias de grasa y exclamó alzando su chillona voz:

—¡Venga! ¡Adelante!

El muchacho se rascó la barbilla, metió la cabeza dentro de las tripas de metal y manipuló las piezas dejándose llevar por su instinto.

A la vera del linternero, se paró en seco un capitán de infantería. Uniforme blanco y bicornio negro con escarapela roja. El oficial dejó descansar la mano izquierda en la empuñadura del sable envainado, y clavó su mirada en la anciana del vestido de muselina que acababa de dejar en el pavimento otro pastel, esta vez de hojaldre y crema. El perrito acercó el hocico y, sin dudarle un instante, se lo comió.

Un niño andrajoso se acercó con paso titubeante al animal adornado con lacitos de seda colorada. El pequeño, descalzo, se acuclilló a la espera de que el perro rechazase algún confite, pero la anciana, con un rictus de desagrado, hizo un gesto con la mano para que se marchase. El chiquillo hizo caso omiso

y permaneció al acecho. El perrito lanudo le dirigió un ridículo ladrido amenazador.

José apretaba piezas, recolocaba las lentes de aumento en sus carcasas y desatascaba el mecanismo obturado que impedía la rotación manual de las placas de vidrio pintadas al óleo.

El militar no quitaba ojo del perrito, que iba comiendo pastelillos, y un antiguo soldado que se había acercado a la máquina óptica para curiosear se percató de la expresión ida del capitán, y se alejó con presteza al reconocer la característica mirada fija de muchos combatientes, el indicio de que la guerra los había trastornado y eran incapaces de reincorporarse a una vida normal.

José sacó sonriente la cabeza del artefacto y dijo en tono humilde:

—Pruebe ahora.

El linternero, escéptico, colocó en su sitio el tablero lateral, acercó los ojos a uno de los agujeros, giró con suavidad una manivela y comprobó que las placas de vidrio con paisajes y retratos de personajes célebres pasaban una a una sin atascarse. Apartó la cara, incrédulo, y preguntó:

—¿Cómo lo has hecho?

—Me pareció sencillo.

—¿A qué te dedicas?

—He sido pastor y ayudante de barbero. Ahora estoy buscando trabajo, señor.

La emperejilada vieja sonrió a su perro mientras escogía del cucurucho un pastelillo de merengue. Lo dejó en el suelo y el animal, harto de azúcar, se limitó a darle lametones. En ese momento, el capitán dio varias zancadas hacia ella, sacó una pistola de debajo de la casaca, la amartilló y, al llegar a la altura de la anciana, apuntó al perrito y apretó el gatillo.

Se oyó un seco chasquido.

La pistola estaba descargada.

La mujer, asustada, comenzó a chillar y dejó caer el cucurucho. El oficial recogió del suelo los dulces y se los dio al niño, que, sorprendido, los cogió y salió corriendo. El militar se alejó con lentitud, sin prestar atención a los chillidos histéricos de la vieja.

El linternero puso una mano en el hombro del muchacho y le soltó a bocajarro:

—Ya tienes trabajo. Serás mi ayudante.

José sonrió, y a punto estuvo de echarse a llorar de alegría.

La fortuna se había dignado visitarlo.

7. LONDRES

9 de marzo de 1866

Una niebla espesa y verduzca se abatía sobre Londres desde el amanecer. El intenso frío invernal obligaba a mantener permanentemente encendidas las chimeneas y calderas que funcionaban con carbón. El negro humo de fábricas y casas se amalgamaba en los estratos neblinosos, y como el viento no era capaz de disipar aquella niebla tóxica que se cernía sobre la ciudad, sus habitantes caían enfermos aquejados de graves dolencias respiratorias. La gente se ahogaba al respirar el hollín y el dióxido de azufre en suspensión. Ancianos con los pulmones encharcados y niños asmáticos ingresaban en unos hospitales colapsados desde comienzos de mes, y salir a la calle era exponerse a respirar aquella niebla maligna, como si se tratase de la última plaga sobre Egipto que mandó Moisés: la del ángel exterminador.

Desde hacía varios días, y por culpa de la densa niebla que hacía lagrimear, los globos aerostáticos no se elevaban por encima de los jardines de Vauxhall. En aquellos ingenios se montaban los pintores para dibujar la urbe a vista de pájaro y admirar las perspectivas con los ojos de Dios. También era el pasatiempo favorito de los amantes de sensaciones fuertes, que daban grititos al sobrevolar Londres a bordo de aquellos globos pintados con llamativos colores. Y a veces, los más osados, arropados con gruesas mantas dentro de las barquillas, viajaban en globo hasta el continente, atravesando el Canal de la Mancha para aterrizar en las costas francesas. Aunque en ocasiones, ya fuera por la impericia del piloto o por una brújula loca, aquellos artefactos perdían el rumbo y caían al mar, ahogándose los viajeros que soñaban con volar.

A primera hora de la mañana, un alto funcionario cruzaba la ciudad en un coche de caballos. Los cristales impedían que se filtrase la niebla contaminante, y la visibilidad era tan reducida que los cocheros habían encendido los faroles para evitar accidentes.

Las farolas de gas, como medida extraordinaria, permanecían

encendidas porque la luz matutina parecía la del anochecer. Era el mundo al revés.

El coche se detuvo en el 105 de Regent Street. El funcionario se apeó, cerró de un portazo y le indicó al cochero que esperase. Se abotonó su abrigo negro y entró en la lujosa relojería Losada. Se quitó el sombrero hongo, preguntó por el dueño y un empleado le dijo que aguardase.

El propietario, avisado por su empleado, salió del taller, donde acababa de redactar una carta para comunicarle a la emperatriz Sissí que su encargo ya estaba listo. El funcionario lo miró con seriedad funeraria:

—Buenos días, míster Losada. Me llamo Peter Hastings. Me envía sir George Grey, ministro del Interior.

—¿Estoy detenido?

Aquella respuesta descolocó al funcionario, que enarcó las cejas y contrajo la boca, en un rictus de sorpresa. Casi podía oírse el mecanismo de su cerebro, pensando qué contestar.

—Verá. Yo. No, por favor, no me han comisionado para nada parecido. Debe de tratarse de un malentendido.

El hombre era flaco y muy pálido, como si trabajase en un penumbroso despacho de Transilvania donde no penetrase la luz del sol. Tenía la cara alargada, de carnes escurridas. Los cristales para hipermétropes de sus gafas aumentaban desmesuradamente el tamaño de sus ojos. Era una de esas personas anodinas en las que nadie repararía en un local lleno de gente. Hablaba en un tono bajo, de confidencia, para asegurarse de que nadie podía escuchar sus palabras.

—Disculpe mi peculiar sentido del humor. ¿Desea ver algún reloj?

—Tampoco se trata de eso.

El relojero tamborileó con los dedos en el mostrador y miró con fijeza al hombre de negro.

—¿Podríamos hablar en un lugar más discreto? —preguntó observando el local, como si contara el número de clientes y empleados.

—Sígame.

Entraron en el taller y el relojero les dijo a sus trabajadores que saliesen a la tienda para ayudar en las ventas. Se quedaron solos.

—Y bien, ¿qué es lo que le trae a mi establecimiento, míster Hastings.

—Verá, míster Losada. En los últimos días se ha observado que el reloj del campanario del Palacio de Westminster se atrasa. Y bastante. Al parecer,

su funcionamiento es defectuoso.

—Lo lamento mucho. Pero ¿qué tengo que ver con ello?

—Usted es un reputado relojero —su rostro se cerró en una mueca de extrañeza al verse obligado a manifestar una obviedad.

—Deben de haberle informado mal. Ese reloj lo construyó Edward John Dent. No fui yo.

—Míster Dent falleció.

—Lo sé. Pero debería acudir a su hijo, Frederick. De hecho, tengo entendido que fue él quien, tras la muerte de su padre, terminó ese reloj. Sin duda míster Frederick Dent conocerá su maquinaria a la perfección.

—Ya se acudió a él. Pero su trabajo no fue del todo satisfactorio.

—Sea como sea, hay otros compañeros de oficio. Estoy seguro de que sabrán solventar el problema. Yo estoy muy ocupado.

Hastings tomó aire y dio vueltas al sombrero hongo entre sus manos, como si lo que iba a decir fuera de extrema importancia:

—Aun así, el ministro quiere que sea usted quien lo repare —dijo con grandilocuencia.

—Discúlpeme. Pero la petición me resulta un tanto chocante.

El funcionario carraspeó, no tanto para aclararse la garganta como para ordenar sus ideas.

—El ministro ha sido muy explícito, míster Losada. Se le pagará lo que pida. Usted pondrá precio a su trabajo. Le aseguro que el dinero no será ningún problema —añadió con satisfacción, como si él manejase a placer los fondos públicos.

—Lo siento. Dígame al ministro que estoy muy ocupado.

—¿Cómo? —el hombre arrugó el entrecejo—. Permítame que insista: las arcas ministeriales están a su disposición.

—No es cuestión de dinero, míster Hastings, sino de tiempo. No dispongo de él, puesto que debo finalizar un importante trabajo.

Hastings encajó la negativa como un disparo de postas a bocajarro. Su rostro se ensombreció de pronto, y se hizo tal silencio en el taller que el tictac de los relojes podía oírse con nitidez, como un diapasón que marcara el ritmo de dos corazones.

—Verá. La reina ha mostrado un gran interés en el asunto.

—¿La reina?

—Sí. Su Majestad opina que el reloj de Westminster debe ser muy

preciso. Es el símbolo horario del imperio británico. Por tal motivo, el ministro desea solucionar el problema técnico lo antes posible. Y usted es el mejor relojero de Londres... —hizo una pausa enfática—. Y de Gran Bretaña, por supuesto.

El relojero suspiró. Si la reina Victoria se había implicado personalmente en el tema, no podía rechazar el encargo. Sería desairar a la soberana, lo que le acarrearía indisponerse con la realeza y el gobierno. Y si desde el ministerio se filtrase la noticia a la prensa, eso implicaría una publicidad negativa para su negocio. Aun así, él se había convertido en un recolector de tiempo, y lo aprovechaba al máximo. Su gran obra pendiente requería la exclusividad de sus horas.

—Lo lamento.

El enviado ministerial enderezó la espalda y arrugó el entrecejo:

—Entiendo. Le asustan los retos.

Aquellas palabras hirieron su amor propio. Nunca había renunciado a lograr un objetivo, aunque las circunstancias fuesen adversas y todo se confabulase en su contra. De modo que inspiró hondo, soltó el aire con lentitud y contestó:

—Dígale al ministro que me ocuparé del reloj dentro de unas semanas, cuando finalice el trabajo que me ocupa.

—Imposible. El reloj del campanario de Westminster debe estar arreglado en un mes como mucho.

—¿Un mes?

El relojero se sobresaltó. Aquel plazo le impediría ultimar el encargo en el que, con toda su ilusión, llevaba trabajando tres años. Porque, además, se había comprometido a entregar precisamente en un mes el reloj que ahora ocupaba todo su tiempo físico y mental. Dicho reloj estaba allí mismo, bajo dos lámparas del taller que proyectaban conos de luz sobre la compleja maquinaria. No poseía el don de la bilocación, era imposible estar en dos lugares al mismo tiempo para terminar de construir un reloj y reparar otro. Aun así, parpadeó y dijo:

—De acuerdo. Haré todo lo posible para solucionar el problema.

El funcionario, que vestía como los grajos que anidaban en Hyde Park, respiró aliviado:

—Se lo comunicaré al ministro. Mañana mismo lo estarán esperando en la Torre del Campanario para entregarle un juego de llaves. Tendrá libre

acceso a las dependencias. Buenos días, míster Losada.

Se caló el bombín y se marchó andando con la anacrónica arrogancia de un desfile de orangistas. El relojero se quedó pensativo, clavando su mirada en el escape tipo Shelton que había diseñado para el reloj que pretendía que fuese su obra maestra, su legado mecánico para la posteridad. La luz amarilla de las lámparas iluminaba las piezas a medio montar. No le quedaba más remedio que apurar los días al máximo, y madrugar para trabajar por las mañanas en el taller.

Dedicaría las tardes, quizás hasta el anochecer, a reparar el reloj del campanario del Palacio de Westminster, el edificio neogótico del Parlamento.

El Big Ben.

8. MADRID

Septiembre de 1816

Fue un año sin verano. Ni siquiera vinieron las golondrinas. Un largo invierno se cernió, como si el mundo se hubiese vuelto triste. Hizo un frío desusado y la lluvia apenas se tomó descanso, lo que arruinó cosechas y provocó hambrunas, pues las remesas de cereal compradas en otros países resultaron insuficientes para alimentar a los millares de personas que, hambrientas y famélicas, se agolpaban delante de los monasterios y vagabundeaban por los campos para rebuscar patatas estropeadas. En un arranque de desesperación, algunos incluso recurrieron a comer barro para llenarse la barriga.

Una expedición científica encargada de recoger plantas y árboles exóticos para el Jardín Botánico de Madrid había regresado de un largo viaje por el océano Índico, y los científicos redactaron un memorándum en el que relacionaban aquel desbarajuste climático con una gigantesca erupción volcánica que se había producido en las Islas Orientales Holandesas, pues a veces la lluvia era oscura, arrastraba ceniza, y las ciudades y campos se recubrían de una pátina enlutada. Aquellos científicos expertos en mapamundis aportaban datos. Sin embargo, los integrantes del repuesto Santo Oficio, henchidos de dogmatismo teológico, arguyeron que aquel tiempo enloquecido era consecuencia de los graves pecados cometidos, y recomendaron a Su Majestad perseguir con más ahínco a los francmasones y liberales, a quienes señalaban como los culpables del desaguisado del tiempo.

Durante los dos años transcurridos junto al linternero, José recorrió la geografía española con el carretón del mundonuevo, el aparato óptico que maravillaba a niños y mayores porque, sin moverse de sus pueblos y villas, les traía las ciudades más fascinantes, los retratos de los poderosos y los acontecimientos históricos más renombrados. El joven José, dotado de una hermosa voz de tubo de órgano, anunciaba que ya no era necesario viajar para conocer mundo, pues al módico precio de cuatro maravedís y con sólo

mirar por las aberturas acristaladas de aquel aparato podían contemplar la Piazza di Spagna en Roma, el Palacio de Versalles, las pirámides de Egipto, las cúpulas de cuento de hadas de San Petersburgo o incluso al mismísimo papa Pío VII paseando por los jardines vaticanos o a Fernando VII en los toros.

José, que poseía una innata habilidad para averiguar el funcionamiento de los ingenios mecánicos, mantenía en óptimas condiciones el artefacto — una antigualla de mediados del siglo anterior—, de modo que el mecanismo de visionado de imágenes ya no volvió a atorarse. El linternero, satisfecho, había doblado sus ganancias gracias a las variopintas destrezas de su ayudante, pues a su habilidad técnica unía la facilidad para tratar con la gente y una potente voz de barítono, idónea para ensalzar las bondades de aquel ingenio visual, que dejaba estupefactas a las gentes que nunca habían tenido la oportunidad de presenciar un espectáculo de linterna mágica.

Recorrieron las plazuelas de Madrid, donde gente de todo pelaje acudía atraída por aquellas fantasiosas vistas y por la jubilosa presencia del aparato. Incluso una vez las vio un hombre mayor, sordo, con pinta de agricultor vestido de domingo que, según decían, se llamaba Goya y era el pintor del rey. Un tipo tan excéntrico que, por lo visto, tomaba los pinceles incluso de noche, calándose un sombrero lleno de velas para iluminar el cuadro y hacer estampas y dibujos estrambóticos y caprichosos. Pintaba de noche, cuando las lechuzas volaban hasta los campanarios de las iglesias y entraban por la torre para beberse el aceite de las lámparas de las capillas, dejando a los santos a oscuras.

Los representantes de diversos gremios habían amenazado más de una vez al linternero por montar un negocio no reglamentado, y por consiguiente ilegal, y lo denunciaban ante los jueces por intromisión. Pero la jurisdicción de sus señorías no alcanzaba a ese oficio ambulante, y la lentitud de la justicia arrumbaba los expedientes en los almacenes, donde criaban polvo.

El avisado linternero encargó a un pintor de poca monta que reprodujese en la trasera del mundonuevo a Fernando VII propinándole un puntapié a Napoleón, lo que llamaba mucho la atención de los lugareños. Era tal el éxito de la máquina, que cuando coincidían con malabaristas, vendedores de medicinas milagrosas o cómicos de la legua, éstos se quedaban sin clientela y miraban con inquina al mundonuevo rodeado de gente. Los ciegos que vendían coplas de cordel eran los que más blasfemias proferían contra aquel artilugio: golpeaban furiosos el suelo con sus bastones

y echaban votos, porque sospechaban que ellos representaban el pasado y aquella insidiosa máquina, el futuro.

—¡Me cago en la calavera de mi madre! —gritaban—. ¡Ojalá esa máquina del demonio acabe ardiendo!

Más allá de su trabajo como mecánico, José colocaba un taburete para que los niños y las personas más bajitas alcanzasen a mirar por los agujeros del cajetón, daba de comer al manso borrico y le curaba las picaduras de los tábanos y moscardas. Viajar de ese modo era una gran ventaja para su aprendizaje, pues el joven manifestaba una gran curiosidad por muchas cosas, y absorbía lo que contaban los hombres letrados o los de más experiencia que conocía en cada villorrio o ciudad que visitaban. Apretujados en el pescante, recorrían despacito los embarrados caminos castellanos y aragoneses bajo la lluvia, protegidos por un toldillo ensebado, contemplando las fascinantes puestas de sol de aquel extraño año, pues el cielo se teñía de color malva y naranja y la lluvia parecía vapor de agua fabricado por alquimistas. Luego pernoctaban en ventorrillos en los que, junto a crucifijos y estampas coloreadas de santos, los venteros colocaban perdices disecadas y colgaban toscos grabados de Fernando VII. A veces los arrieros se santiguaban y besaban el pulgar ante la imagen del rey, y con esos mismos dedos pellizcaban luego a las mozas entradas en carnes que servían la cena.

El linternero le daba a José una pequeña parte de las ganancias, y el joven echaba cuentas y calculaba que, al año siguiente, dispondría del dinero suficiente para emprender un ambicioso viaje que tenía en mente: quería ir a París a comprar algún cosmorama o linterna mágica de segunda mano para establecerse por su cuenta. La capital francesa era, al parecer, donde llegaban con más celeridad los nuevos inventos ópticos, y el espíritu emprendedor del joven le hacía fabular que, en poco tiempo, sería capaz de adquirir un pequeño teatro para proyectar en formato grande las imágenes de la linterna mágica, sobre todo las fantasmagorías: las truculentas escenas pintadas de espíritus que regresaban, de muertos saliendo de las tumbas, de tíos del saco que secuestraban niños y de asesinos en plena faena. Dichas sesiones de fantasmagorías gozaban del favor de la burguesía, que abarrotaba los salones, cafés y teatros de las capitales donde se proyectaban. José soñaba con ello despierto y dormido.

Sin embargo, el próspero negocio se vino abajo poco después debido al irrefrenable vicio del linternero por los naipes. Como las pertinaces lluvias y la brusca caída de la temperatura ahuyentaban en numerosas ocasiones al

público, el linternero mataba el tiempo jugando a la baraja en posadas y figones, y además casi nunca lo acompañaba la suerte. Como era supersticioso, le dio por pensar que alguna gitana le había echado mal de ojo, y evitaba mirar a bizcos y tuertos, derramar la sal o mirarse en un espejo roto. Apenas comía y parecía un espectro de nariz ganchuda. Para recuperar lo perdido, en cuanto llegaban a un pueblo lo primero que hacía era preguntar por los garitos, y casi siempre regresaba desplumado y mohíno, y mesándose las barbas con desesperación. Enviciado con los juegos del tresillo y del julepe, una noche tormentosa, cegado por su mala racha, apostó su artilugio óptico, con pollino y todo. Le tocaron malas cartas. Y perdió.

Sumido en un pozo de desánimo, le dijo a su ayudante con un hilo de voz que, si tuviera valor, cogería una cuerda y se ahorcaría.

—No piense en esas cosas. Ya se le ocurrirá algo —José intentaba consolarlo.

—Me colgaría de una higuera, como el hijoputa del Iscariote. Pero me faltan huevos —dijo contrayendo la boca en un gesto, como si estuviera chupando hielo.

Al clarear el día, el linternero, con los ojos enrojecidos, manos temblorosas y voz estridente, le pidió a José de malas formas que le prestase su dinero ahorrado para tentar a la suerte e intentar recuperar su mundonuevo.

—Dame lo que tienes. Te lo devolveré con creces. Mi mala racha no puede durar siempre. ¡Tengo un pálpito! ¡Esta noche lo recuperaré todo! ¡Préstamelo!

—No. Es mío. Me lo he ganado y tengo planes.

—¿Planes? ¡Tú deliras! ¡Los pobres nunca saldremos del hoyo! ¿Me oyes? ¡Nunca!

Aquella mañana, José, que no estaba dispuesto a perder lo que era suyo, resolvió abandonar al linternero ludópata y regresar a Madrid.

* * *

En esta ocasión no hizo el trayecto a pie, sino en un destartalado coche de postas, el más barato que encontró. Las ballestas chirriaban al tomar las curvas, el látigo restallaba y las palabrotas del cochero, un tipo malencarado que llevaba una escopeta cargada en el pescante para defenderse de los bandidos, se encadenaban una tras otra. Y junto a otros tres pasajeros, con la lluvia entrando por las ventanas sin cristales y las ruedas atascándose en el

barro, contempló en dos ocasiones cómo en los caminos de las serranías los piquetes de soldados arrumbaban en las cunetas los cadáveres de bandoleros ejecutados mientras, con desgana, hacían hoyos en la tierra para enterrarlos en fosas comunes con una paletada de cal y sin responso que despidiera sus almas de ladrones.

Cuando llegó a Madrid en septiembre caía un verdadero diluvio. El frío de invierno anticipado había obligado a sacar de las cómodas y armarios la ropa de abrigo guardada con hojas de laurel y ramilletes de espliego. Los canalones borboteaban agua de lluvia, y de las alcantarillas brotaba una peste a podrido, como si fuesen las cloacas del infierno. José tenía claro que los celosos maestros gremiales denunciarían ante las autoridades a cualquiera que intentase montar cualquier negocio, y como sabía por experiencia que tampoco lo contratarían, después de meditar durante dos días concluyó que, para no morir de hambre, lo mejor era entrar en el Ejército. En aquella época de carestía, los militares tenían al menos garantizado el rancho, el techo y la paga. Así que una tarde se encaminó hacia la plaza de Leganitos, que estaba cerca del Cuartel Nuevo de Caballería. Le gustaban los animales y los caballos le parecían majestuosos.

Había que sobrevivir.

Los sueños de viajar a París y de construir un respetable teatro donde celebrar multitudinarias sesiones de linterna mágica los arrojó al vertedero de la memoria. La vida no le concedía tregua.

Durante el año sin verano ni golondrinas de 1816, en los meses de julio y agosto, el depuesto emperador Napoleón rumiaba en la desoladora isla de Santa Elena las causas de su derrota militar. El pintor inglés Turner admiraba sin tasa los raros colores del crepúsculo y los guardaba en su retina para reproducirlos en paisajes al óleo. En Suiza, en la Villa Diodati, una mansión señorial, la escritora Mary Shelley concebía una noche la novela gótica *Frankenstein o el moderno Prometeo*, en la que un doctor desafiaba las leyes naturales devolviéndole la vida a un cadáver por medio de descargas eléctricas, y en Madrid José Rodríguez Losada se alistaba en el arma de Caballería.

9. ANDALUCÍA

18 de enero de 1820

Corrían tiempos de pronunciamientos militares, de imponer la libertad a punta de bayoneta.

Rafael Riego y otros jóvenes oficiales liberales se habían sublevado en la localidad sevillana de Cabezas de San Juan contra el absolutismo de Fernando VII. Un ejército recorría con lentitud las tierras andaluzas proclamando la Constitución de 1812. El escuadrón de caballería de José se había unido al golpe, y, como el joven demostraba constantemente sus habilidades manuales, sus superiores le encomendaban arreglar catalejos, cureñas de cañones, pistolas y fusiles averiados. Las armas de fuego se atascaban, estaban mal calibradas y eran tan antiguas que corría un chascarrillo: «son de cuando Napoleón era cabo». Los mandos le decían:

—Arréglalas. Fallan más que unas escopetas de caña.

Él ajustaba las llaves de chispa, limpiaba las cazoletas, cambiaba los oxidados muelles del rastrillo y hacía recomendaciones a los soldados:

—Cuando se dispara repetidas veces, el fusil se recalienta y es imposible dar en el blanco. Un remedio rápido y efectivo es orinar en el cañón para enfriarlo. Pero tened cuidado. Apuntad bien con el chorro.

—¿Por si se dispara y te quedas lisiado?

—Porque el acero estará muy caliente y podéis quemaros el miembro.

Era falso que la cara fuese el espejo del alma. José comprobó que soldados que parecían querubines se ofrecían voluntarios para los piquetes de ejecución, mientras que hombres de aspecto siniestro no sólo rehusaban fusilar a nadie, sino que se comportaban con humanidad y camaradería. Él observaba los comportamientos de las personas para no dejarse guiar por los prejuicios y los arrebatos.

Un nevoso anochecer, conoció a un comerciante que le suministraba harina y otras vituallas al ejército de Riego. Era un catalán que vestía con

colores llamativos, a la moda europea. José le había arreglado al mercader de grano una caja de música. Se trataba de un precioso artefacto fabricado por Samuel Junod que tocaba la marcha turca de Mozart, pero no sonaba bien porque los cilindros de metal chirriaban. Solucionó el problema, y el comerciante, agradecido, lo invitó a una jarra de vino en una venta en la que cenaban varios oficiales al amor de la lumbre. Cuando llevaban dos vasos cada uno, el catalán, tras explicar que debido a sus negocios conocía media Europa, comenzó a hablar emocionado de unas máquinas maravillosas:

—He visto cosas que no puedo contar porque nadie me creería.

—¿Qué cosas?

—Máquinas de vapor que mueven telares y transportan carbón en las minas. Son como mastodontes de hierro que rugen al funcionar, jamás se cansan y no protestan. El vapor ha enterrado al pasado.

—¿Vapor? ¿Vapor de qué, de agua como el que sale cuando se calienta un cazo?

—Son máquinas que funcionan quemando carbón en calderas. Van a cambiar el mundo.

—¿Dónde ha visto esos ingenios?

—En Inglaterra.

El comerciante, tras vaciar un tercer vaso de vino, desembuchó. Largó todo lo que llevaba dentro. Sus ojos se iluminaron:

—El futuro es de las máquinas de vapor. Hay que cepillarse a los gremios, abrir la mente y comerciar con todos los países. Ha nacido una nueva era.

Le explicó que había visto chimeneas echando humo en minas de carbón donde las máquinas bombeaban el agua filtrada en las galerías subterráneas, telares mecánicos que hacían el trabajo de diez personas y fabricaban ropa para vestir a naciones enteras, máquinas sembradoras que convertían eriales en campos feraces. Hablaba con tan encendida pasión que a veces se le trabucaban las palabras.

—Ahora van a cambiar las cosas aquí. Luchamos por la libertad —intervino José.

Lo cortó con un gesto y bajó la voz:

—No hay nada que hacer. El rey es un tarugo y éste un pueblo analfabeto que prefiere lo malo conocido a lo bueno por conocer. Los gremios asfixian la industria y los curas de aquí predicán la pobreza.

—Como en cualquier parte, digo yo.

—Se equivoca —bajó aún más el tono de voz—. En Europa hay curas que no ven pecado alguno en enriquecerse. Han comprendido que el progreso es imparable, que la modernidad no es mala. Lo malo es el atraso, el hambre y la superchería.

José apuró su vaso de vino y, con la mirada encendida, susurró:

—Cuando cuidaba vacas, tenía un sueño. Aún lo tengo...

—Puedo darle trabajo. Podrá ganar dinero y ver cosas increíbles.

—Tengo un deber que cumplir —se tocó las hombreras de sargento—. Cuando me licencie, con el dinero de las pagas ahorrado podré cumplir mi sueño.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—Construir algo importante con mis manos. Algo que perdure en el tiempo.

Sus ojos miraron hacia su interior, como si fuesen bolas de cristal que contemplaran el futuro y no el presente.

10. LONDRES

9 de marzo de 1866

Al atardecer, decidió pasear para despejarse. Necesitaba pensar con calma. En su cabeza ardían tantos problemas que parecía una caldera a punto de explotar. Se encaminó a Hyde Park en estado de febrilidad. Parecía que se levantaba la niebla, o al menos que daba una breve tregua.

En Knightsbridge, en una pared cubierta de carteles publicitarios pegados con engrudo, vio varios pasquines que ridiculizaban a Charles Darwin. Eran caricaturas en las que el naturalista tenía cuerpo de mono y, o bien se rascaba la cabeza en la copa de un árbol, o brincaba en un circo como un simio amaestrado. Raro era el día en que los periódicos, los púlpitos, las aulas o los clubes no reproducían el tenso debate entre creacionistas y evolucionistas.

Algunos carruajes se detenían frente a Hyde Park Corner y otros pasaban por debajo del arco central de la entrada neoclásica. El relojero cruzó por una de las entradas laterales y, a medida que se adentraba en el parque, los ruidos de las berlinas que transitaban por la calle quedaron atrás. La brisa entre la arboleda y las risas de los niños eran los únicos sonidos.

El encargo de reparar el Big Ben había hecho añicos sus previsiones. Podía medir el tiempo en hermosos relojes, pero no detenerlo. Y mucho menos retrasarlo.

Caminaba a buen paso, a pesar de que los achaques hacían que sus rodillas se resintiesen si las forzaba demasiado. Los dolores articulares propios de la edad. Pero aún conservaba buena parte del vigor que desarrolló desde pequeño, en la soledad del campo, cuando los días los medían las horas de luz y el lento ritmo de las estaciones marcaba el de la vida.

Si echaba la vista atrás, era como si un reloj de sol hubiese medido su juventud por la lentitud con la que avanzaba el tiempo en su tierra natal o, mejor aún, como si hubiera permanecido estático, anclado en lo antiguo, sin

voluntad de avanzar. Aún se acordaba de esos relojes solares grabados en la piedra de las iglesias, flanqueados de inscripciones en latín que advertían sobre la fugacidad de la vida y el inexorable triunfo de la muerte.

El tiempo. Necesitaba desdoblarse, trabajar a destajo, ignorar las horas marcadas por la delicada sonería de los relojes de su establecimiento. Debía redoblar esfuerzos, hurtar horas al sueño, concentrarse para aprovechar cada instante. Sólo así coronaría con éxito la doble empresa que tenía por delante. Una, impuesta por el deber; la otra, por el cariño.

Dulces imágenes poblaron su mente, una sucesión de recuerdos, de personas queridas que jamás le abandonaban. Ni de día ni de noche. Porque cuando no pensaba en ellas, soñaba con ellas. Una ráfaga de brisa movió las ramas de los árboles, y José aspiró una bocanada de aire.

Se pasó la mano por la cara. Sus dedos olían aún al aceite de los engranajes del reloj que estaba construyendo. Había invertido en él toda su ciencia, sus lecturas acumuladas y su dilatada experiencia. No había otro semejante en el mundo. Era la culminación de su saber y, ante todo, una máquina nacida del agradecimiento. Y del amor.

A medida que se acercaba a la esquina del extremo noreste del parque, empezó a oír voces bien timbradas. Dos hombres daban discursos. Miró y vio a un nutrido grupo de personas escuchando. En aquel punto de la ciudad, empezaba a ser habitual que los hombres se reunieran para hablar en público sobre diversos temas, por variopintos que fueran. Uno de los oradores vestía de negro, sostenía una Biblia en alto y bramaba contra el evolucionismo darwiniano:

—¡Decir que venimos de los simios! ¡Que el hombre desciende del mono! ¡Eso es una aberración, un insulto contra la inteligencia y una ofensa a Dios! ¿Pero dónde se ha visto que los abuelos de Adán y Eva fuesen orangutanes?

Los espectadores rieron ante la ocurrencia. El contrincante tomó aire, y, con voz profunda, refutó los argumentos sin alzar la voz:

—El señor Darwin es un científico. La evolución de las especies es un hecho y el hombre es un animal más. Racional, sí, pero animal a fin de cuentas. El ser humano ha cambiado desde hace miles y miles de años. Somos el resultado de una evolución histórica.

—¡Sacrilégio! ¡Humoradas! —El defensor del creacionismo se puso a imitar a un gorila, ante las risas de algunos espectadores.

—La ciencia no es un *music-hall*. Es algo muy serio. Se basa en datos y

evidencias. Ahí están los fósiles para demostrar que la evolución es un hecho incontrovertible. Los estratos de cada edad geológica almacenan sus propios fósiles —respondió el evolucionista, pedagógico.

—Dios, en su omnipotencia, colocó adrede los fósiles para despistar a los hombres soberbios. ¡El Génesis, y no los fósiles, es lo que explica el origen del hombre! ¡El Señor es quien maneja el tiempo a su antojo! —gritó el recalcitrante, que volvió a sostener en alto la Biblia que llevaba en la mano.

El relojero dio media vuelta cuando el orador que ridiculizaba las tesis de Darwin comenzó a chillar, fuera de sí.

Respiró hondo. Olía a hierba mojada. Se había sosegado. Las parejas que paseaban por Hyde Park hablaban en voz queda. Algunos hombres caminaban con el orgullo de conquistadores de imperios. Don José Rodríguez Losada recomponía en su cabeza las piezas del reloj que estaba acabando y se anticipaba a cualquier problema que pudiese haber en su funcionamiento.

Una vez calmados los nervios por el doble trabajo que le esperaba en las semanas venideras, decidió regresar a casa. La niebla se adensaba. Algunas personas tosían al respirar el aire blanco cargado de hollín.

Poco antes de llegar a la entrada neogriega de Hyde Park Corner, sintió un escalofrío.

Tuvo la sensación de que lo seguían.

Miró atrás y no vio nada sospechoso. Sólo paseantes emborronados por la calígene.

Pensó que su encendida imaginación le estaba jugando una mala pasada.

11. JAÉN

12 y 13 de septiembre de 1823

Anocheía sobre la blanca ciudad olivarera. De las almazaras situadas extramuros llegaba un fuerte olor a alpechín y orujo. Aquel día, los hortelanos, desconfiados, no habían aparejado a sus borricos para ir a faenar a los olivares y huertos. Desde primera hora de la mañana, los restos del ejército del general Riego, batido en retirada, tomaban posiciones en calles, plazoletas y puertas amuralladas.

Riego, al mando de los siete mil quinientos hombres del Tercer Ejército Nacional de Operaciones, estaba enloquecido por la falta de sueño, la tensión acumulada durante meses y la convicción de que, si lo apresaban, lo ajusticiarían sin remisión. Era un hombre que ya sólo tenía pasado. El que fuera diputado y presidente de las Cortes, el político que pisaba mullidas alfombras y peroraba ante sus conmlitones, el estadista cuyo retrato los más exaltados paseaban por las calles como si se tratase del cuadro de un redentor, se había convertido en un perseguido, en un maldito. El color ceniciento de su piel, el sudor que empapaba el cuello de su guerrera y su hablar rápido evidenciaban su alterado estado de ánimo. Iba de un lado a otro, sin asiento, y lo que para él era rapidez y claridad de ideas al tomar decisiones, para sus oficiales significaba precipitación y falta de juicio. Pero por respeto al que fue nombrado mariscal de campo al inicio del gobierno liberal, o tal vez por un residuo de lástima, sus compañeros de armas no le llevaban la contraria y se cuadraban a su paso, como en los buenos tiempos.

Su rastro era olisqueado por los perros cuando el general caminaba presuroso por la plaza de Santa María y la calle Maestra para elegir los edificios que alojarían a su plana mayor, y algunos incluso lanzaban gañidos. Hasta una gitana del barrio del Arrabalejo que echaba la buenaventura a los soldados en los alrededores catedralicios, al ver acercarse a Riego, retrocedió asustada, mascullando que aquel payo tenía mal fario y olía a muerto, y se marchó a toda prisa sin leer más manos y arrojando al suelo las ramitas de

romero que le quedaban, como si procediesen de un velatorio.

Aquel anochecer, José, ascendido a teniente en febrero, cenaba una refrescante pipirrana. Apoyaba la espalda en la fachada de piedra del convento de carmelitas descalzas, mientras los taciturnos soldados a su cargo, desperdigados por el Cantón de Jesús, comían pan con aceite y bacalao.

Entretanto, José, bajo un cielo en el que se perfilaba ya la luna, respiraba la brisa que olía a una mezcla de orujo y del jazmín que florecía en los jardines conventuales, mientras observaba a su comandante Juan Francisco Pérez dibujar retratos a la silueta y caricaturas a la luz de un candil, porque el cielo ya se tintaba de azul marino.

Después de rebañar el jugo de la pipirrana y de comerse una especie de pestiño llamado gusanillo, José se acercó al oficial dibujante. Calzaba botas altas con espuelas, y al andar sonaba el metal.

—Mi comandante, ¿va a legar algún cuadrito para la posteridad? —preguntó, jocoso.

—Sólo mato el tiempo.

—¿Puedo ver lo que hace?

Le enseñó la hoja de papel. Se trataba de una caricatura a lápiz de Riego. Había captado a la perfección su expresión reconcentrada y su mirada de iluminado.

—¿Por qué no se la muestra al general?

—Porque me formaría consejo de guerra y me fusilarían —contestó con una sonrisa.

—¿Cómo hemos podido llegar a esta situación, mi comandante?

—Pues porque los españoles no tenemos remedio, teniente, no tenemos remedio. Nos matamos entre nosotros como a conejos. Parece que nos guste. Y, como no damos abasto, llamamos a los extranjeros para que se unan a la cacería.

—Pues sí. En estos tres últimos años han sucedido demasiadas cosas y demasiado deprisa.

—Nadie nos había enseñado a vivir en libertad.

—Pero en cambio sí a morir por ella. Es toda una paradoja.

Ambos oficiales repasaron mentalmente cómo la política lo había emponzoñado todo: el régimen que nació insuflando aires de libertad terminaba con enfrentamientos encarnizados. Otra vez el cainismo, decían, el odio entre hermanos, la sangre derramada a borbotones.

José preguntó con franqueza:

—De ésta no salimos, ¿no es así, mi comandante?

—La cosa está difícil, José. No hay escapatoria. Yo creo que ha llegado nuestra hora —sonrió, melancólico—. Lo digo porque mi reloj se ha parado y puede ser una premonición.

Dejó la caricatura y el lápiz de grafito en un poyete de piedra, introdujo con lentitud la mano en un bolsillo de la cazadora roja de alamares y extrajo un bonito reloj. Abrió la tapa abombada de plata, y le mostró la esfera con las manillas detenidas.

—Me lo regaló mi padre. Le doy cuerda pero no funciona. Supongo que se ha roto. Tiene mucho valor sentimental para mí —explicó.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—¿Entiendes de relojes?

—No. Pero por probar que no quede, mi comandante.

El oficial de ojos claros ensanchó su sonrisa y le entregó el reloj averiado. Era un hombre reflexivo, y cogió por sorpresa a José al decir:

—Si llego a saber lo que me esperaba, me hubiese quedado en Londres, dibujando.

—¿Cómo dice?

—Al terminar los estudios, mi padre decidió que hiciese el Grand Tour. Estuve de viaje en Berlín, Viena, Roma, Florencia, París y Londres. Aquella belleza me fascinaba, y las costumbres de sus gentes me parecían más civilizadas que las nuestras. En la ciudad inglesa pasé la mejor temporada de mi vida. Tanto que estuve a punto de quedarme.

Arqueó las cejas, suspiró y, con un tono de voz aterciopelado, prosiguió:

—Escribí a mi padre para comunicarle mi decisión. Montó en cólera y cumplió su amenaza de no enviarme dinero para la manutención. Me daba igual. Vivía en pensiones y vendía mis dibujos y retratos. ¡Y se me daba bien! Aquella ciudad me conquistó desde el primer día. Pero una tarde de lluvia, no sé por qué, decidí regresar. Me hice militar y aquí estamos —sonrió—, preparados para echar el telón...

Hizo una pausa y se lo quedó mirando.

—José, ¿qué va a hacer cuando todo esto termine? —preguntó de sopetón.

—Nos deben la paga de un año, así que si llegamos a cobrarla, me licenciaré y viajaré. He oído que en el extranjero hay muñecos autómatas que

tocan el piano, escriben cartas o dibujan. Eso me llama la atención. La primavera pasada, en la catedral de Burgos, vi el Papamoscas haciendo sonar la campana al señalar la hora. ¿Sabe? Hace años un comerciante catalán me dijo que el futuro estaba en las máquinas.

—Entonces el futuro será un lugar extraño.

—Lo que sí sé es que España vive aferrada al pasado.

La última claridad crepuscular se había disuelto en el azul oscuro. Los ladridos de los perros resonaban. La brisa arrastraba el picante olor del alpechín de las fábricas de aceite y el aroma de los galanes de noche y los jazmines que crecían tras las tapias de recónditos jardines.

—¿Nunca se ha parado a pensar, José, en cómo hubiera sido su vida de haber elegido otro camino?

—Mi comandante, procuro pensar en cómo quiero hacer mi vida. El pasado no me interesa lo más mínimo.

—No es mala filosofía.

—Es más, pienso que lo mejor está por venir.

El oficial abrió mucho los ojos, se pasó la mano por el cabello corto, hizo un mohín con los labios y respondió:

—¡Qué bárbaro! Yo estoy convencido de que voy a hacer mutis por el foro y usted me sale con ésas.

—Es lo que presiento —miró el reloj estropeado—. Con su permiso, voy a ver si encuentro una lupa y alguna pinza. Y creo, mi comandante, que si arreglo su reloj usted sobrevivirá. Todavía le quedan funciones de teatro que interpretar —le devolvió la sonrisa.

* * *

Cuando José se dirigía a buscar los útiles necesarios, una hermosa voz femenina rasgó el incipiente anochecer. Era una cantaora. Rosario López. Conocida por cantarle saetas al Jesús de los Descalzos cuando florecían los naranjos y, en Navidad, villancicos tristes al Niño Dios. Rosario tenía unos vivaces ojos negros y un rostro ovalado, y llevaba moño. El duende del flamenco le serpenteaba por la garganta y su desgarrado cante era como una despedida de amor envuelta en seda. La acompañaba a la guitarra Pepe Gabucio, El Pintor. Ambos, sentados en desvencijadas sillas sacadas por los vecinos, se habían situado delante del Camarín de Jesús. Los soldados, alentados por el cante jondo, rodeaban a la pareja. Un viejo fandango que

designaba a la Virgen de la Capilla capitana contra los franceses levantó aplausos como bandadas de palomas alzando el vuelo. La alusión de la Patrona de la ciudad contra «los franchutes» enardeció los corazones, pues luchaban contra los Cien Mil Hijos de San Luis, entre cuyas filas, según decían, había muchos veteranos napoleónicos que volvían para vengarse, y aseguraban que los reconocerían si llevaban aretes de oro en las orejas, aquella moda tan extendida entre la *Grande Armée*.

La guapetona cantaora inclinaba la cabeza agradecida, y sus picarones ojos captaban la atención de los militares y de los jaeneros asomados a los balcones adornados con macetas de geranios y clavellinas. El Pintor, cuya mirada era un pozo de sabiduría popular, tomó un sorbito de aguardiente, carraspeó y dijo: «Chari, cuando quieras».

Los cantes hablaban de amores desgraciados o desesperados, y los soldados los escuchaban fumando en silencio, con las brasas de sus cigarros liados brillando como luciérnagas inmoldadas, o mascando tabaco con pachorra de rumiantes. Los luceros del cielo hacían las veces de candilejas.

Transcurrida una hora la cantaora y El Pintor se retiraron, cansados. Los soldados arrojaron los chicotes de sus cigarros de un papirotazo.

Al poco sólo se oían lejanos ladridos.

José, alojado en calidad de oficial en una casa que daba al Camarín de Jesús, encendió un quinqué, desarmó con cuidado el reloj del comandante caricaturista, y, con la ayuda de un botecito de aceite, una lupa y las pinzas quirúrgicas que le había prestado el cirujano de un batallón de infantería, estudió aquel conglomerado de piecitas antes de tocar nada. La habitación daba a la calle. Dejó abierta la ventana para que entrase aire fresco y situó la pequeña mesa frente a ella. En el alféizar había tiestos de albahaca y menta, y su fragancia llenaba el pequeño cuarto. Cuando terminó de estudiar la bella maquinaria y se disponía ya a desarmarla, levantó la vista y vio pasar a Riego caminando a grandes zancadas seguido por dos edecanes.

El general andaba con las manos a la espalda, meditabundo, y aun así sus pasos continuaban siendo acelerados. Un ojeador a caballo le había comunicado que los Cien Mil Hijos de San Luis marchaban sobre Jaén.

Una repentina brisa inundó la habitación de los aromáticos y verdes olores de las macetillas de la ventana y José, bajo la luz amarillenta del quinqué, se dispuso a intentar arreglar el reloj plateado que se negaba a andar.

* * *

El día amaneció viscoso, como si el cielo tuviese resaca. José, tras desayunar un café migado, buscó al comandante y le entregó el reloj:

—¿Funciona? —preguntó, gratamente sorprendido.

—Y no atrasa.

—Tal vez sea cierto que no ha llegado mi hora —dijo con una sonrisa.

En la ciudad flotaba un erizado nerviosismo desde el canto del gallo. De las tahonas salía el madrugador aroma del pan recién hecho y de la retama utilizada para encender los hornos. Los panaderos aparejaban los borricos con cestas llenas de panes calientes recubiertos con paños para guardar el calor.

De repente, sonó vibrante el toque de generala.

José corrió hacia el Camarín de Jesús para reunirse con sus hombres. A las puertas de la imponente catedral, el corneta inflaba los carrillos y tocaba generala sin cesar. Un griterío acompañaba las alocadas carreras de los soldados, que con el fusil en bandolera se dirigían a ocupar sus puestos mientras sus mandos daban órdenes atropelladas.

Un crispado general Riego, sable en mano y rodeado de su plana mayor, caminaba a trancos delante de la casa consistorial dando bocinazos ante el caos desatado. José conminó a sus hombres a seguirlo, y todos corrieron hasta la cercana Senda de los Huertos, donde estaban sus caballos. Las ventanas de las casas se habían convertido en troneras, al apoyar en sus marcos los infantes los cañones de las armas con la bayoneta calada.

De pronto, se oyó el bajo continuo de un cañoneo, como en la obertura de una sinfonía. Silbaron las granadas e impactaron en el suelo con un violento rugido. El aire se llenó del olor del humo y la cordita. José montó en su caballo, y el resto de su escuadrón hizo lo mismo. El comandante Juan Francisco Pérez metió el pie en el estribo, tomó impulso y se montó con aplomo, como si se dispusiera a un apacible paseo campestre. El constante martilleo de la artillería fue seguido de nuevas explosiones, que levantaban surtidores de tierra y proyectaban cascotes de metralla. Los cristales de las ventanas retemblaban o saltaban hechos añicos. El comandante picó espuelas hacia el acueducto del Carmen, en dirección al camino de Valparaíso, donde se le había ordenado conducir a sus jinetes.

—¡Adelante! —gritó el oficial con la voz distorsionada, espoleando a su caballo castaño.

De los cráteres salían penachos de humo negro. Un centenar de caballos galopaba por la Senda de los Huertos, y la tierra retumbaba bajo los cascos

herrados. Los enrojecidos ojos de los soldados lagrimeaban debido al picante humo de la pólvora. Los latidos del corazón de José golpeaban su pecho como aldabones. Varios estallidos simultáneos de granadas lo cubrieron de tierra y atronaron sus oídos, y, momentáneamente sordo, con un intenso pitido interior, el polvo agarrado en la garganta le hizo toser y escupir. El aire cargado de humo de pólvora le provocó un insoportable escozor en los ojos. Seguía a su comandante, que galopaba en vanguardia sable en mano. Sintió miedo al pensar que los soldados enemigos formarían cuadros para protegerse. Desenvainó y agarró las riendas con la mano izquierda. Los jinetes dejaron atrás la bombardeada Senda de los Huertos, torcieron a la derecha, cruzaron la linde del caserío y enfilaron el camino de Valparaíso. Seguía sin oír, pero podía notar cómo la tierra vibraba con la carga de la caballería. La adrenalina disparó sus pulsaciones. De repente, sintió un violento empujón y cayó de su montura.

Perdió el conocimiento.

La onda expansiva de una bomba de cañón lo derribó de su montura, lo lanzó a la cuneta y rodó hasta el fondo de una zanja.

Cuando recuperó el sentido, calculó que debía ser algo más de mediodía. Volvía a oír bien.

Sin mover un músculo, con el corazón en la boca, dejó pasar unos eternos minutos antes de arrastrarse con lentitud para salir de la zanja. Se colocó detrás de un chopo, alzó la cabeza para observar mejor y vio cómo las compañías de soldados realistas levantaban nubecillas de polvo al marchar por el camino de Valparaíso para entrar en la ciudad.

La batalla concluiría pronto. El ejército liberal sería destrozado.

Desperdigados por la cuneta, había cadáveres de caballos y jinetes entre una escorrentía de sangre. Le dolía la cabeza y tenía magullados codos y rodillas. Parecía que le hubiesen dado una paliza. Se acuclilló detrás del tronco del árbol, miró a su alrededor y vio a no mucha distancia un caballo blanco sin jinete. El animal pacía junto a una hilera de cipreses. Se incorporó y gateó entre unos hierbajos, hasta llegar a un olivar. Se aproximó al animal, le susurró, le acarició el cuello y montó. Las crines de la yegua estaban salpicadas de sangre. Algún balazo o un trozo de metralla habría herido o matado al soldado y el animal vagaba sin dueño.

En una alforja encontró una cantimplora y sació su sed. Desfundó y comprobó que la pistola reglamentaria disponía de varias cargas de pólvora y balas. En una talega anudada a la silla había duros de plata. Suficiente dinero

para conseguir comida y alojamiento sin despertar sospechas. El camino flanqueado por esbeltos cipreses conducía a una blanca casería, una de las casas de labranza de aquellos pagos jaeneros. Hizo visera con una mano para otear el horizonte de montes azulados y picos serranos, en los que los olivares ascendían por las laderas.

El destino había vuelto a serle cruel. Ahora era un derrotado y un prófugo.

Y debía ponerse a salvo.

12. LONDRES

10 de marzo de 1866

El Palacio de Westminster, diseñado por el arquitecto Charles Barry, aún estaba inconcluso. Su monumentalidad recordaba a una catedral laica con toques de edificio aristocrático. Brigadas de albañiles trabajaban a destajo para ultimar detalles de mampostería, lo que fastidiaba a diputados y lores, que se quejaban del ruido. Aquella tarde, las largas agujas de sus torres apuntaban al cielo gris, aunque la espesura de la niebla las emborronaba. La dorada arquitectura neogótica albergaba el Parlamento, compuesto por la Cámara de los Comunes y de los Lores. La piedra, de color dorado, ya empezaba a desmoronarse debido a la contaminación atmosférica. Se descascarillaba. El Támesis se deslizaba ante una de las fachadas apaisadas, y en sus turbias aguas flotaban algunos peces muertos por el humo de las industrias y de los descontrolados vertidos contaminantes de las fábricas. De las aguas emanaba un olor fangoso y putrefacto al removerlas las embarcaciones a su paso.

Tras haber estado toda la mañana trabajando en el taller de su establecimiento, el relojero comió apenas un bocado, cogió un coche de caballos y se dirigió al fastuoso Palacio de Westminster. La Torre del Reloj, situada en el lado noroeste, descollaba con sus casi cien metros de altura. Dieron las tres de la tarde y repicó el bronce. Cada una de las cuatro caras de la torre tenía un reloj de enorme esfera blanca.

Entró en las oficinas de la planta baja, dio su nombre y un funcionario con nariz de boniato, tras comprobar una lista, lo condujo por diversos corredores hasta la Torre del Campanario, abrió con una larga llave una puerta y comenzaron a subir por una larguísima escalera de caracol. Más de trescientos peldaños. Los pasos resonaban. Finalmente, jadeando por el esfuerzo y con las rodillas temblando, entraron en la sala donde estaba el gigantesco mecanismo del reloj. El funcionario le entregó la llave y se marchó farfullando maldiciones, al verse obligado a bajar de nuevo por

aquella interminable escalera.

José dejó en el suelo el maletín de piel negra con las herramientas de su oficio. El maletín era similar al de los médicos, lo que no era tan extraño al ser él un médico del tiempo.

Habían distribuido por la estancia varios quinqués para que dispusiese de luz artificial cuando la luz del sol languidciese. En lo alto de la torre había cinco campanas que daban los cuartos cada quince minutos. La campana más grande y con un peso cercano a las catorce toneladas, la Gran Campana, conocida popularmente como Big Ben, sonaba cada hora.

Se quedó allí un buen rato, pensativo y sin hacer nada, estudiando la maquinaria con atención para comprender su intrincado funcionamiento. Pesaba unas cinco toneladas. Rodeó a paso lento aquellos enormes engranajes y ruedas dentadas, y observó con detenimiento el sistema de escape de gravedad. Había tres pesos suspendidos conectados con cables de acero a la maquinaria. En el centro, se alzaba un péndulo con una estrella de tres puntas que hacía funcionar las manecillas del reloj de cada una de las cuatro esferas exteriores de la torre.

Aquel monumental reloj había tenido problemas desde su puesta en marcha hacía menos de nueve años. La primera Gran Campana, que pesaba casi tres toneladas más que la actual, se resquebrajó al colocarla y hubo que fundirla de nuevo con un peso menor. A los dos meses de instalarla, se partió de nuevo en el punto donde el martillo la golpeaba al dar las horas, debido al excesivo peso de éste, y hubo que repararla una vez más. Ya no había problemas con las campanas de bronce, cuya pegadiza melodía al dar la hora se había popularizado entre los londinenses. El problema era ahora el propio reloj, que atrasaba.

Aquella maquinaria era la más grande que nunca había visto. Constituía todo un reto.

Aun así, no podía dejar de pensar que, para repararlo, debía desatender otro reloj. El reloj en el que había depositado todo su ingenio y experiencia.

Su obra cumbre.

13. LA MANCHA

23 y 26 de septiembre de 1823

La yegua era un buen animal. Dócil y resistente. Durante el día, José recorría las veredas, carriles y caminos menos transitados, y por la noche dormía al raso si hacía bueno, arropado con la rasposa manta a falta de capote. A veces se veía obligado a ocultarse varias horas en las abruptas serranías jiennenses al observar de lejos algún convoy militar, o incluso cuando veía movimiento de carros o de labradores en los caminos y trochas, por lo que el viaje se hacía interminable. Evitaba las poblaciones y las sendas concurridas.

Sólo llovió dos noches, ya en tierras manchegas. El aguacero lo obligó a pernoctar en ventas, donde se enteró del triste final del general Riego: dos días después de la derrota en Jaén, fue hecho prisionero en un cortijo del pueblo de Vilches y conducido a Madrid para ser juzgado por traidor.

En las ventas, las candentes noticias del apresamiento de Riego circulaban de boca en boca frente al hogar de paredes tiznadas, al amparo de la lumbre, mientras borboteaba el guiso en el caldero: olla podrida o gitana. Las buenas nuevas relatadas eran adobadas con insultos y risotadas de casi todos los presentes, que tildaban de «asqueroso, perro y cabronazo» al general y de santo varón al rey, pues Fernando VII mantenía indemne entre el pueblo llano su aura casi divina. Los muleros contaban que, en los pueblos, la gente arrancaba las lápidas colocadas en honor de la Constitución, las emporcaban con excrementos y las arrastraban con cuerdas hasta arrojarlas a escombreras, incluso a veces una banda de música amenizaba el espectáculo, entre el alborozo general.

Y José, sentado a una mesa, escuchaba aquellos comentarios en tenebroso silencio, iluminado de manera indirecta por las llamas, como en un cuadro de Ribera. Y meditaba qué hacer con su vida. Si se analizaba a sí mismo, veía a un hombre joven con grandilocuentes sueños en la cabeza que no conseguía materializarlos. Aun así, su mente remontaba de inmediato

cualquier hoyo en el que lo metiesen sus pensamientos.

Volvería a Madrid para comenzar de nuevo. Ya se las compondría.

Tras la segunda noche tormentosa, el día amaneció diáfano, con el cielo limpio de nubes, de un azul tan claro que parecía lavado. Se echó al camino cuando los labradores aparejaban ya los borricos. El frescor de la mañana traía el olor de las ásperas hojas y de la savia y la fruta madura de las higueras cercanas. El perfume vegetal del final del verano.

Las inabarcables llanuras manchegas estaban salpicadas de molinos cuyas aspas se movían con la lenta pesantez de los gigantes. Se cruzó con cuadrillas de vendimiadores con sombreros de paja, en las que los más viejos tenían manos tan sarmentosas como troncos de viñas. Muchos eran aparceros que trabajaban las tierras de los nobles y de los curas bajo un calor tórrido, aplastante. Vio a los jornaleros arriñonados entre las vides: los hombres con blusón negro y boina, las mujeres con anchuroso vestido negro y pañuelo a la cabeza, cortando los racimos de uva bajo el sol y cantando al flaquear las fuerzas. Dentro de poco, esas mismas mujeres cantarinas recogerían la flor malva del azafrán, antes de que el sol remontase el horizonte, cuando la luna palideciese.

Se maravilló de que la vida continuase pese a todo, de que el empecinamiento homicida de los hombres fuese incapaz de acabar con el milagro cotidiano de la existencia.

Y, al caer la tarde, vio que las sombras de los jornaleros se alargaban entre las viñas como si las hubiese pintado el Greco.

Cantaban las lechuzas al anochecer. La negritud cubría el campo con un manto de tristeza antigua, de tiempo detenido, y José decidió pasar la noche en una arboleda de álamos que crecía a la vera de un riachuelo. Los troncos blanquecinos brillaban bajo la oblea de la luna. El sonido del agua al fluir era un bálsamo para el espíritu. Desmontó y se adentró entre los árboles para, apoyado en un tronco, cenar algo de pan y embutido. La yegua, que se mostraba un tanto inquieta, piafó nerviosa, y José, extrañado, la acarició para calmarla. Soplaba una ligera brisa y murmulaban las hojas.

De pronto, una siniestra imagen lo sobresaltó.

Perros ahorcados.

De las ramas más bajas colgaban los cuerpos resacos de podencos y galgos. Aquel bosquecillo era el patíbulo y cementerio en el que los cazadores, por venganza o para quitarse de encima una boca inútil que alimentar, ajusticiaban a sus canes cuando llegaban a viejos o cometían la

imprudencia de comerse un conejo cobrado, en lugar de llevárselo a su amo en la boca y depositarlo a sus pies.

Por eso la yegua se mostraba inquieta. Con el corazón encogido, José volvió a acariciarla. No podía entender que la fidelidad de un perro fuese recompensada con una cuerda atada al pescuezo. Eran sacos de pellejo y huesos, algunos con la boca abierta, como si hubieran muerto aullando de lástima e incomprensión. La brisa balanceaba con suavidad a algunos de los perros, como si sólo estuviesen dormidos y se meciesen a la espera de que sus amos regresasen para descolgarlos y salir de caza.

O quizás era la Muerte la que los columpiaba en un juego macabro.

Incapaz de pasar la noche bajo aquel cadalso, se internó en la arboleda hasta llegar a su linde, donde ya no había momias de cuatro patas. Sin poder dejar de pensar en la crueldad humana, apenas probó bocado. Se durmió con el sonido de las hojas que murmuraban con la brisa, y en la duermevela se le antojó que se trataba de los lastimeros ladridos de los perros que querían bajar, lamer la mano de sus amos y perseguir liebres por las llanuras.

Al alba, se puso en camino de nuevo, y cerca de Almagro, al borde de una senda, vio a una mujer muy joven con un niño en brazos, adormilado. Vestía blusa blanca y una falda larga marrón de mucho vuelo y muy remendada. Calzaba sandalias agujereadas. Era guapa, de rasgos angelicales. Ella lo miraba fijamente a medida que se acercaba. Cuando estuvo a su altura, la muchacha dejó con delicadeza al chiquillo en la hierba, se desabotonó dos botones de la blusa y se cogió los dos pechos, ofreciéndoselos.

José detuvo a la yegua y miró a la joven. Calculó su edad: ¿dieciocho años? Desmontó despacio. Ella hizo un gesto salaz con la boca. Él, sin preguntar nada, desanudó la talega. Sonó un tintineo de monedas. El niño, con la carita manchada de churretes, se abrazaba a las piernas de la madre y ella lo sentó en el suelo y le dijo que se estuviera quietecito. La joven, con los pechos al aire, indicó con la cabeza una cabaña que había a sus espaldas.

—Toma —dijo José, ofreciéndole ocho duros de plata.

La joven contempló atónita las relucientes monedas en la palma de su mano. Incrédula, miraba de forma alterna al dinero y al cliente. Todo un potentado. José sonrió:

—No quiero acostarme contigo. Guarda ese dinero para comprarle ropita y comida a tu hijo. Y cómprate también ropa para ti. Y, si puedes, búscate otro oficio. Quizá podrías servir en casa de alguien. O aprender a hilar.

Volvió a montar. La joven se remitió los senos en la blusa y se abalanzó sobre la mano izquierda de José para besársela repetidas veces. Él, incómodo y avergonzado por aquella espontánea muestra de agradecimiento, le cogió con delicadeza la barbilla y la miró con dulzura a la cara. Luego apretó suavemente con las piernas el costado de la yegua, y siguió su camino.

La muchacha recogió a su niño del suelo, lo abrazó y cubrió de besos y se dirigió corriendo hacia la choza, alborozada.

Viñedos y plantíos dominaban el paisaje. Una bandada de verderones pasó volando a baja altura, en busca de semillas. Aquella jovencísima madre pasaba más calamidades que él, pensó. Comenzaba a apretar el calor.

Y en aquel punto, trotando bajo la sombra de los álamos que bordeaban el camino, se preguntó si en realidad estaba huyendo o buscando su lugar en el mundo.

Otra vez le echaba un pulso al destino.

14. MADRID

29 de septiembre de 1823

Al llegar a la capital, vagó por las calles. Durante el largo y tortuoso camino hasta Madrid, había meditado mucho. ¿Podría materializar el sueño que lo acompañaba desde joven? ¿Cambiarían las cosas y el ambiente sería proclive a enterrar el apolillado mundo antiguo?

De repente, un frenesí interrumpió sus cavilaciones. Un tropel de personas corría hacia la Puerta del Sol. José siguió a la riada de gente.

Un olor a quemado y una negra columna de humo lo pusieron sobre aviso.

Una hoguera.

En la Puerta del Sol, cerca de la fuente de la Mariblanca, ardían muebles y objetos. En la plaza había edificios ruinosos, apuntalados. Una multitud coreaba mueras y vivas y asistía jubilosa al espectáculo, como si se tratase de las hogueras de San Antón y se dispusiesen a comer calabaza asada y rosetas.

Se aproximó a las llamas. Alguien había traído una bota de vino que pasaba de mano en mano. Resonaban las carcajadas y los mozos alimentaban el fuego con chibaletes, los muebles de madera de una linotipia. José preguntó:

—¿Qué es eso?

Un hombre de nariz aguileña le respondió:

—Una imprenta liberal. Están quemando todo lo que huelga a esa chusma.

Las llamaradas consumían los cajetines de imprenta y fundían los tipos móviles de plomo, las letras de metal ennegrecidas de tinta que habían compuesto periódicos y libros donde se leían las palabras «libertad», «constitución» y «parlamento».

—¡Menos mal que queda juventud sana en este país! —gritó un anciano.

Varios jóvenes traían en volandas a un cura orondo, en una especie de

silla gestatoria de manos. El sacerdote fue aclamado y, cuando lo dejaron en el suelo, bendijo la fogata. Restallaron hurras. El abecedario de la imprenta ya era plomo derretido, lágrimas metálicas sobre el suelo.

Los animosos muchachos, enardecidos por los vítores, formaron una cadena humana y arrojaron libros y planisferios saqueados del Observatorio Astronómico, en el que los ingenieros cosmógrafos estudiaban el Universo. Decían, dando voces, que allí enseñaban las ratas liberales». El papel levantó una fogarada, cebada con manuales de pedagogía moderna impresos en el extranjero. Estar escritos en lenguas extrañas los hacía sospechosos.

Pero el griterío aumentó cuando se abrió paso una carreta procedente de la calle del Arenal. Transportaba un telar mecánico que funcionaba con una caldera de vapor. Al parecer, un comerciante había comprado la máquina en el extranjero para instalar en Guadalajara una industria textil.

Descargaron el artefacto y, con gran esfuerzo, lo arrojaron también al fuego. Las personas aullaron de gozo. No sabían lo que era. Daba igual.

Un entusiasmado jovenzuelo con la cara tiznada repartió entre los presentes cajitas de cartón con letras pequeñas de plomo aún sin estrenar, sin manchas de tinta.

—Toma. Tírala al fuego —le ofreció una caja a José.

—No.

—¡Tú te lo pierdes! —Al arrojarla a las llamas, la cajita hizo una parábola en el aire y las letras de plomo se salieron como si quisieran componer palabras de despedida.

José, con la ropa ahumada, se alejó del festivo corro de hombres y mujeres que jaleaban la destrucción de cuanto oliese a progreso.

Se acordó del enfebrecido relato del comerciante catalán con el que había cenado tres años atrás. Aquella nueva era de maquinismo no llegaría a un país con vocación de sepulturero de la modernidad.

El pasado volvía a ser el referente del futuro. Nada cambiaba.

El reloj de la Iglesia del Buen Suceso daba la hora con su única aguja. Aquel minuterero de imperceptible movimiento se le antojó el símbolo del atraso.

15. MADRID, CINCO AÑOS DESPUÉS

20 de septiembre de 1828

El rey tenía pelillos en el entrecejo, ojos caedizos, nariz prominente y labio inferior gordezuelo. Sus cejas eran espesas y negras, como tiznadas con carbón. Su cuerpo recio, cintura ancha y sombra de barba le daban un aspecto aburguesado, de hombre satisfecho de sí mismo. Cuando miraba, si hablaba de temas banales, sonreía ligeramente. No lo hacía en ese momento.

Fernando VII estaba sentado en una sala del Palacio Real decorada con tapices. Sobre un mueble de caoba, descansaba un reloj de bronce dorado con la figurita de Cupido dispuesto a disparar una flecha a ciegas. Junto al reloj había varios periódicos sin abrir, aún con la tinta fresca, recién salidos de las tripas de la imprenta, que los secretarios dejaban al alcance del monarca por si le daba por hojearlos. Para mitigar el permanente frío, había un brasero en el centro de la estancia. El aire olía a la alheña esparcida sobre las ascuas. El monarca, con chapetas en las mejillas, entrecerraba los ojos para concentrarse mejor en la información que le suministraba el superintendente general de policía de Madrid, José Zorrilla Caballero.

—Majestad, los liberales son como las setas venenosas: proliferan tras la lluvia. Además, la incultura del vulgo es el humus que les permite prosperar. La policía, sin embargo, está haciendo muchos progresos. En el último mes, hemos apresado a diversos cabecillas que han sido llevados ante la justicia. Nuestra red de informadores es excelente, como Su Majestad sin duda sabrá. Según datos que obran en mi poder.

El superintendente hizo amago de extraer unos papeles de un cartapacio que llevaba consigo, pero el monarca lo interrumpió.

—No os molestéis. ¿Para qué abrumarme con números? Bastantes cosas tengo en la cabeza.

—Claro, Majestad, por supuesto.

El rey vestía levita achocolatada y pantalones y chaleco amarillento que

le confeccionaba Utrilla, el sastre seguidor de los dictados de la moda inglesa. Llevaba el cabello negro algo alborotado, según los dictámenes de la moda. Tenía ojos globulosos, como dos huevos cocidos encajados en las cuencas oculares.

—Apresad a esas alimañas. Ése es vuestro trabajo. Ya está bien de que envenenen las mentes de las gentes sencillas.

—¡Oh, no podría estar más de acuerdo, Majestad! Lo exponéis de forma hartamente elocuente —señaló el superintendente, exagerando el tono servil.

—Se les llena la boca hablando de modernidad y progreso. Pamplinas. La nación no necesita modernidad, sino estabilidad. Es absurdo cambiar lo que ya funciona. Atended a esto: lo antiguo es siempre lo más moderno —sonrió, complacido con su ocurrencia.

—¡Habláis como un sabio, Majestad!

—Cerrad las logias francmasónicas que aún estén en funcionamiento. Encarcelad a sus miembros. ¿No decís que en ellas los liberales observan rituales oscuros?

—Lo hacen, Majestad. Ritos irreverentes. Se ponen mandiles, dibujan compases y estrellas en el techo, encienden velitas y aseguran que Dios es el Gran Arquitecto del Universo —sus manos se movían en el aire como tarántulas—. Son deístas.

—Son delincuentes. La mejor política la del palo y tentetieso. A chirona con ellos —sentenció el rey.

Una gran araña de cristal con las velas apagadas colgaba del techo. Al abrirse una de las puertas de doble hoja de la estancia, una leve corriente de aire frío hizo tintinear las lágrimas de vidrio que pendían de ella. Un criado de librea hizo una reverencia ante el rey, cogió el badil, removió las ascuas del brasero y espolvoreó sobre ellas un poco más de alheña. Un oloroso calorcito se expandió por la habitación. El silencioso criado volvió a hacer la preceptiva reverencia y, al marcharse, cerró la puerta lacada en blanco. Los adornos de cristal de la araña veneciana tintinearón de nuevo, como una melodía infantil.

—Las logias masónicas me quitan el sueño, señor superintendente. Ahí es donde debéis investigar. Son las madrigueras liberales.

—Tengo diseñado un plan para infiltrar a mis mejores hombres en las sociedades secretas, Majestad. Si me permitís.

Al ver que el superintendente amenazaba con sacar un informe del

cartapacio de hule, el rey expresó con la mirada su pensamiento alicorto y empujó el aire con las manos, en un gesto de *vade retro*.

—Perdonad, Majestad. Soy hombre puntilloso, obsesionado con la organización, y se me olvida que estáis sometido a la continua presión de gobernar el reino.

—Ahora sois vos quien se expresa con precisión —sonrió—. Por cierto, esta tarde quiero que dobléis mi escolta.

—Sé que deseáis asistir a los toros, Majestad. Todo está dispuesto.

—Y, después de la corrida, daré un paseo con los amigos. Por los sitios acostumbrados. Estoy convencido de que mezclarme con mis amados súbditos es lo más conveniente —sus ojos chispearon.

—Oh, entiendo, claro, Majestad, por supuesto.

El superintendente sabía que, tras el descabello del último toro, el monarca se iría de juerga con sus amigos, para hacer gala de su campechanía contando chascarrillos y chistes verdes por las tabernas. Y quizá, si la sangre se le calentaba con el vino y las criadillas rebozadas, frecuentaría alguna casa de mala nota, por lo que sus guardaespaldas debían ser hombres discretos y fornidos. El Madrid castizo y nocturno era un foco de riñas.

—Podéis iros. Tengo asuntos urgentes que tratar —se tocó la barriga, hambriento—. Ah, y ya sabéis lo que dice la gente.

—¿El qué, Majestad?

—Que la policía no es tonta —guiñó un ojo y sonrió.

—¡Oh, qué agudeza la de Su Majestad!

A medida que iba atravesando las diferentes salas, el superintendente Zorrilla se cruzó con criados que enceraban los muebles de maderas nobles, burócratas con antiparras y militares de alta graduación que caminaban con solemne lentitud. Compensaba su corta estatura con andares enérgicos, un rítmico balanceo de brazos y la cabeza alta. Era un hombre presumido, y se tintaba las canas con un preparado de droguería que se aplicaba con pincel. Al pisar los mármoles palaciegos, sus taconazos resonaban como disparos de juguete.

Con sus vistosos uniformes azules y rojos, los altos alabarderos vigilaban las puertas del Palacio de Oriente, y aunque Zorrilla los saludó tocándose con los dedos el ala del sombrero de copa, ninguno se cuadró ante él. Eso era algo que le molestaba mucho cada vez que acudía a despachar con el rey. El superintendente soñaba con que, si conseguía cumplir con

diligencia con sus obligaciones, el monarca quizá podría hacerlo ministro le Gracia y Justicia. Entonces, los envarados soldados sí lo saludarían militarmente y él, en contrapartida, ni los miraría. Para que aprendiesen.

En la plaza de la Armería, los guardias reales a caballo estaban inmóviles. Parecían estatuas ecuestres. El vientecillo de la mañana movía los airosos penachos de sus cascos de acero, pero ellos no variaban un ápice su gesto granítico. Todos llevaban largos bigotes, privilegio reservado a los militares. El suelo estaba salpicado de la bosta de los animales y el tufo se expandía por el aire, de modo que el superintendente, para amortiguar el hedor, encendió un grueso cigarro con el mechero de pescozón, se llenó los pulmones del aire caliente del tabaco y se dejó llevar por aquella sensación que lo llenaba de energía.

Estuvo caminando un buen rato hasta que llegó a la plaza de la Cebada, y allí compuso una sonrisa zorruna al ver el patíbulo. Hacía cinco años que ahorcaron en aquel entarimado a Rafael Riego. Con la sonrisa prendida en los labios, Zorrilla recordaba cómo temblaba aquel día el general, amordazado, maniatado, metido en un serón y arrastrado por un burro mientras los madrileños le tiraban verduras pochadas y le escupían y lo insultaban. Tras colgarlo en la horca, lo descuartizaron para repartir sus pedazos por las plazuelas, para escarmiento general.

La chiquillería jugaba a policías y ladrones en el cadalso instalado para el próximo ahorcamiento. Se escondían bajo su estructura de tablones, subían en tropel por las escalerillas y pateaban el suelo de madera haciendo ruido. La horca estaba huérfana de soga, pues la anudaba el verdugo cuando había ejecución pública, momento en que una vociferante multitud se congregaba para el espectáculo. Nada divertía más a la masa que contemplar cómo los criminales, en los estertores, se orinaban o defecaban encima.

El superintendente amplió su sonrisa de zorro al observar la inocente diversión de los críos. Su corazón era tan frío, tan insensible, que padecía hipotermia de sentimientos.

De lejos vio al celador de barrio, reconocible por el bastón de mando que empuñaba.

Lo abordó y le comunicó que le dijese a sus informantes que se esmerasen en recabar datos sobre los locales donde los liberales celebraban sus reuniones.

—La información relevante será bien recompensada—añadió.

Después, Zorrilla se dirigió a su despacho de la calle del Príncipe, se

caló los lentes de leer y notificó sus órdenes por escrito a los comisarios de los diez distritos de la ciudad para que, a su vez, transmitiesen las órdenes a policías, alguaciles y celadores. Debían revisar con detalle los papeles identificativos —las cartas de seguridad— en los registros y redadas, para detener a los sospechosos o hacerles un seguimiento. Una estufa de hierro que se esquinaba en un rincón caldeaba el despacho. El ujier se encargaba de aprovisionarla con carbón y de encenderla temprano. Fumaba con deleite, dando largas chupadas al estilo de los obispos, quizá por ser el tabaco uno de los pocos placeres que les estaba permitido a sus ilustrísimas.

Su mesa de raíz de nogal era enorme. Ni siquiera podía abarcarla con sus brazos, y eso le hacía sentir importante. Los bordes de la mesa tenían algunas marcas negras debido a su costumbre de dejar los cigarros encendidos, muchos de ellos reducidos a larga ceniza, porque quedaban olvidados allí. En el centro había un tapete de badana verde con cercos de goterones de cera y manchas de aceite de candil. En una esquina tenía apilados panfletos y pasquines liberales incautados, y también un manojo de periódicos que leía con detenimiento para cerciorarse de que no contenían artículos subversivos. Un periódico en particular, recién salido de la linotipia, *El Duende Satírico del Día*, lo tenía un tanto escamado. En él escribía un joven periodista llamado Mariano José de Larra. Los textos de ese hombre tenían una prosa impecable, distinta al resto, pero el superintendente no tenía claro si eran una crítica mordaz de la sociedad o amables escenas costumbristas.

También tenía una gaveta con cajones etiquetados que contenía fichas de liberales y de antiguos afrancesados, y en el suelo, junto a la mesa, había una escupidera de latón en la que, de vez en cuando, lanzaba con puntería un salivajo para aclararse las flemas de la garganta. El respaldo de la silla forrada de cuero crujía cuando se echaba hacia atrás para estirar la espalda tras escribir mucho. Sólo se oía el tictac del reloj de péndulo arrimado a la pared.

Por las ventanas penetraba la luz del sol. Zorrilla mojaba la pluma en el tintero con frecuencia porque escribía con rapidez. Tenía que redactar muchas notas y hacer cuentas: debía coger suficiente dinero del fondo de reptiles para untar a los informadores. Era menester agradar al rey, y enchironar a todos los liberales para que no siguiesen pronunciándose militarmente, organizando esas ridículas y aparatosas asonadas que terminaban en el paredón o el patíbulo.

Al rato le dolía la mano de tanto escribir, y Zorrilla encendió un fósforo Lucifer para derretir la barrita de lacre sobre el borde de los sobres. En el aire quedó flotando un olor sulfuroso. Apuró la punta del cigarro, expulsó el humo por la comisura de los labios y llamó al ujier para que repartiese las cartas en mano.

Después, salió de la oficina acompañado de seis policías de confianza para poner sobre aviso a la red de colaboradores y chivatos, de la que formaban parte varias viudas, muchos desocupados, costureras, menestralas, majos, rufianes y todas las madamas. Sobre todo estas últimas. Los prostíbulos eran los mentideros más fiables: los hombres eran propensos a desembuchar tras la relajación horizontal. Y las mujeres que los regentaban eran las mejores colaboradoras de la policía. Se las sabían todas y les interesaba salvaguardar el orden porque las revoluciones eran malas para su negocio.

Al doblar la esquina, vio a un hombre barbado que vestía con elegancia. «Inaudito», pensó el superintendente, y ordenó a un policía que acompañase al caballero a la barbería más cercana para rasurarse. Hubo palabras subidas, pero cuando el agente lo amenazó con llevarlo al calabozo, al hombre no le quedó más remedio que acatar la ley que prohibía lucir bigote o barba a los civiles. Sólo los militares podían.

El superintendente se separó de los policías. Necesitaba meditar la estrategia que debía seguir los próximos días. Al caminar por la arbolada calle de Alcalá, observó cómo la gente se arremolinaba y gritaba al paso de un coche descubierto tirado por dos caballos.

El rey camino de los toros.

La gente iniciaba un trote cochinerero, correteaba cerca del vehículo y vitoreaba al monarca hasta que enronquecía o le daba flato. Fernando VII ordenaba al cochero ir despacio para recrearse en esos triunfales paseos, y mientras los madrileños lo adoraban como a un ser divino y le tiraban besos, él saludaba con la mano hasta llegar al coso de la Puerta de Alcalá. Entonces descendía rodeado de guardias reales a caballo, y de otro coche se apeaban sus escoltas, policías de paisano con un bulto en la cintura de la pistola. El monarca llevaba prendida de la solapa una cinta roja con un pequeño toisón de oro. Y las personas, arremolinadas a una respetuosa distancia, contemplaban al soberano con chaleco color albero como si se tratase de una epifanía.

El superintendente pensó que si al rey se le ocurriese un día arrojar

duros de plata con su efigie troquelada, como un padrino de bautizo postinero, lo querrían aún más.

Le gustó la idea. Tal vez se la comunicaría a Su Majestad la tarde en que hubiese en el cartel alguno de sus toreros favoritos.

Justo en ese momento, pasó un furgón policial tirado por dos caballos. El superintendente hizo un gesto a la pareja de agentes sentada en el pescante. El carro azul tenía una puerta trasera cerrada con un candado y una abertura con rejas. Zorrilla se acercó, miró hacia el interior y comprobó que estaba abarrotado de detenidos. Una fructífera redada de liberales. Algunos sangraban por los golpes recibidos, pero seguía faltando uno al que buscaba con ahínco.

Sonrió satisfecho y les dijo a los policías que continuasen a comisaría.

Los sediciosos caían en sus redes. Pronto ni uno de ellos estaría libre. Es más, él mismo se encargaría de capturar a uno en particular al que le tenía ganas.

Se apellidaba Losada.

16. LONDRES

11 de marzo de 1866

Anochecía. El alumbrado público era la única referencia visual para caminar, pues la espesura de la niebla tóxica, que persistía ante la ausencia de viento y lluvia, era cada vez más cerrada. Los enfermos por obstrucción pulmonar colapsaban los sanatorios, y debido a la falta de camas y habitaciones los enfermeros los hacinaban en los pasillos y zonas de tránsito, donde permanecían tumbados en el suelo, arropados por mantas de áspera lana dispensadas por el Ejército.

Después de estar toda la tarde trabajando en el reloj del campanario de Westminster, el relojero decidió regresar a su casa. Bajar los más de tres centenares de escalones de la Torre del Reloj le trituraba las rodillas, de modo que, al llegar a la calle, tuvo que descansar un par de minutos para reponerse antes de echar a andar. Ahora caminaba de prisa para respirar el menor tiempo posible aquella calígene venenosa. Había dejado su maletín en la torre, así evitaba transportar las herramientas cada día. Además, prefería mover un poco las piernas en vez de tomar un coche. No es que fuera un obseso de un orden cotidiano establecido, pero no se acostaba sin caminar un buen trecho, por lo que había decidido que sólo cogería un carruaje cuando llegara a Trafalgar Square. Apenas se cruzaba con otros viandantes.

Las farolas daban una luz mortecina en Whitehall. Los cascos de los caballos de los carruajes resonaban a lo lejos, como provenientes de sueños, pues el aire blancuzco impedía la visión y distorsionaba los sonidos. No se veían las estrellas y se adivinaba la luna por su halo resplandeciente.

Las ventanas de los edificios permanecían cerradas para que no se filtrase esa niebla que depositaba una fina capa de hollín en los muebles. Aun así, al estar muchas de las habitaciones iluminadas con gas, tras las cortinas se veían las siluetas negras de las personas, como sombras chinescas. Del Támesis llegó el ulular de la sirena de un barco. Se subió las solapas del abrigo. El lugar estaba desierto.

Oyó unos pasos a su espalda.

Se volvió y, a través de la niebla, a unos diez metros de distancia, entrevió a un hombre alto, incluso más que él, que caminaba por la misma acera. Continuó andando, y, al llegar a Charing Cross, vio alejarse un ómnibus. Había pocos pasajeros en él, y los cascos herrados de los caballos de aquel transporte público levantaban chispas en el suelo. Le pareció increíble que no hubiese ningún coche disponible en aquella zona, de modo que, como tenía previsto, siguió su camino hacia Trafalgar Square.

Volvió a hacerse el silencio. Sólo se oía el rítmico sonido de las suelas de sus zapatos. Caminaba absorto, en un ligero estado de trance. Aquello solía ocurrirle, sobre todo, cuando se ensimismaba pensando en un tema y caminaba deprisa. Y los engranajes de su mente, aquella noche, estaban ocupados en resolver los problemas técnicos de dos grandes relojes. Problemas que debía resolver en apenas un mes.

Entonces volvió a oír pasos detrás de él.

Se detuvo, volvió la cabeza y vio de nuevo al individuo que había visto antes, que también detuvo sus pasos. Se mantenía a la misma distancia. Unos diez metros. La gasa neblinosa que los separaba le impedía distinguir sus facciones. Iba vestido con corrección, tocado con sombrero negro. Su indumentaria no hacía sospechar que se tratase de un delincuente.

Escamado, el relojero empezó a caminar más rápido. Tenía la sensación de que aquel tipo lo seguía, así que, sin detenerse más tiempo para comprobar si su intuición era cierta, se encaminó hacia Trafalgar Square a paso ligero.

Las pisadas a su espalda aumentaron el ritmo. Eso le confirmó que aquel individuo sin duda lo seguía. ¿Acaso pretendía atracarlo? Londres era una ciudad peligrosa al caer la noche, y los robos con violencia se habían incrementado desde la aparición de aquella persistente y apestosa niebla. Él siempre había sido un hombre arrojado, pero ya estaba algo mayor y no confiaba en su fuerza física en caso de forcejeo. ¡Ah, cómo lamentaba no haber cogido de casa el bastón-estoque que guardaba en el paragüero! Aquellos palmos de acero templado hubiesen sido una inmejorable defensa en caso de que intentaran atracarlo. Se maldijo por su falta de precaución, pero ya nada podía hacer salvo encontrar un coche con rapidez.

Sin embargo, por más que aguzaba la vista no distinguía la luz del farol de ningún coche de caballos. Y los pasos a su espalda se oían cada vez más cerca. Su perseguidor recortaba distancia. Apretó el paso. Miró a su izquierda en busca de un portal abierto donde refugiarse, pero todos estaban cerrados.

Sin detenerse, miró hacia atrás una vez más. El hombre, que se encontraba a poco más de cinco o seis metros, introdujo la mano en el bolsillo del abrigo oscuro y extrajo un objeto.

Parecía una pistola.

La luz de una cercana farola de gas hizo brillar durante un segundo lo que identificó como metal pavonado. El acero del cañón.

De pronto, de entre la niebla surgió una débil fosforescencia, y el relojero se lanzó a la carrera hacia ella. Era el farol de un coche. El cochero, con un capote de hule y la cara protegida por una bufanda, frenó la pareja de caballos al ver que alguien se abalanzaba sobre él. Cuando llegó hasta la puerta del carruaje, su respiración era entrecortada. A través de la ventanilla vio que no había nadie. Estaba libre. La abrió con nerviosismo, se montó y cerró la portezuela con fuerza.

A través del cristal vio al individuo parado en la acera. Ya no tenía el arma de fuego en la mano. Sin duda, la había ocultado. Pero ¿realmente era una pistola lo que vio?, pensó mientras un escalofrío culebreaba por su espina dorsal. La niebla difuminaba el rostro del hombre.

Golpeó con la palma de la mano el techo del coche y dijo en voz alta:

—A Tavistock Square.

El cochero indicó con las riendas a los caballos que comenzasen a moverse. Las luces de las farolas, a través de la densa niebla, tenían un irreal tono verdoso, de pesadilla. El relojero echó una última mirada por la ventanilla hacia la acera.

El hombre había desaparecido.

17. MADRID

21 de septiembre de 1828

Los feligreses salían de misa, y el superintendente esperaba fumando en la puerta del Real Monasterio de la Encarnación. La luz cenicienta de la mañana era la idónea para aquella sobria y grisácea fachada. Las señoras, con papada gruesa y frente fruncida, sostenían sus misales nacarados y guardaban sus rosarios de cuentas de azabache. A medida que los burgueses y aristócratas abandonaban la penumbra del templo, se cubrían con sus sombreros, mientras las damas, tras quitarse la mantilla a modo de velo, abrían sus parasoles por pura elegancia. Los nobles, al calarse el anticuado sombrero de tres picos forrado de seda, añoraban los tiempos pasados de las pelucas empolvadas, cuando el mundo no había sido aún trastocado por los revolucionarios. Se lamentaban de que los tiempos estaban cambiando, y de que pronto los tenderos dirigirían el país. Aquellos hombres se destocaban para saludar a las señoras, o se llevaban dos dedos al ala del sombrero e inclinaban la cabeza para saludarse entre sí. Había carretelas y landós con sus respectivos cocheros esperando a sus señores recién comulgados, en cuyos paladares quedaba pegado el rico saborcillo de la sagrada forma.

Varios tullidos y menesterosos pedían limosna gimoteando. Eran invisibles para las empingorotadas damas y caballeros, pero no para sus criados, que les daban calderilla, monedas de cobre con cardenillo.

Era la iglesia a la que solían acudir algunos nobles, y ése era el motivo de que el superintendente Zorrilla estuviera allí.

Al hombre que buscaba, un hidalgo arruinado llamado Rafael González, le gustaba rodearse de sangre azul y por eso iba a esa iglesia. Para creerse sus propias fantasías.

Salió de los últimos. Caminaba con petulante rapidez, con esa comicidad de los hombres pequeños que pretenden mostrarse enérgicos. Como cada domingo, llevaba el raído hábito de una orden de caballería a la que había

pertenecido su padre. Vestido de aquella guisa, satisfacía sus delirantes sueños de grandeza, sin percatarse de las miradas de desprecio que le echaban los nobles o de las medias sonrisas de sarcasmo que le dedicaban los burgueses. Era un anacronismo viviente, un cristobita de los que hacían reír a niños y mayores.

El superintendente le dio una honda calada al puro y le ordenó que se acercase con un gesto de la mano, como si llamase a un camarero.

—¡Don José, qué alegría verlo! ¡Cuánto bueno por aquí!

—Ya te veo, con tu habitual disfraz dominical. ¿Actúas en algún drama de Calderón? ¿*La vida es sueño*, tal vez? —rió, sardónico.

—Ya sabe usted que este santo hábito perteneció a mi progenitor. De él lo heredé, y con él recibí también la pertenencia a la sacrosanta orden representada por este escudo —se tocó el pecho.

—Qué cara tienes y qué caro te vendes, Rafael. Hace tiempo que no te pasas por mi despacho para contarme nada —expulsó una bocanada de humo azulado—. ¿No te estarás achantando?

—¿Yo, don José? ¡Quite, quite! ¿Por qué habría de achantarme?

—A lo mejor te has pasado al bando liberal —sonrió apretando el puro con los dientes.

Rafael gargajeó, se retiró un palmo y extendió los brazos con dramatismo, como queriendo apartar de sí aquella mera sugerencia.

—No he podido visitarlo, don José, porque he estado muy ocupado con ciertos asuntos profesionales —dijo con orgullo.

—¿Asuntos profesionales? Ja, ja, ja! ¿Me vas a venir a mí con ésas? Habrás estado saqueando tumbas para vender los huesos como si fuesen la calavera de san Pedro o la rabadilla de la Magdalena. O desplumando palomos para decirles a los pobres incautos que son plumas del Espíritu Santo, de cuando se apareció en el río Jordán. ¡No me vengas con cuentos! Ja, ja, ja!

—No me ofenda, don José —respondió, teatrero.

—Serías capaz de robar de ahí dentro —señaló la Encarnación— la ampolleta de sangre del relicario de san Pancracio, y de sustituirla por otra con sangre de tu madre, si aún vive. Pero, claro, no se licuaría cada veintiséis de julio y, al no haber milagro, la gente se coscaría del engaño. ¡Menuda prenda!

El hidalgo solía comerciar con reliquias. Se pateaba Madrid y las villas

de los alrededores con un muestrario de huesecillos diminutos como cañamones que, metidos en ampollas de vidrio, vendía a beatas adineradas asegurándoles que procedían de conventos europeos saqueados por los franceses durante las guerras napoleónicas. Y también saqueaba obras de arte de iglesias y conventos destruidos en la guerra: fragmentos de retablos, imágenes barrocas y tablas medievales que vendía enseguida, porque había un floreciente mercado de antigüedades.

El superintendente palmeó la espalda al hidalgo y ambos comenzaron a andar, uno al lado del otro. Los dos eran de corta talla, y la estampa que formaban juntos era un tanto cómica. El buhonero de reliquias tenía las manos pequeñas y uñas largas, afeminadas.

—No hagas que me ría más, que puedo herniarme —soltó un chorro de humo por la nariz—, y abre bien los oídos, que debo decirte algo importante.

Los matrimonios de la alta burguesía o de la rancia aristocracia, comulgados y con la conciencia en paz por las limosnas depositadas en los cepillos, se marchaban en sus elegantes carruajes. Tras ellos quedaba el rastro del jabón de sus pieles y el perfume de incienso de sus ropas. Los burgueses llevaban chalecos atrevidos, de colores chillones, al dictado de la moda inglesa.

El superior de policía chasqueó la lengua y dijo:

—He confeccionado una lista con los liberales más peligrosos. No hemos podido retenerlos al no haberlos pillado con las manos en la masa, ya sea con propaganda facciosa o reunidos en sus insidiosas tertulias de café o en sus logias.

El vendedor de reliquias asintió con la cabeza y se pasó la mano por la cara rasposa, mal afeitada. Tenía los ojos pequeños y la frente despejada, según él por las horas nocturnas dedicadas a estudiar Derecho en Alcalá, aunque Zorrilla sabía que sólo estuvo matriculado un año porque era tan negado para los libros como taimado y hábil para el engaño.

—Quiero que vigiles a un tipo llamado José Rodríguez Losada.

—¿Quién es el menda, si puede saberse?

—Era un oficial de caballería. Uno de los últimos en seguir a Riego. Como tantos otros, se benefició de la amnistía del rey de 1824. Abandonó el Ejército el año pasado y trabajó como ayudante de los neveros en la sierra. — El extremo de su puro se puso de un rojo brillante tras la calada.

—¿Se trata de un conspirador?

El traficante de reliquias detuvo el paso, achinó los ojillos y bajó el tono de voz al preguntar. Zorrilla hizo un movimiento con los hombros:

—Tal vez. Es un pájaro de cuidado. Un agitador que habla de modernizar el país. Algunos conmlitones le llaman Marco Polo.

—¿Es chino?

—Es de León o de por ahí. Se le llena la boca con que el atraso español se soluciona viajando y copiando cosas de otros países. Al parecer, no se le cae de la boca la palabra «futuro».

—No hay mejor futuro que continuar como estamos.

—Otra de sus cantinelas favoritas es que en España no hay libertad.

—¡Qué disparate! Libertad —enfurruñó el gesto—. No quieren libertad, sino libertinaje.

—Vaya, no sabía que fueses un filósofo.

—Es lo que da haber estudiado Leyes...

El superintendente rio, y tras un ataque de tos, dijo:

—Debes enterarte de dónde se reúnen ese tipo y los de su ralea. En qué café se juntan. Es escurridizo como una anguila, y aún no hemos podido averiguarlo.

—Déjelo de mi cuenta.

—Si cumples, te espera una sustanciosa recompensa.

Rafael González se paró, colocó la mano en el pecho, sobre la cruz roja de Santiago que lucía el hábito remendado, y con voz engolada, dijo:

—El dinero no da la felicidad.

—Pero quita muchos nervios.

—Confíe en mí. Soy un dechado de virtudes.

—Eres un dechado de defectos. Pero un chivato cumplidor.

—No me diga esas cosas, señor Zorrilla. Que luego me reconcome el remordimiento.

—A ti lo único que te reconcome es el resentimiento. Por eso eres tan eficaz en esto.

—Si mi delicada misión se viera coronada con éxito, me gustaría pedirle una merced —carraspeó—. Que me consiga una audiencia ante Su Majestad.

El jefe de policía sacudió la ceniza de su puro, contuvo un acceso de risa o de desprecio, y preguntó:

—¿Para que querría un chisgarabís como tú ser recibido por el mismísimo rey?

—Para solicitarle un título. Por mis venas, señor, aunque diluida, corre sangre azul —hinchó el pecho como un pavo real.

—Por tus venas corre vino peleón. Cállate y no me soliviantes.

—Creía que éramos amigos...

—Yo no tengo amigos, sólo intereses.

—Lo que usted mande.

—Toma, éstas son las señas del tiparraco al que debes seguir. —Extrajo del bolsillo del gabán una cuartilla doblada y se la entregó—. Y cómprate ropa nueva con el dinero que ganes con este encargo.

—Me lo gastaré en comprar billetes de la Lotería Moderna. Cuando me haga rico, dejaré el oficio. Un hijodalgo no está hecho para trabajar.

—¡Qué hijodalgo ni qué niño muerto! ¡Tú lo que eres es un hijo de puta! Aunque simpático, eso sí. Ja, ja, ja! —replicó el superintendente soltando una risa carrasposa de fumador y palmeándole la espalda, amistoso.

—Con el dinerito me tomaré una copa de pajarete a su salud.

—Eso es vino de damiselas —hizo un gesto de repugnancia.

—Soy de gustos delicados, ya lo sabe.

—Anda, anda. Mira, hoy es domingo, el Día del Señor, y hay que celebrarlo debidamente. Te has ganado un buen cigarro —le dio vueltas en los dedos al suyo, humeante, aromático—. ¡Ah, las cigarreras madrileñas hacen un tabaco excelente!

El mercachifle de reliquias se relamió. Nunca había saboreado un cigarro de semejante calidad. El superintendente sacó su petaca acanalada de cuero del bolsillo interior de su gabán, se quitó el puro de la boca y se lo tendió a Rafael. Éste, atónito, cogió el cigarro a medio fumar y se lo quedó mirando mientras el jefe de policía cogía otro, lo descapullaba de un mordisco y se daba lumbré.

—Pero fuma, hombre, fuma —le espetó, envuelto en humo azulón—. Espero tener pronto noticias tuyas.

El superintendente se marchó con sus andares rápidos, la barbilla alzada y las manos entrelazadas a la espalda. Un cabriolé con el techo descorrido pasó rápido por la calle. El aire era gris bajo el cielo encapotado.

Rafael González le dio varias chupadas rápidas al puro hasta que tiró, y luego se alejó despacio, regodeándose con su hábito de Santiago, su exquisito tabaco y la promesa de un dinero fácil. El día anterior, un buhonero le había vendido a un precio irrisorio fragmentos de esqueleto de tumbas saqueadas en

un convento durante la francesada. Los huesos, muy viejos, pasarían por auténticas reliquias. Sólo le faltaba rebuscar libros antiguos en una trapería, comprar algunos, recortar hojas con espacios en blanco y escribir con caligrafía gótica el santo al que pertenecía cada trozo óseo.

Incluso tenía ya preparada una calavera de un chucho para convertirla en el perro de San Roque. En cuanto encontrase una vieja beata ilusa y podrida de dinero, se la colocaría.

Con sus andares de pagado de sí mismo, inhaló el humo y entrecerró los ojos, feliz. Se regodeaba en el pensamiento de que estaba abocado a la gloria.

Acababan de encomendarle lo que más le gustaba. Delatar.

18. MADRID

27 de septiembre de 1828

Lucía el sol en los Jardines del Buen Retiro. Día de prolegómenos otoñales. Los soldados de la guardia recorrían despaciosos la tapia que delimitaba El Reservado, la zona noreste acotada para disfrute de la familia real. Los madrileños podían solazarse en el resto de la extensa zona ajardinada, pero no colarse en El Reservado, ni siquiera otear desde lo alto de la tapia, porque se exponían a ser detenidos, a pagar una fuerte multa y a recibir una somanta de palos como escarmiento.

Las lujosas falúas reales que Fernando VII hizo traer del Palacio de Aranjuez estaban atracadas en el estanque, junto al Embarcadero Real, dispuestas por si al monarca le apetecía navegar. Las copas de los árboles brillaban bajo el sol y las ardillas correteaban presurosas por el suelo, se encaramaban a los troncos y recorrían las ramas. Se oía el tamborileo de los pájaros carpinteros taladrando la madera con cabezonería. El agua que manaba de las fuentes creaba una bucólica atmósfera de paz.

El superintendente había dejado atrás la graciosa Casita del Pescador, pintada de rojo y decorada imitando las ruinas pompeyanas, con su tejado que parecía trasplantado del monasterio de El Escorial. Era uno de los Caprichos que había ordenado construir Fernando VII. Otros caprichos arquitectónicos eran la Casa del Pobre, la de las Vacas o la de los Contrabandistas, que parecían casas de muñecas para adultos, como de cuento de los Hermanos Grimm con decoración exótica. En ellas el rey y sus amigotes montaban francachelas e invitaban a sus amiguitas. Primero jugaban a las prendas y a la gallinita ciega, como en el cartón de Goya, y bebían anisete y bebidas espirituadas refrescadas en cubiteras de loza con nieve. Y luego, con la respiración agitada y voluptuosa, jugaban a juegos prohibidos, y ellas tomaban lomo embuchado y ellos mermelada de higo.

El jefe de policía apagó su puro contra un castaño de Indias y se encaminó hacia el edificio del Embarcadero, donde el rey estaba almorzando.

Las dos falúas reales se alzaban al borde del estanque, con sus remos blancos y sus adornos de pan de oro. El monarca había ordenado construir una con delfines entrelazados en la proa, cuyo pabellón estaba adornado con guirnaldas y mariposas. En la otra falúa había navegado de niño y el rey le tenía cariño. Carlos IV la encargó en los astilleros de Cartagena, y supervisó personalmente la decoración del angelote dorado con alabarda que iba en la proa.

Todo estaba tranquilo. Sólo se oían los plácidos sonidos de la naturaleza: trinos de pájaros, agua manando y el murmullo de las hojas al soplar la brisa, como si a los viejos árboles les diese una fugaz tiritona.

En verano, algunas noches el monarca, la reina y sus cortesanos asistían desde las falúas reales a conciertos: una orquesta interpretaba la Música Acuática de Haendel a la luz de las velas, en la orilla del estanque, ante el aburrimiento del rey, que sólo se alegraba cuando al final había fuegos artificiales, pues hacía palmas, abría mucho la boca y pronunciaba un prolongado «¡Ooooooh!». Al monarca también le gustaba mucho presenciar pasacalles de bandas militares en uniforme de gala. Los soldados daban vueltas bajo las arboledas del Buen Retiro interpretando marchas y, al pasar ante el rey, Fernando VII se ponía firmes y saludaba.

Pero aquella mañana no había cornetas ni tambores.

El Embarcadero se alzaba en la orilla del estanque y el sol se reflejaba en sus aguas calmas. Un criado, acuclillado, metió y sacó con rapidez la punta de los dedos en el agua fría, como si comprobase la temperatura para el baño de un niño chico.

Otro criado entraba en el Embarcadero sosteniendo en equilibrio una bandeja con varias tazas de porcelana china con aromático café negro. Las banderas blancas con el escudo real que coronaban el tejado de estilo escurialense apenas eran movidas por la brisa. Varios granaderos, con el fusil terciado y apostados junto a los frondosos árboles, velaban por la seguridad de la familia real.

El pabellón estaba decorado al modo chinesco: papel pintado con pagodas de techos puntiagudos y chinas sonrientes con caritas blancas, dragones de porcelana enroscados en las columnillas y figuras de bronce dorado de sabios ancianos de ojos rasgados y largos bigotes. En una de las alas del pabellón, la reina, junto con dos damas a su servicio, escribía poesía religiosa y bebía agua de Carabaña, mientras en otra ala el rey jugaba a las cartas con algunos aristócratas.

Varios criados con librea disponían con esmero pasteles sobre bandejas lacadas en negro con decoración oriental. En bandejas de plata había jícara de loza inglesa con chocolate caliente, en cuya superficie brillante se formaba telilla. En otras bandejas plateadas había bizcotelas, ochíos y tortas de manteca con costra de azúcar.

Un cuarteto de cuerda interpretaba música de cámara a la que nadie parecía prestar atención, salvo un perrillo que olisqueaba la puntera de los zapatos de los músicos.

El jefe de policía esperó en la antesala a que Fernando VII se percatara de su presencia. El criado le sirvió al soberano una tacita de café recién hecho, sin añadirle azúcar de caña. El rey olió su aroma oscuro, probó cómo estaba de caliente y sopló en el interior, para enfriarlo.

Zorrilla miró con detenimiento a María Josefa Amalia de Sajonia, la reina. Era una mujer de veinticinco años, de ojos grises y melancólicos, boca de pitiminí y el severo aspecto de una institutriz. Todo el personal de palacio sabía que prefería rezar el rosario junto a su marido en lugar de mantener relaciones sexuales, que se le antojaban sucias y pecaminosas, y se decía que el mismísimo Papa tuvo que escribirle una carta para decirle que el ayuntamiento carnal entre esposos era bueno y querido por Dios, siempre y cuando estuviese orientado a la procreación. El superintendente pensó que la epístola papal debía de haber sido poco elocuente al ver el aire ajado y monjil de la reina. Una flor marchita por falta de riego.

El rey se bebió el cafelito a pequeños sorbos y, al posar la taza de porcelana en la mesa, reparó en el superintendente. Fernando VII lo llamó con la mano para que se acercase.

—Majestad —saludó Zorrilla, inclinando la cabeza.

—Me ha tocado una buena mano... —señaló las cartas con el mentón.

—Sois afortunado en el juego, como vuestros súbditos lo somos al teneros como monarca.

—¿Alguna novedad? ¿Habéis prendido a más conspiradores?

Fernando VII iba formulando sus preguntas sin perder de vista las jugadas de sus compañeros de mesa, que fumaban y bebían jerez o café. Su mirada traslucía las luces justas.

—Hemos apresado a los más conspicuos. Pronto caerán más. Mis informantes han cumplido. Dispongo de los datos necesarios para realizar una gran redada. Modestamente, he ideado un plan que sólo puede verse

coronado por el éxito. Caerán.

—Que sea pronto —echó una carta sobre el tapete verde—. No dejéis ni uno.

—Por supuesto.

—Ah, por cierto. Hay rumores de que, por las noches, circulan por la calle gentes con máscaras para ir a fiestas de disfraces y saraos privados. ¿Acaso no estáis al corriente? —lo miró de refilón.

—Lo estoy, Majestad.

—Sabéis que las máscaras están prohibidas. Pueden dar cobijo a conspiradores para moverse libremente por la ciudad.

—Los serenos tienen órdenes de avisarnos cuando descubran en qué casas se celebran esas fiestas. Y están autorizados a ordenar a las personas con máscara a quitársela. Una buena ayuda a las tareas de vigilancia nocturna, Majestad, sería duplicar el número de faroles.

—¿Acaso habéis bebido, superintendente? El aceite cuesta un potosí. Sale más barata la mano dura. Que los serenos redoblen esfuerzos.

—Así se hará. Lo que ordenéis.

—Podéis iros.

—Majestad —hizo una ligera reverencia, pues con la edad se le soldaban las vértebras y apenas podía inclinarse.

Al abandonar el Embarcadero y su recargada decoración de dragones y chinitas de caritas lacadas con sombrillas, desanduvo el camino por el Buen Retiro pensando en la eficacia de su red de chivatos y en la abundante información recogida por los comisarios y alguaciles.

El mercader de reliquias, que se movía a placer en diferentes ambientes —también en los tabernarios—, descubrió que Losada frecuentaba un cafetín de la Cava Baja, en cuya trastienda tertuliaban otros liberales de su calaña.

El oficio del comerciante de falsos huesos de santos le había encendido al superintendente una candela en la imaginación: él mismo iba a introducirse entre los tertulianos con los que se reunía ese tal Losada para descubrir la conspiración que preparaban. Sabía cómo hacerlo sin ser descubierto.

El puesto de ministro estaba cada vez más cerca. Lo sentía.

Continuó caminando por los fastuosos jardines del Buen Retiro y, al pasar cerca de la casita del Pescador, oyó risas sofocadas y el toque de unas castañuelas procedentes de su interior.

Los amigos del rey estaban de cuchipanda. Sonrió. Era curioso que las

costumbres libertinas de los aristócratas se disculpasen con risitas y codazos, mientras que las de los pobres se censurasen como viciosas.

Las debilidades de la carne. Precisamente iba a disfrutar de un cuerpo femenino aún apetecible aquella misma tarde. El superintendente aprovechaba su cargo para beneficiarse a casadas con maridos sospechosos de liberalismo y susceptibles de depuración política. Y también satisfacía sus apetitos carnales con viudas con apuros económicos. A las primeras, les garantizaba proteger a sus esposos siempre que ellas le proporcionasen media hora de placer, así como información de las actividades políticas de sus maridos y círculos de amigos. A las viudas con problemas de dinero, les daba una generosa propina sustraída del fondo de reptiles y les exigía espiar a liberales.

Esa misma mañana había recibido en su despacho una nota perfumada de una de «sus viudas». Lo emplazaba en la casa del barrio de las Vistillas, cerca de un beaterio, donde siempre quedaban. Y para que los vecinos no murmurasen, la solícita viuda acudía a los encuentros vestida de beata: de riguroso luto y con velo.

Y él, por su parte, lo hacía disfrazado de fraile.

Un rato de gusto y, después, un placer más duradero: la neutralización del peligro liberal y la detención de Losada.

Ya se veía sentado en el Consejo de Ministros.

19. LONDRES

12 de marzo de 1866

Se desveló mucho antes de que rayase el alba. Estuvo dando vueltas en la cama, inquieto, pensando lo sucedido la noche anterior. No podía dejar de recrear en su cabeza la borrosa escena. ¿Había visto con claridad una pistola, o había confundido otro objeto con un arma? ¿Aquel sujeto trataba de agredirlo o sólo era un viandante que, al igual que él, buscaba un coche libre en las desiertas calles? A sus sesenta y nueve años le bastaba con dormir pocas horas, pero aquella mañana, cuando se levantó, todavía estaba a oscuras y las farolas seguían encendidas, ofreciendo su escuálida luz al brumoso Londres, una ciudad que parecía el reino del Hades.

Tras desayunar un café migado, se dirigió a la relojería para encerrarse en su taller toda la mañana. La cafeína lo había despejado e insuflado energía. Encendió las lámparas de gas del Laboratorio del Cronos, donde experimentaba en la creación de relojes. Al contemplar la complicada maquinaria del que estaba construyendo, su mente comenzó a bullir y empezó a mover los dedos como un pianista antes de sentarse y posar las manos sobre las teclas.

Aquella máquina de medición del tiempo era revolucionaria en algunos aspectos técnicos: cualquiera de sus piezas podía desarmarse sin necesidad de desmontar todo el reloj. Además, una vez dada la cuerda, el reloj debía tener una autonomía de funcionamiento de una semana. ¿Funcionaría cuando lo montasen en el emplazamiento para el que había sido pensado? ¿O sería un rotundo fracaso y el descrédito lo acompañaría hasta el final de su vida?

Olía a engranajes aceitados, a metales pulimentados. Las doradas ruedas dentadas brillaban, al igual que las esferas de control de los minutos y segundos, y el diseño de inspiración náutica confería a la maquinaria un vago parecido a la sala de mando de un buque.

De un barco que navegase en el mar del tiempo.

20. MADRID

28 de septiembre de 1828

La Cava Baja bullía a última hora de la tarde. La luz dorada de finales de septiembre parecía filtrada a través de una lámina de pan de oro. De los bodegones y mesones salía olor a comida recalentada y humazo de fritanga, y manos expertas hacían rodar barriles de vino por la calle para introducirlos en las tabernas. Las tascas, iluminadas con velones de aceite, tenían descorridas las sucias cortinas de la entrada para ventilar el aire enrarecido del interior, y de ellas emanaba un olor a vinazo y aguardiente. El lento traqueteo de los carromatos de los comerciantes hacía un ruido ensordecedor. Los portaequipajes de los coches de caballos iban atestados de fardos, valijas, objetos empacados y baúles amarrados con cuerdas, y los mozos de cuerda y los sportilleros, con la camisa remangada, se escupían en las manos preparándose para bajar los bultos y trasladarlos al interior de ventas y posadas. Los cocheros de los carruajes de viajeros gritaban desde el pescante para que la gente se apartase, pues, al llegar cansados del viaje desde Segovia y Toledo, ansiaban parar en las fondas y pensiones que jalonaban la larga calle para cenar un plato de cochifrito o de cocido mareado.

Ningún viandante prestaba atención al fraile que, con la capucha puesta, caminaba por la Cava Baja sorteando carricoches, tartanas y hombres que se palmoteaban las espaldas antes de entrar en las tabernas a beber vino y comer casquería. El religioso cojeaba y se ayudaba de un bastón.

El superintendente, con su atavío frailuno, miró con atención el cafetín en cuya trastienda, según el vendedor de reliquias, se reunía José Rodríguez Losada con un grupúsculo liberal para conspirar. Al día siguiente, estaba prevista una redada para detener a los intrigantes.

Dejó atrás el bullicio de la Cava Baja y, al cruzar una esquina, se topó con un carruaje fúnebre. Los percherones, con plumas negras en la cabeza, tiraban del coche pintado de negro por cuyas cristaleras se veía el féretro. Una apenada y circunspecta comitiva de deudos y familiares caminaba detrás.

El jefe de policía estuvo a punto de santiguarse, por respeto, pero de pronto se acordó de que iba vestido de fraile y trazó en el aire la señal de la cruz.

Cuando con su ostensible cojera cruzaba el puente de Extremadura, divisó al fondo el barrio de las Vistillas y el perfil del convento de San Francisco, y esbozó una sonrisa zorruna bajo la capucha: ardía de ganas de yacer con la viuda.

Por su parte, José atravesaba la Cava Baja en dirección al cafetín en el que, secretamente, se reunía con sus conmlitones al caer la tarde. Llevaba sus viejas botas de oficial de caballería, recién engrasadas, y apenas parecía reparar en el tráfico de la calle, en los coches de punto de sudorosos caballos que enfilaban los portalones de las posadas, y en el pestazo a verdolaga que se escapaba de los figones de mala muerte. Iba absorto en sus pensamientos. Lo asaltaba la melancolía al contemplar a los viejos amigos, los que se conocían de toda la vida, que paseaban cogidos del brazo, deteniéndose a trechos al conversar, sin prisa, como si dispusiesen de todo el tiempo del mundo.

Él, por los avatares de su vida, no había hecho amistades duraderas. Había tenido sucesivas relaciones amistosas, pero de carácter circunstancial, superficial, sin llegar a ahondar en ninguna de ellas. Ciertamente se encontraba muy a gusto con un par de tertulios del pequeño café que conoció hacía sólo dos meses, pero le apenaba que el destino, una vez más, con uno de sus crueles giros, le privase de su compañía. Intuía que podrían haber llegado a ser grandes amigos, pero aquella noche tendría que despedirse de ellos, y eso lo apenaba. Ese era el motivo por el que miraba con melancolía a los amigos que caminaban abrazados, satisfechos, contándose confidencias o hablando de pequeñeces.

Con la amarga sensación de que nunca tendría amigos de verdad, entró en el café donde se congregaban los liberales.

El aire estaba cargado de humo. Olía a granos de café tostados y molidos, el perfume oscuro que era una metáfora de la vida recomenzada cada mañana. La algarabía de las conversaciones se imponía sobre el entrecuchar de vasos y el de las cucharillas removiendo las bebidas calientes. Como el local también era botillería, algunos clientes tomaban refrescos hechos con nieve: bebían poco a poco, se relamían con la zarzaparrilla y los granizados de limón, y se enjugaban los labios con el dorso de la mano. Algunos hombres, repantigados en sillas, se disponían a jugar una partida al dominó, concentrados en el ruido circular de las fichas moviéndose en el

velador de mármol. Otros leían la prensa, y comentaban artículos de su gusto o meneaban la cabeza si una noticia no les agradaba. José saludó con la cabeza y entró directamente en la trastienda, para reunirse con los suyos.

Mientras tanto, con la luz del sol apagándose ya a sus espaldas, el superintendente exageraba la cojera a medida que se aproximaba al beaterio de las Vistillas. Mujeres con velo entraban en él con andares presurosos, persignándose. Las que frisaban la vejez caminaban con lentitud artrítica, deseosas de darse friegas con alcohol de romero para aliviar su mala circulación. De la puerta abierta del beaterio escapaba un fuerte olor a lejía, pues todos los días fregaban suelos y escaleras con una mezcla de agua caliente y ceniza. La obsesión por la limpieza de aquellas mujeres era mucho más que la metáfora de un corazón sin mácula.

La silueta creciente de la luna comenzaba a platear.

En cuanto cayese la noche, el beaterio cerraría su puerta con llave y ni siquiera los sacerdotes podrían entrar. Viudas y solteronas vivían allí en régimen casi conventual, y después de estar todo el día fuera ayudando en parroquias como sacristanas, cuidando ancianos en asilos o enfermos en hospitales, regresaban para rezar en comunidad y dormir lejos de murmuraciones vecinales, aunque ya eran inmunes a las habladurías. Tenían callos en el alma.

El jefe de policía llamó cuatro veces a la aldaba de una casa paredaña al beaterio. Era la señal convenida. La blanca y descascarillada fachada necesitaba otra mano de cal. Enseguida abrió una desgredada vieja que se alumbraba con un candil. El fraile se retiró la capucha para que le viese la cara. Al reconocerlo, lo dejó pasar y cerró la puerta con sigilo. Las bisagras estaban aceitadas y no chirriaron.

—¿Ha llegado ya la señora? —preguntó con un hilo de voz.

—Aún no, señoría.

El débil resplandor del candil confería al enjuto rostro del ama de llaves un aspecto brujeril: arrugas profundas como simas, nariz aguileña y ojos protuberantes. Era como si Georges de la Tour hubiese retratado a la oficiante de un aquelarre, porque además la anciana de manos huesudas estaba encorvada. Su voz de bruja sonaba a sonaja oxidada.

—No se apure, su señoría, la señora estará al caer.

La mujer acompañó al superintendente hasta el cuarto alquilado para sus escarceos sexuales. Por la rendija de una ventana mal cerrada entraba una ligera brisa y la llamita del candil temblaba como una niña asustada. Subieron

unas escaleras que crujían, la vieja abrió con dos vueltas de llave la puerta de la habitación y dijo, servil:

—He preparado la jofaina, unas toallas de hilo y una jarra de vino, señoría.

—Está bien.

La vieja añosa cogió con la mano libre la escoba de brezo con la que había barrido la pieza y que había dejado junto a la puerta.

—¿Va a montarse en ella?

—No entiendo a qué se refiere, señoría.

—Nada, ya puede irse volando.

En cuanto cerró la puerta, prendió un cigarro, apoyó el bastón en un rincón y se sentó en una silla con respaldo de cuero desgastado. El austero cuarto tenía una cama con colchón de lana y cabecero de forja con perinolas doradas, un sofá desvencijado, una mesita de madera y un orinal de peltre. Por un balcón penetraba la luz de alpaca de la luna. Se oyeron los tañidos del toque de ánimas. La casa lindaba con el huertecillo del beaterio, en el que plantaban calabacines y pepinos. A lo lejos se veía la mole blanca del Palacio de Oriente. Se limpió con la mano la saliva reseca acumulada en la comisura de la boca. Para distraerse, se relamió pensando en el rato que iba a pasar con aquella viuda tan dispuesta. Con su esposa era muy distinto, se limitaba a cumplir: se alzaba el camisón y no se quitaba el gorro de dormir. Pero se cansó enseguida de fantasear. No era hombre de reflexión sino de acción. No soportaba estar más de cinco minutos a solas con su pensamiento sin realizar otra actividad. Eso lo incomodaba. Se le agarrotaban los engranajes del cerebro. Empezó a impacientarse.

La viuda estaba tardando tanto que su cigarro ya se había consumido. Aplastó la colilla con la suela de la sandalia. La sangre le ardía por la espera.

Por fin oyó ruidos abajo. Un portazo y pisadas en la escalera. Los peldaños crujían como el maderamen de un barco.

Se abrió la puerta y entró la vieja, asustada, con un quinqué en la mano. Parecía haber visto al mismísimo demonio.

—¿Ha llegado ya la señora? —preguntó el superintendente.

La mujeruca no respondió. Cerró las contraventanas del balcón y dejó el quinqué en la mesita junto a la jofaina con agua, las toallas limpias y la jarra de vino. Cuando volvió a la puerta, un hombre la apartó de un manotazo y entró en tromba en la habitación seguido de otros cuatro.

Llevaban pañuelos anudados por debajo de los ojos. Cerraron la puerta, amenazadores. El jefe de policía, sin inmutarse, siguió sentado, con las manos apoyadas sobre los muslos, como un pueblerino expectante.

Dos de ellos maniataron y amordazaron a la anciana y la tumbaron en la cama, sobre el blando colchón cuyas sábanas ocultaban manchas de fluidos.

Uno de los enmascarados, el más alto y fornido, extrajo un papel de un bolsillo del gabán y se lo tendió a Zorrilla. El jefe de policía, bajo el cono de luz amarillenta del quinqué, comprobó que se trataba de una cédula oficial de las utilizadas por los viajeros para franquear las aduanas y puestos de guardia. Había ya un nombre escrito en el documento: José Rodríguez Losada.

—Firme —exigió José, con su voz de trueno.

—¿Yo?

Volvió a repetir la demanda, pero esta vez empleó mayor cortesía:

—Tenga la bondad, Su Excelencia, de firmar este pasaporte. Como verá, se trata de un salvoconducto para correr postas. Es para alguien que no desea seguir en España —explicó, como si aquellas razones fuesen suficientes para solicitar la firma.

Zorrilla se encogió de hombros e hizo una mueca con la boca antes de responder:

—¿Yo, señor? ¿Qué autoridad tiene un clérigo para rubricar un documento de este tipo?

Dos de los tipos apretaron los puños, deseosos de descargarlos sobre el falso fraile para ablandarlo. La mujer, tumbada en la cama con los ojos desorbitados, se removía inquieta y respiraba aceleradamente por la nariz.

—Su Excelencia tiene la autoridad que le confiere ser superintendente de policía en Madrid. Así que hágame el favor de rubricar el salvoconducto y no nos tome por memos. Esto no es una obra dramática.

—No, es una farsa.

—Mire, Excelencia, con su autorización, un hombre podrá pasar a Francia y evitar así ser ahorcado. Vuecencia salvaría una vida, y ese hombre le estaría eternamente agradecido —la exposición sonó a súplica razonada—. Y, de esta forma, quizá también evite que otros hombres sean conducidos a la horca.

—Usted se vale de la coacción y apela a un imposible.

—Me valgo de la desesperación y apelo a sus sentimientos.

—Esto es un desafuero.

—Se equivoca. Es un acto de justicia.

Los gruñidos ahogados de la anciana no impedían oír las respiraciones pesadas de los cinco individuos embozados. Olían a tabaco y a sudor. Los nervios habían hecho brotar semicírculos oscuros en las axilas. La atmósfera estaba cargada de electrizante tensión. El superintendente hizo el gesto de escribir en el aire.

—¿Firmo con el dedo? —preguntó.

—Perdone, su señoría.

Uno de los hombres abrió una bolsa de tela que llevaba colgada, sacó de ella un tintero de rosca y una pluma y se los tendió.

El jefe de policía se apoyó en la desvencijada mesita y validó el pasaporte con su firma.

—Gracias —dijo José al coger el salvoconducto.

—Dígame. ¿Cómo averiguaron mi paradero? Creo que tengo derecho a saberlo. Me lo deben —su voz era neutra, de funcionario en lunes.

Los del rostro tapado se miraron entre sí. José tomó de nuevo la iniciativa:

—Lleva razón. Verá, fue ese perillán de las reliquias el que levantó la liebre. Por lo visto, apestaba a vino y, sin ningún tacto, hizo preguntas sospechosas sobre mí que llegaron a oídos de uno de los aquí presentes. También su amiguita, la viuda, fue un tanto indiscreta al tantear a ciertas personas acerca de mí. La pobre mujer cantó en cuanto le hicimos una visita: nos dio la dirección de su nido de amor y el día y la hora de su cita. Escribí una nota supervisada por mí, y vertió en el papel unas gotas de su perfume. Está vigilada en su casa, para que no salga hasta mañana.

—Las mujeres no saben guardar un secreto —dijo Zorrilla con sorna.

—Se trata de una pobre viuda que vive de prestado y de la que se aprovecha su señoría. No la pague con ella. En fin. Yo debo irme de mi país, pero algún día cambiarán las cosas.

—Se equivoca. Esto tiene cuerda para rato... —pareció meditar durante unos segundos—. Y si cambiasen, siempre será necesaria la policía. Y ahí estaremos los mismos —sofocó una risa—. Le perseguiremos allá donde vaya. Nosotros y el destino.

—Ya veremos. Quizás algún día y en algún lugar pueda cumplir mi sueño.

—¿Su sueño? ¡No sea ingenuo, Losada! Los soñadores sólo son unos

parásitos. Le auguro una vida de pesadilla.

La luz macilenta del quinqué acentuaba el tenebrismo de la escena, pues confería a los enmascarados un cierto aire de bandoleros. José hizo una última petición:

—Le ruego a Su Excelencia que me dé veinticuatro horas de ventaja. Así nadie resultará herido cuando sus agentes inicien mi persecución. Le doy mi palabra de honor de que, transcurrido ese tiempo, se le pondrá en libertad. Entretanto, no sufrirá ningún daño.

El superintendente, receloso, puso en cuarentena aquellas palabras:

—Menos lobos.

—¿Cómo?

—Menos horas.

—¿Acaso cree Su Excelencia que estamos en una subasta?

—No se trata de una almoneda, sino de pensar con lógica. Si a las siete de la mañana no estoy en mi despacho, mis subordinados, sabedores de mi puntualidad, me buscarán. Y como ustedes podrán suponer, cuando vengo a este picadero dejo recado a un oficial de mi máxima confianza. Le sobran horas a usted, que es a quien va dirigido el salvoconducto, para alcanzar una ventaja de treinta y seis leguas por lo menos —explicó, con una sonrisilla desdeñosa.

José valoró la oferta horaria, suspiró bajo el pañuelo y dijo:

—Está bien. Pero comprenda que nos veamos obligados a atarlo para evitar correr riesgos innecesarios.

El superintendente se encogió de hombros:

—No aprieten los nudos más de lo necesario, no vayan a cortarme la circulación. Ah, y háganme el favor de tumbarme en el sofá, así podré dar una cabezadita.

—¿Acaso piensa dormir, Su Excelencia? —José enarcó las cejas, asombrado.

—A pierna suelta. Por primera vez en muchos años no voy a tener de qué preocuparme hasta que despierte. Y hagan la gracia completa: llévense a ese carcamal a otro lugar, no vaya a ser que se le descomponga el vientre y la liemos.

Dos de los hombres cogieron a la anciana maniatada y amordazada para depositarla en otra habitación. Luego inmovilizaron con una cuerda al superintendente, y lo dejaron recostado en el sofá. Debía de haber formado

parte del mobiliario del salón recibidor de una casa antes de que guillotinaran a Luis XVI, pues la tapicería estaba raída y descolorida.

—Que Su Excelencia tenga una buena noche. Antes de la misa del alba, los dos caballeros que se quedan a su cargo le desatarán las manos. Ellos podrán escapar por el sotanillo de esta casa.

—No apaguen el quinqué —pidió el jefe de policía.

—¿Le da miedo la oscuridad?

—Mi trabajo es vivir entre tinieblas, señor mío. Estoy acostumbrado al lado oscuro de la condición humana. Lo digo por los amigos suyos que se queden. Quizás ellos sí tengan pesadillas.

El superintendente compuso una sonrisa esquinada.

21. MADRID-ASTIGARRAGA

29-30 de septiembre de 1828

El día amaneció con una luz turbia, de palomita de anís. Poco después de las siete de la mañana, el superintendente se personó en el edificio policial de la calle del Príncipe, sin afeitarse y entumecido por verse obligado a dormir maniatado. La sangre ya circulaba por sus venas con normalidad, pero se despertó con calambres en brazos y piernas por la inmovilidad y la presión de las cuerdas. Ya en el despacho, tiró del cordón de la campanilla y el ujier se presentó de inmediato. Zorrilla escribió un breve mensaje en un papel, lo dobló y se lo entregó:

—Déselo a don Francisco.

Mientras tanto, el jefe de policía abrió el cajón de la mesa, sacó un papel timbrado y, escribiendo más rápido de lo habitual, redactó el salvoconducto para el policía de su confianza al que había mandado llamar. Después, en un folio en blanco, anotó el nombre del forajido al que había que perseguir y su descripción física, aunque de cuello para arriba sólo pudo describir el pelo y los ojos.

La estufa encendida despedía un agradable calor. Había pasado frío por la noche y la atmósfera caldeada le sacaba el helor de la caña de los huesos. Encendió un cigarro. Con cada chupada se avivaba su corazón, como si el tabaco le insuflase vida. La luz cambiante indicaba inminencia de lluvia.

A los quince minutos se presentó el policía: era un hombre joven, de mediana estatura, hombros anchos y manazas de herrero cuyo tacto parecía de lija. Miraba con fijeza y apenas parpadeaba. Había demostrado varias veces ser hombre bragado. Tenía buena puntería y hacía esgrima, lo que le proporcionaba elasticidad de movimientos y control de las emociones.

—A sus órdenes, señor superintendente.

—Toma —le entregó ambos papeles—, para que puedas franquear cualquier paso. Los datos del individuo figuran ahí. Se dirige a Francia. Doy

por sentado que a caballo, pues irá solo. Seguirá la ruta habitual. Partió ayer noche. Sal cuanto antes —dijo, expeditivo.

Volvió a abrir el cajón, cogió una pequeña caja de caudales cerrada con llave, la abrió y fue contando duros de plata hasta que formó un buen montón sobre la mesa.

—No hay que escatimar gastos. Elige un buen caballo cuando tengas que cambiarlo, come bien y paga la información si es buena —sus palabras eran escarchadas, de puro frías.

—Me lleva demasiadas horas de ventaja. Sería un milagro dar con él —su voz sonaba ahumada.

—Puede haber imponderables. Qué sé yo. Una mala caída, un despiste en el camino que debe tomar, una tormenta que haga impracticables los caminos, una reyerta en una venta. Vamos, no te demores —hizo un gesto con la mano.

Cuando el policía se marchó, el superintendente se acodó en la enorme mesa, entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en ellos. Su reputación podía resquebrajarse si aquel malnacido conseguía escapar.

Y si tal cosa sucedía y llegaba a oídos del rey, su ansiado nombramiento como ministro no llegaría. No llegaría.

* * *

Entretanto, José cabalgaba sin parar. En cuanto salió de la casa en la que había dejado atado al superintendente, subió a la carretela que lo esperaba en la esquina y el cochero lo llevó a las afueras de Madrid, a la venta en la que su caballo ya estaba ensillado —un bayo de media alzada— y con sus apechusques de viaje preparados: un capote de buena calidad, una manta enrollada, un sombrero encerado, una alforja con agua y comida, una navaja albaceteña con cachas de hueso, una pistola de avancarga con varias balas envueltas en papel encerado, y su viejo sable reglamentario del Ejército, de hoja ancha y curva y vaina de madera negra con puntera de latón.

Emprendió la huida con la luna aún colgada en el cielo. Atravesó tierras madrileñas y segovianas sin problemas, al amparo de la noche, cambiando de montura en las casas de postas, dejando algún dinero a cambio si el caballo fresco era de mejor porte que el que dejaba, sudoroso por el galope, a punto de deshidratarse. Llevaba la pistola a mano por si lo asaltaban bandoleros, pero no tuvo sobresaltos. Se limitaba a picar espuelas y a concentrar su

pensamiento en llegar sin contratiempos a la frontera francesa, consciente de que se jugaba la vida en ello: si lo detenían, subiría al cadalso de la plaza de la Cebada y lo ahorcarían entre el jolgorio de los congregados, atraídos por el morbo de ver morir a un hombre mientras se pasaban la bota de vino, eructaban procacidades y hacían chistes macabros.

El amanecer le sorprendió cabalgando bajo la luz azulenca, con jirones de niebla matutina enredados en las copas de los árboles y el rocío en la hierba, atravesando lugares prolijos en leyendas de sacamantecas y aparecidos que, con la cabeza decapitada entre las manos, aguardaban pacientes en las curvas para advertir a los caminantes. El caballo relinchaba en algunas encrucijadas.

Al llegar a Aranda del Duero, se detuvo en una casa de postas para descansar y lavarse la cara manchada de polvo del camino. La montura estaba reventada y había que darle avena suficiente. Apiñados junto al fuego, comían en silencio los mayores de carruajes. Almorzó un plato de gachas con dos vasos de vino del país, e hizo cálculos mentales del tiempo que llevaba de ventaja a sus perseguidores. El jefe de policía era un hombre frío y metódico, de los que no se dejaban llevar por arrebatos, y José estaba convencido de que le habría encomendado su búsqueda a competentes subalternos, a buenos rastreadores.

Reanudó el camino en dirección norte. Al vadear un puente, se topó con un retén de fusileros encargados de limpiar de salteadores las abruptas zonas limítrofes. Llevaban uniforme blanco con vueltas verdes y sombrero de dos picos. Eran muy jóvenes, y venían de dar una batida por el monte. En ese momento, sacaban los avíos de fumar para rellenar las pipas o echar un cigarro. Un sargento chusquero le pidió con brusquedad los papeles. Al comprobar el salvoconducto firmado por el jefe de policía matritense, el suboficial varió el tono y le ofreció amablemente la posibilidad de que dos de sus hombres lo escoltasen un trecho, ofrecimiento que José rechazó con cortesía alegando que sabía cuidar de sí mismo.

—Los salteadores de caminos de estos contornos no se andan con chiquitas, señor. Son unos salvajes. El peor de todos es Luis Gil, por mal nombre «el Capado». Un tipo alto, feo y con cara de loco. Un sanguinario que gusta de introducir piedras blancas en la boca de sus víctimas tras apiolarlas.

—No se preocupe, sargento, si me lo encuentro le daré una bienvenida de plomo.

—Pues apunte bien, en mitad de los ojos, que las alimañas heridas se revuelven. Vaya usted con Dios.

Continuó viaje a medio galope. La cabalgadura tomada en la última casa de postas era buena. Ni el susodicho El Capado ni ningún otro bandolero se cruzaron con él, pero los pedregosos caminos eran infernales por las rodadas y baches, por lo que el caballo acabó perdiendo una herradura. El percance ralentizó mucho la marcha.

Con Venus brillando en el cielo, halló cerca de Pancorbo una casa de postas en cuyo establo pudieron herrar al animal. Decidió cenar y descansar un par de horas. Estaba molido, le pesaban los párpados, y el riesgo de dormirse sobre el arzón comportaba caerse del animal y descalabrarse. Cenó lentejas recalentadas y descabezó un breve sueño en el cobertizo, arropado por la manta, sobre un jergón de paja colonizado por chinches y pulgas.

Se despertó con la sensación de haber cerrado los ojos sólo cinco minutos, cambió de montura y prosiguió el viaje con el sombrero calado y las solapas del capote subidas, porque se puso a llover. El relumbro de la luna era suficiente para guiarse por el abrupto entorno de los Montes Obarenes. Las gotas le resbalaban por la cara y los cascos levantaban agua de los charcos formados. A pique de quedarse dormido sobre la silla, aguantó el ritmo y, tras cambiar de cabalgadura una vez más, llegó a Vergara sin que cesara la lluvia. El eco de los truenos retumbaba en las montañas. Los embarrados caminos serpenteaban entre bosques de castaños y robles, y las chimeneas de los caseríos soltaban un humo que se desvanecía entre la fina lluvia.

Pasó por Villarreal, en cuya importante casa de postas volvió a cambiar de montura, pudiendo elegir una buena en las caballerizas, pues al centralizarse allí el correo comarcal abundaban los caballos frescos. Dejó de llover y comenzó a soplar viento. Cabalgó con el sombrero embutido hasta las cejas, con las solapas del capote protegiéndole el cuello de las ráfagas de un aire que cortaba como una guillotina.

En las proximidades de Astigarraga, el caballo resbaló en el fango y ambos, jinete y montura, cayeron de bruces. José se hizo mucho daño en una pierna. Al golpearse con el suelo, sintió un intenso dolor que le relampagueó desde la cintura hasta el tobillo. Se le encogió el estómago al pensar que se la había roto. Tirado en el barrizal en el que se había convertido el camino, movió la pierna derecha con cuidado. Le dolía, pero no había rotura. Se incorporó con sumo cuidado, dio tres pasos, cogió las riendas y ayudó al caballo a levantarse. El dolor le daba dentelladas en las ingles y en la

extremidad afectada. Descartó montar de nuevo y, a pie, llevando al caballo de las riendas y mordiéndose los labios porque rabiaba de dolor, recorrió la distancia que lo separaba de una venta.

La tarde se desangraba en rojo por el oeste. José metió el caballo en el establo, le echó avena y se dispuso a pasar la noche en aquella venta. Se quitó la ropa mojada y sucia de barro y comprobó sus heridas. Sería una insensatez continuar cabalgando con la pierna maltrecha. El tobillo se le había hinchado, y necesitaba reposo. Se arrebujó con la manta y se sentó frente a una chimenea encendida donde la ventera removía una olla de garbanzos con tocino. La habitación, con vigas de madera en el techo, disponía de taburetes y mesas, y sobre ellas había algunas botellas panzudas de vidrio verde forradas de mimbre para servirse vino, un vino de esos que dejaban la garganta como si se chupase papel de estraza. Un gañán cortaba trozos de queso con una faca, y de vez en cuando se rascaba con la punta las patillas de boca de hacha. Olía a humo y a cebolla rancia.

José respiró aquel aire espesado y se puso a pensar.

Iba a estar demasiadas horas detenido en aquella venta. Sus perseguidores recortarían la ventaja que les llevaba. Las pulsaciones se le dispararon y se le tensó la mandíbula. Su plan de fuga podía salir mal.

Se pasó la mano por el cuello, como si el verdugo tomase medidas para el nudo corredizo.

22. LONDRES

12 de marzo de 1866

Las luces de las lámparas se reflejaban en los espejos del restaurante, multiplicando el efecto de la amarillenta luminosidad. El terciopelo rojo de las sillas y la plata de los cubiertos relucían al paso de los ceremoniosos camareros de frac, que servían las mesas con unción imperial, como si los clientes fuesen príncipes venidos de todos los rincones del orbe. Había comensales con la servilleta remetida en el cuello que devoraban, y otros que la extendían sobre las rodillas y degustaban la comida. Una mezcla del succulento olor a rosbif, del aroma a brandi añejo y de los cigarros de vitola inundaba el lujoso establecimiento.

El relojero y el militar cenaban. El general —lo era desde los veintiséis años—, todo un *gourmet*, había elegido aquel restaurante de Fitzroy Square, su favorito de Londres, ciudad que conocía bien por su azacaneada vida de conspirador y golpista. El último pronunciamiento que dio contra el gobierno español, a comienzos de enero, fue un estrepitoso fracaso, de modo que, tras un corto exilio en Portugal, se había trasladado a la capital inglesa para continuar urdiendo golpes de Estado contra Isabel II. Pero aquella noche no se había reunido con sus acólitos militares, con políticos afines ni con financieros a los que pedir dinero para sufragar sus sueños de derrocamiento de la reina de España. Aquella noche sólo quería cenar con un amigo al que había conocido años atrás, en Londres. Cuando le vendió un precioso reloj saboneta chapado en oro. El mismo que utilizaba para que sus divisiones atacasen con puntualidad durante sus campañas militares.

—¿No quiere probar el faisán escabechado? Aquí lo hacen para chuparse los dedos —preguntó el general.

—No, gracias, Juan. Con el pescado tengo suficiente.

—Pero un poco más de vino sí. ¡Este burdeos es digno de cardenales! —olió su copa y cerró los ojos, complacido.

—Eso sí se lo concedo. Un poco más de vino —respondió, sonriendo.

El general, de baja estatura, tenía el pelo negro, la barba recortada, la piel de color pajizo, afectados modales de gran señor, mirada magnética y una fuerte dicción catalana. De temperamento temerario en el campo de batalla, en política, sin embargo, era pragmático y pactista. Era tan popular en España, tras alzarse años atrás con la victoria en la guerra de Marruecos, que su retrato enmarcado figuraba en muchos comedores de votantes del Partido Progresista, junto a imágenes de escayola policromada del Sagrado Corazón de Jesús o bajorrelieves de latón de la Última Cena. Llevaba en Londres una semana, y aquella noche era la primera que no dedicaba a planear alianzas políticas y golpes de Estado. Su incombustible mente conspirativa se daba un descanso, al igual que el relojero, cuyos pensamientos, después de varios días de infatigable trabajo, dejaban de estar secuestrados por los dos grandes relojes en los que repartía la mañana y la tarde. Ambos, relajados, se dedicaban a compartir recuerdos y una opípara cena.

—He tenido que mudarme de hotel. ¡Me costaba la friolera de treinta y cinco duros diarios! —comentó el militar, enojado—. He buscado otro más económico: veintidós duros al día, lo que al cambio significa cuatro libras y media.

—¿Y es de su agrado?

—¡Es un medio horror! Pero es el único en el que Francisca y yo podemos llevar una vida decente.

El relojero hizo un gesto de asentimiento y no replicó. El general era un hombre rico gracias a la fortuna familiar de su joven esposa, una atractiva mejicana que sabía atemperar con dulzura el carácter impetuoso de su marido, el cual, merced a su dinero, llevaba la opulenta vida que siempre deseó.

—¿Se quedará esta vez mucho tiempo en Londres?

—Todavía no lo sé. Los enemigos de la revolución en España están que trinan, porque el vendaval del cambio es imparable. Isabel II tiene los días contados, aunque ella aún no lo sepa. Necesito quedarme aquí una temporada, preparando algo gordo. Ya veremos cuánto prolongo mi estancia.

Un camarero descorchó otra botella de burdeos y le dio a probar el vino al general, que dio el visto bueno. Tras llenar las copas, ambos brindaron por la amistad. Bajo la luz de gas de las lámparas, la tez cetrina del militar adquiría tal brillo que, cuando éste se quedaba quieto, escuchando, parecía un muñeco de cera del museo de Madame Tussauds. Y cuando hablaba, a veces

trufaba sus frases con catalanismos y palabras francesas, lo que le confería un singular cosmopolitismo.

Tras la excelente cena, salieron del lujoso restaurante y se vieron envueltos por la niebla, amasada con gotas de agua en suspensión y humo de las chimeneas. La respiración era algodonosa. Tosieron repetidas veces debido a las minúsculas partículas de hollín flotante que entraban en sus vías respiratorias. En el cielo, apenas se vislumbraban las estrellas. En la puerta había aparcados varios coches, cogieron uno y el general le indicó al adormilado cochero la dirección. Se repantigaron en el frío asiento de piel con el estómago satisfecho y la sangre caldeada por el buen vino.

La berlina que tomaron fue inmediatamente seguida por otro carruaje de ruedas amarillas que permanecía estacionado en la acera de enfrente.

Los dos se rebulleron en el desfondado asiento, para acomodarse. El traqueteo de las ruedas, el suave balanceo y el cascabeleo de los animales incitaba a mantener una conversación tranquila. Londres volvía a quedar desierto a esas horas de la noche. La gente, temerosa de los efectos perniciosos de la niebla, prefería resguardarse a la caída del sol. Incluso las tabernas, abarrotadas tras el término de la jornada laboral, se quedaban desiertas después de que los bebedores vaciaran con rapidez sus jarras de cerveza o de ginebra rebajada con agua.

La luz de las farolas de gas apenas horadaba la niebla parduzca, y el cochero conducía con lentitud por la baja visibilidad. Los cascos de los caballos resonaban en los adoquines.

El otro coche se mantenía detrás, a una prudente distancia.

Cuando el cochero enfiló la calle que el militar le había dicho, redujo aún más la marcha. El general había pensado bajar primero para que luego su amigo continuase en la berlina hasta su casa.

De pronto, el coche que los seguía los adelantó con rapidez en una violenta maniobra y se quedó atravesado en mitad de la calle, cortando el paso. En la acera, un hombre rascó un fósforo para encender un cigarro, y a los dos segundos la débil luz de otro fósforo respondió unos metros más adelante, a modo de señal luminosa.

El general, sentado a la izquierda, se asomó por la ventanilla y vio cómo un hombre —uno de los que había encendido la cerilla— se aproximaba empuñando una pistola. Le pareció ver una larga cicatriz en su rostro y, de manera instintiva, se echó mano a la cintura en busca de su arma reglamentaria, pero no iba de uniforme, la había dejado guardada en la

habitación del hotel. Con los sentidos en alerta, pegó un puñetazo en el techo y gritó al cochero que eludiese al coche parado.

—¡Súbase a la acera! —ordenó.

La voz de mando alarmó al cochero que, desde el pescante, observó cómo dos individuos armados se acercaban con presteza. Asustado, pensando en el inminente atraco, comenzó a dar latigazos a los dos caballos para que arrancasen a trotar. La berlina adelantó con estrépito al otro vehículo, y las ruedas rozaron peligrosamente la fachada del edificio. A través del pequeño cristal trasero, el relojero y el militar vieron cómo los dos hombres, embozados con bufandas, quedaban atrás con las pistolas apuntando. No llegaron a disparar.

—¡Continúe, no se detenga! —gritó el general para hacerse oír—. ¡A Scotland Yard!

El relojero comenzó a sudar frío. El general, con los puños apretados de rabia, pensaba en su mujer. ¿Estaría a salvo en el hotel? ¿Se atreverían a atentarse contra ella o secuestrarla? Intentaba poner orden en el aluvión de pensamientos. Era vital informar a la policía londinense para que iniciase una investigación y que sus agentes montasen algún operativo de vigilancia. Él, con su influencia política, agilizaría los trámites. Tomó aire y dijo:

—Debo poner sobre aviso a la policía.

El relojero tragó saliva y respondió:

—No tema, Juan. No iban a por usted.

—¿Cómo?

—Iban a por mí. Tenía las firmes sospechas de que ayer un hombre intentó atentarse contra mi vida. Y esto confirma mis temores.

El general Prim se quedó atónito. Estaba acostumbrado a enfrentarse al peligro, formaba parte de su oficio. Además, los agentes gubernamentales lo perseguían debido a sus planes conspiratorios. Pero, su amigo el relojero. ¿Por qué razones dos sujetos pretendían matarlo?

Juan Prim golpeó con cariño las rodillas de su compañero de asiento mientras la berlina, con toda la celeridad que permitía la conducción entre la densa niebla, se dirigía a las dependencias de Scotland Yard.

23. IRÚN

1 de octubre de 1828

El atardecer alargaba las sombras de los árboles que flanqueaban el camino cuando el policía hincó una vez más las espuelas en los flancos del caballo. Poco le importaba desgarrar la carne del animal, si finalmente apresaba al fugitivo. Ya dejó malherida a la primera montura, con la que partió de Madrid en busca de ese tal Losada. El superintendente le había dado una orden tajante, y él debía cumplirla sin reparar en medios. El que un maldito caballo acabase reventado le traía sin cuidado. Los animales estaban a su servicio, no al revés. Por eso picaba espuelas sin cesar, para impeler a su montura a cabalgar.

El puente de Behobia se veía a lo lejos. Irún, la raya con Francia. Nada estaba perdido todavía. Con suerte, el fugitivo no habría cruzado la frontera.

El policía, un consumado jinete, había ido siguiendo la pista de José sin errar. Disponía de un repertorio de caminos impreso y de dos mapas que utilizó para recorrer el itinerario que debía haber seguido el fugado, lo que le iban corroborando en los diferentes albergues y casas de postas en los que se detuvo para cambiar de montura, pues al dar las señas los venteros y otros testigos confirmaban que aquel individuo había pasado por allí.

En la casa de postas de Astigarraga, supo que José había pernoctado y que se había lastimado una pierna, aunque no requirió atención médica. ¡Por fin un bendito contratiempo! ¡Una caída providencial! El policía estimaba que una pierna magullada necesitaba varias horas de reposo, cuando no ser entablillada si el hueso había sufrido alguna fisura. Aunque fuese un simple esguince, el tobillo hinchado le impediría meter el pie en el estribo con comodidad. Podía atraparlo.

Había recortado las horas que el maldito liberal le llevaba de ventaja a tan sólo tres. Por eso cabalgaba sin parar, hincando espuelas, esperanzado en que el dolor de la pierna fuera tan insufrible que se viese obligado a aflojar la

marcha. Y entonces, lo alcanzaría.

Incluso era posible que el fugitivo se hubiera visto en la necesidad de detenerse en alguna venta para reponer fuerzas, cambiar de vendaje o introducir la pierna herida en agua fría para rebajar la inflamación. «¡Ah, ojalá, ojalá!», pensó mientras modulaba una media sonrisa.

Llegó al puente de Behobia y tiró de las riendas para frenar al caballo.

Varios carromatos llenos de paquetes y cajas atravesaban el puente con lentitud. Había un puesto de guardia fronterizo con dos garitas de madera, donde comerciantes y viajeros presentaban la documentación antes de cruzar. Los soldados, con pantalones grises, chaquetillas azules, sombrero de copa negro y fusil terciado, revisaban las cédulas de identidad y los papeles de las mercancías.

El policía llegó hasta las garitas, se saltó su turno y, con el ademán imperioso propio del oficio, mostró su acreditación policial a los soldados y la orden de detención contra José Rodríguez Losada. Después de la descripción física, un cabo se dio una palmada en la frente:

—¡Ya lo recuerdo! Cruzó hará unas tres horas o así. Los papeles estaban en regla.

El policía blasfemó entre dientes. El perseguido había entrado en Francia.

A ver cómo le comunicaba al superintendente que había fracasado en su misión.

Nunca se le había escapado una presa, y se juró que, aunque el tal Losada se escondiese en el fin del mundo, acabaría dándole alcance.

Sólo era cuestión de tiempo.

24. LONDRES

18 de octubre de 1830

Atardecía en el East End. Una neblina pegajosa se cernía sobre Londres, mientras de las turbias aguas del Támesis emanaba la habitual pestilencia. El sonido de las campanas se envolvía en la gasa de la niebla. La lluvia de la mañana había convertido en un fangal las calles sin adoquinar, y la basura flotaba en los charcos sucios que sorteaban José y otro compatriota exiliado.

—Apúrese, conviene que lleguemos a la pensión antes de que anochezca y se ponga a llover.

—No parece un barrio muy recomendable.

—Es lo que hay. —El hombre se encogió de hombros.

—Ni me quejo ni me asusto. He vivido en lugares peores.

—El Comité no dispone de más fondos. Se le alojará en un lugar honesto y limpio.

—No lo dudo.

Había una barahúnda de carros circulando, relinchos, voces y ruidos mecánicos procedentes de los talleres. Las edificaciones eran de ladrillo visto revestido con una pátina de hollín. Había muchos establos, almacenes y chamizos. De las chimeneas brotaba un humo denso que apestaba a carbón de mala calidad y se quedaba flotando encima de los tejados, mezclándose con la harinosa niebla, que se adhería a los cristales y penetraba por las ventanas mal cerradas en las casas, ennegreciendo los muebles.

Niños deshollinadores con la cara negra, manos quemadas y ropas astrosas cargaban con escobillones en pos de sus amos, que llamaban a las puertas de las casas para ofrecer sus servicios. Otros niños recogían las boñigas de los caballos con tablillas, rellenaban unas espuertas con los excrementos, las cargaban en una carretilla y seguían recorriendo las calles para vender su cargamento como abono. De los chamizos salían adolescentes desastrados, con los dedos asomando por las punteras de sus zapatos rotos,

que deambulaban con un hatillo al hombro buscando cómo conseguir un penique.

Las prostitutas, con sus caras pintarrajeadas de maquillaje, vestidos de colores y sombreros emplumados, se apostaban en las esquinas o caminaban a toda prisa, en dirección a las zonas más lujosas de la ciudad. Y las afortunadas que lucían algún diente de oro lanzaban sonrisas provocativas para que se les viese.

—La mayoría son irlandeses. Rudos pero trabajadores. Sobre todo cuando están sobrios. El alcoholismo es una lacra. Ya se dará cuenta.

En las calles más anchas había establos hechos con cercas y bardas, donde los cerdos y los caballos de tiro, ajenos al tumulto, bebían en sus abrevaderos en espera de compradores. Los percherones ahuyentaban a las moscas con sus colas, y no había nadie que al pasar delante de las cochiqueras se llevara un pañuelo a la boca. Estaban acostumbrados al olor.

Al girar por una esquina, oyeron un estruendo de risas, gritos y ladridos provenientes de la puerta abierta de un almacén de madera. Al pasar por delante, José se detuvo unos instantes y miró hacia el interior. Dos faroles de petróleo iluminaban un corro de hombres jaleando a un perro, un fox terrier que su dueño llevaba en brazos y que, nervioso, temblaba y movía el corto rabo. Muchos eran marineros, reconocibles por los aretes en las orejas y el aroma dulzón del ship's, el tabaco mezclado con cacao que fumaban. En medio del almacén había un pequeño corral circular hecho con estacas y malla metálica. El animal no apartaba la vista de un saco cerrado que un tipo seboso levantó del suelo. El saco de arpillera parecía moverse.

—Apuestan por el perro o por las ratas.

—¿Por las ratas?

—Están dentro del saco —explicó el acompañante.

Los apostadores, billetes o monedas en mano, gritaban cantidades que un muchacho flaco con pinta de contable anotaba en una libreta. El tipo gordo que alzaba el saco hablaba con voz ronca, con la extrema seriedad de los borrachos cuando están sobrios. El fox terrier fue depositado en el interior del corral, y el perro, con las orejas tiesas, expectante, miró cómo el hombre grasiento desanudaba el saco y volcaba su contenido dentro del corral.

Ratas. Docenas de ellas. Negras, de rabo largo y amarillentos dientes.

Los roedores correteaban buscando una salida mientras el perro los cazaba con rapidez. Lanzaba mortales dentelladas que destrozaban a las ratas,

mientras las supervivientes, viéndose acorraladas, se lanzaban enfurecidas a morder al animal. El nervioso fox terrier parecía zafarse de ellas sin problemas, se revolvía y las mataba a placer, entre el griterío de los apostantes, que aullaban complacidos, bebían ginebra a morro de una garrafa de cerámica y contaban los cadáveres amontonados como si fuesen épicas victorias.

—Larguémonos de aquí —dijo José.

De las tabernas salían borrachos dando traspiés, farfullando procacidades, cantando y abrazándose entre sí para no caerse y reforzar la camaradería de los beodos. Bebían para olvidar, cantaban por no llorar y no sentían envidia unos de otros, porque la miseria los igualaba. Eran obreros de las fábricas que remojaban en cerveza o ginebra sus penalidades y que, al llegar a las cajas de cerillas de sus hogares —de puro angostas—, la tomarían con sus mujeres y se desfogarían golpeándolas o humillándolas.

La ropa tendida goteaba en los callejones, aunque eso no parecía importarles a los jugadores de naipes, que, sentados en cajas, improvisaban una timba y se lanzaban miradas de tahúres. Del fondo de una calleja llegó un gañido y un golpe sordo. Un mozalbete acababa de estampar un cachorro contra una pared de ladrillo y se disponía a lanzar otro. Junto a la ensangrentada pared, yacían despanzurrados tres perrillos, y a sus pies lloriqueaban otros tantos. José hizo amago de entrar en la calleja para detener la herodiana escena, pero su acompañante lo detuvo:

—¿Tiene usted dinero para comprarle los perros?

—Sabe que no.

—¿Y algún objeto de valor para darle a cambio?

—No.

—Pues no se meta en problemas. Ese muchacho seguramente obedecerá instrucciones de su padre. La perra habrá tenido una camada numerosa y saben que no podrán alimentarlos, de modo que se desembarazan de los cachorros cuanto antes. Así no se encariñan con ellos.

Cogió del brazo a José y tiró de él.

—Vámonos antes de que oscurezca del todo.

Del río llegaba el ulular de las sirenas de los barcos. Los chirridos de las ruedas de los carromatos no cesaban, y el sonido de las campanas de una iglesia sonaba muy lejano al envolverlo la niebla. Los carros que cargaban carbón dejaban una estela fétida tras ellos, y los trozos que caían al suelo al

pisar un bache se los disputaban los niños como si fuese oro sucio. Un hormiguelo de personas entraba y salía de las humildes tiendas, de los talleres textiles y de los establecimientos de beneficencia, donde clérigos voluntariosos y viudas pías atendían a los más necesitados a cambio de soportar sermones para encarrilar sus fracasadas vidas.

Una ráfaga de viento húmedo anunciaba lluvia. Varios mozallones corrían contentos hacia los barrios ricos para apostarse en las aceras, donde por una moneda cargarían sobre sus espaldas a las damas y caballeros para ayudarlos a cruzar las calles encharcadas. En una esquina, un barbero ambulante ejercía de sacamuelas. A sus pies, un paciente con un pronunciado flemón, sentado en una caja, abría la boca mientras el barbero cogía las tenazas de un deslustrado maletín, donde llevaba también sus aparejos para pelar y afeitar.

De repente, José y su acompañante se descubrieron la cabeza a la vez, en un acto reflejo. Ante ellos pasaba un hombre que llevaba en brazos un pequeño ataúd blanco, sin tapa, en el que iba embutido un niño, rígido y con los ojos abiertos, como si hubiese descubierto lo que realmente había al morir. Detrás iba un clérigo con alzacuellos, unas cuantas mujeres y varios chiquillos. Serios. Nadie lloraba. Como si tuviesen los sentimientos embotados, como si estuvieran tan acostumbrados a la presencia de la muerte que no mereciera la pena derramar lágrimas por una vida infantil, una vida tan efímera que los afectos no habían llegado a cuajar.

Los dos volvieron a ponerse los sombreros y continuaron andando por las calles más anchas, evitando atajar por callejones sombríos, en los que se agazapaban los delincuentes dispuestos a birlar carteras con habilidad o a cortar pescuezos sin mediar palabra, sólo para robar unos zapatos nuevos o un pañuelo de seda.

José no entendía ni una palabra de lo que hablaban. Desconocía el idioma. Ni siquiera era capaz de traducir las frases de los carteles que unos muchachos con abrigos apolillados pegaban con engrudo en las paredes de los edificios abandonados. Eran carteles electorales, de funciones teatrales, de conciertos. Aun así, a pesar de que el inglés constituía para él un verdadero trabalenguas, no se arredraba. Tenía facilidad para los idiomas. Fue capaz de defenderse con el francés cuando tuvo que cruzar el país transpirenaico a los pocos meses de su fuga a caballo, por lo que el aprendizaje del inglés, suponía, no constituiría un problema irresoluble.

El humo de las fábricas le confería a la niebla una cualidad grasienta y

un ligero tono verduzco.

—Deberá acostumbrarse al puré de guisantes...

—¿Se come mucho aquí?

—No. Es como se suele llamar a la niebla, por su color y espesura.

—Haré lo posible. La humedad no supone un problema.

—Ya falta poco. En cinco minutos llegaremos a la pensión.

En una esquina, un *coster*, un vendedor ambulante de cuerpo recio y voz atiplada, con la labia de un abogado y el gracejo de un feriante, vendía un tónico milagroso para curar la tuberculosis, la pulmonía y la tristeza del alma. Subido en una caja de madera, sostenía en una mano un frasco de su producto y enunciaba sus propiedades al módico precio de un chelín. Los oyentes, principalmente irlandeses, abrían los ojos, cabeceaban y se pasaban el dorso de la mano por los labios, como si dudaran en emplear el dinero en comprar aquel prodigioso medicamento, en adquirir patatas para la comida semanal de la familia o en gastárselo en cerveza en la taberna de al lado. El vendedor, envalentonado con su charlatanería, mostraba también una cajita metálica con grageas para restañar corazones averiados o curar el mal de amores, mientras los ojos de las personas arracimadas a su alrededor brillaban como estrellas en la noche.

El cielo era ya gris oscuro, cual reflejo de un mar tempestuoso. La luz del sol se apagaba, y poco a poco el resplandor amarillento de las velas y faroles de petróleo del interior de viviendas y comercios empezaba a titilar en los cristales de las ventanas. Se puso a llover. Las bandas de niños ladrones se repartían por las callejuelas, embozados por las sombras crecederas, o se disponían a dispersarse por la ciudad, hasta que, de noche, regresasen a sus cuchitriles con el botín para entregárselo al jefe a cambio de una patata hervida, una pipa de tabaco barato y un camastro de paja y virutas de madera.

Un niño de menos de cinco años vestía la ropa deslustrada y llena de zurcidos que había heredado de algún chico mayor. Al quedarle muy holgada, parecía un enanito con su gran gorra de paño, chaqueta y pantalones. Su recelosa mirada era más propia de un adulto, como si hubiese abandonado de forma abrupta la niñez. José alargó la mano para acariciarle la churretosa cara, y el niño se apartó con agilidad gatuna. Lo que más entristeció a José fue pensar que, para un niño maltratado por la vida, una inesperada carantoña podía ser más terrorífica que una bofetada. Estaba acostumbrado a los azotes, pero no a las caricias.

—Ésta es la calle.

Al pasar ante una zapatería, el acompañante de José señaló con el dedo:

—La «zapatería de los mudos».

—¿Y eso?

—El dueño sólo contrata a sordomudos. Tiene cuatro. Dice que al no poder hablar sólo se dedican a trabajar. El tiempo es oro.

La embarrada calle olía a restos orgánicos. Como no era muy ancha, se pegaron a las fachadas de los edificios para que no les salpicase el barro al pasar los carruajes. La lluvia arreciaba, y las gotas se estrellaban contra los cristales con voluntad suicida.

—Es aquí.

La pensión era una casa estrecha de dos pisos de ladrillo visto y ventanas blancas. El hombre llamó al aldabón de la puerta. Al poco abrió la dueña, secándose las manos en el mandil.

—Buenas tardes. Este señor busca una habitación. ¿Dispone de alguna libre?

—Sí —reparó a José con la mirada.

—Le abonaremos un mes por adelantado. ¿Podemos entrar? —volvió la palma de la mano hacia el cielo—. Nos estamos mojando.

La cara de la dueña se iluminó, volvió a frotarse las manos enrojecidas y ásperas en el mandil azul y se apartó para franquearles el paso.

José se sacudió la lluvia de la ropa a manotazos. La atmósfera caldeada del recibidor lo arropó.

—Bien. Ahora le toca rehacer aquí su vida.

—Sí.

—¿No teme ser rechazado? ¿Fracasar?

—Me han rechazado tantas veces que el fracaso no me asusta.

—Comprendo. Se ha acostumbrado al fracaso. No lo lamente. Nos pasa a todos.

—No me refiero a eso. Yo tenía un sueño... Aún lo tengo —dijo, sin asomo de vanidad.

—Ya. Un utópico —empleó un tono de conmiseración.

—Sencillamente, creo en mí mismo.

De nuevo, su vida daba un giro. Pero, por alguna extraña razón, sentía que esta vez las cosas irían a mejor.

25. LONDRES

13 de marzo de 1866

Durante la madrugada, comenzó a soplar viento y a llover con fuerza. Al amanecer, el inmóvil banco de niebla tóxica se había disipado casi por completo. El aire se había limpiado y uno podía respirar sin temor. En los pulmones ya no se sedimentaban tantas partículas de hollín y de otros residuos. Sólo quedaba la habitual neblina que se alzaba del amarronado Támesis. Aquello desató la alegría de los londinenses. Los tempraneros obreros acudían a las fábricas sin toser, los ómnibus circulaban atestados de viajeros y los comerciantes abrían sus negocios satisfechos de ver cómo las gotas de lluvia salpicaban los escaparates y los toldos. Incluso las severas institutrices, a las que se les dilataban las pupilas al azotar a sus pupilos, parecían caminar más erguidas, dispuestas a sacar a pasear a los niños a su cargo tras impartirles la lección diaria. Los sanatorios dejaron de colapsarse y los asmáticos recibían el alta.

Cuando, con minuciosidad profesional, el general Prim relató en la comisaría central de Scotland Yard el conato de agresión que sufrieron, los agentes dieron curso inmediato de la denuncia a sus superiores, y éstos, una vez corroborada la importancia política y militar del general español, dieron crédito al intento de atentado contra el relojero, pues los mandos policiales comprobaron la importante labor que estaba realizando en el Palacio de Westminster. El encargo de reparar el reloj más célebre de Londres provenía nada menos que del ministro de Interior, es decir, el jefe de Scotland Yard.

Los policías empezaron a hacerle un sinfín de preguntas al relojero: si sospechaba de alguien que quisiera matarlo o si tenía enemigos; si estaba envuelto en algún asunto turbio; si mantenía trato comercial con el hampa; si el peligro podría provenir de alguna de sus amistades, relacionada tal vez con gente peligrosa... Sobrepasado por los acontecimientos, José había respondido negativamente a todas esas preguntas, mientras él y el general bebían una taza de humeante té en uno de los despachos de anticuado

mobiliario presidido por una fototipia de la reina Victoria. Sus cuerpos, entonados, agradecían aquella bebida caliente: en las dependencias de Scotland Yard hacía frío, y las corrientes de aire helado parecían haberse enseñoreado de los lóbregos pasillos de paredes húmedas, dada la proximidad del Támesis. Los agentes, sin embargo, no sólo recurrían al té y al tabaco para combatir el frío de sus despachos y oficinas, sino también para sobrellevar las largas horas de servicio sin poder dormir, como delataban los cercos violáceos bajo sus ojos.

Finalmente, y considerando la importancia del sujeto en cuestión, el comisario decidió que el relojero dispondría de una escolta cada vez que se desplazara de la relojería a la Torre del Campanario. Además, el asunto sería investigado, y varios agentes realizarían pesquisas con carácter prioritario, para tratar de averiguar quiénes habían sido los participantes en el conato de atentado y descubrir sus motivos.

* * *

José pasó toda la mañana en el taller de su tienda, enfrascado en la construcción de su gran reloj. No había pegado ojo en toda la noche, y el cansancio y la tensión acumulados mermaban su concentración. Le picaban los ojos y tenía la mente embotada, como si la hubiera puesto a cocer al baño maría. Trabajaba con más lentitud de lo habitual, necesitaba pensar dos veces lo que iba a hacer y sus manos se mostraban torpes. Parecía que le hubiesen colocado las de otra persona y, remisas, no terminasen de obedecer las órdenes de su cerebro.

Almorzó con frugalidad y, sin descabezar siquiera un breve sueño, abandonó la relojería para dirigirse al Palacio de Westminster. Caía una fina lluvia sobre Londres. En la puerta de la tienda, lo esperaba el sargento William Hopkins, de Scotland Yard, junto con una berlina enviada también por los mandos policiales.

El sargento Hopkins era alto —aún más que el relojero—, tenía la corpulencia de un estibador, manos grandes de pugilista, cejas pobladas y mostacho rubio entreverado de canas, al igual que su cabello cortado a cepillo. Rondaba los cuarenta años, y su mirada poseía un brillo inteligente, algo poco habitual en hombres de tamaña envergadura. Llevaba casco con el barboquejo puesto, y vestía uniforme azul oscuro abotonado hasta el cuello duro. Era como si el velazqueño dios Marte se hubiese alistado en la policía

metropolitana. Al presentarse al relojero, se cuadró y saludó militarmente.

Subieron al coche de caballos, atravesaron la ciudad en silencio y, al llegar a la Torre del Campanario, el suboficial le dijo al relojero que tenía órdenes de no separarse de él ni un instante.

—Me sentiré vigilado al trabajar.

—¿Eso le intimida, míster Losada?

—No. Aunque no creo que me agrade demasiado ser observado mientras intento concentrarme.

—Me limito a cumplir órdenes, señor. Lo lamento. Por supuesto, cuando termine también lo acompañaré a su domicilio.

La voz del sargento iba pareja a sus hechuras físicas: grave, como la de un barítono acatarrado, ideal para hacerse respetar entre sus subordinados y amonestar a los infractores de la ley.

En cuanto subieron las tres centenas largas de escalones y entraron en la gran sala del reloj, el policía se quitó el casco y lo sostuvo en una mano. El relojero, recuperando el resuello, se lo quedó mirando:

—Al menos póngase cómodo. Siéntese en esa banqueta —señaló un rincón.

—Gracias, pero estoy acostumbrado a permanecer de pie —respondió con su vozarrón—. No soy hombre de oficina. Patrullo las calles.

—Como quiera.

Mientras abría el maletín y disponía sus herramientas en una pequeña mesa de tablones, José meditaba cómo solucionar el problema del atraso. Había calculado que el reloj se retrasaba medio minuto al día, pero hasta ahora había sido incapaz de encontrar el motivo. En apariencia, el sistema funcionaba bien. Debería desmontar algunas piezas para efectuar comprobaciones.

Su protección estaba garantizada. Aquel guardaespaldas de azul evitaría que le pegasen un tiro... Pero no podía dejar de preguntarse por qué alguien quería acabar con su vida. ¿Quién estaba interesado en asesinarlo? Por más que se esforzaba en recordar, no conseguía pensar en nadie a quién él hubiera perjudicado.

Al menos no para que estuviera dispuesto a llegar al extremo de intentar quitarle la vida.

26. LONDRES

22 de octubre de 1830

Las altas chimeneas de ladrillo de las fábricas parecían torres de Babel que intentaran arañar el cielo londinense. Escupían un humo tóxico que se posaba sobre la ciudad, como el pecado original de la Revolución que construyó las fábricas en las que miles de personas trabajaban, dejándose la salud.

En la orilla derecha del río, las fábricas habían ido sustituyendo a los viejos almacenes de madera. Los oscuros penachos de humo ascendían y se disolvían en la niebla, y, cuando llovía, los asmáticos sufrían violentos ataques de tos. En la orilla izquierda, se habían levantado casas para albergar a los trabajadores, y cada amanecer, bajo una agrisada luz vaporosa, cruzaban los numerosos puentes que unían ambos márgenes.

Las aguas oscuras del Támesis apestaban. Las calderas fabriles no conocían el descanso, y los posos de hollín se depositaban en el lecho del río, al que también arrojaban sus residuos e inmundicias las fábricas y bocas del alcantarillado. Por el Támesis navegaban gabarras y barcos a vapor, que también contaminaban el agua. Los peces muertos flotaban, hinchados.

La zona de los *docks*, aguas abajo del puente de Londres, estaba abarrotada de almacenes portuarios en los que trabajaban decenas de miles de *dockers*, los estibadores que hacían temblar la Bolsa con conato de huelga.

Los descargadores de los muelles eran hombres rudos y sufridos que, con la cabeza y los hombros cubiertos con tela de arpillera, transportaban los sacos y fardos de las bodegas de los barcos, mientras las grúas, haciendo un infernal ruido de hierro, levantaban pesadas cajas. Los estibadores más viejos, carcomidos por la artrosis y con la espalda arqueada, apretaban los dientes al trabajar hasta caer reventados, pues había muchos jóvenes de brazos vigorosos dispuestos a reemplazarlos. Era una jungla humana donde sólo sobrevivían los más fuertes.

José paseaba por el promontorio de la Isla de los Perros, recorriendo uno de los muelles en el que los buques procedentes de todos los rincones del imperio británico descargaban sus mercancías. Lloviznaba. A pesar de ser mediodía, la luz era tan gris como el cielo. El Comité de Ayuda a los Emigrados le había comunicado que, al día siguiente, empezaría a trabajar. Mientras tanto, intentaba familiarizarse con la vida de aquella enorme e industrial urbe, en la que las gotitas de lluvia a veces eran ingravidas, casi ajenas a las leyes de la gravedad de Newton.

José dejó atrás el muelle comercial porque unos niños llamaron su atención. Bajó unas escaleras de piedra, y caminó un trecho por un embarcadero empedrado. Una lancha de la policía fluvial pasó cerca de él, con los agentes de uniforme vigilando a cada lado de la borda, para abordar y registrar cualquier embarcación sospechosa de contrabando.

Llegó hasta los rapaces, pelirrojos y rubiascos. Eran *dragas*, buceadores que dragaban el Támesis en busca de los desperdicios y objetos arrojados desde los barcos: botellas, piezas sueltas de vajillas, cestas de mimbre, e incluso en ocasiones sacos cerrados que contenían café, cacao o lana, producto de eventuales hundimientos.

Descalzos y con el torso desnudo, se arrojaban a las sucias y frías aguas sólo con los calzones puestos. Al emerger, de vacío o con algo encontrado, respiraban con avidez el ansiado oxígeno, y uno casi podía contar sus marcadas costillas. Tenían la piel manchada de fango pardusco y los ojos enrojecidos, y muchos de ellos tosían atragantados. Alguno, arrodillado y con una mano apoyada en los adoquines, incluso vomitaba el agua putrefacta tragada, entre arcada y arcada.

De pronto, uno de los niños asomó la cabeza por el agua y llamó a gritos a sus compañeros, que se tiraron con rapidez y nadaron hacia él. Entre todos llevaron con esfuerzo un cuerpo hasta el embarcadero. Era el cadáver de un hombre. Probablemente se habría quitado la vida. Aunque también cabía la posibilidad de que, tras matarlo en una reyerta o para robarle, lo hubiesen arrojado al río para desembarazarse de él.

Era frecuente que los suicidas, al caer la noche, eligiesen arrojarse al Támesis desde alguno de los muchos puentes que lo cruzaban. Los niños, chorreando agua y alborozados por la suerte que habían tenido, comenzaron a registrarle los bolsillos y a colocar en el suelo el botín para luego repartírselo. Depositaron unas cuantas monedas, una pipa de espuma de mar, una llave, un librito encuadernado en piel y un reloj con leontina. El rapaz que encontró el

cadáver se irguió orgulloso sosteniendo el reloj plateado por la cadena, como un trofeo.

Al verlo, José recordó que al día siguiente entraría a trabajar como mozo de limpieza en una relojería.

27. LONDRES

29 de octubre de 1830

El taller de relojería estaba en Euston Road. El dueño, John Hamilton, era un gordo bonachón con el rostro enrojecido de los hipertensos, y rondaba los sesenta años. Siempre parecía tener prisa, como si los relojes que fabricaba atrasasen y tuviese que recuperar el tiempo perdido. Se movía con nerviosismo por la tienda, incluso cuando se sentaba en su banqueta del taller para ultimar los retoques de un reloj, pues manejaba el instrumental con celeridad. Siempre era amable con sus empleados y se mostraba solícito con sus clientes. No puso reparos cuando los españoles del Comité de Ayuda a los Emigrados le pidieron emplear a un compatriota exiliado por motivos políticos. Le aseguraron que José era una persona formal y trabajadora, y que no le causaría problemas.

—Me basta con eso, caballeros —contestó—. No necesito más avales. Cualquier hombre perseguido por la causa de la libertad encontrará acogida en mi negocio.

José comenzó a trabajar como mozo de limpieza. Debía barrer y fregar concienzudamente la tienda y el taller de fabricación y reparación de relojes, puesto que el polvo era uno de los peores enemigos de aquellas preciosas máquinas que medían el tiempo. También se encargaba de limpiar el gran escaparate y las repisas donde se mostraban los relojes de bolsillo —con sus relucientes cajas de plata labrada y sus esferas blancas o marfileñas—, y de pasar el plumero a los relojes de péndulo de pared fabricados con maderas nobles, como la rojiza caoba o el reluciente y negro ébano. Luego lustraba con cuidado los bellos relojes de sobremesa de bronce dorado, con figuras mitológicas o angelotes morcillones y perezosos que se echaban la siesta apoyados en las esferas de números góticos, como si nunca llegase la hora de despertar.

Con su mandil gris anudado a la cintura, y esperando el momento en que no hubiese clientes en la relojería, José barría y fregaba con rapidez y con un

trapo limpiaba las lunas del establecimiento por dentro y fuera para eliminar las huellas de quienes tocaban el cristal con las manos, engolosinados con aquellas preciosidades cuyas manecillas giraban de una manera imperceptible. Luego vaciaba el recogedor en los cubos de basura de la trasera de la tienda, pero en lugar de arrojar a la basura las piecitas rotas o inservibles e incluso relojes tan averiados que no salía a cuenta reparar, guardaba aquellos deshechos en una pequeña caja que dejaba en un rincón del obrador, donde no estorbaba.

A veces se situaba cerca de la puerta y, en silencio, observaba cómo hombres y mujeres contemplaban con un brillo en los ojos los diferentes relojes del escaparate. También se fijaba en cómo el calvorota, mofletudo y purpúreo míster Hamilton halagaba con una sonrisa de mercader el gusto de los clientes al interesarse por un modelo en concreto, o escuchaba con atención sus explicaciones de las cualidades técnicas de un reloj especialmente diseñado.

Aunque lo que más le gustaba era sumergirse en el silencio del taller y observar cómo los ayudantes y oficiales destripaban los relojes, manipulaban sus intrincados mecanismos, cambiaban los cristales biselados que recubrían las esferas o sustituían manillas rotas y enderezaban las dobladas, tras comprobar los tornillos micrométricos y aceitar los engranajes. Todavía se acordaba de aquella noche en Jaén, cuando siete años atrás, la víspera de la fatídica batalla que perdió el general Riego, le arregló el reloj al comandante Juan Francisco Pérez. Y callado, observaba.

Los empleados, concentrados en sus quehaceres, hablaban poco entre ellos para que les cundiese el tiempo, y cuando se dirigían a José lo hacían por señas y con palabras sueltas, para hacerse entender. Él, incómodo por el desconocimiento del idioma y picado en su amor propio, ponía todo su empeño en pillar palabras sueltas para chapurrear inglés cuanto antes.

Y cuando la relojería cerraba al atardecer y él se marchaba a la pensión, apretaba el paso deseoso de llegar, pues la dueña, antes y después de servirle la cena, le enseñaba el nombre de los cubiertos, de los alimentos y de los objetos más básicos. La mujer se reía de su pronunciación, pero pronto se dio cuenta de que era un alumno aventajado.

Era listo. Y aprendía con rapidez.

28. LONDRES

14 de marzo de 1866

Desde mediodía, el sargento Hopkins, siempre puntual, permanecía en la puerta del establecimiento a la espera de que el relojero saliese, para acompañarlo en berlina a la Torre del Campanario. Se había convertido en su sombra protectora, en su ángel de la guarda uniformado.

Hacía un buen día. Pequeñas nubes blancas volaban altas, recortadas sobre un cielo azul, y frente a la relojería un arriñonado joven recogía colillas del suelo y las metía en un zurrón. El muchacho trabajaría hasta la noche, al igual que muchos otros compañeros. El tabaco sobrante de las colillas, tras ser espurreado con vinagre, era revendido como picadura barata que compraban los obreros de las fábricas. Fumaban las sobras de los puentes, en la calle y en el trabajo, ensordecidos por el trepidante ruido de las máquinas de vapor.

—Buenas tardes, señor.

El policía saludó a lo militar al relojero, y le abrió con deferencia la puerta del coche de caballos que lo aguardaba. Se pusieron en marcha. Ninguno hablaba. El sargento, contraviniendo la costumbre de Scotland Yard, no sólo llevaba la porra reglamentaria: también iba armado con un revólver por indicación de su superior. Tenía órdenes de extremar las precauciones, y estaba atento a cualquier movimiento sospechoso en la calle por si debía repeler un ataque. Además, el cochero era de confianza y tenía experiencia suficiente como para recelar del peligro y salir airoso de situaciones comprometidas. Sería difícil que lograsen cortarle el paso a la berlina poniendo un obstáculo en medio de la calle.

Al bordear el Támesis, vieron navegar, elegante, un clíper de tres palos y casco amarillo. Vendría de China o de Ceilán, transportando opio o té, según la procedencia.

Al contemplar la majestuosa silueta del clíper, el sargento, llevado por

los recuerdos, estuvo a punto de hacer algún comentario. Sin embargo, el mutismo de su acompañante y su semblante serio le hicieron desistir. «Mejor —pensó—, así no me distraeré y mantendré mis sentidos alerta.»

Tras llegar al Palacio de Westminster y ascender por aquella interminable y condenada escalera, el relojero siguió su ritual paso a paso: abrió su maletín, sacó sus herramientas y las ordenó metódicamente. Sólo entonces se dispuso a limar algunos dientes de las ruedas de la maquinaria, al pensar que ahí podía radicar el problema. El sargento se metió la porra de madera bajo la axila izquierda y, con las manos a la espalda, empezó a balancearse sobre los talones.

—¿Ha estado usted en el Ejército?

El policía, perplejo por tan certera pregunta, respondió:

—¡Oh, sí, señor! Serví en la India como sargento. Disculpe, ¿Cómo lo ha sabido?

—No hace falta ser muy hábil. Lleva la porra bajo el brazo, como si fuese un bastón de mando, y cada vez que me recoge hace el saludo militar.

El sargento sonrió. Eran actos reflejos, costumbres heredadas de su vida castrense.

Tras aquella breve conversación, el relojero volvió a sumirse en el silencio mientras continuaba limando los bordes de los dientes metálicos de algunas ruedas. Y siguió encapsulado en su trabajo hasta que el cielo de poniente empezó a oscurecerse con la puesta de sol. Entonces, encendió las lámparas de petróleo para disponer de luz y trabajar una hora más.

Las campanas del Big Ben retumbaron al dar la hora.

29. LONDRES

20 de diciembre de 1830

Nevaba sobre Londres. Los copos no daban la sensación de caer del cielo, sino emanar de la niebla, como una aparición. A última hora de la tarde, las luces de la ciudad eran tan borrosas a través de la nieve y del aire vaporoso que parecían irreales, como nacidas en un estado de duermevela. Las sirenas de las embarcaciones que cruzaban el Támesis sonaban sin cesar para evitar choques, y las ruedas de los carruajes que circulaban por las calles empedradas cercanas al río hacían un ruido estridente.

Tras el cierre de la relojería, José caminaba con rapidez en busca de una taberna para beber una pinta de cerveza o un vaso de ginebra aguachinada, la bebida preferida de las clases trabajadoras. Aquella práctica no sólo le servía para relajarse después de la jornada laboral, sino también como un cursillo acelerado del idioma. En los humeantes ambientes tabernarios, aprendía inglés con rapidez escuchando frases hechas, imprecaciones masculladas o retazos de conversaciones con acentos irlandeses o de las barriadas proletarias donde, en condiciones de hacinamiento, malvivían familias enteras que habían trocado el arado por la fábrica.

En ocasiones, visitaba a sus compatriotas del Comité de Ayuda a los Emigrados, que se alegraban de sus progresos y se ofrecían a prestarle ayuda en caso de necesitarla. José, agradecido, respondía que ya habían hecho mucho por él, y que ahora le tocaba trabajar duro para corresponder y aprovechar la oportunidad que se le había dado.

Mientras la nieve acribillaba Londres con mansedumbre, José pensaba en todo lo que había ocurrido desde que empezó a trabajar en la relojería. Todo se había desarrollado velozmente. Míster Hamilton descubrió pronto no sólo que su mozo de limpieza no tiraba las piezas inservibles a la basura, sino que las reaprovechaba para arreglar relojes. Y lo conseguía.

El orondo relojero no dio crédito al comprobar que aquel exiliado

español, sin formación en el oficio, había conseguido reparar lo irreparable tan sólo observando trabajar a sus empleados.

—Usted, señor mío, tiene un talento innato para esto. ¡Es *asombroso*! En mi vida he visto cosa igual —exclamó, sorprendido.

Míster Hamilton quiso revisar el estupendo trabajo que había llevado a cabo José, y examinó tres de los relojes recompuestos por él: *las* diferentes ruedas dentadas que conectaban los engranajes, el eje central, el resorte.

La lupa que se encajaba en el ojo se le cayó dos veces de pura admiración. Era una obra excelente.

Con su aún rudimentario inglés, José sólo pudo entender parte de los elogios de su jefe. Por suerte, el relojero no se limitó a alabar su pericia y afán de superación, sino que, en un expresivo gesto, le quitó la escoba y el recogedor de las manos, le desanudó el mandil y, poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

—Desde ahora mismo es usted un oficial más de mi relojería. No necesita pasar por el escalón intermedio de aprendiz. Su valía es indiscutible.

* * *

En aquel atardecer invernal, la nevada y la niebla convertían Londres en una ciudad recorrida por fantasmas frioleros. José, con las solapas de su tabardo alzadas, entró en una taberna de cristalerías empañadas. Allí dentro dos estufas caldeaban el ambiente con su fuego de turba, y el aire helado y harinoso del exterior se trocó en una atmósfera cargada de humo de tabaco. Tras desabotonarse el abrigo, se acodó en la desgastada barra de madera, pidió una pinta de cerveza negra y se dejó llevar por sus pensamientos: en ese país, si uno demostraba su ingenio y valía, conseguía ascender profesionalmente en muy poco tiempo.

Bebió un trago. El guirigay etílico de las conversaciones de la clientela no le molestaba. Estaba absorto en sus pensamientos. Esbozó una media sonrisa al comparar Inglaterra con España. En aquella tierra extranjera, le habían dado la oportunidad que le negaron durante años en su país. Tomó otro sorbo que le supo a gloria.

Por vez primera en muchos años, supo que había encontrado su verdadera vocación.

30. LONDRES

24 de abril de 1831

El domingo amaneció despejado, sin nubes bogando por el cielo. El sol primaveral levantaba la niebla londinense a medida que José se alejaba de la ciudad, dejando los nocivos estratos del humo de las fábricas atrás, suspendidos en el aire, como una maldición del maquinismo.

El descanso dominical también afectaba a las tabernas, que tenían prohibido servir alcohol para no perturbar las puritanas costumbres del Día del Señor. Aun así, los obreros fabriles que no disponían de bebida en sus minúsculas viviendas solventaban la sequía quedando con los compañeros en los descampados cercanos a las fábricas para compartir una garrafa de cerveza comprada el día anterior, lamentarse de la vida que les había tocado en suerte y maquinar violentos altercados que se evaporaban de sus mentes tras la resaca.

En las afueras de la ciudad, había inmensos vertederos donde se amontonaban los residuos de todo tipo que generaba la metrópoli. Algunos montículos de detritos humeaban por la combustión que se producía en su interior, y la hediondez impregnaba el aire, pero eso no parecía importarles a las bandas de niños andrajosos que rebuscaban entre las montañas de basura para encontrar algo que revender: zapatos viejos, ropa, botellas, cabos de vela, cuchillos rotos, loza desportillada, patatas blanduchas de puro viejas y un sinfín de cosas.

Los mayores llevaban de la mano a los más pequeños, cuidaban de ellos y les enseñaban a caminar entre escombros y alimentos podridos evitando a las ratas. Vestían harapientas ropas demasiado grandes para sus famélicos cuerpos, tenían la piel sucia, y en sus ojos anidaba el brillo de la supervivencia y del recelo hacia cualquier extraño. Habían nacido en la más extrema pobreza y no conocían más redención que la que se procuraban diariamente. Por eso llenaban sus carritos de madera con los objetos rescatados como si fuesen tesoros de piratas.

Los chiquillos miraron de reojo a José. Lo veían como un posible intruso, un competidor en la rebusca, pero cuando vieron que bordeaba los montones de basura dejaron de preocuparse por él.

Poco después, llegó a Lavender Hill. El destino que buscaba muchos domingos.

Las suaves colinas plantadas de lavanda le causaban una honda emoción. La fragancia de las flores malvas inundaba el aire, y cuando soplaba brisa las plantas se mecían como mares floridos.

Las granjas, los almacenes y las casetas se alzaban por doquier. La plantación de lavanda se había convertido en un pingüe negocio en la sociedad inglesa. Era de buen tono que las damas utilizasen colonia y jabón de lavanda, e incluso se fabricaba pomada aromatizada para el cabello masculino.

A José le gustaba pasear por aquellos campos de lavanda porque le recordaba sus días pastoriles, cuando sentía una oceánica sensación de libertad que le permitía soñar con una vida mejor. Aquellos años de mocedad, de pastor, eran el único recuerdo familiar que podía considerarse bueno. La naturaleza le proporcionaba una especie de seguridad en sí mismo, y le permitía reflexionar sin intromisiones de ningún tipo.

Amaba el bronco olor de la tierra tras la tormenta y el aire cargado de humedad, el sonido del viento al atravesar los bosques, el rugoso tacto de la corteza de los árboles, el brillo de la hierba al mediodía y la paz que le procuraba todo aquello.

Así que aquella mañana de domingo caminaba bajo el sol de primavera, acariciando con la palma de la mano la punta de las flores de lavanda para luego llevársela a la nariz y aspirar el aroma. Y cuando llevaba media hora de caminata, se sentó bajo un arbolillo, admiró las rectilíneas plantaciones de flores y recordó la mañana anterior.

Había sido una jornada ajetreada, con numerosos clientes interesados en comprar y diversos relojes cuya reparación urgía. Él, que no se dedicaba a la venta porque aún no dominaba el idioma, se concentraba en arreglar un reloj de pared cuya oxidada maquinaria evidenciaba la humedad de la casa y la dejadez de sus dueños. No levantó la vista de las tripas mecánicas de aquel instrumento hasta que oyó hablar a míster Hamilton con una mujer.

—¡Anna, qué raro verte por aquí!

—Te he traído tu medicina —contestó ella.

—No tenías que haberte molestado. Iba a pasarme por la farmacia más tarde.

—El médico dijo que era conveniente que tomases este preparado cuanto antes. Son unos polvos. Disuélvelos en agua. Una cucharada colmada.

Míster Hamilton suspiró, y su papada retembló como un flan. Cogió el paquetito que le tendía aquella mujer y entró en el taller en busca de un vaso de agua. Al pasar detrás de José, le puso la mano en la espalda, señaló con la cabeza hacia la tienda y dijo:

—Mi esposa. Tendré que hacerle caso. Está preocupada.

—¿Le ocurre algo? —preguntó José.

—¡Oh, nada importante! Llevo algún tiempo con molestias de estómago, y el médico me ha prescrito un medicamento.

José dejó la lupa en el banco de trabajo y contempló a la mujer. Alta, rubia, pecosa, de ojos azules y bastante más joven que su marido. Vestía con elegancia y llevaba un sombrero de seda rosa.

El relojero llenó un vaso hasta la mitad, cogió una cucharilla, volvió a la tienda y vertió una dosis de la medicina en el agua.

—La cuchara es pequeña. Añade otra —dijo la mujer.

Su esposo no replicó y siguió la indicación de su esposa sin rechistar. Ella sonrió, y, durante un segundo, dirigió la mirada al interior del taller. Se dio cuenta de que José la miraba.

Ella le sostuvo la mirada y amplió la sonrisa.

31. LONDRES

15 de marzo de 1866

Cuando salieron a la calle, las estrellas ya estaban encendidas en su lejanía galáctica. Hacía frío. Algunas nubes bajas sobrevolaban la ciudad. El sargento se abotonó el abrigo y se colocó el casco. La berlina les aguardaba debajo de la Torre del Campanario. El relojero se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Sargento, ahí arriba me he quedado seco. Me gustaría beber algo antes de ir a casa. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno, señor. Pero debo estar cerca de usted, vigilando.

—Lo comprendo.

—¿Dónde quiere ir?

—Conozco un sitio cerca. Si le parece bien, iremos andando. Necesito estirar las piernas. Esas escaleras son criminales, y estar toda la tarde de pie me agarra los músculos. Soy demasiado viejo para aguantar esto.

Echaron a andar, y el cochero, con una manta de viaje echada sobre las piernas, les siguió con extrema lentitud, frenando a los caballos. Una embarcación de la policía patrullaba por el río, alborotando las aguas. Su pequeña chimenea soltaba un espeso penacho de humo. El relojero, con las manos guarecidas en los bolsillos del abrigo, miró al sargento, que caminaba a su lado:

—Disculpe si soy poco hablador, sargento Hopkins, pero este maldito encargo ha trastocado mis planes.

—No tiene que darme explicaciones, señor.

—Lo cierto es que nunca he sido la alegría de la huerta.

—No le entiendo, míster Losada.

—Es una expresión de mi país de origen. Significa que no soy especialmente alegre. Aunque una buena conversación siempre es de agradecer.

—A mí también me gusta conversar, señor. Pero todavía me gusta más escuchar a gente que tiene cosas que decir. Aprender de esas personas.

—Coincidimos en eso.

Continuaron caminando hasta llegar al Ye Olde Cheshire Cheese, en Fleet Street. El policía abrió la puerta, pero se quedó en el umbral para no perder de vista a su protegido, que se dirigió a la barra de lustrosa madera para pedir una pinta de cerveza negra. El cochero estacionó la berlina en la puerta. Comenzaba a chispear.

En la chimenea ardía un fuego de carbón que daba un agradable calor. Una azulona neblina de tabaco llenaba el local, y, en las paredes, revestidas con paneles de madera oscura, colgaban cuadros del siglo XVIII de hombres con peluca blanca y mirada desafiante. La techumbre de madera tenía una pátina negruzca de tiempo y humo. Había varios grupos de amigos sentados en torno a mesas, bebiendo y riendo, y otros clientes acodados en la barra que trasegaban cerveza o ginebra en silencio, como ausentes.

El relojero empezó a beberse su pinta despacio. Daba cortos sorbos a la jarra de peltre, pensativo. No hablaba con nadie. Recordaba. Dialogaba consigo mismo haciéndose preguntas y buscando respuestas, tratando de encontrar la esquivia solución para el Big Ben.

Y para ajustar las piezas del gran reloj en el que trabajaba en el taller de su relojería.

De repente, dejó la jarra suspendida en el aire sin llegar a posar los labios en su borde de metal. «¿Y si quienes habían intentado atacarle tenían como objetivo impedir su construcción? —pensó—. ¿Sería ésa la razón? De ser así, ¿pretendían robar la maquinaria, destruirla? Pero ¿por qué? ¿Por qué iban a hacer algo así?» Apuró la cerveza de textura jabonosa, se limpió la espuma con el dorso de la mano, miró con fijeza la lumbre de la chimenea, pagó y se dirigió a la salida.

—Vámonos.

—Un momento, señor —dijo el policía.

El sargento se encaminó al rincón de la barra y posó su manaza en la encorvada espalda de un hombre que, solitario, bebía ginebra sin aguar. Había reparado en su presencia desde el principio. Era alto y delgado, iba mal afeitado y vestía con cierto desaliño. Le dijo algunas palabras en voz queda, rebuscó en sus bolsillos, dejó unas monedas en el mostrador, le tocó el brazo a modo de despedida y regresó a la puerta.

—Ya podemos irnos, míster Losada.

En la calle llovía con blandura. Subieron a la berlina negra, y el cochero inició la marcha.

Era una noche sin luna. El relojero comenzó a pensar en el otro reloj de sus desvelos. Sabía que al llegar a casa, antes de meterse en la cama, le robaría horas al descanso tomando notas, haciendo cálculos. Y a pesar de que estaba agotado, ansiaba ver amanecer para trabajar en la relojería.

En su creación.

32. LONDRES

24 de junio de 1831

En Tottenham Court había calles dedicadas a albergar traperías, cambalacheros y tiendas de antigüedades de poca monta. Los compradores de gangas rebuscaban con paciencia en busca de alguna pieza, pero aquellos establecimientos nunca llamaban la atención de las clases altas. Sin embargo, uno de aquellos anticuarios había concitado el interés tanto de la prensa como de los de compradores de obras de arte exóticas. El hombre alardeaba de poseer una sirena. Una criatura marina mitad pez, mitad mujer. Disecada.

El *Times* había publicado la noticia en una brevísima columna, pero la notoria influencia del periódico disparó las ganas de ver aquel hallazgo maravilloso, y en los últimos días habían acudido al local no sólo londinenses de todo tipo, sino gentes procedentes de otras ciudades inglesas.

La tienda, que olía a cuero y a maderas viejas, se encontraba abarrotada de gacetilleros y curiosos, y también de coleccionistas espoleados por el morbo de poder adquirir aquella legendaria criatura marina. Los periodistas tomaban nota de las explicaciones del anticuario y dibujaban en sus cuadernos a la sirena de aspecto monstruoso. Era del tamaño de un niño de cinco años, poseía una cola rematada en una aleta que recordaba a la de un besugo, el tronco tenía unas costillas muy marcadas, los brazos eran delgados, los dedos estaban unidos por una membrana y la redondeada cabeza daba miedo de puro fea. El cabello era una pelambre negruzca.

El humo de tabaco flotaba en la tienda y se enredaba en las estanterías repletas de cuadros dieciochescos de mala factura, estatuillas polvorientas y bastones con puño de marfil o de plata que solían esconder un estoque de acero.

El anticuario, que mantenía a la sirena guardada en una maleta, la había sacado y la mostraba al público con orgullo, mientras explicaba que aquel extraño ser procedía de Extremo Oriente. Al parecer, un traficante de opio se

la compró a un taxidermista chino, y éste a su vez se la vendió al anticuario londinense.

Entre quienes curioseaban, se encontraba Henry Baltimore, un próspero hombre de negocios amante de los objetos estrambóticos. Henry se aproximó a la sirena de piel tostada para estudiarla de cerca justo cuando su propietario estaba diciendo que pedía mil libras por aquel espécimen único en el mundo. La gente silbó y agitó la mano al oír la escandalosa cifra, pero el anticuario aseguró que no estaba dispuesto a negociar. Decía, cachazudo, que era el precio adecuado a tamaña rareza, y que tarde o temprano algún potentado o algún museo pagarían gustosos.

El anticuario, fumándose un puro, contemplaba arrobado su posesión mientras contestaba a las preguntas de los plumillas y de los coleccionistas que miraban con codicia aquella insólita pieza. Cuando decidió que ya había visto suficiente, Henry Baltimore abandonó la tienda de antigüedades con la certeza de que se trataba de una original falsificación: la parte superior de un mono cosida con habilidad de cirujano a la cola de algún gran pez. Para él era algo más que evidente, pero los demás, deslumbrados por el hallazgo, no querían verlo. El animal híbrido disecado daba el pego a primera vista, aunque Henry Baltimore estaba convencido de que los hombres de ciencia desenmascararían aquel fraude tarde o temprano. Fuera como fuese, a él no le correspondía denunciarlo. A fin de cuentas, las historias truculentas como aquella alimentaban la imaginación de la gente y salpimentaban sus aburridas existencias.

Él, que había viajado de muy joven por el norte de África y la India, estaba acostumbrado a ver animales exóticos, y en los zocos egipcios recordaba haber visto algunas burdas falsificaciones de animales mitológicos disecados, confeccionados para engatusar a los ricachones: unicornios, que en realidad eran caballos blancos en cuya frente habían pegado un cuerno de rinoceronte, serpientes emplumadas...

Ya en la calle, tomó un carruaje libre para dirigirse a Euston Road. Pensaba comprar un reloj. Pero no uno cualquiera.

Al entrar en la relojería, míster Hamilton se dirigió a él con cortesía, pero, tras hablar cinco minutos con él, no le quedaba claro qué quería aquel cliente. Aquello era de lo más desconcertante.

—Perdóneme, pero no alcanzo a comprender qué busca exactamente.

—Ya se lo he dicho. Un reloj que luche contra el tiempo.

Míster Hamilton hizo un mohín con los labios y se enjugó el sudor que

le corría por la frente con el pañuelo que llevaba siempre en la levita. Luego presionó con la mano su estómago, para calmar los dolores que le asaltaban de forma intermitente, sobre todo cuando se ponía nervioso.

—Pero, señor, un reloj no sirve para luchar contra el tiempo, sino para medirlo.

—Le repito que quiero uno aguerrido. Que lo combata.

El relojero, rojo como si lo hubiesen escaldado, acertó a decir:

—Pues no le dé usted cuerda. Déjelo parado. Dispongo de algunos ejemplares de gran belleza que...

—¿No darle cuerda? Eso sería hacer trampas, jugar sucio. No me parece digno de caballeros —sonrió, condescendiente.

—Pues, francamente, no veo la manera de... —sudaba, incapaz de salir de aquel atolladero.

—¡Oh, qué lástima! Me habían dado excelentes referencias de su relojería. No se preocupe, probaré suerte en otra.

—Espere, espere, señor... Si le parece, voy a hacer una consulta.

Míster Hamilton entró congestionado en el taller. Estaba colorado, y se restregaba sin cesar el pañuelo por el cogote y la calva. Planteó la extravagante petición a sus ayudantes y oficiales por si a alguno de ellos se le ocurría algo, pero todos se quedaron mirándolo con la boca abierta, asombrados. Transcurrieron unos interminables segundos, hasta que José dijo:

—Tengo una idea.

Míster Hamilton respiró aliviado:

—¡Lado sea Dios! ¡Salga, salga y hable con el caballero!

José acompañó al dueño del negocio que, con una ancha sonrisa, se dirigió a Henry Baltimore:

—Mi ayudante lo resolverá todo.

—Me complace. ¿Y puedo saber cómo?

José contempló al hombre que había realizado tan extraño encargo. Era alto, atlético y moreno, de mirada penetrante y cabello negro. Vestía con pulcra elegancia: chaqueta azul marino de cintura ajustada, pantalones ceñidos del mismo color y pañuelo gris al cuello. En una mano llevaba un fino bastón de caoba y en la otra un sombrero de copa.

—Podemos hacerle un reloj cuyas manecillas giren hacia la izquierda —contestó José, muy serio.

Míster Hamilton abrió la boca y se quedó petrificado. Los labios de Henry Baltimore se fueron curvando para formar una sonrisa.

—Muy original —dijo, satisfecho—. ¿Y cuánto tardaría en fabricar dicha preciosidad?

—Un par de semanas, a lo sumo.

—En plata de ley, por supuesto.

—Faltaría más, señor —intervino el dueño, ya un tanto recuperado de la impresión.

—Perfecto. Dentro de quince días vendré a recogerlo. No resulta distinguido acudir a mi club sin reloj. Los socios murmuran. Adiós, caballeros, espero que tengan un buen día —dijo a modo de despedida, ofreciéndoles una leve reverencia.

Míster Hamilton había dejado de sudar. Estaba radiante. Se volvió hacia José y le puso las manos en los hombros:

—Mi enhorabuena. Una idea brillante. Jamás se me hubiera ocurrido. ¡Un reloj cuyas manecillas giren en sentido inverso!

—Bueno. Me he limitado a darle lo que quería: la ilusión de retroceder en el tiempo, de dar marcha atrás.

Un aguijonazo en el estómago hizo que míster Hamilton cerrara los ojos por el dolor. De inmediato, se dirigió al taller para llenar un vaso de agua en el que disolver una cucharada de los polvos medicinales recetados por el médico.

Su dolencia no hacía más que empeorar.

33. LONDRES

2 de agosto de 1831

La barriada de Whitechapel era una de las más pobres de la ciudad. En las estrechas calles, la ropa tendida de fachada a fachada goteaba con lagrimones deprimidos. Las sábanas, camisas, calzones y vestidos ocultaban la luz del sol, como un símbolo de la desesperanza en la que se veían sumidos sus habitantes.

La inexistencia de red de saneamiento público hacía irrespirable el aire agosteño. La humedad ambiental hacía aún más insoportable el calor veraniego, y la pestilencia de los detritos acumulados en las aceras se sumaba a un intenso olor a orín de gato que emanaba de los sótanos de las casas. Henry Baltimore se secaba el sudor con un pañuelo de hilo perfumado con mejorana, pero no se lo llevaba a la cara para evitar los malos olores, como solían hacer los filántropos que visitaban el West End londinense. Le parecía una afrenta a sus habitantes cubrirse la nariz con un pañuelo aromatizado. Una imperdonable falta de respeto.

Solía pasar el verano en la casa de campo de su finca de Highclere, donde leía a Walter Scott hasta que la luz del sol declinaba, paseaba por la campiña, montaba a caballo y participaba en la caza del zorro con su querida jauría de beagles y fox terriers de pelo duro. Desde su mansión campestre llevaba sus negocios mercantiles, escribía instrucciones a su abogado y controlaba el valor bursátil de sus acciones. Sin embargo, visitaba Londres a menudo para supervisar personalmente sus obras benéficas. Por eso aquella mañana de calor pegajoso se dirigía a una *lodging house* situada en Whitechapel, mientras el agua que goteaba de la colada caía sobre su cabeza y mojaba su impecable chaqueta de cola larga, a la moda.

El ensordecedor ruido del tráfico de carros y el vocerío de los vendedores componían la cacofonía de la vida cotidiana. Un olor dulzón a basura flotaba en el aire caliente. De vez en cuando un agente uniformado hacía la ronda, y, a su paso, los pilluelos se escondían o simulaban ir de

camino a la escuela.

En una plaza se habían congregado alrededor de cien personas. Se trataba de un mitin ludita. Subido en una caja de madera para hacerse ver y oír, un hombre calvo con aspecto de forzado de circo soltaba un discurso contra las máquinas, a las que tachaba de enemigas de los obreros:

—Una máquina es capaz de hacer el trabajo de diez personas o más. Y encima no rechistan. Los patronos acabarán sustituyendo a los trabajadores por máquinas. ¡Destruyámoslas! —peroraba entre aplausos.

Henry Baltimore entró en el edificio acondicionado como *lodging house*. El personal encargado de la limpieza había abierto las ventanas de par en par para ventilar la atmósfera, enrarecida por el sudor y la ropa sucia de los hombres y mujeres que, por pocos chelines, alquilaban una cama para pasar la noche y desayunar algo caliente.

El director del establecimiento benéfico corrió cuando lo vio aparecer.

—¡Señor Baltimore! ¡Nos honra con su visita! Lo esperábamos desde hace una hora.

Se expresaba en un tono servil, sonreía apretando los dientes y se frotaba las manos sin cesar.

Henry sacó su reloj de manillas que giraban hacia la izquierda, miró la hora y respondió sin inmutarse:

—He venido a la hora exacta.

El director pareció desconcertado.

—Claro... Por supuesto. Mi reloj debe adelantar. Le pido disculpas.

—Me gustaría ver los dormitorios.

—Cómo no, acompáñeme, señor Baltimore.

Dos jóvenes fregoteaban arrodilladas el suelo de una enorme sala en la que había alineadas cincuenta camas. Las paredes blancas, la ausencia de mobiliario y la presencia de un fornido vigilante de espeso mostacho otorgaban al establecimiento un aire de correccional. Personas en situación rayana en la indigencia, viudas desamparadas o trabajadores de escaso sueldo pagaban unas monedas por dormir bajo techo, e incluso en ocasiones compartían lecho si la demanda de camas excedía a la oferta. A pesar de que estaban limpiando y de que las ventanas estaban abiertas, olía a humanidad estabulada. Una puerta de doble hoja conducía a otro dormitorio comunal de similares dimensiones. Las dos jóvenes, con las manos enrojecidas y ojeras de cansancio, escurrían las bayetas sobre sendos cubos de agua grisácea. Las

camas ya estaban hechas. Henry se acercó a una, la deshizo con un movimiento rápido y comprobó que las sábanas tenían cercos de sudor y manchas variadas. Olían mal.

—¿Y bien?

—No le entiendo, señor Baltimore —su rostro formó una mueca interrogativa.

—¿Puede explicarme el estado de esta cama? Doy por sentado que el resto estará igual.

—¡Oh, esa gente es desaseada por naturaleza! No podemos hacer más, señor —esbozó una sonrisa inquieta.

Henry, que siempre iba muy erguido, enderezó aún más la espalda, alzó la barbilla y miró al director de la *lodging house* desde arriba:

—Por supuesto que pueden hacer más. Empiecen por lavar más a menudo las sábanas. Esas pobres gentes no se asean porque no tienen dónde hacerlo. Así que habilite una habitación con palanganas, cubetas de agua y pastillas de jabón. No se les cobrará por ese servicio higiénico. Será cortesía de la casa, ¿entendido?

—Sí. Claro, lo que usted disponga —contestó el director con una sonrisa forzada y la mirada vidriosa.

—Y ahora, quiero probar el desayuno que se les haya servido esta mañana.

—No sé si quedará algo. Esa gente devora como si fueran...

—Guíeme a la cocina.

Recorrieron dos salas más antes de llegar a la pequeña habitación donde se hacían los desayunos. Los cacharros de cobre estaban sin fregar. Olía a comida requemada, a té frío y a café de recuelo. Había una enorme olla abollada con restos de comida y sartenes de hierro tiznadas. Henry miró a la cocinera:

—Sírrame un plato y ofrézcale otro al director.

La cocinera, pequeña y gruesa, echó un cucharón de aquel comistrajo en un par de platos de estaño. Henry probó una cucharada, y el director, venciendo su repugnancia, lo imitó. Apenas pudo tragarla, y tuvo que reprimir una arcada.

—¿Qué demonios es este engrudo?

—Gachas de avena —respondió la cocinera con los brazos en jarras—. Muy nutritivas.

—Los albañiles podrían usarlas para poner ladrillos —respondió Henry—. Fragaría bien.

—Ahora ya están frías. Calientes entran mejor —repuso la mujer, con el ceño fruncido.

—Supongo que usted debe darse buenos atracones cuando están calentitas. No hay más que verla.

La cocinera palideció. El director dejó sobre la mesa de la cocina el plato de peltre con aquella masa repugnante.

—También les servimos una taza de té.

—Probablemente reutilizarán las hojas durante una semana y añadirán a la marmita unos calcetines sucios, para darle sabor. Quizá los de su esposo —dijo mirando a la boquiabierta cocinera—, aunque dudo que lo tenga.

A ambos se les congelaron las palabras en la boca y fueron incapaces de responder. Henry, con su habitual tranquilidad, añadió:

—Usted, director, inspeccionará al amanecer la calidad de los alimentos que se sirvan como desayuno. Es más, le sugiero que desayune aquí cada día, así realizará su supervisión como es debido. Las gachas serán de la mejor calidad, así como el té. Y añada una buena porción de pan con mermelada. Sin coste alguno para quienes se alojen, por supuesto. Y si algún día la comida no es de su gusto o sospecha de su calidad, despida sin miramientos a la cocinera y contrate a otra.

Reflexionó unos segundos y agregó:

—También quiero que a los niños que muestren signos de debilidad se les suministre desayuno doble y una ración de Daffy para que se vigoricen. Esa mezcla de ginebra y sen les vendrá bien.

Arrojó el plato de peltre encima de una sartén y salió de la cocina seguido del director, cuyo nerviosismo era patente. Henry se detuvo en la puerta de la *lodging house*, sacó su chequera del bolsillo y reclamó pluma y tintero. El director, que recobró al instante la compostura, salió corriendo a buscarlos. Cuando llegó con ellos, Henry rellenó un talón, lo arrancó y se lo entregó:

—Quinientas libras esterlinas.

—Su generosidad me abruma, señor Baltimore.

—Mi generosidad tiene contrapartidas, por supuesto. Quiero que compre juegos de sábanas suficientes para poder secar adecuadamente las que se estén lavando. Y mantas de lana para cuando apriete el frío. ¿Disponen de

estufas para caldear los dormitorios?

—No.

—Pues hágase con estufas de hierro colado y una buena provisión de hulla. Y abastezca la carbonera para que no le pillen desprevenido los días fríos del invierno.

En ese momento, llegó el sacerdote anglicano responsable de velar por la salud religiosa de los huéspedes nocturnos. Había oído las instrucciones para la adquisición de estufas con las que caldear las habitaciones. Enfurruñado, interrumpió a Henry Baltimore en un tono ordenancista y puntilloso:

—Es un disparate calentar los dormitorios. El frío fortalece el espíritu y ahuyenta los bajos instintos de esa gente. A esta casa acuden a dormir buenos cristianos, pero también toda clase de chusma, auténticos indeseables, y si no se acuestan ateridos de frío serán capaces de contravenir el sexto mandamiento, solos o en compañía. No toleraré la indecencia bajo este techo —dijo con voz endurecida, de terracota recién horneada.

El religioso, pequeño, delgado y de nariz ganchuda, tenía una voluminosa nuez que subía y bajaba por la garganta como dotada de vida autónoma, rostro de hieratismo levítico y voz chillona. Sus ojos parecían más acostumbrados a leer el Antiguo Testamento que el Nuevo.

Henry elevó una ceja, miró al sacerdote desde la atalaya de su altura y le espetó:

—Padre Church, me sorprende que hable de conductas indecorosas, precisamente cuando usted frecuenta una conocida casa de mala nota en Saint James. Le alabo el gusto, porque tengo entendido que las chicas son guapas y serviciales. Aunque caras. Por tanto, doy por hecho dos cosas: que meterá la mano en el cepillo a menudo y que su esposa no estará al tanto de dicho hábito semanal.

El pastor de almas arqueó sus resecos labios y respondió impertérrito:

—Acudo donde está el vicio, para reconvenir a los pecadores.

—No creo que acepten la reconversión si llegan a verlo con el corpiño rojo y los ligueros que acostumbra ponerse. Algunas amistades mías se han encariñado con algunas de esas pupilas, y las chicas, padre Church, son de lo más indiscretas. Incluso un tanto deslenguadas.

El pastor anglicano se puso de un rojo encendido, como si chupase un tizón ardiendo. Henry añadió:

—Así que límitese a confortar espiritualmente a estas pobres gentes, que bastante tienen con lo que tienen. Y haga algo útil: búsqúeles empleo a las madres con hijos pequeños. Trabajos modestos, pero que les sirvan para sacar adelante a su prole.

El sacerdote, cuya nuez de Adán subía y bajaba fuera de control, dio media vuelta con brusquedad y se marchó con rapidez, como si tuviese prisa por combatir a los filisteos o a los papistas. Y lo hizo en crispado silencio.

—Maldito mediocre... —masculló Henry. Luego miró de nuevo al director y añadió—: Bien, sigamos con lo nuestro. Por último, quiero que compre más camas. Las que quepan en las salas. Es inhumano que dos personas que no se conocen se vean forzadas a compartir colchón.

—Lo que usted diga, señor Baltimore.

—A comienzos de otoño se reunirá el patronato, y en calidad de presidente comprobaré si mis peticiones han sido atendidas.

—Esta misma mañana me ocupo de todo, señor Baltimore.

El director sostenía el talón bancario con un leve temblor en los dedos, y su sonrisa mostraba las encías. Henry se puso el sombrero de copa, inclinó la cabeza a modo de saludo y se marchó, no sin antes mirar la hora en su reloj que desandaba el tiempo.

En la calle, un mendigo tocaba *Rule Britannia* con flauta. Debía de tratarse de un viejo marino de guerra, a juzgar por su raído uniforme y su tez curtida de cuero viejo. Henry le dio limosna y siguió su camino. Se puso a pensar en el brillante trabajo que había hecho el relojero que tuvo la feliz idea de construir un reloj de bolsillo cabezota, empecinado en llevar la contraria al tiempo girando en sentido contrario. Tan satisfecho quedó con el resultado, que le había ido llevando todos los relojes de sus dos mansiones para adaptar sus mecanismos, de modo que las manecillas se moviesen hacia atrás, a contracorriente.

Sumido en estos pensamientos, no se cuidaba de evitar las gotas de agua que caían de la ropa puesta a secar en las calles. Llegó a una pequeña plaza, en la que los vendedores callejeros de fruta y verduras cubrían sus tenderetes con lonas para resguardarse del sol de agosto y de inesperadas lluvias, y le llamaron la atención unas patatas grandes como meteoritos que lanzaba hacia arriba un malabarista que movía las manos acompasadamente.

Volvió a escuchar música. Otro pedigüeño, aunque éste tocaba el violín. Henry no se detuvo y pasó de largo. El mendigo dejó de rascar el instrumento de cuerda al esperar una moneda de aquel caballero de porte tan distinguido,

y dijo en tono desabrido:

—Milord, ¿no se digna darme una limosna?

—¿Osas pedir dinero destrozando a Mozart? ¡Aprende a tocar primero!

Y continuó su camino sin que le importasen las maldiciones que, a sus espaldas, profería el carnicero musical.

Tomaría un carruaje para desplazarse hasta su club, donde pensaba almorzar. Más tarde, recogería en la relojería un reloj de pared que había pertenecido a su abuelo.

Cuando en alguna de sus casas sonaban las campanillas de las horas en punto, tenía la sensación de que el tiempo rejuvenecía al andar los relojes como los cangrejos.

34. LONDRES

16 de marzo de 1866

Durmió poco, lo suficiente para despejarse. La ropa del día anterior estaba impregnada del olor al humo de la turba y del tabaco propio de los sitios cerrados. Tras el café migado, se echó a la calle en su momento preferido: el de las farolas encendidas y la luna aún prendida en el cielo, cuando el día por alumbrar era aún una promesa.

La protección policial se limitaba a las horas que dedicaba a reparar el Big Ben, pero, para evitar riesgos al caminar solo, Scotland Yard había puesto a su servicio otro coche de caballos que, antes del alba, lo aguardaba en la puerta de su domicilio para conducirlo a la relojería. El cochero de las mañanas, un hombre de gesto malhumorado que fumaba en pipa, tenía experiencia militar e iba armado con una escopeta. Sabría reaccionar en caso de ataque.

Los madrugadores ómnibus circulaban con pocos pasajeros. Los anuncios de propaganda de espectáculos teatrales y de médicos especialistas tachonaban sus laterales, así como los de Tiffin & Son: «Destruyores de chinches de Su Majestad y de la Familia Real desde 1695». Y, aunque de tamaño menor, también podían leerse anuncios de mentalistas que organizaban sesiones de hipnotismo, o de espiritistas que afirmaban contactar con los muertos por medio de métodos científicos. Los caballos soltaban un reguero de humeantes bostas, al igual que los animales de tiro de los carros de los lecheros que, con puntualidad, dejaban la leche en la puerta de las casas. Londres amanecía lleno de vida.

Abrió la relojería y se recluyó en el taller, en el Laboratorio de Cronos, como le gustaba llamarlo. Tras abrir la espita del gas y encender las lámparas, se encerró con llave. Cuando llegasen sus empleados, les diría que, hasta que terminase el gran reloj, no quería que nadie entrase allí. Estaría solo. La reparación y construcción de relojes se efectuaría en la trastienda. Además, había pensado poner un buen candado en la puerta del taller para impedir que

la forzasen durante la noche. Quería ser precavido.

Iba a emplear aquella mañana en ajustar la rueda de escape. Era el elemento más importante. Y el más innovador, desde un punto de vista tecnológico. La rueda de escape debía girar deprisa, con una fuerza medida de antemano con exactitud. Esta fuerza provenía de un muelle que se comprimía al dar la hora el reloj, y que al descomprimirse provocaba la fuerza giratoria. Si sus cálculos eran correctos, el funcionamiento sería perfecto.

Si resultaban erróneos, sería un verdadero desastre.

35. LONDRES

18 de diciembre de 1831

Hacía tanto frío que los aleros de los tejados amanecieron llenos de carámbanos, y la niebla, al respirar, se colaba en los pulmones como si fuese el aliento de un espectro. Las chimeneas de la ciudad echaban humo sin parar, ni siquiera se habían apagado por la noche, y las estufas de carbón, bien alimentadas, caldeaban las oficinas y las tiendas. Tras las lluvias y nevadas de los últimos días, el barrizal escarchado de las calles crujía bajo los pies al despuntar el alba, y los resbalones y caídas llenaban los hospitales de personas con los hombros dislocados o algún hueso roto. Los servicios municipales recogían los cadáveres de los mendigos que vivían a la intemperie, y también los de algún que otro borracho que, debido a la hipotermia, morían con la extraña sonrisa de los congelados, pues momentos antes de expirar entraban en una plácida calidez.

Míster Hamilton había ordenado encender muy de mañana las dos estufas para calentar la relojería, y cuando los clientes entraban cerraban los ojos de placer al notar la acogedora ola de calor que los envolvía.

El relojero había perdido varios kilos. No estaba muy demacrado y el adelgazamiento le hacía sentirse más ligero, pero las punzadas de dolor de su estómago persistían. El médico especialista le había diagnosticado una úlcera y recetado un nuevo medicamento, una fórmula magistral (otros polvos solubles en agua) que le elaboraban en la farmacia cada quincena. Aun así, el malestar general persistía, y en ocasiones se veía obligado a sentarse en una silla para descansar, y a dejar en manos de sus empleados el cuidado de los clientes.

José se había convertido en su mano derecha. El propietario confiaba en su maestría para arreglar relojes, en su gusto para el diseño y en su prodigiosa capacidad para aprender e incorporar los adelantos técnicos en las maquinarias. El español era un innovador nato, y además tenía una poderosa intuición para captar la psicología de la clientela, como demostró meses atrás

con Henry Baltimore.

Aquella gélida mañana de diciembre, José estaba enfrascado en la reparación de un precioso reloj de bronce dorado del señor Baltimore que había sido fabricado para conmemorar la victoria de Waterloo: el león británico, majestuosamente sentado, posaba sus zarpas delanteras sobre el águila napoleónica, abatida. Era el último reloj de Henry Baltimore que «necesitaba» invertir el sentido de la marcha de sus agujas.

Mientras manipulaba los ejes y las ruedas de aquella delicada máquina de precisión, José pensaba en Anna, la mujer de míster Hamilton. Le gustaba verla, y por suerte ella acudía dos o tres veces a la semana a la relojería para comprobar el estado de salud de su marido. Solía reñirle en cuanto lo veía, pero lo hacía con guante de terciopelo para que no se alterase, y lo animaba a delegar tareas en sus empleados.

—No te conviene ponerte nervioso —le recomendaba—. Los nervios son malos para tu úlcera. Supervisa el negocio, pero no asumas tantas responsabilidades. Tus trabajadores gozan de tu absoluta confianza. Ellos saben qué hacer en cada momento.

Y siempre, después de estas reconvenciones casi maternas, añadía:

—Además, José tiene encandilada a la clientela. Es un manitas y ha demostrado tener visión comercial. Deja que él se encargue de más asuntos.

Y cuando Anna le sonreía, al español se le formaba un hoyuelo en las mejillas y le relampagueaba la mirada.

Anna y José sólo intercambiaban formalidades cuando se veían en la tienda. Ella no pasaba al taller para no molestar, pero cuando él la oía llegar, salía sonriente a saludarla.

Por eso aquel frío día, mientras trabajaba en el reloj conmemorativo de Waterloo de Henry Baltimore, estaba atento a la campanilla de la puerta. Cada vez que sonaba al entrar alguien, aguzaba el oído por si se trataba de ella.

Y cuando oía su voz, el corazón le palpitaba más rápido.

36. LONDRES

22 de mayo de 1832

José era un hombre ahorrador. Apenas gastaba en ocio, pero no por tacañería, sino porque casi no disponía de tiempo libre, y el que tenía lo empleaba en leer manuales de relojería para aprender los secretos de dicha arte mecánica. Leía en su habitación al anochecer, a la luz de un quinqué, y para evadirse también repasaba algún periódico con la intención de mejorar su vocabulario, empaparse de las noticias y, de vez en cuando, enterarse de la situación política española, encallada en el cerril absolutismo de Fernando VII. Sí se compró ropa nueva para estar a la altura de su nuevo estatus laboral. Continuaba viviendo en la pensión a la que lo condujo el compatriota del Comité de Ayuda a los Emigrados, aunque la dueña ya no necesitaba enseñarle el idioma, pues hablaba inglés con soltura y sólo le costaba captar el significado de algunas frases hechas y expresiones del argot de las clases más humildes.

Una vez acabada su cruzada doméstica contra los relojes que giraban a la derecha, Henry Baltimore continuó visitando la relojería para charlar un rato con aquel español un tanto parco en palabras. Había descubierto en él a un hombre con una enorme inteligencia práctica, soñador y con un potencial oculto que, en su opinión, albergaba un interesante mundo interior.

Algún que otro sábado, Henry Baltimore, después de dedicar la mañana a gestionar sus negocios, se pasaba por la relojería para conversar con José. El español le caía bien. Encontraba en él a un hombre bien dispuesto y sagaz, a una persona que, según iba descubriendo con cuentagotas, atesoraba una vida muy intensa que había sufrido los embates de la fortuna y vivido episodios oscuros y dolorosos. La abismal diferencia de clase no era impedimento para que se fuese fraguando una paulatina amistad entre ambos. A Henry le agradaba pasear en cabriolé con José y charlar con él mientras recorrían la City, los barrios más señoriales y también las afueras de Londres, los verdes campos limpios de la polución de las fábricas.

Aquella tarde, después de haber trabajado en el taller de la relojería y de conversar media hora con Henry, José regresaba andando a la pensión. Hacía dos días que Anna no visitaba a su esposo en la tienda. Añoraba verla. No podía dejar de pensar en ella.

Al principio, se avergonzaba de sus sentimientos. Anna era una mujer casada, y además con su jefe, míster Hamilton, que tan bien se portaba con él: le había dado una oportunidad laboral, y lo había ido ascendiendo de categoría, reconociendo su talento. Además, aparte de ser un buen hombre, estaba enfermo. Los remordimientos lo atenazaban, sobre todo al acostarse. Daba vueltas en la cama sin poder dormir, pensando en cómo desterrar de su mente a aquella hermosa mujer. Cuando cogía el sueño, despertaba sobresaltado, empapado en sudor, con el corazón encalabrinado. El día en que asumió que se había enamorado de ella, respiró aliviado. Comprendió que era tan inútil racionalizar los sentimientos como intentar arrancarlos de su corazón.

Pensaba en ella a todas horas. Por el día la evocaba y por la noche la soñaba. En ocasiones, tenía la impresión de que iba a surgir de pronto de la niebla con sus andares elegantes, sonriendo, y con sus ojos azules brillando como luceros entre la bruma. Si oía su nombre por la calle, se giraba y su corazón daba saltos con fuerza en el pecho. Y aunque sabía que era imposible que ella frecuentase su depauperado barrio, al cruzar alguna esquina cercana a la pensión tenía una sensación casi física de que iba a encontrarla.

Aun así, a pesar de sus sentimientos, era consciente de que sería incapaz de traicionar la confianza de míster Hamilton. Ni siquiera había rozado la mano de Anna, aunque ella, contraviniendo las normas sociales, se aproximaba mucho a él en la tienda cuando le apetecía charlar. Anna le preguntaba por naderías: si le gustaba su oficio, si estaba a gusto en Londres, si echaba de menos su país. Él apenas sabía nada del alma femenina, pero creía que en esas situaciones ambos corazones eran un único diapasón, marcaban idéntico ritmo, pues los ojos de Anna brillaban.

Igual que lo hacían los suyos cuando pensaba en ella, como comprobaba al ver reflejada su imagen en los escaparates camino de la pensión.

37. LONDRES

16 de marzo de 1866

Grandes nubarrones cárdenos se dirigían a poniente. La línea del horizonte engullía el sol. El aire de la Torre del Campanario parecía materializarse y vibrar justo después de que las campanas diesen la hora. El relojero acusaba la fatiga: los párpados abultados de cansancio, los ojos enrojecidos... Aunque procuraba dormir lo imprescindible, trabajar mañana y tarde en sendos relojes de diferentes mecanismos, la absoluta concentración en su trabajo y la tensión emocional que le producía pensar en los abortados ataques nocturnos, lo dejaban derrengado al término de cada día. Aquella tarde, estaba exhausto, así que decidió dar por concluida la jornada en el Palacio de Westminster. Otro día más sin hallar el motivo del retraso del reloj.

—Nos vamos, sargento —dijo sin más.

Bajaron las malditas escaleras con precaución, para no perder el equilibrio con las prisas y caer rodando. Al salir a la calle, coincidieron con gran parte del personal del Palacio de Westminster que terminaba su jornada: ujieres, funcionarios, policías... También se cruzaron con grupos de albañiles encargados de rematar las interminables obras, y que aún llevaban las manos manchadas de yeso. Cerca de la verja, un corrillo de diputados bisbiseaba con las cabezas juntas, como si conspirasen contra la cúpula de su partido o muñesen una estratagema contra sus adversarios políticos. Uno de los diputados lucía una barba de chivo. Parecía un fraile que hubiese ahorcado los hábitos o un profeta endomingado.

La brisa arrastraba el olor legamoso del Támesis. Dos barcos hicieron sonar sus sirenas.

—Andemos un poco. Acerquémonos a la misma taberna de anoche, sargento. Me apetece beber una pinta de cerveza.

—Como quiera, señor.

El policía hizo una señal a su acompañante para que los siguiese, y el cochero quitó el freno y dejó que la berlina comenzara a moverse, despacio. Uno de los caballos relinchó.

—Ayer me dijo que sirvió en el Ejército. En la India.

—Destinado en Bombay.

—¿No le gustaba la vida militar?

—Amaba el Ejército, señor.

Los destellos del moribundo sol refulgían en los botones del uniforme del sargento Hopkins, que iba con la porra bajo el brazo. Se pasó los dedos de la mano derecha por las guías del bigote, sonrió, evocador, y añadió:

—Pero más amaba a una mujer.

—Ah. El amor. Le entiendo perfectamente, sargento.

El cielo azul marino y las sombras avanzaban por levante. La luz del día huía.

José estaba extenuado. Por las noches se desesperaba haciendo cálculos sobre hojas de papel, pensando dónde podía estar el fallo. El reloj de Westminster no sólo podía acabar suponiendo un duro revés a su carrera, sino que le robaba un tiempo precioso para trabajar en el reloj de sus desvelos, el que construía en su taller.

Estaba sopesando abandonar, darse por vencido, por mucho que la mismísima reina Victoria se llevase una decepción, y aunque ello supusiera ver reducida su clientela al propagarse la noticia de su fracaso.

En contrapartida, podría centrarse en su «creación» en el Laboratorio de Cronos.

Sin embargo, a pesar de que la tentación de rendirse y abandonar lo acompañaba durante las largas horas de insomnio, mientras emborrataba cuartillas con posibles soluciones técnicas, siempre llegaba a la misma conclusión.

Nunca en la vida se había dado por vencido.

38. LONDRES

18 de noviembre de 1832

La ciudad llevaba dos días de disturbios, sobre todo al anochecer. Los luditas, organizados en violentos pelotones, asaltaban las fábricas a la caída del sol para destrozar las máquinas, a las que culpaban de condenar al paro a miles de obreros. Armados con estacas, hachas, martillos y antorchas, irrumpían en las instalaciones fabriles y se vengaban de los ingenios mecánicos por quitarles el pan. Reducían a astillas las desmotadoras de algodón, y les pegaban fuego a las máquinas de vapor que encontraban. Los policías patrullaban las calles, las celdas estaban atestadas de asaltantes luditas molidos a palos, y los jueces se mostraban inclementes con aquellos atentados contra la propiedad privada. Los amedrentados empresarios habían contratado a matones armados para vigilar las fábricas, lo que acentuaba la espiral de violencia.

Londres había amanecido con una calma tensa. La noche anterior, varios cientos de personas que clamaban por la vuelta al pasado artesanal se habían manifestado con antorchas en los alrededores de la fábrica de betún Warren, pero el cordón policial evitó que los manifestantes entrasen en el recinto y quemar alguna máquina. Durante la madrugada, varios hombres que empuñaban antorchas corrieron por Baker Street, la calle donde vivía Henry Baltimore. Él y José estaban ahora hablando de ello en el coche de caballos que los conducía al Travellers.

El Travellers Club había sido fundado en 1819, cuando la convulsa Europa se restablecía de las guerras napoleónicas. Sus fundadores querían que fuera un lugar de acogida de ilustres viajeros que visitasen la ciudad, y establecieron como único requisito para ser socio el haber viajado al menos a quinientas millas de distancia de Londres en línea recta. No era por consiguiente un club para hombres sedentarios y de mentalidad inmovilista, sino para aquellos que habían visto mundo, gentes con una pátina cosmopolita, lo que no era obstáculo para que todos ellos estuviesen más que

persuadidos de que el imperio británico era una gloria universal.

El flamante edificio, recientemente construido por el arquitecto Charles Barry, estaba situado en el 106 de Pall Mall. En las jardineras de las ventanas de la blanquecina fachada crecían las flores, lo que le daba un aire primaveral a la severa arquitectura neoclásica. Henry Baltimore tiró de la cadena de la campana de la puerta, y un instante después un empleado abrió la puerta y les hizo una leve reverencia.

Nada más entrar, un reloj de pared dio las once, y Henry apuntó con el dedo e imitó con la boca el sonido de un disparo.

—En una junta de socios saqué el tema de que usted arreglase los relojes para que girasen hacia la izquierda.

—Supongo que desecharían la idea por peregrina.

—No se crea. Se trató el tema durante un buen rato, y hubo división de opiniones. Pero mi propuesta quedó en minoría.

—Fue una derrota honrosa —respondió José.

—Considero un triunfo que una parte de los socios votase a mi favor. Eso demuestra que, lo que unos toman por chaladura, otros lo consideramos excentricidad. Un rasgo de inteligencia, por cierto. Los tontos nunca son excéntricos.

Una alfombra roja extendida en el recibidor absorbía los sonidos de las pisadas. Dos socios descendían por la escalera, cuyo pasamanos de madera noble parecía sacado de la cubierta de un navío de línea. Henry guiaba a su invitado a la Coffee Room, donde los socios podían llevar a hombres ajenos al distinguido club y tomar cualquier bebida menos café. Era costumbre invitar a hombres con experiencia viajera, para intercambiar opiniones delante de una taza de té o de una copita de jerez. Por supuesto, los socios daban por sentado que todos ellos, incluso los invitados, coincidirían en glosar las virtudes del imperio británico. Las mujeres, como era norma en todos los clubes británicos, tenían prohibido el acceso.

Al entrar en la sala, José percibió enseguida el tono en voz baja de las conversaciones y la reposada gesticulación de los socios e invitados. Incluso podía oírse el roce de las hojas de los periódicos al pasar página o el sonido plateado de las cucharillas removiendo el té en una tacita de porcelana. Espirales de humo de los cigarrillos ascendían al techo. Había militares de uniforme, miembros del servicio diplomático, altos funcionarios, terratenientes y hombres de negocios. Sentados en butacones y sillones de piel, charlaban con las piernas cruzadas o leían la prensa. En las charlas en

voz baja, se adivinaba el engolado acento de quienes habían estudiado en Eton y en Cambridge, y los modales de quienes trataban al resto del mundo —a quienes no habían compartido pupitre con ellos—, como si fuesen un incordio. Un socio tripudo hacía aros de humo con su cigarro, cual temblorosos anillos de Saturno. Un camarero servía bebidas y retiraba los ceniceros de plata llenos de ceniza fría, deambulando por la amplia sala con esa mezcla de sumisión y envaramiento tan característica del servicio doméstico británico. Henry tomó asiento, invitó a José a sentarse enfrente y alzó una ceja para llamar al camarero:

—Tomaré un oporto.

El sirviente miró a José.

—Yo también, gracias.

Henry comprobó la hora invertida en su reloj de bolsillo, le dio cuerda y sonrió:

—Ya no concibo la vida sin él —dijo.

Y el relojero le devolvió el cumplido con otra sonrisa.

Ambos tenían la misma edad. Pero ésa no era la razón de que aquella amistad, impensable en un principio por el Himalaya social que los separaba, hubiese nacido y fuese consolidándose con los meses. Es cierto que la originalidad de José para resolver la divertida petición de un reloj contestatario provocó la chispa, pero el paulatino acercamiento del acaudalado inglés hacia el español se debió a la peculiar personalidad de éste. Henry, sencillamente, se sentía a gusto a su lado.

El camarero trajo las copas de oporto, lo probaron y su justo dulzor les supo a gloria.

—Nunca le he explicado el origen de mi fortuna.

José negó con la cabeza y guardó silencio, disponiéndose a escuchar.

—Mi abuelo era tratante de esclavos. Compró acciones de una compañía negrera y se enriqueció en pocos años comerciando con carne humana en América. Era un hombre inteligente, de gran pragmatismo, carente de escrúpulos. Mi padre no sólo heredó su olfato mercantil, sino que disfrutaba dirigiendo las expediciones para capturar negros en África. Hizo una enorme fortuna enviando grandes cargamentos de esclavos a los nacientes Estados Unidos, incluso se embarcó en una ocasión para capitanear una flotilla de cinco barcos negreros y controlar la venta en los mercados caribeños. ¿Sabe? En casa solía jactarse de haber arrojado él mismo por la borda los cadáveres

de los negros muertos por enfermedades durante la travesía. «Pasto de tiburones», me dijo cuando me lo contó de pequeño. Al igual que otros padres relatan historias de soldados a sus hijos o los duermen con cuentos infantiles, a mí me narraba con orgullo aquella «anécdota». Incluso creo que lamentaba no haber cruzado una segunda vez el Atlántico para tener la oportunidad de volver a tirar al agua a los muertos y dar de comer a los peces.

Bebió un sorbo de oporto y dejó la copa en la mesita. El fumador astrónomo seguía concentrado en hacer anillos saturnales lanzando al aire el humo de su puro. Las conversaciones de la sala apenas eran un rumor aterciopelado. Henry continuó con su explicación:

—Cuando el Parlamento aprobó en 1807 el Acta que prohibía el comercio con esclavos, mi padre estuvo a punto de sufrir un infarto de la impresión. Su concepción del mundo se desmoronaba. Aquella ley supuso el final del sustancioso negocio familiar, y resultó un mazazo para la salud de mi progenitor. Invirtió las ganancias en fincas rústicas y urbanas, y adquirió acciones de la Compañía de las Indias Orientales, pues entendía que el comercio con China era el futuro, sobre todo el relacionado con el opio. Aquella diversificación de los riesgos fue juiciosa, y el capital se incrementó. Sin embargo, la tensión nerviosa fue minando su ya quebrantada salud, y un segundo infarto acabó con su vida en 1820. Al ser hijo único, y al haber fallecido mi madre con anterioridad, heredé toda su fortuna. Me convertí en un joven alocado y rico. Tenía por aquel entonces veintitrés años.

José echó cuentas. A esa misma edad, él servía en el arma de caballería, y ya había vivido episodios de extrema pobreza.

—Supongo que, al verse convertido en un rico heredero, quiso vivir la vida.

—Quise ir demasiado deprisa. Ya sabe: fiestas, viajes exóticos, amistades insustanciales y un irreprimible deseo de diversión. Hasta que alguien me hizo cambiar.

Suspiró y tomó otro sorbo de su copa de oporto. Un coronel se puso en pie y despidió con un apretón de manos a un hombre grueso, cuya cabeza parecía un busto romano por la gravedad de sus rasgos. Henry retomó su relato:

—Esa persona me hizo sentar la cabeza. Pero no quiero hablar de lo que sucedió —su mirada se ensombreció por un instante—. El caso es que hice ventajosas inversiones en terrenos urbanos, adquirí paquetes accionariales que no han dejado de dar beneficios y, para compensar el origen vergonzoso

de la fortuna familiar, dediqué una parte de las ganancias a sufragar obras benéficas. De lo que más me enorgullezco es de costear una serie de becas para niños pobres. En los últimos años, muchos de ellos gracias a sus dotes naturales y a su esfuerzo, han ido a los mejores centros de enseñanza. La educación les permitirá encontrar buenos trabajos.

Apuró el vino de la copa, suspiró y añadió:

—Así intento lavar mi conciencia, corregir el mal que hicieron mi abuelo y mi padre. La esclavitud, querido José, es algo que me parece repugnante.

—El esfuerzo personal puede obrar milagros. Estoy de acuerdo. Pero todo se quedaría en nada si no hubiera alguien que nos diese una oportunidad en la vida.

—Coincidimos plenamente.

Un socio cerró el periódico de forma airada y masculló en tono audible unas palabras de desprecio. Las noticias sobre los luditas y su odio hacia las máquinas le habían hecho perder la compostura. Otros socios lo miraron con desaprobación. Nada justificaba una actitud como aquélla en el Travellers.

Henry, al darse cuenta de la noticia que había leído el socio, comentó:

—Esos pobres luditas son sólo obreros sin especialización. No es de extrañar que vean a las máquinas como sus enemigos, instrumentos demoníacos que les roban el jornal. Si se les enseñase a manejarlas, mantenerlas y arreglarlas, la cosa cambiaría. Educación es lo que hace falta —sentenció Henry.

Algunos socios, expertos en captar la clase social según la manera de vestir, la forma de sentarse y los gestos, lanzaban fugaces miradas a José, calibrando su procedencia. Él no se sentía intimidado por estar en tan selecto club. Sentía agradecimiento hacia Henry por haberle permitido demostrar sus cualidades como relojero y por concederle el favor de su amistad.

En aquel momento, arrellanados en los butacones de la Coffee Room, eran sólo ellos dos los que conversaban. Henry, que había confesado el origen de su fortuna, al parecer escondía algún secreto en su pasado. ¿Quién era esa misteriosa persona que le hizo abandonar la vida disipada y centrarse?, se preguntaba José. Él mismo callaba muchas cosas de su vida, pero no por secretismo ni por vergüenza, sino porque no consideraba que dar lástima fuese una virtud. Prefería vivir el presente y labrarse un porvenir.

Aunque no olvidaba las duras pruebas que tuvo que soportar.

39. LONDRES

Abril de 1833

A míster Hamilton le habían diagnosticado cáncer de estómago. Ante el empeoramiento de su salud, decidió consultar con otro médico especialista, que tras unas pruebas descartó que los síntomas se debiesen a una úlcera, y recomendó de inmediato una cirugía para extirpar el tumor. Tal vez llegasen a tiempo de impedir su propagación. Míster Hamilton ingresó en el Royal London Hospital a comienzos de la primavera y fue sometido aquella misma tarde a la operación. El cirujano, tras cortar todo lo que pudo, determinó que el cáncer se había extendido, y que sólo cabía un tratamiento paliativo y esperar lo inevitable.

Míster Hamilton aceptó con estoicismo el veredicto. Había adelgazado tanto que tuvo que hacerse ropa nueva, porque la que tenía ya no le servía de nada. Estaba muy delgado y en su mirada se agazapaba la sombra de la muerte. El cuello de la camisa le bailaba, y en cuestión de semanas los dedos de sus manos parecieron alargarse a ojos vista, como si se los hubiesen trasplantado de un pianista.

A pesar de todo, seguía yendo cada mañana a su negocio y aseguraba que, mientras sus relojes funcionasen, a él no se le agotaría la cuerda de la vida. Si ellos marchaban, él también. Y esbozaba una triste sonrisa, como la de un payaso a medio maquillar.

Para que pudiera sobrellevar el dolor, el facultativo le había prescrito un compuesto de morfina rebajada, y le indicó que, según fuera necesario, irían incrementando la dosis del potente analgésico. Anna retiraba mensualmente de la farmacia la cantidad de fármaco prescrita, y al llegar a casa se la suministraba a su marido, que se quedaba sumido en un dulce sopor por efecto de la medicación. En ocasiones, cuando estaba en la relojería se veía asaltado por una irresistible somnolencia, y míster Hamilton se sentaba en un sillón y dormitaba, oyendo de fondo el tictac de los relojes de pared y su sonería al dar las horas.

José lo contemplaba aletargado en el sillón y hacía todo lo que estaba en su mano por ayudarlo. En aquellas circunstancias, los alfilerazos de su conciencia le impedían mirar con deseo a Anna cuando ella aparecía en la tienda.

Pero la amaba de corazón. Negarlo era como llamar al día, noche.

40. LONDRES

17 de marzo de 1866

El retraso diario del Big Ben seguía siendo de unos treinta segundos, aproximadamente. El péndulo medía trece metros, pesaba trescientos kilos y estaba alojado bajo el mecanismo, en una habitación cerrada, para que ninguna corriente de aire pudiese influir en su movimiento. El relojero pasó aquella tarde en dicha estancia, revisando el acompasado movimiento pendular y comprobando que no existiera ninguna oquedad o fisura que permitiese el paso de aire. Todo parecía correcto. Seguía sin poder detectar el origen del fallo mecánico ni determinar qué pieza estaba desacoplada. Al menos, ahora sabía que no residía en el sistema del péndulo ni en el cuarto diseñado para albergarlo. Aun así, sospechaba que el problema podía estar en que el centro de masas del péndulo se desviaba, lo que podía aumentar imperceptiblemente su velocidad de oscilación. Pero era incapaz de encontrar la forma de comprobar aquella teoría.

Pasó el tiempo. Otra tarde infructuosa. Y mientras procedía a guardar las herramientas en el maletín, para obligar a descansar la recalentada caldera de su cerebro, le preguntó al policía:

—Sargento. Ayer me comentó que estuvo usted destinado en Bombay.

—Sí, señor —sacó pecho de un modo instintivo, como si estuviese a punto de pasar revista.

—¿Guarda buenos recuerdos de aquella época?

—Los mejores, míster Losada —sus ojos centellearon de nostalgia.

—Sin duda debe de ser un lugar de lo más exótico.

—Un paraíso terrenal. Aquel calor del trópico era mucho mejor que el endemoniado clima londinense. Me gustaba la ciudad, su vida, sus gentes.

Recordó con agrado las cancelas de madera de las casas coloniales, donde las mujeres contemplaban el bullir comercial de las calles amparadas tras los cristales, sobre todo durante la temporada del monzón, cuando los

días eran una interminable sucesión de sábanas de agua, como si el mundo tuviese memoria del Diluvio Universal. Detrás de una de aquellas cancelas, y en un verano lluvioso, vio por primera vez a su mujer. Una bonita joven.

—Aun así, cambió el Ejército por Scotland Yard.

—Fue cuando conocí a mi esposa. Era hija de un pastor de la Sociedad Bíblica Británica. Él predicaba con ardor el amor a Dios, pero, si me permite decirlo, señor, no lo aplicaba en su propia casa.

—¿Autoritario?

—Digámoslo así.

—Entiendo.

Estaba claro que el sargento prefería no entrar en detalles, y desde luego no le explicó que aquel predicador de rostro huesudo y ojos de loco, experto en manipular mentes y profanar almas, con el corazón inflamado por la religión y la ginebra, vendía biblias baratas y anunciaba en sus vociferantes sermones que el Reino de Dios estaba al caer, y, creyéndose la vanguardia del Apocalipsis, pegaba a su mujer e hija por pura frustración, porque las trompetas de Jericó no resonaban por más que rezase y bebiese. Aquel predicador alcohólico que pretendía provocar arrebatos místicos del alma sólo infundía recelo y miedo.

—Ella quería cambiar de ciudad y de vida. Nos casamos, nos trasladamos a Londres e ingresé en Scotland Yard. Hace cinco años de eso, señor.

El relojero terminó de guardar sus herramientas e instrumentos en el maletín. Salieron de la sala de la maquinaria e iniciaron en silencio el descenso de la torre mientras el eco de sus pasos resonaba en la estrecha caja de la escalera.

La bola del sol se enfriaba, y las sombras comenzaban a deglutir el cielo por el este. El policía le hizo al cochero una señal con la mano para que los siguiese, y el relojero, a quien le agradaba el carácter del sargento Hopkins, observó que éste, al caminar con la porra sujeta bajo el brazo, lo hacía como si en lugar del uniforme azul llevase la casaca roja y en vez de casco se cubriese todavía con salacot.

Como si aún se protegiese del ardiente sol de Bombay.

41. LONDRES

11 de octubre de 1833

La botica olía a herbolario, pomadas y alcohol. Las estanterías de madera noble estaban repletas de albarellos con el nombre en latín del producto que contenían. A primera vista, aquel local podía pasar por el laboratorio traspasado de un viejo alquimista. Los ayudantes del farmacéutico despachaban con gesto adusto y anotaban cuidadosamente las medicinas prescritas por los médicos que debían elaborar. Más tarde, el farmacéutico pesaría con precisión los compuestos activos de cada fórmula magistral. El gran mostrador era de mármol blanco, y cada vez que alguien dejaba caer una moneda ésta tintineaba con singular alegría. Aquel elegante bloque marmóreo relucía con gloria florentina al incidir en él la luz dorada del verano, pero aquel día de otoño inglés la luz agrisada apenas penetraba por las cristaleras. El día había amanecido nublado, tontorrón. Pronto llovería.

Anna había acudido a recoger la morfina que necesitaría su marido a lo largo de un mes. La dosis que requería el paciente para calmar los punzantes dolores cancerígenos era cada vez más elevada. Le envolvieron en papel un tarrito de vidrio y, al salir a la calle, se dio de bruces con José. Sorprendida, Anna dio un respingo y sonrió.

—Ah, es usted. Buenos días, José.

—Buenos días, Anna.

—Qué casualidad, ¿no? Encontrarnos aquí.

—En absoluto. La he seguido desde que salió de la relojería.

Un carro lechero pasó con estrépito cerca de ellos. Las ruedas traqueteaban sobre el adoquinado de la calle y los cántaros de metal entrechocaban bajo el vozarrón del conductor, que jaleaba a los percherones con blasfemias que sonrojarían al mismo demonio. No fue por escucharlas por lo que a Anna se le arrebolaron las mejillas.

—Venía a recoger el medicamento. Ya sabe.

Apenas pudo balbucear aquellas palabras. No sabía qué decir. José llevaba un paraguas cerrado y, doblado bajo el brazo, también un periódico. Lo enarboló y dijo:

—El rey de España ha muerto. La tiranía absolutista se ha terminado.

—Entonces, ¿piensa...? —no se atrevió a terminar la frase.

—¿Volver? No. Por supuesto que no. Este país y esta ciudad me acogieron con los brazos abiertos. No pienso regresar. Tengo muchos planes aquí, Anna.

—¿Sí? —su corazón se aceleró.

—¿No crees que es ridículo que aún nos tratemos de usted?

—Lo es..., desde luego —volvió a ruborizarse.

Ella lo miró con intensidad. Su altura y corpulencia le gustaban. Pero le gustaba mucho más el atrevimiento con que la miraba. No era un hombre de especial atractivo, aunque la seguridad en sí mismo que irradiaba le confería un poderoso magnetismo.

—Soy consciente de que estás pasando por un momento muy duro, Anna. Verlo sufrir debe de ser terrible.

—Sí —bajó la mirada.

—Él me ha tratado con más deferencia que nadie en mi vida. Y me dio la oportunidad que necesitaba para demostrar mi valía. Confió en mí. Por eso —tomó aire—. Por eso me ha resultado tan difícil ocultar mis sentimientos durante todo este tiempo. Creo que sabes a lo que me refiero.

Anna asintió. Comenzaron a caer las primeras gotas. La luz perdía intensidad por instantes, como si estuviera produciéndose un eclipse.

—Tengo cargo de conciencia desde hace mucho. No puedo dejar de sentirme culpable porque —tomó aire—, porque me siento atraído por ti.

Ella lo miró a los ojos fugazmente antes de desviar la mirada, temerosa de que viese que sus ojos azules centelleaban de emoción. La lluvia salpicaba las pecas de su cara.

—Es como si sostuviese una lucha interna. Mi corazón late rápido cuando te veo, y te extraño cuando no estás. Y al mismo tiempo, tengo la sensación de que estoy cometiendo un delito de traición, sobre todo al verlo tan enfermo. La incertidumbre no me deja vivir.

—¿La incertidumbre?

Una lluvia pulverizada, como pasada por un cedazo, caía sobre la ciudad sin llegar a deshacer la neblina. Los cristales de los comercios parecían haber

incubado una benéfica rubeola transparente. José completó su pensamiento:

—La incertidumbre de no saber si sientes lo mismo que yo.

Anna notó cómo su corazón le daba un bote antes de responder:

—Siento lo mismo que tú, José.

—Te quiero. ¿Estás dispuesta a esperarme?

Anna apenas podía sujetar el frasco de morfina, que estuvo a punto de resbalarle entre los dedos. Los latidos resonaban en su pecho y su respiración se aceleraba.

—¿A esperarte?

—Hasta que todo termine. Entonces seremos libres para querernos. Yo esperaré lo que sea necesario, aunque tenga que contar los días como un naufrago en su isla. ¿Lo harás tú?

Ella asintió levemente. Sus ojos tenían el brillo de aguamarinas junto al fuego. José abrió el paraguas negro y la cubrió. Anna, sonriendo, dijo:

—Hay espacio para los dos. Acércate.

Comenzaron a andar bajo la suave lluvia, en silencio, bañados por la luz melancólica del otoño, con sus corazones palpitando al unísono.

42. LONDRES

Junio de 1835

Míster Hamilton falleció a finales del invierno tras una larga agonía. Al no tener hijos que heredasen, Anna se convirtió en propietaria de la relojería y José pasó a dirigirla. Fiel a su palabra, José había esperado a que muriese su protector para disfrutar de la carnalidad del amor. Anna era diez años mayor que él, aunque no aparentaba estar a punto de cumplir los cuarenta y ocho. Sin embargo, esa diferencia de edad la mortificó durante toda la primavera. Pensaba que quizá José se arrepentiría en el futuro y la dejaría por otra más joven, o que le daría lástima abandonarla y mantendría en secreto el romance con otra mujer. ¿Y si él deseaba tener hijos? Ella ya no podía darle descendencia, lo que la entristecía. Le daba miedo envejecer y no disponer de suficiente salud para cuidar de él, o morir antes y truncar esa vida en común con la que tanto habían soñado. Pero sus temores se desvanecieron cuando pudo comprobar que José le demostraba día tras día cuánto la quería.

Para no dar pie a los chismorreos habituales de la pacata sociedad londinense, decidieron retrasar su boda el tiempo prudencial que estipulaban las rígidas normas en vigor. Henry Baltimore, que era la única persona que conocía los detalles de aquella relación por expresa decisión de José, coincidía en la opinión de no alborotar a los gazmoños burgueses para que la clientela no mermase. El que una viuda fuese cortejada no era motivo de escándalo, aunque ambos reprimían en público sus manifestaciones amorosas y las reservaban para los momentos de intimidad, como cuando paseaban por las afueras de la ciudad, bajo el tiempo bonancible.

Les gustaba pasear por Lavender Hill, entre los campos floridos de lavanda. Él la llevó allí una vez diciéndole que aquel paisaje siempre le había proporcionado una profunda paz. «Me reconcilia con la vida», dijo. Así que algunos días caminaban con lentitud entre las matas de flores, aspirando su tenue perfume.

—Tus ojos son del color de la lavanda —decía José.

En aquellos paseos, lejos de miradas indiscretas, él le acariciaba el pelo y contaba sus pecas a besos, demorándose en la cuenta para alargar el placer de aquel juego amoroso. Tanta era la burbujeante felicidad que sentían que decidieron pasar los fines de semana en Lavender Hill, en una casa campestre que alquilaron durante un mes.

Al caer la tarde, se sentaban en el porche para ver cómo el horizonte engullía la bola naranja del sol. En esos momentos, el color de las flores cultivadas se hacía más intenso, y las bandadas de pájaros arrojaban sombras fugaces sobre los últimos rayos del sol, que se cernían sobre ellos durante el ocaso. José la abrazaba y, sin decir nada, en el silencio compartido, contemplaban cómo la luz se enfriaba hasta tornarse azul marino. Entonces él encendía velas del porche de la casa, y decía:

—Esto resulta más fácil que cazar luciérnagas y meterlas en botes de cristal.

Y cuando el mundo se sumía en una tibia oscuridad y la brisa mecía los campos de lavanda, se dejaban envolver en su suave fragancia y se desnudaban lentamente, para que él prosiguiese contando con besos todas las pecas de la sedosa y blanca piel de Anna, en la mímica del amor. Al aire libre, amparados por la noche, a la luz de las velas, se devoraban con pasión eléctrica y exploraban con detenimiento la cálida geografía de sus cuerpos, sintiendo cómo la carne temblaba de puro gusto y dejando que sus respiraciones se acelerasen hasta que, acompasadas en el momento del frenesí, volvían a hacerse más lentas, satisfechos el uno del otro, saciados, pletóricos de dicha.

A la luz temblorosa de las velas, tumbados al amparo de la lavanda, contemplaban los parpadeos del firmamento y se hacían confianzas. Sentían una expansiva paz interior y un irrefrenable deseo de permanecer juntos.

—Me había convencido de que, a mi edad, nunca volvería a tener esta sensación de plenitud. Soy tan feliz que me entran ganas de llorar —decía ella, con los ojos puestos en el alfanje de la luna.

—Y yo estaba convencido de que nunca sabría lo que es querer a alguien de verdad.

Y las horas se les pasaban en un suspiro aquellos días de junio en Lavender Hill, como si el tiempo se hubiese cancelado.

Él no se llevaba ningún reloj, de modo que las horas del amor las medían la salida del sol y de la luna.

43. LONDRES

18 de marzo de 1866

La lumbre daba un agradable calor. En la calle chispeaba, y el cielo ya estaba negro. En el Ye Olde Cheshire Cheese los hombres bebían a solas o en compañía, según los ánimos o las circunstancias. El relojero era de los primeros.

Se estaba bebiendo una pinta de cerveza negra Allsopp. Estaba acodado en la larga y ancha barra de madera. Los culos de las jarras dejaban círculos húmedos en la superficie, y a veces la espuma rebosaba y salpicaba la pulida superficie de madera. Pensaba. Meditaba. Sumido en sus cavilaciones, se abstraía de las conversaciones, de los ruidos, del arrastrar de sillas y de las prolongadas risas beodas.

El grandioso reloj que construía en el Laboratorio de Cronos estaba casi terminado, aunque aún lo agobiaba no hacerlo en el plazo acordado. Posponer la fecha de entrega implicaría poner en peligro su inauguración en la fecha prevista. Por eso acudía a su taller cuando los luceros del alba todavía parpadeaban. Y cada mañana contenía la respiración al llegar al taller, hasta que comprobaba que el candado de la puerta no había sido violentado y que la preciosa maquinaria estaba intacta, en su sitio. No podía dejar de pensar en lo ocurrido. Por suerte, ahora el sargento Hopkins velaba por él.

Aun así, a pesar de sus esfuerzos, el reloj del Palacio de Westminster seguía retrasando. Se devanaba los sesos, pero no hallaba el origen del problema. Las tardes que había pasado en la Torre del Campanario habían sido hasta ahora del todo improductivas. Su experiencia y su ciencia no habían servido hasta el momento. Si fracasaba, si no lograba arreglarlo antes de tres semanas, su prestigio se resentiría. Haría el ridículo.

Al apurar la cerveza y dejar sobre la barra el dinero, se dio la vuelta y vio que el sargento, de pie junto a la puerta, parecía un atlante uniformado de azul. El policía cruzó el local y se dirigió a la esquina de la barra de madera,

donde, acodado y con mirada turbia, bebía ginebra el mismo hombre enjuto y mal afeitado al que le dio unas monedas días atrás. El sargento Hopkins repitió el mismo ritual: apoyó amigablemente su mano de herrero en el hombro, le susurró unas palabras al oído y dejó unas monedas al lado de la jarra de cerveza. A continuación, miró al relojero y ambos salieron a la calle.

La lluvia era fina, y no caía sesgada por la ausencia de viento.

—Chirimiri.

—¿Disculpe, señor?

—Así llamamos en mi país natal a esta lluvia. Chirimiri.

Miraron hacia arriba, y las gotitas salpicaron sus rostros como besos de hadas. La negrura de la noche era combatida pacíficamente por las farolas de gas, por las ventanas iluminadas de las casas y por los faroles de los carruajes que circulaban. El cochero de Scotland Yard llevaba calado el sombrero hasta los ojos.

Se subieron a la berlina y emprendieron el camino de vuelta a la casa del relojero. José sentía curiosidad por saber de qué conocía el sargento al individuo de la barra, al que le pagaba la ronda.

Tal vez se lo preguntaría otro día. Ahora necesitaba silencio. El dulce traqueteo del coche y el sonido de los cascos de los caballos lo ayudaban a pensar.

Necesitaba inspiración para resolver el problema del Big Ben.

44. LONDRES

3 de febrero de 1836

En la escuela, situada junto al hospital de Saint Bartholomew's, recibían instrucción primaria los niños de un orfanato cercano. Se trataba de un pequeño colegio con dos aulas en el que impartía clase un matrimonio. El maestro se ocupaba de los niños, y la maestra de las niñas, en clases diferenciadas. Henry era uno de los benefactores de aquel colegio, y, aunque nunca lo había visitado hasta entonces, días atrás había anunciado que lo haría. Le pidió a José que lo acompañara, porque al parecer los relojes de pared de las aulas estaban parados desde hacía meses. El relojero se había prestado a arreglarlos, así que metió varios útiles en un pequeño maletín de piel negra y salió al encuentro de su amigo, que lo esperaba en la calle. José se había mudado hacía poco al número 20 de Woburn Buildings Tavistock Square.

—Con ese maletín parece usted un médico —dijo Henry al verlo.

—Sí. Un médico del tiempo.

Un niño rapado al uno les abrió la puerta cuando llamaron a la campanilla de la cancela. Llevaba un mandilón gris, y saludó a ambos hombres con una ensayada reverencia. Había sido advertido de la importancia de la visita. El matrimonio salió a recibirlos.

—¡Qué honor recibirlo en nuestra humilde escuela, míster Baltimore! ¡Cuánto se ha hecho esperar su señoría! —exclamó el maestro con exagerada alegría y elevando las manos al cielo, como en un ofertorio.

—¡Su visita nos halaga! —añadió su esposa, la maestra.

Ambos estaban muy gordos. Parecía que se alimentasen de tocino entre semana y de chuletas los sábados y domingos. Al ser pequeños, daban la impresión de ser barriletes, y hablaban con un tono de voz altisonante. Ella llevaba una *mobcap*, una cofia de algodón anudada bajo la papada que enmarcaba su rostro.

—¿Quiere ver primero a las niñas, míster Baltimore?

—Sí. Hay que tener una deferencia con las damas —respondió Henry.

—Oh, sólo se trata de unas chiquillas feas, holgazanas y desvergonzadas. ¡Su señoría peca de bonhomía al otorgarles tal consideración! —contestó la mujer, achinando sus ojillos porcinos.

Al entrar los cuatro en el aula, las niñas, sentadas tras sus pupitres de madera, se pusieron en pie con el característico ruido de arrastrar de bancas. La clase estaba caldeada gracias a una estufa de hierro colado colocada encima del estrado, al lado de la mesa de la maestra. Sobre el impoluto encerado colgaba un grabado coloreado del rey Guillermo IV, y en una de las paredes había un reloj parado. Las chiquillas vestían mandilones marrones y llevaban el cabello corto, cortado a trasquilones, a tijeretazos. Era la forma más fácil de eliminar los piojos y liendres. De repente, una niña de unos cinco años cruzó el aula, pasó al pequeño cuarto contiguo que daba a un patinillo interior y se metió solita en un cubo de basura.

Henry y José se quedaron atónitos ante la reacción de la pequeña, cuya cabecita rubia asomaba ahora por el borde del cubo de metal acanalado. Henry miró a la maestra, que con una sonrisa blanda que le empequeñeció más aún sus ojos negros de coleóptero explicó:

—Ya sabe que es basura y que, por consiguiente, su sitio está entre la mugre. Desde el cubo de los desperdicios asiste a mis clases, aunque he de decir que con poco aprovechamiento, porque es una verdadera lerda.

—Explíquese.

—Su madre era una mujer *caída*—subrayó el eufemismo—, ya me entiende, una tuberculosa que la entregó al orfanato nada más nacer. Renunció a cuidar de su propia hija, ¿puede creerlo?

¡Si hasta las perras tienen instinto maternal y amamantan a sus cachorros! Murió poco después, sin dejar de hacer la calle, ya sabe. Y la niña —la maestra la señaló con uno de sus dedos amocillados— ha heredado la perversa naturaleza de su madre. Mírela: feúcha, flaca, endeble. Es necia para aprender y, por más que se le pegue, no retiene las enseñanzas. Dele tiempo. Dele tiempo y se convertirá en el vivo retrato de su indigna madre. La envió al cubo de la basura porque ése es su sitio. Y ya ve, señoría, ha asumido que ése es su lugar, así que cada mañana se va derechita a meterse en el cubo antes de que la envíe allí a la menor oportunidad.

—Supongo que estará orgullosa de haberla amaestrado como a un animal de circo.

—¡Oh, mis esfuerzos me ha costado, se lo aseguro! ¡Tiene la cabeza tan dura que me lastimo la mano cuando le arreo cogotazos!

Henry alzó una ceja y se volvió hacia el maestro:

—Muéstreme a sus pupilos —ordenó.

Al entrar en el aula, los niños se pusieron en pie en posición de firmes. El maestro cogió una vara que había en un rincón y se dirigió al estrado con paso marcial. Parecía un cabo furriel más que un docente. Los huérfanos de mandilón grisáceo tenían la cabeza casi rapada. La decoración era idéntica a la del aula de las niñas: el reloj sin vida, la pizarra sin rastro de tiza y el grabado polícromo del monarca. También había una estufa junto a su mesa. La maestra y José entraron tras ellos.

—Permítame que le muestre cómo aprenden estos zotes.

En su mesa había un libro, lo abrió y se lo entregó a un alumno para que leyese. El niño, que debía rondar los seis años, tomó aire, enderezó la espalda y sujetó el libro abierto con respeto sacramental, como si aquello fuese una prueba de lo más trascendente, una especie de ordalía. Comenzó la lectura sin titubear, pero a mitad de una frase se encasquilló y se equivocó en dos palabras consecutivas. El maestro descargó el palo sobre la espalda del chiquillo, y sus compañeros agacharon la cabeza en un gesto colectivo, como si una ola de miedo hubiese atravesado el aula.

—¡Maldito mostrenco ignorante! ¡Por tu culpa su señoría debe de pensar que soy un mal maestro! ¡Y eres tú el borrico!

El hombre cogió de su mesa unas orejas de burro de cartón y se las colocó al alumno, que se dejó hacer, obediente, aunque sus ojos brillaban por las lágrimas que pugnaban por desbordarse.

—Ya he visto suficiente —dijo Henry con voz calmada.

—Si me permite, elegiré otro.

—No necesito ver más para comprobar que aquí el único burro es usted.

Con una rapidez prodigiosa, le quitó al maestro la vara y le lanzó un golpe en las costillas. El hombre se agachó para protegerse por si venían más palos, y al hacerlo se le escapó una sonora ventosidad.

Los niños rompieron a reír.

—¡Fuera de aquí, desgraciado! ¡Fuera! ¡Largo de aquí! —gritó Henry con furia y alzando la vara amenazador, como si estuviera en el Templo echando a los cambistas. Alzaba la vara, amenazador.

—¡Despedidos! ¡No quiero volver a verlos por aquí ni oír sus

repugnantes ventosidades! ¡Ballenato, continúe con su asqueroso concierto de viento si se atreve!

Le propinó otro varazo en el trasero, y el hombre soltó otra flatulencia. Los niños reían con carcajadas capaces de hacer añicos una cristalería, mientras el maestro y su mujer, con las manos en la cabeza, corrían con sus carnes temblorosas hacia la puerta de la calle.

—¡Largo de aquí y no vuelvan más, hatajo de mediocres!

El matrimonio, congestionado y sudoroso por el repentino esfuerzo, inició un alocado trotecillo por la calle. Debido al frío, ambos expulsaban chorros de vaho por la boca, como máquinas de vapor en fuga.

Tras cerrar la puerta de la escuela, Henry arrojó al suelo la vara de avellano, se encaminó al aula de las niñas y rescató a la chiquilla del cubo de la basura.

—No te preocupes, pequeña. Nunca volverás a sufrir una humillación así. Yo mismo me ocuparé de que eso no vuelva a ocurrir —le dio un beso en la frente y le dijo que se sentara en su sitio—. José, si quiere hacerme el favor, escoja a un alumno para que vaya al orfanato y diga que vengán a recogerlos. Mañana mismo tendrán maestros capacitados para que los eduquen con pedagogía moderna.

Poco después, cuando los huérfanos estaban ya camino del hospicio conducidos por uno de sus cuidadores, Henry y José se quedaron solos en la escuela.

—¿No cree que falta algo?

—¿El qué?

—Aguce el oído.

—No oigo nada. Sólo el silencio.

—A eso me refiero, precisamente.

—¡Ah, los relojes! Voy a devolverlos a la vida.

Cogió su maletín con las herramientas y se dispuso a arreglarlos sobre la mesa de los maestros. Aquel rincón del aula era el más caldeado. Los maestros se habían asegurado de que sus grasientos cuerpos no pasasen frío.

Y mientras resucitaba en silencio aquellos herrumbrosos mecanismos, pensó de nuevo en Anna. El tiempo pasado junto a ella pasaba veloz, inaprensible, como si a los días les hubiesen arrancado de cuajo la mitad de las horas.

Tal vez debería diseñar un reloj para enamorados en el que las horas

durasen treinta minutos. Así mediría con más precisión la fugacidad del tiempo amoroso compartido.

Y no pudo evitar reírse de su disparatada ocurrencia.

45. LONDRES

6 de agosto de 1837

El trasiego de personas en los alrededores de la relojería era continuo debido a la cercanía de la estación ferroviaria de Euston, la primera inaugurada en el interior de la ciudad. La London and Birmingham Railway la utilizaba como estación término. Estaba dotada sólo de dos vías: una de salida y otra de llegada, y para evitar que la hipotética explosión de la caldera de una locomotora causase un desastre, los trenes, con sus mugidos de minotauros mecánicos, paraban en la estación de Camden Town. Allí las locomotoras se desenganchaban de los vagones y éstos, aprovechando el desnivel, eran transportados por gruesos cables hasta el apeadero de Euston, donde se bajaban los viajeros. No era raro que el funcionamiento defectuoso de una caldera de vapor provocase su estallido, matando a los maquinistas y provocando descarrilamientos, por lo que las autoridades, en prevención de catastróficos accidentes en el centro de Londres, prohibieron que los ferrocarriles se adentrasen en la ciudad hasta que los ingenieros resolvieran los problemas de diseño.

José conducía el tálburi con suavidad. El caballo era dócil y no era necesario emplear el látigo. Anna, sentada a su lado, sonreía feliz. La capota del coche los protegía del sol, que lucía con fuerza aquel mediodía. Pasaron delante de la monumental entrada de la estación de Euston, una edificación neoclásica con un pórtico grecorromano de gigantescas columnas dóricas. De la estación salían y llegaban los grandes vagones como bestias mecánicas domesticadas por los ferroviarios, y los viajeros que acababan de llegar salían con la ropa manchada de hollín y frotándose con un pañuelo los enrojecidos ojos, que les lagrimeaban porque se les había metido una carbonilla. En las estaciones de ferrocarril, era imposible distinguir a quienes lloraban por las despedidas de quienes habían viajado. La pena y el humo del carbón los obligaban a todos a enjugar las lágrimas con pañuelos.

Algunos domingos Anna y José iban a Hyde Park, extendían un mantel a

cuadros sobre la hierba para almorzar y se sentaban al sol mientras hacían planes. Allí observaban a los cuervos —que daban saltitos a su alrededor picoteando restos de comida—, a los niños que correteaban para desfogarse y a las bandas militares que, con sus casacas rojas, interpretaban música ante el entusiasmo de la chiquillería y de los ancianos. Los más pequeños imitaban el paso marcial y los segundos, emocionados, se ponían en pie, se destocaban, y, con los sombreros en la mano daban vivas al rey y recordaban las batallas en las que combatieron en su mocedad.

Aquel soleado día de verano, sin embargo, José dirigía el tálburi hacia las afueras de Londres. No hacía mucho, habían descubierto un bello y solitario paraje por el que cruzaba un riachuelo, y a veces solían ir allí en busca de un rincón en la ribera, flanqueada por árboles, donde pasaban la mañana y la tarde, hasta que se presentaba la lluvia o languidecía el sol.

En aquel paraje, José revivía su amor por la naturaleza, su querencia por los espacios vastos y silentes, sin otro sonido que el fluir del agua, el gorjeo de los pájaros o el lejano cencerreo de las vacas que pastaban en los prados.

Cuando llegaron al lugar, descendieron del tálburi y sacaron la cesta con el almuerzo. Las altas nubes grises surcaban el azul celeste. El sol había calentado la hierba y se sentaron a la sombra de un frondoso árbol para tomar vino tinto y comer empanada de pollo.

El negocio de la relojería marchaba muy bien. Anna, convencida del espíritu empresarial de José, lo había persuadido para que publicase anuncios en los periódicos londinenses y de otras ciudades inglesas, pues aquella estrategia comercial, en su opinión, ampliaría la clientela.

Pero aquella deliciosa mañana de agosto apenas hablaron de la relojería. Sólo querían hablar de ellos, de sus cosas, de modo que se tendieron en la dulce hierba para mirar cómo las nubes bogaban lentas en el cielo, comieron tarta de manzana y bebieron vino. Y al terminarse la botella, Anna, con la sangre caldeada por la bebida, se abalanzó sobre José, y, con sus ojos azules incendiados, se sentó a horcajadas sobre él para que la empalase dulcemente e inició un galope de amazona desbocada. Con un calor de fuego aventado, él enjugó el sudor de su pechos con besos, y sus pezones le supieron a castañas saladas. Después de aquella cabalgada se repusieron en silencio, recuperando el ritmo de la respiración y mirándose de cerca sin necesidad de palabras, hasta que una repentina lluvia los obligó refugiarse bajo la capota del tálburi. Poco después, al ver que la tormenta no arreciaba, satisfechos de cómo los trataba la vida volvieron a Londres al trotecillo que marcaba el caballo.

46. LONDRES

19 de marzo de 1866

Llevaba enfrascado tres horas en el montaje de su gran reloj cuando llamaron a la puerta del Laboratorio de Cronos. Molesto por la interrupción, José abrió. Se trataba de uno de sus empleados:

—Preguntan por usted, señor.

—Sabéis que no estoy para nadie. Atended vosotros al cliente.

—Dice que lo envía el ministro del Interior.

—Ah, en ese caso salgo ahora mismo —suspiró resignado.

Cortó la espita de gas y apagó las lámparas del taller, cerró la puerta y salió a la relojería. Allí estaba Peter Hastings, el funcionario que le encomendó el arreglo del Big Ben. Como siempre, iba vestido de negro, y su semblante seguía siendo el de un gerente de pompas fúnebres, con la palidez propia de noctívagos o de un concienzudo oficinista.

—Buenos días, míster Losada.

—Buenos días.

Antes de pronunciar palabra alguna, el comisionado ministerial comprobó que clientes y empleados se hallaban a prudencial distancia.

—El señor ministro me envía para comunicarle que la investigación de Scotland Yard va por buen camino —dijo en un susurro, al tiempo que inclinaba la cabeza ligeramente para darle un tono de secretismo a sus palabras.

—¿Han detenido a mis agresores?

—Ha sido encontrada la vivienda donde se alojaban. Los agentes están valorando las pruebas encontradas.

Su voz, acostumbrada a leer impersonal prosa burocrática, era aguda y monocorde, sin inflexiones, y los cristales de sus gafas aumentaban el tamaño de sus ojos, que se movían como peces en un pequeño acuario.

—Entonces, ¿han escapado?

—No estaban en la casa cuando los policías entraron. Pero no tema, las pesquisas de Scotland Yard darán fruto muy pronto. Puede estar seguro de que serán detenidos.

No dijo que la investigación avanzaba gracias a la red de informantes. El ministro había ordenado repartir más libras de las habituales entre los chivatos policiales. Uno de ellos, «experto» en delincuentes extranjeros, había dado el soplo.

—En el registro se encontró un sobre con dinero español. Y en un cajón papeles con membretes de haciendas azucareras de Cuba.

—¿Cuba?

—Sí. Concretamente de La Habana.

Hastings daba vueltas al sombrero hongo que sostenía entre las manos. Tragó saliva, apretó los labios e inclinó aún más la cabeza, en un amanerado gesto de confidencialidad.

—¿Mantiene usted contactos con empresarios azucareros de Cuba? A fin de cuentas, aquella isla es una colonia española. Y España, su país natal.

—He vendido relojes por encargo a dueños de ingenios azucareros, sí. Pero no mantengo relación con ninguno.

—¿Y no ha tenido ningún altercado con ellos en el pasado?

El funcionario achinó los ojos, suspicaz.

—No, que yo sepa.

—Bien.

Hastings tomó aire y se enderezó. Cerró los ojos unos segundos, como si recordase algo o escuchase una melodía en su cabeza, porque la movía a izquierda y derecha, acompasando alguna música callada. Los abrió de nuevo y dijo:

—¿Necesita ayuda en el reloj del Palacio de Westminster?

—No. Claro que no —respondió José, un tanto molesto.

—Si requiere alguna pieza de recambio se le puede traer con carácter urgente desde cualquier punto de Inglaterra.

—No es necesario. Puedo arreglármelas yo solo.

—Recuerde que la reina en persona se ha interesado por el asunto. Ese reloj se ha convertido en el símbolo de Londres.

Y del imperio.

—No es necesario que me lo recuerde.

El funcionario se puso el sombrero color ala de cuervo, frunció sus

labios resecos y alzó la barbilla:

—El reloj, sin embargo, sigue atrasando, míster Losada.

Y tras aquel dardo verbal, dio media vuelta, cruzó el establecimiento con rápidos pasos y salió.

José se quedó pensativo. Cuba... La Habana... Nunca había tenido problemas con ningún empresario o financiero con intereses comerciales en la isla, la Perla de las Antillas.

Le subió a la boca un regusto amargo. Desde luego, no pensaba azucarar el tazón de café migado que desayunaba cada mañana.

Nunca lo había hecho. Le gustaba amargo.

Y la amargura rodeaba aquel misterio. ¿Quiénes eran? ¿Acaso tenía que ver con su pasado?

Sin poder arrancarse las malas hierbas de aquellos pensamientos, se dispuso a continuar su trabajo con el reloj.

Ya faltaba poco.

47. LONDRES

17 de septiembre de 1838

Se casaron el 18 de agosto y se trasladaron a Woburn Buildings Tavistock Square, la casa donde vivía José. Su unión matrimonial fue vista con naturalidad por quienes los conocían, y los empleados de la relojería se alegraron, pues no sólo veían consolidarse el negocio, sino que las expectativas de crecimiento les hacían pensar en una subida salarial. Los clientes aumentaban debido a la calidad y belleza de los relojes fabricados por José y a la eficacia de los anuncios en la prensa. Muchos de los que entraban en la tienda tenían rastros de hollín en las orejas y en las arrugas de la frente, pues se desplazaban expresamente en tren desde sus localidades para comprar o encargarse de los precisos relojes que Losada construía.

En aquellos días, Henry Baltimore, que era un gran lector, había descubierto a un escritor que le gustaba mucho. Se llamaba Charles Dickens. Había leído con fruición su primera obra, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, y ahora lo hacía con la segunda, *Oliver Twist*, publicada por entregas en una revista. El estilo literario, la originalidad de los argumentos y la potencia de los personajes le llamaron tanto la atención que un domingo invitó a tomar un oporto al Travellers Club a Dickens. Se trataba de un hombre de veintiséis años que desplegaba un irresistible encanto personal. Era locuaz, inteligente y observador. El odio que ambos sentían por la esclavitud, la defensa de los desfavorecidos y el interés por los viajes les hicieron congeniar en una sola mañana en la Coffee Room del Travellers, delante de sendas copitas de vino dulce. También coincidieron en su admiración por *El Quijote*, aunque discreparon en la opinión sobre Robinson Crusoe: el talentoso escritor adoraba la obra, y Henry, en cambio, detestaba al náufrago y a su aburrido amigo Viernes.

Unos días después, en otro de sus encuentros, Henry le habló de la relojería de su amigo al joven escritor. En su infancia, la familia de Dickens se había visto sumida en la pobreza, y el escritor ahora el escritor ansiaba

prosperar y llevar una vida burguesa, y pensó que necesitaría un distinguido reloj como símbolo de su nuevo estatus.

—Así siempre cumpliré los plazos de entrega de los capítulos cuando me los pida mi editor —dijo.

Y así fue como, una mañana de mediados de septiembre de frío otoñal anticipado, Charles Dickens se presentó en la relojería. Le comentó a José que venía recomendado por Henry Baltimore, y el relojero —a quien su amigo le había hablado con entusiasmo del escritor— lo atendió con esmero.

Era un joven bien vestido de abundante cabello un tanto alborotado, como si un vendaval hubiese estado jugando con él. Tenía una boca grande de labios carnosos, una dicción perfecta que envidiaría cualquier actor y una enorme seguridad en sí mismo, expresada en su mirada y en la forma de mover las manos. Tras enseñarle un muestrario de relojes, el joven Dickens se decantó por uno de caja y manecillas de oro de dieciocho quilates, bronce enlazado y vidrio biselado ensamblado. La esfera blanca tenía unos elegantes números góticos de color negro.

El escritor lo miró, lo sopesó —ciento sesenta gramos de peso— y, al abrir la tapa, pasó el dedo por su dorada superficie.

—Me gusta el color anaranjado de este oro.

—Es un reloj de categoría, señor Dickens.

—¿Podría grabar un nombre por dentro de la tapa?

—Por supuesto. ¿Cuál?

—Oliver. Es el nombre de un personaje del que me he encariñado: Oliver Twist. Lo cierto es que me está dando muchas satisfacciones, y así lo tendré siempre presente cada vez que abra la tapa para ver la hora.

Al salir de la relojería, de camino a su casa para volver a sentarse delante de los folios en blanco, el joven Dickens recorrió uno de los barrios más humildes de Londres para observar la vida cotidiana de aquellas gentes. Al doblar una esquina, se cruzó con una mujer mayor que apretaba contra el pecho un ramillete de flores. Las acababa de coger de un cementerio parroquial, y eran para su hija, que se casaba por la tarde. De las flores para los muertos haría un ramo de novia para festejar la vida. Sólo ella sabría su origen. También los pobres tenían derecho a tener un día alegre.

Era una más de las tantas historias en las que se inspiraba Dickens para escribir.

48. LONDRES

15 de junio de 1840

José había trasladado la relojería a la Woburn Buildings Tavistock Square, donde desde hacía tiempo vivía con Anna. El nuevo local era mucho más espacioso y disponía de mayores escaparates, y el emplazamiento era mejor. El negocio prosperaba.

Al mediodía, ella bajó a la tienda para recogerlo. Se había puesto guapa. Iban al fotógrafo.

Cuando llegaron al gabinete fotográfico, el daguerrotipista, un antiguo pintor reconvertido en fotógrafo, comenzó a disponer la luz y la decoración. En el ático donde tenía el estudio, con el techo panelado de cristal, entraba tanta luz y hacía tanto calor que parecía un invernadero, y el atrezo con el que lo había decorado recordaba a una obra teatral: muebles, cuadros enmarcados, libros y jarrones... Como el cielo estaba raso, el fotógrafo corrió unos cortinones escarlatas para tamizar la luz solar. Luego colocó a la pareja delante de un forillo con un paisaje campestre. Sentó a Anna en un sillón y situó a José a su lado.

—Apoye la mano derecha en el hombro de su esposa —indicó—. Y aguarden un poco.

Sólo entonces entró en el cuarto oscuro, emulsionó una placa de cobre con los productos químicos adecuados, la introdujo en la cámara —una caja de madera con un obturador— y salió del laboratorio doméstico con la cámara cargada. Luego la fijó a un trípode y advirtió:

—Quédense quietos durante un minuto y medio. No se muevan, ni siquiera sonrían ni pestañeen. Cualquier movimiento, el más mínimo gesto, echaría a perder el daguerrotipo. La imagen saldría borrosa. Como si retratásemos fantasmas.

Los esposos asintieron con la cabeza, y el fotógrafo introdujo la cabeza bajo el paño negro de la parte trasera de la enorme cámara, abrió con la mano

la tapadera del obturador y contó mentalmente hasta noventa. Transcurrido el tiempo, volvió a cerrar la lente con la tapa de latón, y dijo:

—Ya está. Pasen dentro de una semana para recoger el daguerrotipo y su correspondiente estuche.

—Así lo haremos —respondió José.

Al salir del gabinete fotográfico, él se encaminó al Travellers Club, porque Henry Baltimore lo había invitado a la celebración de los veinticinco años de la victoria de Waterloo, que los socios conmemoraban. Algunos de ellos querían compartir el evento con sus amistades tomando una copa.

El envarado empleado con librea que le abrió la puerta lo acompañó a la Coffee Room. Y nada más entrar en la alfombrada sala, el relojero se sorprendió al ver a Henry sentado en un butacón, hojeando el *Times*: llevaba puesto un morrión, un gorro militar de piel de oso negro, pero lo más sorprendente es que nadie parecía reparar en aquel alarde de excentricidad. Tal vez, pensó José, porque ya estaban acostumbrados a las extravagancias de Henry Baltimore o porque todos, en el fondo, albergaban un poso excéntrico.

Cuando Henry reparó en su amigo, dejó el periódico en una mesa y se puso en pie para recibirlo con un apretón de manos.

—Buenas tardes, José.

—Buenas tardes. Perdona, ¿y eso? —señaló el morrión.

—¡Oh, un recuerdo de Waterloo! Es una larga historia. Se la contaré, pero como no quiero que se me seque la garganta, pidamos algo de beber. ¿Le apetece un jerez? Ese vino de su país me parece exquisito.

—Lo cierto es que no lo probé mucho en España. Lo tomaré con gusto.

El morrión, de lustroso pelo de oso, tenía en el centro una reluciente placa dorada con el águila napoleónica, y estaba recorrido por un cordón blanco trenzado del que pendía una borla y rematado con un airoso plumero rojo. Henry alzó una ceja para llamar la atención del camarero que, atento a cualquier gesto de los socios, permanecía de pie en mitad de la Coffee Room. Pidió dos copas y una botella de jerez seco.

Cuando se lo trajeron, sirvió un poco de jerez en ambas copas, bebió un sorbito y comenzó a relatar la historia de aquel gorro:

—Yo era por aquel entonces un joven teniente. Acababa de cumplir los dieciocho, y quería huir de las intenciones de mi padre. Él se había empeñado en meterme en sus negocios para que aprendiera a llevarlos. Era un hombre hosco y severo. Un dictador que no podía ser contrariado. Para escapar de sus

garras tomé el camino de las armas cuando Napoleón fue desterrado en Elba. Mi padre hizo uso de su posición y sus contactos para que me admitieran como oficial. No es que tuviese una preclara vocación militar, pero las guerras napoleónicas habían espoleado el espíritu aventurero de muchos jóvenes. Era una oportunidad para correr mundo y vivir grandes experiencias... Lo que nadie sabía es que Boney escaparía de su isla y regresaría a Francia.

Muchos socios, sentados en sus butacones de piel, habían desplegado en las mesas planos de Waterloo, y mientras fumaban y bebían pasaban el dedo por las cotas de nivel, señalando las posiciones de ambos ejércitos y recreando los movimientos de tropas de aquella magna jornada. Algunos vestían de uniforme, y los botones dorados refulgían en sus guerreras rojas. Henry sirvió un poco más de jerez antes de continuar:

—Mi regimiento, el 52 de Infantería, estaba bajo las órdenes de John Colborne, un teniente coronel de treinta y siete años que había ganado sus galones a base de méritos, sin necesidad de comprarlos, como tantos otros. Los soldados del 52 eran duros y disciplinados, gente soez y de la peor cuna, pero los ejércitos no se hacen con petimetres, sino con hombres de baja ralea debidamente adiestrados y dotados de un fuerte sentimiento de grupo. Esos soldados blasfemos, borrachos y putañeros, comandados por Colborne, constituían una fuerza de élite porque nuestro comandante les había hecho sentirse especiales, únicos. Yo llevaba pocos meses en la milicia, y cuando mi unidad se incorporó al ejército del duque de Wellington creí reventar de júbilo. Aquel hombre era una leyenda. Y más lo fue aún al término de aquella gloriosa jornada.

Bebió otro trago de jerez, chasqueó la lengua, esbozó una media sonrisa y continuó:

—Durante aquella tarde, estuve muy cerca de Wellington, en lo alto de la colina. Era un hombre imperturbable, sereno, que no descomponía el gesto cuando silbaban las balas perdidas o las granadas artilleras explotaban cerca. ¿Ha visto alguna vez el efecto de un cañoneo, José?

—Ya lo creo, Henry, ya lo creo.

—En el momento crucial de la batalla, Wellington le indicó a Colborne que los dos mil soldados del 52 se tumbasen justo detrás de una loma, protegidos por un campo de trigo. Y allí nos tiramos cuerpo a tierra, mascando barro, porque durante la noche anterior no había dejado de llover y el campo era un barrizal. Esperábamos pacientes el avance de la Guardia

Imperial.

Henry Baltimore cerró los ojos y aspiró el aroma de los cigarros. El humo del tabaco formaba estratos azulados en la Coffee Room, y su memoria retrocedió al instante un cuarto de siglo atrás, cuando el aire del campo de batalla estaba cargado del olor de la cordita, de la pólvora quemada, del humo de las descargas de fusilería y del que salía de los cráteres formados por los impactos de las bombas, cuyas explosiones proyectaban granizadas de metralla, llamaradas y grandes terrones. De la alacena de su memoria sacó imágenes de soldados con los labios resecos de tanto rasgar el papel de los cartuchos para cargar los mosquetones, las pistolas y los fusiles Baker, y rememoró la temeraria carga de los Scots Greys contra las baterías de artillería francesas. Nunca olvidaría el instante en que los dragones supervivientes, con los sables teñidos de sangre, regresaron reventados sobre sus no menos fatigadas monturas. Aquel día gris y húmedo que amaneció con una luz fría, más propia de la luna que del sol, permanecería para siempre en su memoria. Volvió a abrir los ojos:

—Nos aplastábamos contra el suelo, hechos un marasmo de nervios, con nuestros corazones retumbando en el barro. Oíamos de lejos el estruendo de los franceses al avanzar y la música de las bandas, que interpretaban una marcha tras otra para animar a la Guardia Imperial, la última baza de Napoleón para ganar la batalla. Fue una jugada desesperada la de Boney. ¿Y sabe de lo que me entraron ganas en ese momento, José?

—¿De llevar a cabo alguna necesidad fisiológica?

—Sí, exacto. Me entraron ganas de orinar. No podía aguantarme.

José comprendía a su amigo perfectamente. El también había sido militar y librado combates, y sabía cuáles eran las reacciones físicas y los pensamientos que tenían los soldados.

Ambos apuraron sus respectivas bebidas, y Henry volvió a llenarlas. La luz de la Coffee Room hacía refulgir la placa de latón dorado del morrión, con el águila napoleónica repujada. A cada movimiento de la cabeza, la borla blanca se balanceaba.

—Me puse rodilla en tierra para orinar. Estaba en la cresta de la colina, y con los ojos a la altura de las espigas de trigo contemplé el avance de la Guardia Imperial. Fue algo increíble, fabuloso. Las bandas tocaban detrás de aquellas masas compactas blancas y azules que rugían al avanzar, cadenciosas. La densa humareda desdibujaba la visión, y, cuando los guardias

imperiales emergían del humo negro, parecían salir del infierno, lo que aumentaba mi terror. Los tambores tocaban sin cesar, marcando el paso. Miles de gargantas gritaban al unísono *Vive l'Empereur!*, y la brisa traía hacia mí el eco de aquel grito de ánimo. Un grito que congelaba el alma.

Henry dio otro trago, carraspeó y prosiguió:

—Nuestra artillería disparaba contra la Guardia Imperial. Las granadas caían cerca, levantando surtidores de tierra, pero las que impactaban contra los soldados abrían boquetes en la formación, que eran rápidamente rellenos por otros hombres. Las balas de mosquete silbaban por encima de mi cabeza, así que volví a tumbarme, cubierto por el trigo verde y persuadido por el infantil pensamiento de que allí, oculto entre las mieses, no podía pasarme nada malo.

Henry hablaba en voz baja para no perturbar el silencio que reinaba en la Coffee Room, el silencio casi litúrgico que tanto gustaba a las clases altas inglesas. Los demás socios debatían entre susurros aspectos de la celeberrima batalla delante de mapas y planos llenos de dobleces, elucubraban con lo que podía haber sucedido de ganar Napoleón, hinchaban los carrillos como sapos antes de soltar el humo de sus cigarrillos hacia el techo y bebían los licores y vinos de sus copas de fino cristal.

—La Guardia Imperial se aproximaba. Oíamos su griterío, el ruido de sus armas, el fanático redoblar de sus tambores y el zumbido de las balas que sobrevolaban el trigo. De repente, nuestro teniente coronel, que rodilla en tierra contemplaba cómo la última columna de la formación francesa se nos echaba encima, tuvo una intuición: nos ordenó formar una línea de tiradores situada a la izquierda de la Guardia Imperial, y entonces, de pie en el trigal, como fantasmas rojos salidos de la nada, abrimos fuego con una eficacia devastadora. Dos mil mosquetones y quince cañones dispararon casi a quemarropa contra la Vieja Guardia. Los sorprendidos franceses caían despedazados y comenzaron a recular, presa del pánico. Entonces, el zorro de Wellington les echó encima todas nuestras fuerzas. Aullando y disparando, el 52 regimiento de Infantería los persiguió colina abajo. Costaba bastante correr, porque nuestro calzado se hundía en el barro en aquella blanda tierra pisoteada y bombardeada desde el amanecer, y el corazón se me salía por la boca del miedo y la emoción al cargar contra la Guardia Imperial, batida en retirada.

Levantó la copa de jerez y la dejó suspendida en el aire, como si no tuviera claro volver a beber o posarla sobre la mesa. Los recuerdos le

atoraron la mente con una inesperada violencia, pues sus dilatadas pupilas viajaron al pasado y revivieron el instante en que disparó su pistola a bocajarro y ensartó con su sable a un soldado de la Guardia Imperial. Rememoró aquel torbellino de rostros aterrados, de pieles atezadas por el sol de Austerlitz y Wagram, del plomo abriendo agujeros en las casacas azules por donde manaban chorros de sangre, de aullidos infrahumanos, de ojos desorbitados...

Y entonces sí, vació la copa en su garganta para parar aquel tiovivo de caballitos en los que cabalgaban Caronte y la Muerte con guadaña. Y el carrusel se detuvo.

—Al final de la batalla, exhausto, con la hoja de mi sable roja, el pulso acelerado y las manos temblorosas por la tensión, recogí del suelo el gorro de un soldado de la Vieja Guardia. Es éste que ve ahora. Un trofeo de guerra — interrumpió el relato bélico, y el silencio se prolongó unos instantes.

—¿Siguió en el Ejército?

—No. Tuve más que suficiente con aquella batalla. Mi idea de la aventura no era ni es precisamente la de matar hombres. Presencí tanta muerte aquel día que me saturé para el resto de mi vida. Dejé la milicia y entré en Oxford para estudiar Leyes. ¡Ah, fueron años maravillosos, de poco estudio y mucha diversión! —cerró los ojos una vez más.

Algunos socios cerraban ya los periódicos y plegaban los mapas y planos en los que habían seguido con el índice el desarrollo de la batalla de Waterloo. Henry miró la hora en su reloj de bolsillo, que marchaba al revés:

—Creía que era más tarde. Aún podemos charlar un rato más. Pero estoy cansado de tanta guerra, preferiría conversar sobre temas más mundanos. Varios socios me han hablado maravillas de los relojes que les ha vendido.

—Me alegra oírlo.

—Son personas de campanillas. ¿Se ha parado a pensar en algún momento que se ha especializado en suministrar tiempo enlatado a los ricos?

—Bueno. No sólo a ellos. Pero aún no he construido ningún reloj del que pueda decir que es la obra de mi vida. Uno que de verdad permanezca. Uno para la gente sencilla.

—Pues sólo tiene que ponerse a ello.

—No. Las grandes cosas de la vida no las busca uno. Vienen a ti.

—¿Y cómo reconocerá que ha llegado la ocasión?

—Cuando me impulse a construirlo algo relacionado con el amor —dijo,

rotundo.

—Entonces Anna le inspirará.

—Seguramente, Henry, seguramente.

49. LONDRES

21 de marzo de 1866

Aquella noche José terminó su pinta de cerveza y, al darse la vuelta para salir de la taberna, volvió a repetirse la escena: el sargento le deslizaba unas palabras al oído al hombre de anguloso rostro y mirada vidriosa que bebía ginebra en una esquina de la barra, y dejaba algo de calderilla, lo justo para pagar un par de consumiciones más.

Al salir a la calle, el aire negro de la noche los envolvió. Era como si el invierno se resistiera a morir. La lluvia acharolaba la calle, que brillaba bajo la luz de la luna y las farolas. El cochero, con el látigo en la mano y un cigarro en la boca, esperaba en el pescante de la berlina. Se subieron en el coche, y cuando éste empezó a rodar, el relojero preguntó:

—¿De qué conoce al hombre al que da dinero?

La luz de la luna que se filtraba por los cristales mojados de la berlina iluminó la mueca de pesadumbre del policía.

—Fuimos compañeros.

—¿En Bombay?

—No. Aquí, en Londres. Él también era sargento.

Su vozarrón sonaba lastimero y más áspero de lo normal, como forrado con papel viejo de periódico. Miró a través de la ventanilla punteada de gotas, y no sólo para comprobar que nadie los seguía, sino también para remover la tierra con la que se sepultan los recuerdos dolorosos.

—Se llama John. John Rooper. Hicimos amistad al poco de venir de la India e incorporarme a Scotland Yard. Estaba casado y tenía dos hijos. Una niña de cuatro años y un niño de seis meses. Una vida feliz. Un buen día, heredó una casita en Spitalfields. Hará tres años de eso.

El agua repiqueteaba en las ventanillas de la berlina, y la luz azulenca de la luna remarcaba la melancólica mirada del policía. Continuó el relato:

—Vendió aquella casita por una respetable cantidad. El comprador le

pagó en efectivo. En billetes bancarios. Un gran fajo. John llevó a su casa el dinero. Era de noche y pensaba hacer el ingreso al día siguiente en el banco, de modo que al entrar en su casa dejó el dinero en una mesita del comedor y fue a saludar a su esposa, que estaba en la cocina, bañando al pequeño en un barreño. Le contó lo contento que estaba y los planes que tenía. Le dijo que podrían mudarse a una casa más grande, para que los niños dispusiesen de sus propias habitaciones. Estuvieron hablando un buen rato de ello. Cuando volvió al comedor con intención de guardar el dinero en un aparador y vio lo sucedido, se quedó helado.

El coche embocó una calle desierta y con poca luz. El sargento interrumpió unos instantes la historia para cerciorarse de que no ocurría nada anormal. Siempre llevaba el revólver en un amplio bolsillo del uniforme. Cargado. Tras comprobar que todo iba bien, continuó:

—La niña debió de pensar que los billetes eran papeles para jugar, y los cortó con unas tijeras. Los hizo pedacitos. John, fuera de sí, le dio una bofetada, y la pequeña cayó de espaldas y se golpeó la cabeza. Murió en el acto. Desnucada. Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, comenzó a gritar fuera de sí. Su mujer acudió corriendo, alarmada, y aún con las manos cubiertas de espuma. Al ver lo ocurrido, empezó a chillar también. Él la abrazó, pero ella se zafó porque sólo quería abrazar a su hija, devolverle la vida. Y de pronto, se quedó paralizada de terror. Su hijo.

Guardó silencio de nuevo. El coche circulaba por una calle pavimentada con tablones de madera de enebro, las ruedas hacían un ruido suave y los cascos de los caballos repicaban. La lluvia se apreciaba alrededor del halo luminoso de las farolas cuando el sargento volvió a hablar:

—Los dos corrieron a la cocina. El pequeño se había ahogado. Sin que las manos de su madre lo sostuviesen, incapaz de agarrarse a las resbaladizas paredes de zinc del barreño, se ahogó en el agua.

—Dios santo.

—Al cabo de unos meses, ella lo abandonó. No pudieron soportar tanto dolor. Los reproches. Ya sabe. Podrá usted hacerse una idea.

Los sonidos hipnóticos de la lluvia contra los cristales del coche y de los cascos de los caballos eran el contrapunto al espeso silencio que se hizo a continuación. El sargento concluyó la triste historia:

—Se dio a la bebida. Dejó el cuerpo de policía y ahora está solo. No le doy dinero por caridad, sino como si convidara a un antiguo compañero y amigo. Cuando lo veo, le digo en voz baja que, si alguna vez quiere dejar el

alcohol, puede acudir a mí. Estoy dispuesto a ayudarlo con lo que haga falta. Puede venir a vivir un tiempo con nosotros, puedo acompañarlo a algún centro benéfico que se ocupe de este tipo de problemas.

—Qué injusta es la vida. Si algo he aprendido a lo largo de los años, es que no se debe juzgar a los demás. A medida que voy haciéndome viejo, comprendo mejor por qué la gente hace determinadas cosas. Quizá no las apruebe, pero puedo entender sus motivos. No creo que ese hombre supere jamás el sufrimiento, pero ojalá acabe decidiéndose por hacerle caso.

El sargento hizo un mohín con la boca. Su mirada se reflejaba en la ventanilla esmerilada de gotas de lluvia.

Hicieron en silencio el resto del camino.

50. LONDRES

25 de septiembre de 1840

El día era gris y la lluvia tan menuda que apenas se veía nada a través de la tupida niebla. José había recogido en el gabinete fotográfico un retrato de Anna que ella se hizo días atrás. Quería tener un daguerrotipo en el que estuviese sola para colgarlo en el taller de la relojería, al que había comenzado a llamar el Laboratorio de Cronos por las continuas pruebas mecánicas que hacía en los relojes que construía. Para evitar que el estuche de terciopelo verde con la fotografía se manchase con la lluvia pulverizada, se lo guardó en un bolsillo del abrigo. No creyó necesario abrir el paraguas, que utilizaba a modo de bastón.

Había quedado con Henry Baltimore para que lo asesorase sobre una importante inversión de capital que tenía previsto hacer. Con el beneplácito de su mujer, quería abrir sucursales en otras ciudades inglesas, y si el negocio prosperaba no descartaba hacerlo en otros países. Asimismo, le interesaba mucho penetrar comercialmente en España una vez que la guerra carlista había terminado por fortuna con el triunfo de los liberales. La monarquía constitucional estaba asentada, y el absolutismo parecía haber sido erradicado de la historia española. Los periódicos ingleses ensalzaban la figura política del general Espartero, conde de Luchana y duque de la Victoria, y sus crónicas relataban cómo tras el Abrazo de Vergara —que puso fin a la guerra civil en 1839— Ramón Cabrera, el general carlista apodado El Tigre del Maestrazgo, la había prolongado varios meses al mando de veinticinco mil irreductibles boinas rojas en la comarca turolense de la sierra del Maestrazgo y obligaron a Cabrera y a sus fieles a exiliarse en Francia.

El Estado liberal ya no tenía vuelta atrás en España, y José estaba muy interesado en hacer negocio en su país natal. Por ello insertaba publicidad de sus relojes en la prensa española, madrileña y barcelonesa, sobre todo.

Sumido en esos pensamientos, llegó a la esquina de Regent street en la que había quedado con Henry Baltimore. En la larga, ancha y elegante

avenida abundaban las villas y mansiones alrededor de Regent's Park. En la puerta de algunas casas de fachadas estucadas aguardaban los cocheros sentados en los pescantes, esperando que los señores y sus esposas se decidieran a salir. Los carruajes reducían la velocidad para evitar accidentes, porque apenas se veía y era fácil chocar con otro vehículo o atropellar a alguien.

Los policías, conocidos como *peelers*, reconocibles por sus largos abrigos azules, hacían la ronda caminando con lentitud, pues les gustaba llevarse los dedos a la visera de sus recios sombreros altos para saludar a los respetables vecinos. Dichos sombreros, reforzados con metal en su interior, los protegían de golpes en la cabeza. Su única arma era una porra de madera, que los más habilidosos hacían voltear mientras caminaban. Scotland Yard había establecido como prioritaria la seguridad de los mejores barrios, y por eso sus hombres patrullaban por Regent Street, atentos a los carteristas o a las bandas de críos desharrapados venidos de sus inmundos barrios.

Henry ya estaba allí. No había abierto el paraguas. Las gotitas de lluvia eran tan menudas que apenas humidificaban el aire, pero no calaban.

—Buenos días. ¿Viene del estudio de daguerrotipia, como me dijo?

—Buenos días, Henry. Sí, de allí vengo. He recogido el retrato de Anna —se palpó el bolsillo del abrigo.

—La fotografía es un invento revolucionario. Conservar inalterable la imagen de las personas queridas no tiene precio. La memoria flaquea conforme pasa el tiempo, y los rostros de aquellos a los que amamos se difuminan. Por otro lado, la pintura, por muy bueno que sea el artista, no alcanza el grado de realidad de la fotografía.

Dibujó una melancólica sonrisa, y sus ojos se nublaron como un reflejo del cielo cubierto de ese día.

—Aún no he visitado un gabinete fotográfico. Ni creo que vaya. Considero infantil llenar mis casas con mi propia imagen cuando no tengo a nadie que la contemple con cariño. Ojalá hubieran inventado antes la fotografía... —Hizo un gesto con la mano, como si pretendiese horadar la espesa niebla, y añadió—: Caminemos un poco, su banco está bastante cerca, ¿no?

—Sí. He quedado con el director, y ya le informé de que vendría acompañado de un amigo que me asesoraría en las inversiones.

Comenzaron a andar por Regent Street. Algunos cocheros habían encendido los faroles para ser vistos desde cierta distancia. Henry, más

ensimismado que de costumbre, introdujo la mano en el bolsillo interior del abrigo y extrajo una miniatura al óleo. Se trataba del retrato ovalado del rostro de una hermosa joven. Se la mostró a su amigo.

—Se llamaba Mary.

José miró el retrato: la mujer, pelirroja y de ojos claros, sonreía con ternura. No hizo falta preguntar.

—Ya le he contado cómo, tras graduarme en Oxford, comencé a dilapidar mi juventud y dinero en fiestas y viajes con amistades parasitarias. Hasta que apareció ella.

Contempló el retrato pintado, lo acarició con el dedo y volvió a guardárselo en el bolsillo, junto al corazón:

—Ella apareció en mi vida en el momento oportuno. Cambió mi forma de entender el mundo. Nos prometimos, pero poco antes de casarnos murió de pulmonía.

José intuía que tan escueto relato significaba que a Henry le resultaba muy doloroso hablar de aquel amor perdido. Continuó callado, respetuoso, hasta que su amigo volvió a hablar:

—Usted ha tenido la dicha de encontrar a Anna. Poca gente podría entender que un hombre continúa enamorado de una mujer que ya no existe. Espero que sepa comprenderme.

Se detuvo para enfatizar aquella petición, que hizo con apenas un hilo de voz. Las gotas de lluvia eran ahora más gruesas. Arreciaba.

—Por supuesto que lo comprendo, Henry.

—Su voz era dulce, cantarina. Reía por cualquier cosa. Con el tiempo, sin embargo, me voy olvidando de su voz. Ojalá pudiese haberla conservado en una especie de caja de música. Abrir la tapa y volver a oírla, como si fuera una melodía.

José suponía que su amigo, si en algún momento lo creía oportuno, le contaría aquella historia de amor que al parecer tan profunda huella había dejado en él. Hasta el punto que no había encontrado otra mujer que la sustituyera.

Continuaron caminando. De pronto, de la niebla emergió un carromato lleno de hombres desaliñados, con barbas largas y descuidadas, como de náufragos. Las destempladas risotadas y voces de algunos de ellos alarmaban a las damas que paseaban. Eran delincuentes que habían canjeado la pena de prisión por la deportación a Australia. Acababan de sacarlos del penal de

Newgate, y aún tenían adherido a la piel el hedor mohoso de las húmedas celdas. Los transportaban a los muelles para embarcarlos, y como abandonaban el país donde tan mala vida habían llevado, se desahogaban a gritos, cantaban canciones zafias, y se despedían con la garganta ardiendo de resentimiento.

José se apiadó de ellos. Esperaba de corazón que su tierra de acogida, su nuevo hogar en el confín del mundo, les diese una segunda oportunidad. La posibilidad de redimirse y rehacer sus vidas.

Un tiempo de esperanza.

51. LONDRES

23 de diciembre de 1845

Aquellos años habían sido propicios para José. Su olfato empresarial y su talento mecánico eran la antracita que alimentaba las calderas de su afán de superación. Trasladó la relojería al 108 de Regent Street, una de las principales arterias comerciales de la ciudad. Y no sólo cambió de emplazamiento, sino que también contrató a nuevos empleados, diseñó nuevos relojes y comenzó a venderlos en España, sobre todo los de lujo, resarciéndose de tanta calamidad pasada en la tierra donde vino al mundo.

La inserción de anuncios publicitarios en la prensa española le reportó numerosos encargos, como también la propaganda que de sus relojes hacían en Madrid y Barcelona los compatriotas que visitaban Londres y compraban algunas de sus precisas y bellas maquinarias. La nobleza cortesana hispana, los gerifaltes políticos y la alta burguesía empezaron a considerar un signo de distinción poseer un reloj firmado por «J. R. Losada, London», y ello no sólo por su exactitud y elegante diseño, sino porque pronto circuló por los cenáculos del poder su increíble historia de éxito. Quienes tenían alguno de los caros relojes Losada lo exhibían en público, pavoneándose, pues había sido el primer relojero español en alcanzar fama internacional.

Los generales progresistas y moderados, tan distantes en lo político, coincidían en la pasión por sus relojes, de manera que se los encargaban en plata o chapados en oro, según tuvieran gustos sobrios o recargados. Y cuando esos mismos espadones daban los pronunciamientos o conspiraban en los cuartos de banderas, miraban la hora en sus bonitos relojes antes de arengar a las tropas o de redactar un manifiesto con palabras henchidas. Y si fracasaban las asonadas militares y los espadones se expatriaban, viajaban a Londres y le compraban otros relojes José, con la esperanza de que marcaran la hora del advenimiento de los días de gloria para la patria, como pomposamente decían, pues, infatuados por las condecoraciones y las charreteras, eran incapaces de hablar sin florituras.

Su generosidad para acoger a compatriotas exiliados era tan conocida que, en la trastienda de la relojería, hacían tertulia carlistas, progresistas y moderados. Con independencia de su credo, decían que España era más madrastra que madre, de modo que los vaivenes políticos obligaban a emigrar a muchos españoles para evitar ser fusilados, encarcelados o reventados a palizas en los pueblos por enfervorizadas masas dirigidas por hombres que resolvían así cuentas pendientes, viejos agravios personales.

Aquellas periódicas reuniones de españoles desterrados pronto fueron bautizadas como La Tertulia del Habla Española. Sólo había una norma: no hablar de política. De este modo, los variopintos temas de conversación surgidos endulzaban la añoranza de la patria y aproximaban a personas de idearios antagónicos que, en otras circunstancias, no se hubiesen dirigido la palabra si no fuera para insultarse.

Y para que se sintieran como en casa, José colocó en la trastienda una mesa camilla para que los tertulianos se sentasen alrededor cuando hiciese frío. Arropados por las faldillas rematadas por flecos, se calentaban con el brasero de picón, y quienes habían tenido la feliz idea de partir al exilio metiendo aguardiente en el equipaje llevaban una de aquellas botellas de cristal rizado y bebían copitas para caldear los corazones y aventar la nostalgia.

Como el veneno de la política no amargaba las charlas y éstas transcurrían distendidas, algunos contaban cómo se las ingeniaban de jóvenes para hablar con sus novias cuando aún les estaba vedado pasear juntos. Conversaban a través de las gateras. Al caer la tarde, ellos extendían una manta en la calle, junto a la puerta de la casa, y se tendían sobre ella, mientras sus prometidas, desde el interior de la vivienda, tumbadas en el suelo, abrían la tapa de la gatera. Así pasaban el rato, susurrándose lindezas a través de la puerta, hasta que se hacía de noche cerrada y los padres las mandaban al dormitorio. Pero sobre todo comparaban la vida española y la inglesa, valorando y denostando aspectos de uno y otro país, aunque todos se mostraban unánimes en criticar el clima de Londres: la humedad que calaba hasta el tuétano, el sol debilucho, la lluvia constante y aquella niebla que parecía brotar de las calderas del averno.

* * *

La bonanza económica de los negocios favoreció que el matrimonio

contratase a dos empleados domésticos: Emma, la cocinera, y Thomas, el criado. El trato de los señores eran tan afable que los dos sirvientes pronto se sintieron como en casa. José solía pedirle a Emma que de vez en cuando lo sorprendiese con guisos españoles, pero la cocinera se escandalizaba ante semejante petición, pues decía que había oído decir que en España cocinaban con mucho ajo y a base de fritangas, y aseguraba que eso era perjudicial para los estómagos sensibles.

—Le aseguro que mi estómago es a prueba de bombas —alegaba José.

—Pero el de la señora no —respondía tajante la cocinera.

—Me gustaría volver a probar platos de mi país. Me traería recuerdos.

—El señor no necesita recordar nada, pudiendo comer mi delicioso rosbif.

* * *

La pobreza en la que vivió José de joven y las extremas circunstancias de su vida le hacían valorar todo lo conseguido con tanto esfuerzo. Tras la jornada de trabajo, regresaba satisfecho a casa y se sentaba en el salón, para contemplar los bibelots que llenaban las vitrinas y la repisa superior de la chimenea —en la que el criado dejaba el correo diario para que él lo leyese —, admirar los paisajes al óleo que adquiría Anna a pintores descollantes, comer en vajillas Crown Derby y dormir en un mullido colchón de lana.

Dos días antes de Navidad, una nevada había blanqueado los tejados de Londres. Atardecía. Los cristales de las ventanas estaban empañados, como si un fantasma les hubiese echado vaho. De la cocina se escapaba el olor negro del café recién hecho y del cuarto de la plancha el de las sábanas almidonadas. José acababa de añadir un grueso tronco a la chimenea para caldear más el salón, y se sentó de nuevo en su butaca para echar un vistazo a su correspondencia. A su lado, Anna leía a Jane Austen sentada en una mecedora, y cuando algún pasaje de la novela le resultaba especialmente grato, apoyaba el libro en su regazo y miraba el bailoteo del fuego hasta que volvía a sumirse en la lectura.

José la miraba complacido. Pronto acudirían a una lectura pública de *Cuento de Navidad*, de Dickens, que haría el propio autor. Aquella obra era un fenómeno literario en Inglaterra, con miles de ejemplares vendidos desde su publicación, dos años atrás. El escritor se había convertido en uno de sus literatos predilectos. Aún recordaba el día en que le compró un reloj y quiso

grabar en su tapa el nombre de «Oliver», como una muestra de gratitud hacia el pequeño protagonista de su novela. Charles Dickens declamaba tan bien como muchos actores profesionales, y como tenía grandes dotes interpretativas y dominaba el arte de la declamación, las lecturas públicas de fragmentos de sus obras literarias eran un acontecimiento social.

Mientras la pálida luz del atardecer entraba por las ventanas, pensó en la sorpresa que había preparado para La Tertulia del Habla Española. Por mediación de Henry, había conocido a un comerciante de vinos gaditano que suministraba excelentes caldos de su tierra a los más selectos clubes londinenses. José le hizo un encargo especial: un par de cajas de gusanillos, pestiños, mantecados de huevo y roscos de anís de alguna confitería de Jerez o Sanlúcar de Barrameda. Iba a servir una bandeja con aquellos dulces espolvoreados de azúcar a los tertulianos, para que los mojasen en aguardiente antes de hincarles el diente.

Sería como comerse, entre suspiros, un pedacito de España.

52. LONDRES

23 de marzo de 1866

Otra tarde improductiva. Otra jornada frustrante. La luz del sol prolongaba sus estertores, y cada día anocheecía un poco más tarde. Al encender las lámparas, comprobó que les quedaba poco petróleo. Quería alargar su estancia en la Torre del Campanario al menos una hora más, aunque sólo fuera para sentarse a pensar en los posibles motivos, sin hacer nada más. ¿Y si el problema no fuese constructivo, sino de concepto? Entonces, concluyó, se enfrentaba a algo irresoluble.

Si bien las piezas de la maquinaria las había elaborado el relojero Edward John Dent, los autores del diseño fueron Edmund Beckett Denison, un relojero aficionado con buenos contactos gubernamentales, y George Biddell Airy, el Astrónomo Real. Este último era un científico de enorme relevancia: matemático, profesor de astronomía en Cambridge y director del Observatorio de Greenwich. En última instancia, podía escribirle y solicitar su ayuda. Pero estaba seguro de que aquella comunicación epistolar sería inútil: aquel experto en el ballet de los astros celestes jamás reconocería un fallo de concepción del reloj. En todo caso, el matemático le echaría la culpa de los defectos al relojero que lo construyó y ensambló.

Sonaron las campanadas, y el relojero se sumió en un meditativo silencio modulado por la reverberación. Las llamas de las lámparas temblaban y su resplandor era enfermizo. Quedaba poco combustible en sus depósitos.

Cuando el aire dejó de reverberar tras el repique del bronce, el sargento Hopkins se volvió con brusquedad.

Había oído algo.

Buscó la mirada del relojero, se llevó un dedo a los labios y se acercó al hueco de escalera.

Pasos.

Sacó el revólver, lo amartilló y, por señas, le indicó a su protegido que se escondiese detrás de la maquinaria. Apuntó el arma hacia los escalones y esperó. El pulso firme. El dedo sobre el gatillo.

Las pisadas se acercaban.

Los pasos se detuvieron justo antes del último recodo. El policía controlaba la respiración para no mover un músculo. Las pisadas se reanudaron.

Apareció un hombre, y al ver que lo apuntaban con un arma de fuego, se quedó paralizado.

—¡Baje eso, por amor de Dios! —acertó a decir con voz trémula.

—¿Quién es usted? —preguntó el sargento con voz autoritaria, sin bajar el revólver.

—Me llamo Stevenson. Traigo lámparas de repuesto, sargento —alzó dos lámparas, una en cada mano—. Debe de quedar poco petróleo en las que tienen ustedes —explicó, con un hilo de voz.

—Está bien, suba. —El sargento bajó despacio el martillo del arma y se la guardó—. Nos ha dado un susto de muerte.

—Pues a mí, ni le cuento —atinó a decir el empleado, con la tez demudada.

El relojero respiró hondo.

Casi se le había parado la cuerda del corazón.

53. LONDRES

15 de noviembre de 1850

Los domingos, para ir a la misa de rito católico romano, el general Ramón Cabrera se ponía su uniforme carlista: faja colorada, pantalón rojo con franja dorada, chaqueta verde oscuro, pelliza de piel de lobo con cuello y puños de astracán, capa blanca de forro encarnado y boina blanca con borla de oro. Se vestía despacio, con estudiada lentitud sacramental, recogiendo con cuidado las prendas extendidas sobre la cama de la alcoba. Como para ir a la casa de Dios no le parecía adecuado llevar armas, dejaba en el armero su pareja de pistolas de arzón.

A su mujer le encantaba aquel ritual dominical. Le gustaba ver que su marido volvía a sentirse soldado. Una criada planchaba el abigarrado uniforme con una plancha de hierro calentada con tizones, y cuando el general se lo quitaba ella lo guardaba en un arcón con membrillos y hojas de laurel para ahuyentar a las polillas.

Obligado al exilio tras el fracaso militar del carlismo, primero vivió en Francia y luego en Inglaterra, donde se casó con Marianne Catherine Richards, una acaudalada hacendada de fe anglicana, lo que escandalizó a los afines a don Carlos más integristas. Marianne, una romántica de la causa carlista, había donado en tiempos más de mil libras como contribución de guerra, y todo su afán era que influyentes diputados *tories* defendiesen la monarquía tradicionalista hispánica. Con tales antecedentes, no era de extrañar que se hubiese enamorado perdidamente del legendario general Cabrera, el Tigre del Maestrazgo. Así metía un héroe en su vida y en su tálamo. El matrimonio se estableció en una mansión de Wentworth, cerca de Londres. La fortuna de su esposa le permitía al irredento general efectuar donativos a la causa carlista, aunque las derrotas, el exilio y el amor lo habían acabado convenciendo de dejar atrás otras aventuras conspirativas. Su vida militar en primera línea de fuego había concluido.

Aun así, durante la eucaristía de los domingos, embutido en su

uniforme, seguía soñando despierto mientras en las naves eclesiales sonaba el Oriamendi. Una generosa propina bastó para convencer meses atrás al organista para que interpretase el sacrosanto himno que hablaba de la entrada de los boinas rojas en Madrid. De los tubos del órgano salían las notas con solemnidad eclesial, con una rotundidad de epifanía militarista, y mientras aquella música rebotaba en las bóvedas de la iglesia el general sonreía pensando en el advenimiento de la monarquía carlista.

Al salir de misa, henchido y envalentonado por los recuerdos, en la puerta del templo repartía limosna a los pobres que, con gesto implorante, extendían la mano. A veces se congregaban en torno a él tantos pedigüños que lo rodeaban como a un apóstol condecorado, y en un arrebatado de caridad y megalomanía, arrojaba al aire un puñado de monedas, como el padrino en un bautizo, para que los menesterosos las cogiesen al vuelo o se arrastrasen, mientras él se marchaba oyendo el tintineo plateado de las que caían al suelo.

Desde que se casó, dejó de vivir como si estuviese en una ciudad sitiada, en una guerra inconclusa. Había colgado encima de la chimenea su vieja bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas, como la de los buques piratas, y la única pólvora que olía era la de los disparos que efectuaba en la inmensa hacienda que rodeaba la mansión, cuando tiraba al blanco con sus pistolas para comprobar su puntería, o cuando salía a cazar faisanes con su escopeta de dos caños y sus setters con pedigrí para cobrar las piezas abatidas.

Cuando oyó hablar maravillas del relojero español de Regent Street, se pasó por su establecimiento a curiosear. José le vendió un reloj neoclásico de sobremesa con sonería cada media hora, cuya llave para darle cuerda se introducía en la esfera, frente a la hora V, lo que había que hacer con delicadeza para no saltarla. El general volvió un par de veces más a comprar, y la inicial susceptibilidad entre ambos por razones ideológicas se diluyó con aquellas visitas. Allí, en el exilio londinense, Cabrera no era más que un emigrado político más, y en cuanto conoció la existencia de la Tertulia del Habla Española quiso formar parte de ella.

Por supuesto, cuando acudía en calidad de contertulio a la trastienda de la relojería Losada, no iba uniformado. Lo hacía vestido de paisano, con trajes de impecable corte de las mejores sastrerías de Londres. El fiero general se había aburguesado. Su mujer le había descubierto los restaurantes postineros, y poco a poco lo había ido introduciendo en la animada vida social londinense. A pesar de todo, lo que más le gustaba al general era

tertuliar en la relojería, famosa entre la colonia española de Londres.

* * *

Aquella mañana de mediados de noviembre, en la trastienda, José removía con el badil las ascuas del brasero para avivarlas. Junto a Ramón Cabrera, se sentaban alrededor de la mesa camilla dos conspicuos esparteristas, un comerciante de naranjas y un almirante. Los dos seguidores de Espartero, antiguos diputados progresistas, se habían exiliado porque no soportaban el gobierno de Narváez, pero también porque temían por su vida. El comerciante de cítricos era un cartagenero con buenos contactos mercantiles en la ciudad del Támesis. El almirante, un marino de guerra de patillas en forma de hacha destinado en el Real Instituto y Observatorio de la Armada de Cádiz, había viajado a Inglaterra en misión oficial con el encargo de estudiar los cronómetros de la Royal Navy.

A sus cuarenta y cuatro años, el general Cabrera era un hombre atractivo de cabello negro, espeso bigote y mirada penetrante. El respeto por las ideas contrapuestas y la prohibición expresa de hablar de política conseguían evitar altercados verbales y borrar la inicial desconfianza mutua, y la leyenda de persona arisca, sanguinaria y tremendista no se correspondía con el trato que el general dispensaba a sus compatriotas y contertulios, pues se mostraba educado y campechano.

—José, eche otra firma en el brasero, que calienta poco —dijo Cabrera.

—Ya lo he removido, Ramón, no desespere. Y no tenga tanto tiempo las piernas bajo las faldillas, que van a salirse cabrillas —sonrió.

—Cuanto más años cumplo, más frío tengo.

—Es ley de vida. Los jóvenes tienen la sangre más caliente.

—¡Ah, la juventud! Pero le digo una cosa: desgraciados los jóvenes de hoy, porque el mundo está cambiando para peor.

—Los tiempos suelen cambiar para mejor, general. Lo que se añora no es el pasado, sino la juventud perdida.

—Yo no podía imaginar que el futuro implicase tanta degeneración de las costumbres y tanta falta de respeto a los valores tradicionales.

—Sin embargo, yo no podía soñar que el futuro fuese un mundo tan maravilloso. Ojalá pudiese inventar un reloj para atrapar el tiempo.

—¡Pues, carajo, meta un reloj en una jaula! —exclamó Cabrera, en un raptó de inspiración.

El general, que dedicaba gran parte de su tiempo a la caza, mandaba disecar algunos animales cobrados para exponerlos en una habitación de su enorme casa, habilitada como pabellón cinegético. Aquella fría mañana de noviembre, había llevado a la tertulia un conejo disecado. Le había dado al taxidermista instrucciones de ponerlo erguido, sobre las patas traseras, según la chocarrera costumbre española de humanizar a los animales. José colocó el conejo de pie en una repisa, que con sus ojos de cristal parecía mirar a los hombres que fumaban y peroraban en torno a aquella mesa camilla, y para darle más «autenticidad», colocó un reloj estropeado entre sus patas delanteras, como si el animal se preocupase de medir el tiempo.

Aquella mañana de otoño, la tertulia transcurrió apacible, entre risas sofocadas y comentarios ingeniosos, bajo la mirada de vidrio del conejo con el reloj.

54. LONDRES

20 de mayo de 1851

El Pabellón de Cristal era una basílica de luz, y la Gran Exposición, el acontecimiento del año. Decenas de miles de personas venidas de toda Europa y de otros continentes, pagaban su entrada para visitar las maravillas del mundo moderno que contenía el grandioso Pabellón construido por Paxton. Aquel monumental edificio era un prodigio de la técnica, un esqueleto de hierro recubierto con grandes paneles de vidrio con aspecto de invernadero. O de catedral del progreso.

Las voces agoreras que a principios de año anunciaban catástrofes sin cuento si se celebraba la Exposición Universal se habían apagado, bien por afonía o por vergüenza. Los ingenieros más veteranos alertaban, con suficiencia académica, que el Pabellón se derrumbaría como un castillo de arena ante el ariete del viento y la lluvia, aplastando a los incautos visitantes. Los médicos, en sus consultas y cátedras, alarmaban a la gente diciendo que la insana mezcla de hombres y mujeres procedentes de medio mundo provocaría brotes epidémicos. Los economistas y geógrafos advertían que los sistemas de abastecimiento de comida se colapsarían ante la avalancha de viajeros y curiosos, y que la falta de alimentos produciría violentos disturbios. Y los pastores anglicanos y las asociaciones puritanas clamaban, con rechinar de dientes, que aquello acarrearía la cólera de Dios, porque tanta gente junta caería en el pecado y en el vicio. Era lo de siempre. Lo viejo se resistía a dar paso a lo nuevo.

Anna y José paseaban por Hyde Park, camino del Palacio de Cristal. Unas despeluchadas nubes blancas volaban a altura de catalejo, y el sol de primavera lucía bajo una agradable brisa. Oleadas de personas se dirigían hacia aquel alarde constructivo de metal y vidrio, donde numerosas banderas flameaban en las cornisas del transparente edificio. En la explanada de césped delantera estacionaban toda clase de carruajes, y los pasajeros, al descender, miraban hacia lo alto, maravillados, y señalaban con el dedo porque las

máquinas y objetos expuestos en su interior se veían desde fuera.

El relojero estaba satisfecho. No sólo su negocio era próspero y su prestigio creciente, sino que el destino compensaba la amargura del pasado. Desde España, el país en el que no pudo demostrar su talento y del que tuvo que escapar a uña de caballo, le llegaban pedidos por parte de la flor y nata de las finanzas, la nobleza y la política. El general Narváez, Presidente del Consejo de Ministros, tenía uno de sus relojes, así como Francisco de Asís, el rey consorte. Eso le resarcía en parte de los acibarados años que pasó en su tierra natal, cuando todo parecía confabularse en su contra.

Millares de personas que no podían costearse la entrada pululaban por los alrededores del Palacio de Cristal, conformándose con disfrutar del espectáculo desde fuera. Lo rodeaban a paso lento, casi reverencial, y pegaban narices y manos a los cristales, para ver lo que acontecía dentro. Muchos también se solazaban contemplando la llegada de personas principales en coches de caballos, y hacían cábalas sobre si la reina Victoria y su esposo, el príncipe Alberto, volverían a visitar la Exposición.

Mientras esperaban en la cola con los visitantes del Palacio de Cristal, Anna le sugirió a José que hiciese relojes femeninos, diseñados específicamente para mujeres. Su marido, sorprendido por la idea, la miró:

—¿Relojes para mujeres? ¿Dónde se ha visto?

—En ningún sitio. Por eso puedes empezar tú. ¿O es que nosotras no tenemos derecho a ello? —arrugó la nariz.

—Me parece descabellado. No creo que fuese muy estético. ¡Una leontina atravesando el vestido de una señora! —soltó una risa sardónica.

—Pues piensa algo que no necesite cadena.

—Olvídalo, Anna. Es una idea de lo más peregrina.

La altura acristalada del pabellón era un desafío arquitectónico, como si lo hubiesen construido a base de vidrieras góticas, pero sin policromar. Todos, estupefactos, miraban hacia arriba, aun a riesgo de contraer tortícolis, y calculaban distancias fascinados por los destellos del sol sobre la pulida superficie de los avances tecnológicos expuestos: locomotoras, motores de barcos, prensas hidráulicas, máquinas de café, cosechadoras, turbinas, hilos telegráficos, prótesis de brazos, trajes de buzo e incluso un cañón Krupp que disparaba proyectiles de seis libras.

—Los tiempos están cambiando —dijo Anna, admirativa.

—En la Tertulia del Habla Española algunos repiten la cantinela de que

cualquier tiempo pasado fue mejor. Yo no lo veo así. Sencillamente cambian. Y casi siempre para mejor —comentó, paseando la mirada por las maravillas técnicas expuestas.

—Lo dices como si vieses poesía aquí.

—Bueno, de alguna manera es así —repuso José—. Esto es la poética del futuro. Hubo un tiempo en que viví la poética de la decepción.

—¿Qué tiempo era ése?

—El de antes de conocerte.

El ruido era incesante. Muchas de las máquinas expuesta estaban en funcionamiento, y la sinfonía de hierro y vapor atronaba los oídos si uno se arribaba demasiado a algunas de ellas. Las damas se llevaban las manos a los oídos, y a voz en grito delectaban palabras de asombro; luego se alejaban para ponerse a la sombra de los grandes árboles que, traídos de lejanas latitudes, habían sido plantados para crear un vergel, un futurista Paraíso Terrenal.

Una fuente de la que manaba agua de colonia perfumaba el ambiente, y los niños vestidos de marinero que se soltaban de las manos de sus *nannies* se acercaban corriendo para poner las manos bajo los chorros perfumados, incrédulos. Luego, los chiquillos correteaban para observar su invento favorito: una «cama despertadora» sobre la que, cada cierto tiempo, un ingenio mecánico arrojaba un cubo de agua. Los pequeños, entre risitas malévolas, les pedían a sus niñeras «¡por favor, por favor!» que se tumbasen en el colchón, para comprobar si funcionaba.

El exotismo colonial lo proporcionaban los pabellones de China, del imperio otomano y de la India, con sus esculturas, cerámicas y sedas. Anna quiso ver el célebre diamante Koh-i-noor, encerrado en una jaula a prueba de robos. Aunque una multitud daba vueltas alrededor de aquella piedra del tamaño de un huevo de gallina, Anna se maravilló de cómo relucía, pues sobre él incidía un rayo de sol que le otorgaba una cualidad ultraterrena.

—¿Me compras uno igual? —dijo, sonriendo y agarrándose al brazo de su marido.

—Yo ya tengo dos piedras preciosas mejores.

—¿Cuáles?

—Tus ojos bajo el sol. Cada vez que paseamos por Lavender Hill.

Ella, estremecida por el halago, reclinó la cabeza sobre el hombro de su marido, sonrió y apostilló:

—Algún día, tus relojes estarán en algún lugar como éste.

55. LONDRES

25 de marzo de 1866

Se frotó los ojos, enrojecidos por el cansancio, por la extrema concentración y por la luz artificial del Laboratorio de Cronos. Sintió alivio al enderezar la espalda y apoyar las manos en los riñones. Llevaba varias horas trabajando sin cesar en el gran reloj. Había revisado la sonería: de horas y de cuartos. Cuando las agujas marcaran una hora y cuarto, sonaría un toque de dos campanadas; a la hora y media, dos toques de sendas campanadas, y a la hora y tres cuartos, tres toques de dos campanadas. Al dar una hora entera, sonarían cuatro toques de dos campanadas cada uno, y acto seguido, las campanadas correspondientes a la hora.

Aquel sistema de campanadas debía ser la seña de identidad del reloj. Su aspecto más reconocible.

Cerró con candado el taller, y se dispuso a tomar el aire en la calle unos minutos para oxigenar los pulmones y despejarse. Lucía el sol. Aquel día, en el cielo no había nubes oscuras, preñadas de lluvia.

Uno de sus empleados, mientras guardaba unos relojes de bolsillo en una caja forrada de terciopelo rojo, mostraba su disgusto por la carnicería donde compraba habitualmente.

—Me engañan. Sospecho que el carnicero es un estafador. Siempre le compro una libra de carne de vaca, pero creo que me da menos. Debe de tener trucada la balanza —decía, enojado.

—¿Te has fijado si pone el dedo en un platillo para engañarte con el peso? —respondió otro empleado.

—Juraría que no lo hace. Pero la próxima vez estaré atento.

—Es un viejo truco. ¡Todos los tenderos son iguales! ¡Unos aprovechados! En cuanto te descuidas.

El relojero, al escuchar la intrascendente conversación, se detuvo en el umbral de la puerta, dio media vuelta y, con una leve sonrisa, les dijo a sus

operarios:

—¡Me habéis dado una idea!

Al salir a la calle, inspiró con hondura hasta llenar los pulmones.

Ya lo tenía.

Por fin sabía cómo reparar el Big Ben.

56. LONDRES

18 de noviembre de 1852

La edición del *Times* de ese día estaba orlada en negro en señal de condolencia. Un millón y medio de personas se había echado a las calles para ver el féretro del duque de Wellington que, sobre un carruaje fúnebre, recorría la ciudad desde Horse Guards hasta la catedral de San Pablo, donde iban a enterrarlo con todos los honores. Moverse por las calles del cortejo funerario era imposible. La multitud permanecía estática desde hacía varias horas, para no perder el sitio. Las lipotimias se sucedían, y hubo quienes estuvieron a punto de morir asfixiados entre el gentío al caer desmayados.

Los carros de mercancías y los coches de caballos colapsaban las calles por las que podían circular, organizando un gigantesco atasco. Muchas discusiones de tráfico acababan a puñetazos o a latigazos, y obligaban a intervenir a los *bobbies*, ya suficientemente desbordados en su persecución de carteristas y sobones que aprovechaban las aglomeraciones para restregarse contra las damas.

Miles de uniformes abarrotaban Londres. Muchos de quienes participaron en algunas de las batallas del ejército británico sacaron de los arcones sus viejas y apolilladas casacas rojas, aunque la mayoría ya no podían abrochárselas debido al contorno de sus cinturas y el volumen de sus barrigas. Con los años, habían engordado.

José y Henry Baltimore habían elegido Picadilly para presenciar el paso del cortejo fúnebre. Los niños, subidos en bomborombillos sobre sus padres, hacían visera con la mano para ver mejor. Algunas mujeres se subían a cajas de madera, ante el enojo de quienes estaban detrás. Hacía frío y el cielo era gris. Las bocas expulsaban vaho como locomotoras en vía muerta.

El general Cabrera, con boina y uniforme, tampoco quería perderse aquel acontecimiento. Iba acompañado de su esposa, y se había cruzado con José y Henry apenas una hora antes. El inglés saludó sin palabras al militar

carlista, y cuando se despidieron, con un tono de voz capaz de enfriar el hielo, le dijo a su amigo:

—Sé que mantiene cierta relación amistosa con ese sujeto.

—Participa en la Tertulia del Habla Española.

—Es un reaccionario.

—Es un español exiliado. Y yo no hago distinciones ideológicas. Como sabe, mi forma de pensar está en las antípodas de la de Cabrera. Y lo que él hizo en la guerra, atrás quedó. La reconciliación debe empezar por quienes, en algún momento, hemos ocupado trincheras opuestas. Debemos aprender a perdonarnos.

—Hay personas que no merecen el perdón —dijo Henry, con gesto agrio.

—Inglaterra no ha pasado hace poco por una guerra civil. En España fui perseguido por mis ideas políticas, y no tuve ocasión de desarrollarme profesionalmente. Tuve que huir y exiliarme, y no fue sino aquí, en Londres, en un país extranjero, donde me dieron la oportunidad que me fue negada en mi tierra natal. Mi agradecimiento es tan grande que debo corresponder con generosidad a cualquier persona que esté en una situación parecida, con independencia de dónde haya nacido y cuál sea su pensamiento.

Aquel razonamiento, expuesto con sosiego, no fue replicado por Henry, quien se mantuvo callado un buen rato sin variar la seriedad de su semblante. Tenían que llegar cuanto antes a Picadilly para evitar que la multitud les cerrara el paso. Cuando llegaron a la plaza, Henry puso la mano sobre el hombro de José, lo miró a los ojos y sonrió:

—Me ha venido a la cabeza una tía abuela mía que decía que no le importaba morir a condición de que el mundo se acabase acto seguido.

—¿Era egoísta?

—Era de convicciones sólidas.

—Algo tajante. ¿No le parece?

—No es malo ser tajante en algunos aspectos de la vida. ¿Nunca le he hablado de la teoría de los cinco minutos?

—No. ¿De quién es?

—Mía. ¿De quién, si no?

—¿En qué consiste?

Henry puso una voz teatral, campanuda:

—Se enuncia diciendo que cinco minutos son suficientes para juzgar los

libros, los hombres y las ciudades.

—Explíquemela.

—Si en ese tiempo un libro no nos entusiasma, un hombre no nos deja de resultar simplón y una ciudad no nos entra por los ojos, será absurdo perseverar. Hay otros libros por leer, otros hombres en quienes depositar nuestra amistad y otras ciudades que merecen ser visitadas. El tiempo es limitado, y es un delito malgastarlo.

Cuando la carroza fúnebre de Wellington entró en la plaza, el silencio la recorrió como una pleamar. Los cigarros fueron arrojados al suelo. Los hombres de paisano se destocaron en señal de respeto, y los que iban de uniforme saludaron largo rato, como si se hubiesen convertido en estatuas con la mano en la sien.

El carruaje mortuorio entró en Picadilly. El príncipe Alberto, con el beneplácito de la reina, lo había diseñado con el propósito de empequeñecer el que trasladó los restos de Napoleón a Les Invalides, en París, en 1840. Era de bronce macizo, con seis ruedas y diez toneladas de peso. Medía seis metros de largo y lo arrastraban doce caballos negros en fila de a tres. De la Torre de Londres habían elegido trofeos, armas y banderas para engalanarlo, y habían inscrito en él veinticinco victorias, la última, la de Waterloo.

José miró de reojo a Henry, que contemplaba el féretro con la mirada acuosa. Estuvo así, con una emoción licuada en los ojos, hasta que la docena de caballos pasó delante de ellos, tirando del carruaje dorado. Cuando el cuerpo sin vida de Wellington abandonó Picadilly, los hombres volvieron a cubrirse con los sombreros y a encender cigarros.

—¿Se ha emocionado recordando? —le preguntó a su amigo.

—Lo he hecho al meditar en cómo termina todo. Y he tenido una idea.

—¿Cuál?

—Si muero antes que usted, me gustaría irme al otro mundo con un reloj que girase a la izquierda al que no hubiese que dar cuerda.

—¿Una especie de máquina de movimiento perpetuo?

—Algo así.

—Para engañar al tiempo.

—Para reírme del tiempo.

—La llamaré Quimera —sonrió.

Cuando se alejaron de Picadilly, la multitud abandonaba la plaza comentando detalles. Muchos intentaban seguir el cortejo fúnebre, camino de

la catedral de San Pablo, con la esperanza de oír, desde la distancia, las salvas en honor del viejo general.

Tal vez, decían, los disparos fuesen hechos con cañones capturados a Napoleón.

57. LONDRES

9 de septiembre de 1853

El conejo disecado que con sus ojos de cristal miraba la hora presidía la Tertulia del Habla Española. El animal, erguido sobre sus cuartos traseros y con las orejas alzadas como estandartes, parecía comprobar la hora en el reloj que sostenía entre las patas delanteras. En la trastienda de la relojería, el tictac de los relojes de pared acompañaba las conversaciones, interrumpidas momentáneamente cuando las campanas de todos ellos repicaban al dar una hora. El general Cabrera compartía mesa camilla con un político progresista desterrado y un profesor de literatura de la Universidad Central afiliado al Partido Demócrata, exiliado también por el asfixiante cerco al que lo sometía el rectorado, contrario a las opiniones vertidas por el docente en las aulas.

Al estar prohibido hablar de política, la charla giraba en torno a la dulzura del verano en Inglaterra y a la literatura, tema en el que los tertulianos escuchaban con respeto al profesor universitario, que mostraba su predilección por el Siglo de Oro, aunque también elogiaba la obra periodística de Larra.

—¡Qué artículos publicaba! ¡Qué pluma la suya: certera, afilada, capaz de diagnosticar los problemas de España con delicadeza!

—Es uno de mis escritores predilectos —respondió José, que alternaba la lectura de autores ingleses contemporáneos con la de españoles.

—Una lástima que se descerrajara un tiro —dijo el político progresista.

—Cosas del amor no correspondido —comentó el profesor en un tono que sonó comprensivo.

—Considero una muestra de hombría desaparecer del mundo así, ¡pum! Es un supremo acto de valentía —Cabrera se llevó dos dedos a la sien, como si fueran el cañón de una pistola.

—¿Usted cree? —preguntó el progresista.

—¡Naturalmente! ¡No cabe duda! Cuando un hombre se ve acosado, ya

sea en el campo de batalla o en la vida, le asiste el derecho de volarse la cabeza. Y que no me vengan con zarandajas de que su alma se condena. Dios sabe perdonar a los valientes. A los que no soporta Dios es a los cobardes. Ya lo dijo Jesucristo en los Evangelios: «Vomitare a los tibios».

Cabrera se atusó la barba, complacido por su expeditivo razonamiento de hombre bragado. El profesor encendió un cigarro, exhaló el humo de la primera calada hacia el techo, se cogió la solapa de la levita con la mano izquierda, y dijo:

—¿Conocen *Don Juan Tenorio*?

El militar y el político negaron con la cabeza. José sonrió extrañamente:

—Claro. Una obra muy notable.

—Asistí a su estreno en el teatro de la Cruz, hará unos nueve años —añadió—. Hubo aplausos en lugar de pateos. Pero el público dejó de ir los siguiente días. Una lástima que fueran pocas las representaciones —chasqueó los labios—. Los cenáculos literarios matritenses se mostraron de lo más indolentes con ella. En mi opinión, si algún empresario decide montarla como es debido, gozará de larga vida.

—¿Sobre qué versa la obra? —preguntó Cabrera, curioso.

—Es un drama que trata sobre un seductor. Las mujeres caen rendidas ante él por su labia y apostura. Don Juan, el galanteador, apuesta con un amigo, otro conquistador, a que él es capaz de seducir a una novicia, doña Inés.

—¿Un seductor de monjas? ¡La obra es antirreligiosa, pues! —bramó el militar carlista, molesto por el argumento—. ¿Cómo se llama su autor?

—José Zorrilla —aclaró el relojero, que compuso una pesarosa sonrisa.

El profesor dio una larga calada al cigarro, se lo quitó de la boca, expulsó la bocanada sobre la punta para avivarla, y, con el tono tremendista de quien conoce una mala nueva, dijo:

—Zorrilla está arruinado. Un editor francés le ha dado gato por liebre. Mis noticias son que se encuentra desesperado. Una pena. Puede ser el final profesional de un autor brillante. Lo que ustedes quizá no sepan —dio otra calada— es que se encuentra aquí, en Londres.

Dejó escapar las últimas palabras con lentitud, junto con el humo. José dio un respingo y se quedó boquiabierto como un papamoscas. Todos lo miraron, extrañados.

—¿Sabe dónde se aloja? —preguntó finalmente.

—No. Pero puedo enterarme.

—Hágalo, se lo ruego.

—Esta tarde hago algunas averiguaciones y mañana se lo digo, sin falta.

José se quedó pensativo y estuvo ensimismado unos minutos, ajeno a la charla. Zorrilla, el dramaturgo, era hijo del superintendente de policía en Madrid que, en época de Fernando VII, hizo una gran redada de liberales, el mismo hombre al que, disfrazado de fraile, él y sus amigos maniataron y retuvieron toda una noche tras hacerle firmar un salvoconducto para que José pudiese escapar a Francia.

Oía lejana la tertulia como si se desarrollase en una habitación contigua. Su mente galopaba al pasado. A los días en los que, a sabiendas de que los policías lo perseguían, recorrió media España a caballo hasta la frontera francesa, camino del exilio.

Decidió que debía hacer algo.

58. LONDRES

25 de marzo de 1866

Nada más llegar al Palacio de Westminster, al descender de la berlina, miró hacia la esfera del reloj. Tenía un palpito. Los latidos de su corazón repicaban en la caja torácica con insistencia de tamborilero. El cielo era una inabarcable masa gris, como si hubiesen derramado plomo hirviendo.

Empezó a subir la escalera del campanario con energía, aunque a medida que ascendía se fue quedando sin fuerzas, y coronó el último escalón boqueando para coger aire. Los años no pasaban en balde. Entró en la habitación de la maquinaria seguido del sargento Hopkins, y esta vez no se dirigió al maletín para coger las herramientas. No las necesitaba.

Sacó del bolsillo varias pesas de una de las balanzas de precisión que había cogido del Laboratorio de Cronos de la relojería. Se acercó a la parte superior del péndulo, y depositó sobre él tres pequeñas pesas.

Su intención era desviar el centro de masas del péndulo para aumentar levemente su velocidad de oscilación.

Extrajo su reloj de bolsillo, miró la hora y volvió a guardarlo.

—Ahora queda la parte más tediosa —dijo.

—¿Cuál, señor?

—Esperar, sargento, esperar.

Sonaron las campanadas.

59. LONDRES

10 de septiembre de 1853

Mediodía. Caminaba a zancadas. Pensaba lo que iba a decir en cuanto viese a Zorrilla. El escritor. Desde que el día anterior tuvo noticia en la Tertulia del Habla Española, estaba impaciente por hablar con él. Hacía una hora que uno de los tertulianos, el profesor universitario, le había dado razón de su alojamiento: un modesto hotel situado en Pentonville.

Hacia allí se encaminaba, nervioso, con el pulso acelerado.

Al llegar al hotelito, le preguntó al dueño por la habitación del señor Zorrilla y dejó encima del mostrador dos libras para que le facilitara la información. El propietario, sin inmutarse, cogió el dinero con sus dedos manchados de nicotina y lo conminó a seguirlo a la primera planta. Abrió con su juego de llaves la puerta de la habitación y, con un gesto, invitó a pasar al relojero. Cerró sin hacer ruido.

El cuarto estaba en penumbra, con las contraventanas entornadas para que no entrase la luz del sol. Olía a leonera. Sobre la cama había un bulto cubierto por una colcha. Abrió la ventana para ventilar la habitación y dejar que entrara la luz. El mobiliario se limitaba a una cómoda con una jofaina desportillada, una palangana con agua turbia y una mesita de noche. La ropa, hecha un gurrño, yacía en el suelo, al pie del cabecero de hierro de la cama.

El escritor se rebulló en el colchón y se incorporó a medias, con cara de sorpresa al ver al intruso.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó José.

—Supongo que algún acreedor...

La voz de Zorrilla sonaba pastosa, somnolienta. Su aspecto era el del daguerrotipo de cualquier poeta romántico: delgado, pelo abundoso, perilla, ojeras y mirada penetrante. La luz le molestaba, y entrecerraba los ojos para poder mirar a su inesperada visita, que permanecía de pie ante la ventana.

—Soy José Rodríguez Losada. Supongo que habrá oído hablar de mí —

dijo, enfático.

—Por supuesto. Todo español que viene a Londres sabe quién es usted. Pero ¿a qué debo su visita?

—Hace muchos años tuve un altercado con su padre —explicó sucintamente.

El escritor se sentó en la cama, se pasó las manos por el cabello alborotado, inspiró hasta llenarse los pulmones, meneó la cabeza y dijo:

—No soy responsable de lo que pudiera hacer o dejar de hacer mi padre. Él tuvo muchos enemigos. Y supongo que ganados a pulso. Lo cierto es que no nos llevábamos muy bien.

—No me malinterprete, no he venido para reprocharle nada. Al contrario, estoy aquí para saldar una deuda de conciencia.

—No le entiendo. Le ruego que se explique, señor Losada.

—Soy admirador de su obra. Sobre todo de su *Don Juan*.

—Ah, el Tenorio... —cerró los ojos, dolido, porque a pesar de los años transcurridos ningún empresario teatral había vuelto a interesarse por los amoríos de don Juan y doña Inés.

—Me han dicho que tiene usted serios apuros económicos...

Zorrilla pensó en su maldito editor francés. Lo había engañado. Por culpa de aquel desaprensivo estaba en la ruina. No era la primera vez que su situación financiera era apurada, pero jamás había sido tan desesperada. Resignado, y sin una chispa de teatralidad, se incorporó un poco más en la cama y dijo:

—No sé si coger un cordel y ahorcarme o tirarme al Támesis. Para qué voy a mentir. Vine a Londres con la intención de encontrar a un mecenas que aliviase mi penosa situación. Todo ha sido en balde.

José se pasó los dedos por los labios, como si necesitase buscar las palabras adecuadas:

—Verá. Con los años, he llegado a lamentar el secuestro al que sometí a su padre. Y además, lo que usted ha escrito me ha reportado enormes satisfacciones. Para descargar mi conciencia y reparar el daño que hice, me gustaría que me permitiese hacer lo que esté en mi mano para ayudarlo.

Extrajo un abultado sobre del bolsillo de la levita y lo dejó en la mesita de noche.

—¿Qué es eso?

—Quinientas libras.

—¿No pretenderá...?

—Salde sus deudas y quédese en Londres el tiempo que estime oportuno. Si he de ser yo su benefactor literario, así sea. Y haga el favor de no hacerse el remilgado. En esta ciudad, la indigencia de un extranjero no es tolerada por las autoridades. En cuanto conozcan su situación, lo deportarán sin miramientos.

El dramaturgo rozó el sobre con la punta de los dedos, como un santo Tomás pagano que necesitase creer que aquel dinero no era fruto de un sueño. Se levantó de la cama, aún un tanto tambaleante.

—Tiene abierta la puerta de mi relojería. Me gustaría verlo en la tertulia que allí celebramos. Se sentirá como en casa, se lo aseguro.

—Yo... No sé qué decir. Estoy abrumado. ¿Cómo puedo devolverle este favor?

—Ya se lo he dicho. Aceptando mi amistad y frecuentando la tertulia.

—No comprendo cómo no guarda resentimiento por lo que le sucedió con mi progenitor.

—El rencor es mal consejero, amigo mío. Envenena el alma y hace que uno viva podrido de odio. Además, bien mirado, su padre me hizo un favor —sonrió con franqueza.

—No le entiendo.

—Gracias a él terminé aquí, en Londres. Encontré mi verdadera vocación y tuve un maestro que me enseñó el oficio y me dio una oportunidad. Y aquí encontré también a mi esposa.

—Usted tiene un corazón de oro.

—No sea melodramático. Soy un hombre corriente que sabe rendirse ante el talento. Y usted lo tiene a raudales, de eso no hay duda.

Un rayo de sol que penetraba oblicuo por la ventana incidía sobre Zorrilla, como una efectista iluminación teatral que realizase al protagonista.

60. LONDRES

20 de junio de 1856

Paseaban por Lavender Hill bajo el dulce sol de primavera. Comenzaba a atardecer. Los campos de lavanda se mecían en la brisa. Aquella semana, José había recibido una carta del gobierno de España invitándolo a residir allí y a trasladar su negocio para abastecer de relojes al país, pues los círculos cortesanos consideraban a José un orgullo patrio. De hecho, se le había concedido la Orden de Carlos III, y ya se hablaba de otorgarle la Encomienda de Isabel la Católica. Las dos condecoraciones más importantes del Estado.

La tierra de la que tuvo que exiliarse le abría ahora los brazos. La madrastra se había convertido en madre.

—¿Nos iremos a España? —preguntó Anna.

—¿Y eso? —sonrió.

—Te colman de honores, te compran los mejores relojes, te consideran una especie de gloria nacional y te reclaman. Y es tu país.

—También lo es Inglaterra —volvió a sonreír, pues desde hacía tiempo gozaba de la nacionalidad británica—. Mi casa está donde estés tú.

—Qué tonto eres. Yo te seguiría a cualquier lugar.

—Aquí te conocí. Aquí me acogieron. Aquí me quedo. Aunque creo que no podré evitar viajar a España.

—Allí te estás convirtiendo en un hombre famoso. Hasta te dedican poemas —pensó en los libros de poesía de Zorrilla.

—Es su manera de mostrar agradecimiento. Sólo son los versos de un amigo. Y la poesía no hace célebre a quien va dedicada, sino a su autor.

La luz sacaba destellos dorados al morado de la lavanda. Su embriagador perfume inundaba el aire. A José le gustaba rozar las flores con la palma de la mano, y luego acercársela a la nariz para aspirar el aroma.

—¿Te acuerdas cómo nos conocimos? ¿Del día en que me confesaste que me querías? ¿Y lo que me dijiste aquel día, delante de la farmacia?

—Te pregunté que si estarías dispuesta a esperarme.

—Sólo tú podías pedir algo así. Siempre has tenido mucha fuerza de voluntad. Es tu mejor cualidad. Lo que te propones lo consigues.

—No todo, Anna, no todo.

—Sabes que sí. Si hay algo que de verdad te importe, que te emocione, lo logras. Te conozco bien.

—Tú has sido el motor de mis afanes.

Anna se calló durante unos segundos, pensativa. Sonrió con melancolía.

—Me he hecho vieja a tu lado.

—Hemos envejecido juntos.

La miró. Ella acababa de cumplir sesenta y nueve años. Las arrugas ajaban su rostro, aunque su piel continuaba siendo nívea. Las canas abundaban en su pelo rubio, como una sedosa aleación de plata y oro. Y sus ojos, bajo aquella luz, tenían la intensidad de siempre: dos turquesas incendiadas.

—Sigues tan guapa como cuando te conocí —la cogió del brazo y le dio un beso—. ¡Y aún te quedan algunas pecas! —rio, acordándose de cómo las contaba a besos, por todo su cuerpo.

—Pero sigo llevándote diez años. ¿No eres un artista del tiempo?

—Ojalá. Tan sólo un artista mecánico.

—A lo mejor si haces para mí un reloj que gire a la izquierda como el que hiciste para Henry.

Ella dejó escapar un suspiro. Se sentía muy mayor. Notaba que el tiempo se le escapaba como quien trata de retener el agua en el cuenco de las manos. Lo miró:

—José...

—Dime.

—A veces pienso que sé poco de tu vida. Entiéndeme, no es que crea me ocultes cosas, que tengas zonas oscuras. No se trata de eso.. Pero lo cierto es que nunca me has contado mucho de tu pasado.

—Hay poco que contar... —se encogió de hombros—. Hasta que apareciste tú, mi vida no tuvo ningún sentido. Y mi historia desde entonces, la conoces bien. La compartimos.

Se cruzaron con unas mujeres que llevaban brazadas de lavanda segada. Una de ellas entonaba una canción infantil.

—A mí me crió una niñera que, cuando me cantaba canciones de cuna,

lo hacía con una voz tan ronca y una entonación tan triste que las canciones sonaban a un réquiem. Se me encogía el corazón de pena. Jamás me han gustado las nanas...

Él se limitó a sonreír.

—¿Echas de menos no haber tenido niños, José?

—No se puede añorar lo que nunca se ha tenido. Pero a tu lado encontré el equilibrio en mi vida. Has colmado mis deseos.

Ella habló con un hilo de voz:

—Nunca me has hablado de tu familia. De tus padres.

Volvió a rozar las flores con la mano. Un soplo de brisa agitó la lavanda a lo lejos, como un oleaje morado.

—Desde joven aprendí a no mirar atrás. Los únicos recuerdos que merecen la pena son los que tengo junto a ti. Los recuerdos compartidos —se detuvo y volvió a mirarla.

—Hemos sido felices.

—¡Aún lo somos! —exclamó él.

—Después de tantos años juntos vuelvo a tener miedo.

—¿De qué?

—De malgastar el tiempo que nos quede —una sombra cruzó por sus ojos.

La abrazó. Ella temblaba como un pajarillo.

—No te preocupes, Anna. Yo cuido de ti, siempre estaré a tu lado.

—Está bien... —replicó ella con la cara pegada al pecho de su marido. Y en un dulce ronroneo, añadió—: Pero pídele prestado el reloj a Henry. El de las manecillas que giran en sentido contrario.

Su risa se la llevó el suave viento que rizaba las flores moradas de Lavender Hill.

La Colina de la Lavanda siempre les recordaba los días felices.

61. LONDRES

26 de marzo de 1866

El Big Ben retrasaba menos. El experimento de depositar pesas de balanza de precisión en lo alto del péndulo para ajustar su movimiento estaba funcionando. La idea era buena, pero el relojero, tras consultar la hora en su reloj de bolsillo y compararla con la del reloj del campanario y con las anotaciones horarias realizadas el día anterior, comprobó que aún existía un retraso de varios segundos.

Guardó la libreta y se dio golpecitos en la frente con el lápiz. ¿Cómo podía conseguir el peso exacto? Tal vez con aquellas pequeñas pesas de las balanzas utilizadas por boticarios... Sí. Ésa era sin duda la solución más científica.

Al guardar el lapicero en el bolsillo, tuvo una idea. Sonrió. No sabía si atreverse a ponerla en práctica, pero ¿acaso tenía algo que perder?

Buscó algunas monedas en sus bolsillos y extrajo varios peniques. Luego quitó las diminutas pesas de la zona superior del péndulo y las sustituyó por las monedas de cobre, apilándolas unas sobre otras. Miró al policía:

- Sargento, ¿tiene algunas monedas?
- Algo de calderilla llevo, señor.
- ¿Puede prestarme lo que lleve suelto?
- Naturalmente.

El sargento Hopkins vació sus bolsillos. El relojero cogió las monedas y las colocó una encima de otra, junto al resto de peniques. No era una solución muy ortodoxa, pero era práctica.

Volvió a sacar la libreta, el lápiz y su reloj de bolsillo. Hizo una anotación.

- ¿Otra vez a esperar?
- Otra vez a armarnos de paciencia, sargento.

62. LONDRES

24 de noviembre de 1857

En la Coffee Room del Travellers Club, el humo de los cigarros formaba cúmulos de nubes azuladas, unas borrascas aromáticas. Cuando algún socio se rebullía en el sillón el cuero crujía, y el sonido del té vertido en las tazas por los diligentes camareros tenía un efecto sedante. La plata repujada de los servicios de té brillaba bajo la luz de las lámparas y del sol de chichinabo que penetraba por las grandes cristaleras. El día era frío y gris, de cielo entoldado, de otoño norteño. Las hojas caídas exhalaban un olor a bosque.

Henry, que últimamente se fatigaba incluso en reposo, había invitado a tomar una copita de oporto a José y a Charles Lutwidge Dogson, *lecturer* de matemáticas del Christ Church de Oxford, que rechazó el vino y se decantó por el té. Era un hombre de mediana estatura y cara aniñada, y tan tímido que prefería escuchar a hablar, tal vez porque tartamudeaba al iniciar las frases. Tenía ojos o bien soñadores o bien de carnero, pues era difícil hacerse una idea de su personalidad. A pesar del frío, había llegado al club sin abrigo, y atravesó la alfombrada Coffee Room con andares desgachados de profesor distraído. En la mesa, junto al platillo y la taza de humeante té, había dejado un paquete con los productos químicos necesarios para hacer fotografías al colodión húmedo. También depositó una caja de música de ébano y otro paquete con juguetes: soldaditos de plomo y una muñeca con tirabuzones rubios. Cogió la taza con la mano izquierda y bebió un sorbo. El té estaba demasiado caliente, pero se abstuvo de soplar para enfriarlo. Sería considerado de mal gusto en un lugar como aquél. Además, se sorprendió de su mal sabor.

Henry había estudiado en el Christ Church y algunos de sus antiguos compañeros eran ahora profesores allí. Le habían hablado muy bien de las aptitudes literarias del *lecturer*, pero también le previnieron de sus extravagancias. Ese detalle, por supuesto, hizo que tuviese ganas de conocerlo. Tras beber un sorbo de delicioso oporto, le preguntó al profesor

qué tal le parecía el ambiente oxfordiano.

—Bueno. Llevo po-pocos meses dando clases. Pero bien.

—¿Ha encontrado ya algún protector en el claustro profesoral?

—Sí El de-deán del Christ Church, el señor Henry Liddell, me honra con su amistad y protección.

El profesor giraba levemente la cabeza a la izquierda al hablar, porque apenas oía con el oído derecho. Estaba incómodo. No le agradaba el sabor del té. Él lo preparaba mediante un estricto ritual: daba vueltas alrededor de su habitación moviendo sin cesar la tetera durante diez minutos. Ni un minuto más, ni un minuto menos. Pero procuraba no exteriorizar su malestar por la infusión, a pesar de que aquel brebaje olía y sabía a serrín hervido.

Henry miró a José con una sonrisa llena de satisfacción.

—El señor Dogson no es sólo un reputado matemático, sino un brillante escritor. Debería leer algo de lo que ha escrito, José. En Gran Bretaña hay otros escritores, además de Dickens —sonrió, a sabiendas de la debilidad del relojero por el autor de *David Copperfield*.

—¿Y qué ha escrito, señor Dogson?

—Oh, sim-simples menudencias. Cuentos publicados en periódicos y revistas. Y un poema.

Para combatir la tartamudez, cada día, al levantarse, recitaba en voz alta a Shakespeare en su cuarto. Aquella mañana había recitado el comienzo de *Ricardo III*: «Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano con este sol de York».

—¡Vaya, parece que nuestro amigo es demasiado humilde! Vamos, vamos, señor Dogson, su poema *Solitude* es magnífico.

—Entonces lo leeré, no le quepa duda —dijo José.

—El señor Dogson sigue la moda de publicar con pseudónimo. Tal vez piense que es un demérito para un *lecturer* de matemáticas de Oxford emplear su nombre en la letra impresa.

—Oh. No, no, de-desde luego que no. Lo que escribo es algo sencillo, no son publicaciones académicas —repuso con humildad, y desvió la mirada hacia la taza de té, sin poder dejar de manosear la caja negra de música que, al abrirla, tocaba una melodía infantil, una popular cancioncilla.

—¿Bajo qué nombre se ocultaba? Lewis...

—Carroll. Lewis Carroll.

—¡Exacto! Pues hágame caso y léalo, José.

—Lo haré, lo haré, por supuesto.

Henry, puesto en antecedentes por sus amistades en Oxford de las aficiones del *lecturer*, observaba las compras que éste había hecho. Apuró su copa de oporto, y, con el paladar endulzado, preguntó:

—¿Le gusta la fotografía, señor Dogson?

—Oh, sí, sí. Me encanta. Es una de las nuevas artes. Sí. Me interesan los retratos, las composiciones con niños. Los pequeños no están contaminados por la vida adulta. Son pura ingenuidad.

—Supongo que los juguetitos serán para ellos, para que se queden quietecitos al fotografiarlos.

—Sí. Oh no hace falta porque se portan muy bien, pero sí los juguetes ayudan. Precisamente, los hijos del deán Liddell son unos modelos estupendos. Sobre todo la pequeña Alicia. Qué adorable criatura.

Un empleado cebó con dos troncos el fuego de la chimenea. El espejo colgado encima de ella reflejaba las luces de las arañas de cristal del techo. Los socios conversaban en civilizado tono bajo, leían el *Times* y tomaban sus bebidas. Los que eran ricos desde hacía generaciones fumaban con parsimonia, sujetaban la copa de brandi con desmayada elegancia y cruzaban las piernas. Los ricos nuevos se sentaban despatarrados, mojaban la punta del puro en el brandi y manoseaban la copa sin parar.

El *lecturer* pensó en Alicia, la niña de cuatro años a la que adoraba. Pero también dedicó unos segundos a pensar en el viaje de vuelta a Oxford en tren: contó mentalmente las paradas, visualizó el vagón en el que viajaría y también su asiento, junto a la ventanilla. Se decidió a dar un sorbo al té. Se limpió los labios con la servilleta de hilo, inspiró y se dirigió a José sin mirarlo a los ojos:

—Sus re-relojes tienen fama de exactos.

—Me gusta considerarme un artista de la mecánica.

—¡Oh, José, no sea tan modesto! Son los mejores relojes de Inglaterra y del continente —comentó Henry.

—Precisamente busco un reloj que no atrase. Soy un maniático de la puntualidad.

—Pásese por mi relojería cuando quiera. Lo atenderé con mucho gusto —dijo José.

El *lecturer* hizo amago de coger la taza, pero sólo llegó a tocar el asa. Los camareros del Travellers habían arruinado el té. No sabían prepararlo

como era debido. Había leído que los japoneses eran expertos en ello, pero Japón quedaba muy lejos y los imponderables del viaje en barco le causaban escalofríos. No podría controlar todos los aspectos de la travesía náutica. Se puso un poco nervioso y comenzó a mover las manos sin saber qué hacer con ellas, como si fuese un mal actor. Para calmarse, pensó en Alicia y sus hermanos, en la excursión campestre que tenía previsto hacer con ellos, con emparedados, té frío y cuentos inventados por él. Eso lo relajó.

63. MADRID

28 de marzo de 1860

La mañana era suave y luminosa. La Puerta del Sol estaba en obras. Para ampliar su superficie, se habían derribado todos los edificios antiguos, a excepción de la Casa Cordero y la Real Casa de Correos, construida durante el reinado de Carlos III y sede del Ministerio de la Gobernación. El resto de edificios eran modernos, lo que le daba cierto aire europeo al corazón de la ciudad.

En el centro de la plaza, los operarios, sin darse mucha prisa, trabajaban para construir una gran fuente. Había bloques de piedra apilados, trozos de tubería de plomo, maquinaria perforadora y montículos de tierra oscura extraída de las entrañas del subsuelo. Los albañiles fumaban a lo obrero, sin quitarse el cigarro de los labios, y al descansar se echaban hacia atrás la gorra de paño y se llevaban las manos a la cintura, arriñonados, mientras corros de ancianos y desocupados los miraban e intercambiaban opiniones sobre la lentitud del trabajo.

José cruzó la plaza en obras. Miró el reloj de Gobernación y comprobó la hora con el suyo propio. Aquel mastodonte atrasaba. Lo había comprobado desde su llegada a la capital. Era un artefacto desajustado, y además bastante feo. Sus cuatro esferas, una para cada fachada de la torrecilla de la Casa de Correos, tenían un tamaño desproporcionado y el efecto visual era un tanto chusco. El reloj procedía de la desaparecida Iglesia del Buen Suceso, derribada seis años atrás, y su mecanismo sin duda estaba obsoleto. Cada una de las esferas daba una hora diferente. El efecto era desconcertante y cómico.

Embocó la Carrera de San Jerónimo y se sacudió el polvo adherido al abrigo. Tenía una entrevista con altos mandos de la Armada para la venta de varios cronómetros y necesitaba estar presentable. Hacía tres años, le suministró a la marina de guerra española veinticuatro cronómetros: veinte de ocho días de cuerda y cuatro de dos días, y el año anterior había regalado al gaditano Observatorio de San Fernando un péndulo astronómico, un reloj de

torre y un cronómetro especial para observaciones astronómicas al oído.

La Armada estaba encantada con su trabajo y necesitaba con premura sus máquinas del tiempo, sobre todo ahora, pues en la aplastante victoria del Ejército en la guerra de África los barcos más modernos habían sido determinantes. Las fragatas y los vapores requerían el mejor instrumental para ulteriores campañas, tal vez inminentes. La carrera colonial acababa de empezar, y España no quería recoger las migajas que dejaran las potencias continentales.

La luz cambió de repente. Como si el sol se hubiese convertido en el fantasma de la luna. Comenzó a soplar un airecillo que anunciaba lluvia. No había cogido paraguas al salir del hotel, pero a pesar de todo el cielo se mantenía afeitado de nubes.

Caminaba con la elástica rapidez de los caminantes, fruto de sus juveniles años campestres. Andar a grandes zancadas lo ayudaba a pensar, a enhebrar recuerdos y organizar ideas.

Había venido a Madrid sólo por negocios. Los poemarios de Zorrilla dedicados a él habían contribuido a hacerlo célebre entre los literatos y periodistas, y éstos se encargaban de escribir en los periódicos sobre sus relojes, cuya perfección, decían las crónicas, arrumbaría a los relojes suizos, mera quincalla. El trato que recibía de las autoridades era impecable, y sus mejores clientes madrileños le habían presentado en las últimas semanas a nuevas personas interesadas en comprar sus celeberrimos relojes. Sonreía al caminar. Treinta años atrás se había visto obligado a salir de España de madrugada, huyendo de la policía. Ahora, los hijos de sus antiguos perseguidores, o también ellos mismos, se habían convertido al liberalismo para seguir mandando, pues los nuevos tiempos requerían políticos de ideología amorfa, adaptativa. Y lo trataban con lisonjas, como si fuese un embajador plenipotenciario. Un español ilustre.

La vida. La condición humana. La mudanza de los tiempos.

Además, llevaba algunos meses intercambiando cartas con sus hermanos. Tenía previsto ir a su pueblo, La Iruela. El bálsamo del tiempo había cicatrizado las heridas de la memoria. Ya no le supuraban los recuerdos. Pensaba visitar las tumbas de sus padres, abrazar a sus hermanos y conocer a sus sobrinos, pues al parecer dos de ellos querían ir a Londres para trabajar con él en la relojería. Las cartas filiales habían sido cariñosas, y por supuesto no podía negarse a emplear a familiares suyos. Sólo esperaba que sus sobrinos fuesen cabales y trabajadores.

Mientras pensaba en el viaje a su pueblo, en León, se desató una tormenta. Apretó el paso. Estaba ya bastante cerca del despacho donde lo habían citado los almirantes.

* * *

La entrevista con los mandos de la Armada resultó satisfactoria. La colaboración profesional iba a continuar. Después de firmar los contratos de construcción de nuevos cronómetros, los militares lo invitaron a comer cocido en el Lhardy. Y en su lujoso comedor con cortinas carmesíes y lámparas de bronce, se zamparon unos succulentos garbanzos, mientras en las mesas contiguas diputados y altos cargos ministeriales de la Unión Liberal elogiaban la situación económica y ponderaban los éxitos militares en Marruecos. Una furiosa lluvia repicaba contra los ventanales del restaurante, pero el sonido del agua quedaba afelpado por las vehementes conversaciones de los comensales. Parecía que discutiesen, algo que molestaba a José, acostumbrado ya al tono tertuliano inglés, en voz queda.

Al salir del Lhardy, la tormenta cesó de súbito. El fragor de la lluvia dio paso a un silencio roto enseguida por los coches de caballos que circulaban. Se despidió de los almirantes con un brillo de calidez en la mirada y se dispuso a volver a su hotel, en la Puerta del Sol. Y volvió a sorprenderse de la transparencia y pureza del aire de Madrid y de la limpieza azul de su cielo, tan distinto del de Londres.

Se paraba delante de los escaparates de las tiendas de ultramarinos para leer los rótulos comerciales de letras doradas sobre cristales oscuros y, cuando salía o entraba algún cliente, de la puerta abierta escapaba el aroma de los productos coloniales: café, cacao, vainilla, canela y otras especias traídas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, los restos del imperio español. Aquello le recordó los olores de su infancia y juventud, cuando pasaba las manos por las matas de tomillo, hierbabuena y romero que crecían en la campiña y los bosques.

Mientras caminaba sobre el suelo brillantado por el agua caída, meditaba sobre los anuncios de su relojería que habían publicado los periódicos desde su llegada a España. Eran modernos, y esperaba ampliar su red de clientes gracias a ellos. Y también reflexionaba sobre la situación nacional tras lo que le habían contado los directores de los diarios y los plumillas de las redacciones: el ruido de sables no desaparecía, los generales

continuaban con la sangre caliente, muñendo golpes de Estado en los cuartos de banderas y despotricando contra Isabel II y su Corte de los Milagros. Los vaivenes políticos dejaban en la calle a miles de empleados públicos, y los cesantes, los funcionarios despedidos, se dedicaban a criticar al Gobierno, a frecuentar las antesalas de los despachos ministeriales para mendigar un empleo a algún conocido y a esperar a que volviesen al poder los suyos para recolocarlos. Y, entretanto, vegetaban en los cafés dando sablazos, exhibían una desacomplejada holgazanería, leían enfadados la prensa, criticaban a los ricos, envidiaban lo que no tenían y jugaban a la lotería para ver si salían de pobres. Los tertulianos más sentenciosos proclamaban que sólo un militar que los tuviese bien puestos podía salvar a España. Y José pensaba que, si viajar servía para conocer otros países, vivir exiliado le había servido para aprender a conocer su país natal.

Al llegar a la Puerta del Sol, de los toldos de los comercios goteaban perlas de lluvia. Los obreros habían abandonado su poltronería y volvían al tajo, pero sin prisas. Cigarro en boca, proseguían con la construcción de la gran fuente en medio de la plaza, y de nuevo se congregaron viejos y haraganes para observarlos y valorar su cualificación. José miró las diferentes horas en las esferas del reloj de Gobernación y las comprobó con el suyo. Aquel trasto colocado en la sede del ministerio atrasaba unos diez minutos de media. Era un desastre mecánico.

Al anochecer, durante la cena en el comedor del hotel, no podía dejar de mirar a través de una ventana que daba a la Puerta del Sol. Era incapaz de apartar los ojos del reloj del Ministerio de la Gobernación. Una verdadera chatarra.

Dejó la cuchara dentro del plato de sopa y sonrió. Había tenido una idea. Sería una manera de corresponder al exquisito trato que recibía de España desde hacía tiempo. Porque precisamente se trataba de tiempo.

Construiría un reloj para la Puerta del Sol y lo regalaría.

Debía ser un reloj único, moderno. Eterno.

64. LONDRES

27 de marzo de 1866

El café estaba concurrido a última hora de la tarde. Las luces de gas resplandecían, y su fulgor verdoso era centuplicado por los espejos de las paredes. En la calle no había niebla, pero sí dentro del local: la que formaba el humo del tabaco. De pronto, en una de las mesas, unos hombres se echaron hacia atrás en sus asientos, con las mejillas coloradas y una coral de carcajadas. Se reían de algún chiste. El ambiente era de diversión. Los caballeros vestían de manera elegante, algunos incluso con frac, y apuraban sus copas antes de dirigirse a la ópera, al teatro o a algún restaurante. Mientras esperaban, manoseaban sus finos bastones e inclinaban la cabeza para deslizar palabras amables a las mujeres que los acompañaban.

La pacata sociedad victoriana cubría con fundas de tela las patas alabeadas de los pianos de cola porque les parecían demasiado sensuales, y la mera visión del tobillo de una mujer se consideraba algo libidinoso. Pero al caer la noche, esos mismos burgueses que se escandalizaban en público acudían a los *gin ana beer palaces* de fastuosa decoración para beber con sus amantes y luego practicar una hípica de dulces azotes.

Algunas conversaciones versaban sobre un castrato que iba a actuar esa noche. El cantante, que en su infancia y adolescencia había formado parte de un coro vaticano, se paseaba por las plateas europeas interpretando arias de ópera con su emasculada voz de soprano. Su exitosa gira se granjeaba, si no la admiración por su arte, sí la morbosa curiosidad de hombres y mujeres, por lo que se agotaban las localidades al poco de ponerlas en venta.

En uno de los reservados, dos hombres preparaban sendas copas de absenta. Ellos bebían champán. La absenta era para las dos chicas que los acompañaban. Ambas eran muy jóvenes y reían, achispadas por el alcohol, por la promesa de una velada animada y por la inminente ingesta de aquella bebida mágica. El hada verde, la llamaban, por las imágenes oníricas que provocaba en quienes la consumían y por la sensación de flotar que producía.

Los rostros de ambos hombres eran angulosos, y sus ojos tan fríos como el hielo de la cubitera plateada donde se enfriaba la botella del espumoso francés. La cara de uno de ellos estaba atravesada por una gran cicatriz. Al contrario que sus acompañantes femeninas, ninguno de los dos reía. Se limitaban a arquear levemente los labios, en un remedo de sonrisa. Iban bien trajeados, y fumaban habanos de un palmo.

Uno de ellos preparaba la bebida para las chicas, que sonreían con malicia. Con pausados y precisos gestos, puso una cucharilla de plata en lo alto de cada copa de cristal y depositó un terrón de azúcar. Cogió la botella de absenta y, con sumo cuidado, vertió el preciado líquido sobre los azucarillos, empapando el pequeño bloque hasta mediar cada copa. Después, desenroscó un frasquito de láudano, succionó un poco con el tapón cuentagotas y echó dos gotas en cada terrón. Prendió un fósforo y lo acercó al azúcar, y una llamita azul surgió de repente. En cuanto se apagó el fuego, mezcló el azúcar con la absenta, removiéndolo con las cucharillas y se formó un líquido blanquecino y aromático. El ritual había concluido.

—¿Ya podemos? —dijo una de las chicas, abriendo los ojos y mordiéndose los labios, ansiosa.

Los hombres asintieron y ellas, dándose un suave codazo, bebieron de un trago y cerraron los ojos, a la espera de que el hada verde hechizase sus mentes y calentase su sangre. Rieron. Pensaban ir a un *music-hall* en el Eagle, en Shoreditch, y luego disfrutar de los placeres de la noche.

Las gruesas cortinas de terciopelo rojo separaban el reservado del resto del café y amortiguaban los ruidos. De repente, alguien descorrió las cortinas con un manotazo.

Eran policías.

Cuatro agentes uniformados irrumpieron en el reservado y conminaron a salir a las sorprendidas jóvenes, y un inspector de paisano con voz ronca ordenó a sus hombres que registrasen a ambos individuos. Les hicieron levantarse y los cachearon. Portaban dos revólveres Colt.

El inspector dio un paso adelante:

—Quedan detenidos.

El que había preparado la absenta, el de la cicatriz, respondió lacónico y con acento extranjero:

—Avisen a la embajada de España.

65. LONDRES

2 de octubre de 1860

Henry y José pasaban por delante de Saint Martin-in-the-Fields. La fachada principal de la iglesia neoclásica parecía la de un templo romano reutilizado. Un sol de hojalata blanqueaba con suavidad la piedra de las columnas de orden compuesto, así como el león y el unicornio del escudo real del frontispicio. Los feligreses salían del servicio religioso con cara de haberles gustado el sermón. O tal vez satisfechos por haber cantado algún vigorizante himno litúrgico con acompañamiento de armónium.

Ambos caminaban con deliberada lentitud, y no porque quisieran saborear el paseo, sino porque Henry quería hablar de algo importante. Parecía apesadumbrado. El día anterior había recibido una mala noticia.

Llevaba meses con palpitaciones y punzadas en el pecho. Se cansaba a menudo y a veces la tensión le caía en picado. Lo atribuyó al exceso de oportu y a las pocas horas de sueño, pero su médico, tras auscultarlo, le recomendó que visitase a un especialista. Y acudió a la clínica quirúrgica del University College de Londres. El primer hospital europeo que practicó una amputación por narcosis de éter en 1846. Sus doctores eran famosos por la modernidad de sus tratamientos.

—El corazón me falla —dijo, escueto.

—Tiene cuerda para rato. No hay más que verlo —comentó José por decir algo.

—No, José, es algo serio.

—¿Es grave? —su tono cambió.

—El doctor dice que sí. Y no es ningún alarmista. Tras examinarme, cargó su pipa en silencio y me dijo lo que había.

—¿Qué tratamiento le ha prescrito?

—Unas pastillas que no me van a curar pero sí dar consuelo.

—Tal vez le convenga pedir una segunda opinión.

—No, este médico es un buen especialista. Dice que el tamaño del corazón es excesivo y le cuesta bombear sangre. No funciona bien. Es como una tetera vieja y oxidada. Parece que no me queda mucho tiempo.

Una bandada de palomas pasó volando con estrépito sobre sus cabezas para posarse en Trafalgar Square. La columna de Nelson se erguía desafiante en la plaza, con los leones de bronce tumbados en sus pedestales. La luz del sol era cruda, apenas calentaba.

—¿Cuánto? —preguntó José.

—Un año como mucho.

—¿Un año nada más? —dijo, sorprendido.

—O nada menos. Depende de cómo se mire. Suficiente para poner mis cosas en orden.

Se sumieron en un profundo silencio sin dejar de andar. La amistad entre ellos tenía una solidez de fragua. Henry, con los años, había amansado sus arrebatos excéntricos y dejado de zaherir públicamente a los mediocres. Unas solitarias nubes volaban muy por encima del Nelson de piedra. El almirante manco, con la manga vacía de su uniforme, contemplaba el horizonte desde lo alto de su columna. Dos palomas alzaron el vuelo y se posaron en su sombrero de tres picos. Henry miró hacia arriba.

—Para eso sirve la gloria humana.

—¿Para qué?

—Para que a uno se le caguen encima los pájaros.

José congeló en la cara una sonrisa.

—En España, existe la costumbre de que los amigos íntimos, los de toda la vida, paseen del brazo. ¿Me permite?

A Henry se le humedecieron los ojos. Le devolvió la sonrisa y contestó:

—Por supuesto.

Y dejó que lo tomara del brazo.

Un niño echó a correr por la plaza para espantar a las palomas que picoteaban migas de pan en el pavimento. Cerca de dos de los leones de metal los coches de caballos y los ómnibus se detenían para dejar a sus pasajeros y recoger a otros. La vida seguía para los demás.

—Creo que ha llegado el momento.

—¿De qué?

—De que construya el reloj que le pedí. ¿Se acuerda?

José sonrió. Lo recordaba.

—Claro. Me lo dijo en el entierro de Wellington. Un reloj de movimiento perpetuo que gire en sentido contrario. Yo le contesté que, de hacerlo, le pondría el nombre de Quimera.

—Exacto.

Hacer ese capricho mecánico iba a absorber sus ratos libres. Eso implicaba abandonar el diseño del reloj de la Puerta del Sol, en el que ya había comenzado a esbozar ideas. Pero la petición de su amigo era prioritaria.

—Bien. Pero sólo lo haré con una condición.

—¿Cuál?

—Que me cuente la historia de la mujer que le hizo cambiar de vida.

—Ah. Ella.

Dos ómnibus negros con rótulos comerciales en los costados reanudaron la marcha. El revisor, uniformado, estaba de pie en la escalerilla exterior, agarrado al pasamanos. Varios pasajeros se habían acomodado en los asientos del techo, pues la temperatura aún lo permitía. Se sujetaban con una mano el ala de sus sombreros de copa, para evitar que salieran volando por el traqueteo. La vida seguía adelante como si tal cosa.

—Cuando llegue el momento oportuno, se la contaré.

Continuaron atravesando Trafalgar Square cogidos del brazo, como hacían los amigos según la inveterada costumbre española.

66. LONDRES

29 de agosto de 1861

Durante la última semana, el tiempo había basculado entre una primavera retrasada, un estío pleno y un otoño presentido. Había llovido, había lucido el sol y hecho calor, y había refrescado durante un mismo día. El voluble verano inglés.

Aquella mañana el sol era espléndido, como el que debió alumbrar el último día de la Creación. Henry había decidido trasladarse anticipadamente de su apacible casa de campo a su vivienda en Baker Street, y allí, en su soleada biblioteca, sentado en un confortable sillón de cuero viejo muy rozado, quemaba las horas leyendo, recibiendo a amigos y mirando por las ventanas el bullicio de la calle.

Pasear lo fatigaba sobremanera. Los desacompasados latidos de su corazón no bombeaban sangre al ritmo adecuado y, para evitar cansarse, se dedicaba a la vida contemplativa, a charlar con quienes iban a verlo, a recluirse en sus recuerdos y, sobre todo, a leer.

José había ido a visitarlo. Conversaban repantigados en sendos sillones, con una mesita baja por medio en la que, junto a un cenicero de plata, había una caja de puros, un pastillero con píldoras para el corazón, el pequeño retrato ovalado de la mujer a la que amó y un vaso con restos grumosos de un ponche: un reconstituyente a base de huevo y jerez. La salud de Henry se iba por el desagüe. En los últimos meses había encanecido de golpe, como si hubiese visto la zarza ardiendo de Moisés. La ropa le iba cada vez más ancha debido al peso perdido, los músculos de su rostro se le habían descolgado, lucía unas profundas ojeras y su mirada carecía de su antaño brillo de hierro candente.

—¿Un poco más de oporto, José?

—Otra copita. Por no hacerle un feo.

Tocó una campanilla de plata, acudió un criado y pidió más vino para él

y su invitado. Los haces de luz que penetraban por las ventanas iluminaban los lomos de cientos de libros cuidadosamente encuadernados. Olía a piel antigua, a papel de calidad, a tabaco bueno y a maderas nobles. De las paredes colgaban cuadros de paisajes románticos, bucólicas praderas donde pastaban vacas bajo cielos nubosos, ruinas conventuales visitadas por excursionistas bajo cielos tenebrosos.

—Ya falta poco, José. Esto se acaba —compuso una sonrisa de payaso triste.

—Eso no se sabe nunca.

—Lo noto. Pero no me quejo. He tenido una vida larga y plena. He vivido como he querido. No mucha gente puede decir lo mismo.

—Estoy de acuerdo con eso.

—¿Cree en el destino, José?

—No. Cada cual forja su vida eligiendo caminos.

—Puede ser. La historia de su vida es una constante lucha contra el destino, la victoria de la voluntad frente al fatalismo. La mía, sin embargo..., ha sido una vida a contracorriente. Y no ha estado mal.

El criado, hierático como una estatuilla mesopotámica, trajo una bandeja plateada con una botella terciada de oporto y una fuente de vidrio soplado con pastas de té. Rellenó las copas y, tras una leve inclinación de cabeza, se marchó con sigilo gatuno, pues la alfombra silenciaba sus pasos y flotaba como en sueños.

—Hay algo que no soporto.

—¿El qué? —José dio un sorbo al exquisito vino portugués.

—A las personas que dicen que no se arrepienten de nada. Menuda prepotencia. De la de cosas que me arrepiento yo en mi vida.

—¿Por ejemplo?

—No tanto de las que he hecho como de las que he dejado de hacer. Me arrepiento de haber contemporizado con tontos, de haber perdido el tiempo con gente que no me aportaba nada interesante —bebió un trago de su copa—. Y no me refiero al interés material. ¡Bah! No, me refiero a personas vanas, arrogantes, imbéciles, pagadas de sí mismas. Haber perdido el tiempo con gente así no me lo perdono.

—No podemos elegir siempre con quién tratar en cada momento. Hay reglas, obligaciones sociales, circunstancias —añadió, conciliador.

—No. Es curioso, José. Me ha pasado lo que usted me dijo hace tiempo.

Cuanto más viejo he ido haciéndome, más he podido comprender el comportamiento humano. No digo que apruebe todas las conductas, sino que entiendo las motivaciones que empujan a los hombres a actuar: el amor, la frustración, el miedo, la cobardía, el interés —cerró los ojos y entró en un silencio valorativo—. Pero en lo que no he cambiado desde que era muy joven —continuó— es en despreciar la mediocridad. No la soporto. Es mucho más dañino el mediocre que el malvado.

—¿Por qué? —arqueó las cejas, curioso por la comparación.

—Porque al malvado se lo ve venir y podemos establecer un plan defensivo, elaborar una estrategia para contrarrestar su maldad. Pero el mediocre no descansa, no da tregua, es una termita, y además imprevisible, de modo que protegerse de él supone un enorme desgaste mental porque nunca sabemos por dónde va a atacar. La mediocridad no radica en la falta de inteligencia, sino en una suma de elementos: no aceptar las limitaciones que todos tenemos, creerse superior y envidiar al que es mejor en algún aspecto... Me arrepiento de haber confraternizado con mediocres. Esa peste de la humanidad.

—Lleva razón. Aunque no siempre podemos elegir.

—Claro que podemos elegir. Es cuestión de proponérselo y de no temer las consecuencias. A enemigo que huye, puente de plata, y al mediocre ni agua —rio, y su risa sonó descacharrada, como un juguete roto.

—De algo sí me arrepiento.

—¿De qué?

—De no haberme casado antes con Anna. Fue absurdo esperar tanto tiempo desde que enviudó. No tuve que haberme plegado a los estúpidos convencionalismos sociales. Estar pendiente del qué dirán para que no se resintiese el negocio.

—No se atormente, José. Gozó del amor de ella. Y aún lo hace.

Ambos se quedaron callados unos instantes.

—Nuestra amistad ha sido una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida —dijo José.

—La amistad es otra forma de amor. Por eso los amigos íntimos que se pelean por sentirse traicionados, o por celos de otros amigos, se comportan como enamorados que han roto. No quieren verse más, pero buscan coincidir en los lugares que frecuentaban y recaban noticias de otros conocidos para seguir sabiendo de ellos.

—Nosotros nunca nos hemos distanciado.

—Pues me temo que pronto llegará el momento de poner distancia.

—No me imagino...

—La vida vuelve a dar lo que quita —lo interrumpió Henry, como si prefiriera no oír el final de esa frase—. Siempre le quedarán amigos por conocer. Es cuestión de tiempo. Y en eso, querido José, usted sabe más que nadie.

Henryapuró de un trago el oportoy dejó la copa de cristal tallado en la mesita de madera, junto al pastillero con la medicina para el corazón y el retrato en miniatura de su amada, la medicina para el alma. Por las ventanas, entraba una abundante luz que bañaba de oro los lomos encuadernados en piel de los libros alineados en las estanterías de caoba. El ruido de los carruajes que circulaban por la calle llegaba amortiguado, como en una duermevela.

—Y hablando de tiempo... ¿Qué tal lleva la construcción de mi reloj?

—Ahí estoy, con la tarea.

—Pues me temo que tendrá que trabajar más deprisa. El tiempo se me está acabando, José.

—No ha cumplido con lo que me prometió —alzó el dedo a modo de cariñosa regañina.

El semblante de Henry cambió: su sonrisa escondía un misterio dentro de un enigma. Miró el delicado retrato al óleo de aquella a quien tanto quiso. La mujer que enderezó su vida. Aún no le había contado a su amigo su historia, después de tantos años.

—Lleva razón. Todo se andará.

Del fondo del pasillo empezó a oírse un murmullo de voces.

—¿Espera visitas?

—He citado a mi administrador de bienes y a mis dos abogados. Pero no se trata de ellos.

Un tropel de pasos nerviosos se acercaba. Henry mudó el semblante y adoptó una máscara de desprecio:

—Son familiares —tensó la boca y arrugó la nariz, en gesto de desaprobación.

—¡Nunca me había hablado de que tuviese familia! —exclamó, sorprendido.

—Se trata de primos segundos y de sus hijos. Parentela lejana.

Abanderados de la mediocridad. Acuden como aves carroñeras. Tratan de rebañar el plato. Están convencidos de que les legaré mi fortuna. Como nunca me he casado ni tengo hijos, piensan que heredarán.

—Nunca los había visto.

—Porque nunca se preocuparon de mí. Jamás me visitaron. Lo hacen ahora, que la muerte me cobra por anticipado el billete de ida sin vuelta. Las noticias corren en Londres.

Seis personas entraron en tromba en la biblioteca. Cuatro hombres y dos mujeres perfumadas en exceso. El más joven era un adolescente con bozo que se adelantó a besar a Henry en la mejilla mientras lo llamaba «querido primo». Todos ellos alabaron la mejoría física de Henry y hablaban sin cesar, alérgicos al silencio, rellorando el aire con una falsa efusividad y palabras azucaradas. Uno de los hombres, molesto por la incómoda presencia de José, puso cara de estreñimiento para pedirle que se marchase, que la familia se encargaría de todo.

—Ya hablaremos, José —dijo Henry Baltimore con un brillo malicioso en la mirada—. Cada cual recibirá lo suyo.

—Vendré pronto a verlo, Henry.

Cuando se levantó de su sillón, el relojero miró por la ventana y vio un carro con carbón cuyo conductor tenía la cara ennegrecida. Al salir de la soleada biblioteca dejó tras él a los atildados primos, que parecían competir en halagos y en desafortunadas manifestaciones de cariño.

67. LONDRES

28 de marzo de 1866

A primera hora de la tarde, Hastings entró en el despacho del ministro del Interior y cerró despacio la puerta de doble batiente. Se quedó de pie delante del enorme escritorio de su superior, mientras éste, sin levantar la cabeza, firmaba unos documentos. Pasados unos segundos, el ministro alzó la vista, miró al funcionario y dejó la pluma sobre la mesa:

—Me he visto obligado a poner en libertad a los dos españoles que detuvieron ayer.

—¿Puedo preguntar por qué, señor ministro?

—Presiones diplomáticas. El embajador español se personó esta mañana para darme explicaciones. Los dos individuos eran compatriotas suyos. De Cuba.

—La colonia española en el mar del Caribe.

—Exacto.

—¿Acaso trabajaban para el Gobierno de España?

—No. Las pruebas que obtuvimos en el piso descubierto hace más de una semana eran claras. Se trata de sicarios contratados por azucareros de aquella isla. Por negreros. O esos tipos eran redomados idiotas, o se sabían impunes. O ambas cosas, quizá. No destruyeron nada: cartas, direcciones, ni billetes de barco...

Cogió un cigarro de una caja de plata labrada, mordió la punta, lo encendió con rápidas chupadas y expulsó el humo con fuerza.

—Sin embargo —continuó—, el embajador me rogó que pusiese en libertad a los detenidos. Alegó que en su país está germinando un movimiento insurreccional, y que no sería conveniente aumentar el prestigio de algunos exiliados. Y créame, Hastings, a Gran Bretaña le conviene la estabilidad institucional de los países que comercian con ella.

—Discúlpeme, pero no lo entiendo. ¿Por qué querían asesinar al señor

Losada? ¿Algún asunto turbio con esos empresarios de Cuba? ¿Cuestión de dinero?

—Losada no era el objetivo.

—¿No? —Hastings enarcó las cejas.

El ministro aspiró una honda bocanada, hinchó los carrillos y soltó el humo por la nariz.

—No. Pretendían matar al general Prim. Esos dos tipos tenían una foto del general entre sus papeles. Iban a por él.

Hastings se quedó impertérrito. No sabía de quién le hablaba. El ministro aclaró:

—Se trata de un militar español golpista que se encuentra en Londres. Un exiliado. Intenta recaudar fondos y tejer una red conspiradora. Según parece, se ha manifestado reiteradamente contra la esclavitud, y como sin duda sabrá los empresarios azucareros españoles de Cuba obtienen pingües ganancias gracias al sistema esclavista. Los negros recogen la caña. Si ese general toma el poder y decreta la abolición de la esclavitud en las colonias, se acabó el pastel para los negreros. Perderían uno de los mejores negocios del mundo.

Peter Hastings se ajustó las gafas en el caballete de la nariz y arrugó la frente, pensativo:

—¿Acaso el Gobierno español está conchabado con los azucareros cubanos? ¿Confabulado con quienes han planeado el asesinato?

—Lo ignoro. Aunque me inclino a pensar que no. A decir verdad, me es indiferente —se encogió de hombros—. Las presiones del embajador, supongo que recibidas a su vez por su propio Gobierno, indican que al ser Prim un golpista que pretende derribar del trono a la reina Isabel II, no es persona grata. Su digamos desaparición física no sería mal vista por el Gobierno de España, si alguien hace el trabajo sucio por ellos, claro está. Él era el objetivo del atentado, sin lugar a dudas. Scotland Yard encontró en el piso de los sicarios un croquis de la calle del hotel en el que se aloja el general Prim, así como datos de sus movimientos, costumbres, horarios, etcétera. Seguían sus pasos de cerca. Las pruebas materiales halladas en el registro y las informaciones de nuestros confidentes nos permitieron dar con los dos individuos en poco tiempo. Su presencia en Londres indicaba que pensaban intentarlo de nuevo. Otro atentado.

Dio una calada al cigarro y exhaló el humo sin apenas dejarlo circular

por los pulmones:

—He cursado orden para que los dos hombres sean embarcados en el primer vapor que zarpe para España. Con la advertencia de que jamás vuelvan a poner un pie en Gran Bretaña. Si la incumplen, no habrá contemplaciones con ellos. Por supuesto, he informado de estos pormenores al embajador.

—Qué alivio. El señor Losada podrá trabajar tranquilo en el reloj del Palacio de Westminster al saber que no querían asesinarlo. ¿Puedo comunicarle la noticia?

—Sí, puede hacerlo. Límitese a decirle que no lo buscaban a él, sino al general Prim.

Fue a dar una calada, pero detuvo la salivada punta del cigarro cerca de los labios y preguntó:

—Por cierto, ¿cómo va el arreglo del reloj?

—Pronto estará solucionado el problema.

El ministro aspiró el humo y cabeceó levemente, valorando la situación:

—Muy bien, por otro lado, hay que cortar los dispendios. A partir de mañana, el señor Losada dejará de disponer de una berlina para sus traslados. Su vida no corre peligro —dejó el puro en los labios.

—¿Y la escolta?

—Cierto, la escolta... —entrecerró los ojos para que no le picase el humo—. Será mejor que se la mantengamos hasta que termine el trabajo en la Torre del Campanario, no vaya a ser que lo atraquen al regresar a su casa por la noche y tenga yo que cargar con la responsabilidad ante Su Majestad. La reina está impaciente de que el reloj dé las campanadas con puntualidad.

Peter Hastings decidió que visitaría al relojero a la mañana siguiente. No debía molestarlo en esos momentos.

Estaría ultimando el arreglo del Big Ben.

68. LONDRES

5 de noviembre de 1861

El funeral se había celebrado a primera hora de la mañana en la catedral de San Pablo, mientras la inefable música de Bach restallaba bajo las bóvedas. Henry había descubierto al compositor alemán años atrás, en conciertos organizados por Félix Mendelssohn, y siempre decía que, cuando escuchaba esa música, salía en estado de gracia y permanecía en un dulce ensimismamiento durante largos minutos. Henry dejó dicho que en su despedida sonase una tocata y fuga de Juan Sebastián Bach, así que los tubos del órgano resonaron con una fuerza divina, con tal potencia melódica que, al cesar, mientras en el aire aún vibraba el eco de las notas, muchas personas, sobrecogidas, experimentaban una extraña sensación: como si se les ensanchase el espíritu. Nunca habían oído algo semejante.

Acudieron muchos amigos y conocidos, personas anónimas a quienes benefició a lo largo de los años de diversa manera y trabajadores de las instituciones benéficas patrocinadas por él o en cuyo patronato participaba. Los primos segundos de Henry, acompañados de sus cónyuges e hijos, se sentaron en los primeros bancos. Los que vivían lejos de Londres habían venido en coches de caballos o en ferrocarril, y se limpiaban los restos de carbonilla de sus elegantes ropas, cual caspa negruzca.

El relojero se pasó todo el rato llorando en silencio por la pérdida de su amigo del alma. Al no haber tenido José relación con sus propios familiares, las muertes de éstos no le afectaron, ya fuera por desconocimiento o por lejanía. Henry era su mejor amigo. Y su fallecimiento, aunque no por inesperado, lo entristeció profundamente. Nunca había experimentado una sensación de vacío tan grande. Anna lo consolaba dándole la mano, acariciándosela, y él, incapaz de centrarse en las confortadoras palabras del sacerdote y en los himnos litúrgicos cantados, recordaba la vida pasada junto a Henry, mientras de fondo sonaba a música de Bach, concebida para explicar el universo sin palabras ni fórmulas matemáticas.

Por expreso deseo de su amigo, José se encargó de cumplir su última voluntad, e introdujo en el ataúd dos objetos. Uno era el reloj prometido, la Quimera: sus manecillas giraban en sentido contrario, y su mecanismo de movimiento perpetuo garantizaba que funcionase sin necesidad de cuerda durante mucho tiempo, para lo cual hubo que introducirlo en una semiesfera de cristal. El segundo objeto, que puso entre las frías manos de su amigo, era el medallón ovalado con el retrato al óleo de la bella mujer a la que tanto quiso en su juventud.

Nunca llegó a contarle la historia.

Por la tarde, los primos de Henry fueron convocados en una notaría de Oxford Street También fue requerida la presencia de José.

El oficial de notarías los hizo pasar a una sala que daba a la calle. La pálida luz del atardecer entraba por dos ventanas de guillotina, y la sala olía a posos de té fríos. Veinte primos lejanos se sentaron en sillas de madera traídas ex profeso. Intercambiaban miradas de complicidad y sonrisas de suficiencia, y apenas podían evitar risitas nerviosas al hacer cábalas sobre el fortunón que iban a repartirse. Elogiaban la dadivosidad del primo Henry, y competían por las palabras más almibaradas para referirse a él. Los hombres encendían puros con satisfacción y se frotaban las manos, como mercaderes antes de cerrar un ventajoso trato, y las mujeres, vestidas y perfumadas como para una boda, mostraban sonrisas dentonas.

José, cuyo saludo fue correspondido con un descortés y gélido silencio, tomó asiento al final, junto a una hermosa y rubia mujer de unos treinta años que se mostraba nerviosa, como disculpándose por su presencia.

El titular de la notaría era Vincent Herrera, hijo de un notorio abogado español que participó en las Cortes de Cádiz, y que se vio obligado a exiliarse a Inglaterra durante la primera restauración absolutista de Fernando VII. José interpretó aquella elección del notario por parte de su difunto amigo como un guiño hacia él.

Vincent Herrera era alto y tenía la buena planta de un actor. Vestía con elegancia, pero sin afectación: chaleco cruzado, y levita de color café con leche y cuello de terciopelo. Gesticulaba con pausada elegancia, y su bien timbrada voz de tenor embridaba un talante alegre que dejó escapar con una media sonrisa mientras tomaba asiento. Desplegó unos papeles sobre el tafilete verde de su escritorio Biedermeier y miró a los concurrentes.

—Buenas tardes. Se les ha hecho llamar en relación al testamento otorgado por el señor Henry Baltimore, cuyas disposiciones voy a leer a

continuación.

Los pechos de los asistentes se hincharon, conteniendo la respiración. Se hizo un silencio tan abrupto que el repique de los latidos casi podía oírse.

—Ante todo, han de saber que el señor Henry Baltimore dispuso que su albacea testamentario fuese el señor José Rodríguez Losada, aquí presente.

Las cabezas se volvieron para mirar al relojero. Un murmullo desaprobatorio se extendió por la estancia, que el notario cortó con un educado «atiendan».

—El señor Losada velará por el cumplimiento de lo que testó el señor Baltimore.

La sorpresa yuguló cualquier murmullo. El notario, que leía sin necesidad de calarse gafas de cerca, miró al albacea:

—El señor Baltimore quiso que usted se quedase con unos objetos especiales: unos «relojes cabezotas», especificó, cuyas manecillas «giran hacia la izquierda».

Los primos segundos y sus respectivos hijos suspiraron con alivio. Aquel entrometido no iba a sacar del muerto más que bagatelas, unos disparatados relojes. Se recompusieron y clavaron la mirada en el notario, expectantes. Ahora venía lo bueno: el desgane del inmenso patrimonio.

—La casa situada en Baker Street, en Londres, será legada al hospicio de Saint Andrew, para que sea acondicionada como colegio y dispensario médico de los niños.

Las bocas de la parentela se llenaron de interjecciones de asombro y se cruzaron miradas atónitas, sin poder creer aún que ése sería el destino de la magnífica vivienda londinense. Todos la habían visitado a lo largo del último verano para arropar a Henry mientras se le apagaba el corazón. Vincent Herrera tabaleó en el tablero de su mesa para reclamar atención.

—La casa de campo y su correspondiente finca de Highclere son para Susan Hill.

La bella mujer rubia sentada junto a José dio un respingo. Los sorprendidos familiares le lanzaron miradas como dardos. ¿Quién era aquella desconocida? ¿Acaso una amante secreta de Henry? Los primos lejanos susurraban para encontrar una cabal explicación a tal desatino. El notario continuó con la lectura del testamento:

—Las acciones bursátiles, las participaciones en empresas y los fondos bancarios arrojan una cifra cercana al millón de libras.

Los latidos de los corazones alcanzaron un ritmo de revientacalderas al oír el montante económico. Los familiares apretaron los puños y los labios.

—El señor Losada dirigirá la venta de todos esos activos, y se encargará de crear una fundación educativa cuya finalidad será buscar anualmente entre los huérfanos de todo el país a mil niños para que sean educados en los mejores colegios y, cuando crezcan, en las universidades que ellos elijan y en las que sean aceptados en función de sus aptitudes.

Un silencio de cementerio se extendió por la notaría. Las bocas permanecían abiertas, como muñecos de ventrílocuo sin dueño que los manejase. El notario enarcó las cejas al decir:

—Para mis queridos primos segundos y sus respectivos familiares.

De nuevo los corazones adquirieron una desenfrenada velocidad.

—... Dejo un acre de tierra plantado de alfalfa para que tengan donde pastar.

Todos se levantaron al unísono arrastrando las sillas, escandalizados, enrabiados, con los ojos inyectados en sangre, profiriendo palabrotas contra el fallecido. Arrojaron los cigarros al suelo con violencia y se marcharon vociferando, sintiéndose insultados y engañados desde el Más Allá por «ese asqueroso de Henry Baltimore». El notario recogió los folios timbrados con una media sonrisa, se puso en pie y les indicó a José y a la joven a la que le había correspondido la mansión campestre que los disculpase porque tenía otros asuntos que despachar, pero que podían quedarse allí el tiempo que quisieran. Y añadió:

—Señora Hill. Pásese cuando guste para formalizar el traspaso de las propiedades. La documentación está preparada.

José, que no recordaba haberla visto jamás, le preguntó:

—¿Era usted amiga de Henry?

Titubeante, sin reponerse aún de la sorpresa, la joven respondió:

—¿Amiga? No..., no exactamente.

El relojero prefirió que la mujer hablase, sin presionarla. Ella respiró hondo y lo miró con sus preciosos ojos grises:

—Los conocí de pequeña a ambos. A usted y al señor Baltimore...

—¿A mí? —respondió José tocándose el pecho con el dedo, sorprendido.

—Fue en el colegio al que íbamos los niños de un orfanato cercano. Yo tenía cinco años. La maestra me mandaba meterme en un cubo de basura cada

día. Allí me vio por primera vez el señor Baltimore, el día que visitó la escuela.

—¡Dios mío! ¡Ya me acuerdo!

Hacía más de veinte años de aquel episodio. José recordó que Henry, crispado por el humillante trato que un matrimonio de maestros dispensaba a los niños hospicianos, los echó del colegio. Al gordo maestro a puntapiés y a golpes de vara. Se acordaba perfectamente de aquella pobre chiquilla que se metía en el cubo de la basura sin rechistar, relegada allí por la maestra.

—El señor Baltimore me sacó de aquel cubo y me dijo que nunca me abandonaría. Y cumplió su palabra. Tuteló mi educación. Me envió a excelentes colegios. Se portó conmigo de maravilla. Fue como el padre que nunca tuve.

—Nunca me dijo nada.

—Era muy reservado para sus cosas. Sabía guardar secretos y ejercía la caridad sin alharacas. Mi vida transcurrió feliz desde entonces. Me casé y tengo dos hijas. Han salido buenas y aplicadas. Mi marido trabaja en una fábrica de cerveza, en la oficina. Él conoce toda mi historia y sabe lo bueno que fue el señor Baltimore conmigo. Los dos estuvimos esta mañana en San Pablo para dar el último adiós a mi protector. ¡Dios mío, cuando le cuente esto! Una casa de campo, una finca. Es como un sueño.

—Un buen sueño. Bastantes pesadillas tiene la vida. Usted y su familia se lo merecen. Sé que guardarán un buen recuerdo de Henry.

José dibujó una sonrisilla maliciosa:

—¿Sabe? En mi país natal hay un refrán: «Genio y figura hasta la sepultura».

—¿A qué se refiere?

—Al acre de terreno con alfalfa que ha legado a su parentela.

Se imaginó a los parientes a cuatro patas, comiendo hierba y abonando la tierra con los pantalones bajados. Rio por lo bajo.

Había sido la última excentricidad de Henry Baltimore.

69. LONDRES

29 de marzo de 1866

José trabajaba con tensa concentración en el Laboratorio de Cronos desde primera hora de la mañana. Estaba fatigado, ojeroso. Había vuelto a desvelarse de madrugada con la cabeza en plena ebullición pensando en ambos relojes, el Big Ben y el de la Puerta del Sol. Hizo un alto para descansar, posó las manos en el largo péndulo del reloj destinado a Madrid y suspiró. Parte del éxito o fracaso de aquel ingenio residía en aquella pieza.

El péndulo.

Había utilizado un escape de tipo Shelton, con una rueda de escape de treinta dientes para impedir el retroceso, lo que le daría una enorme precisión y garantizaría su continuo avance. La rueda habría de girar deprisa, impulsada por la energía proveniente de un muelle que se comprimiría al dar la hora y que al descomprimirse originaría la fuerza giratoria. Aquel péndulo, de tres metros de longitud, no tardaría un segundo en completar su recorrido, como el resto de relojes, sino dos segundos.

Dos segundos.

Ésa era la medida del tiempo que separaría el triunfo del fiasco.

Se había carteadado varias veces con el Ayuntamiento de la Villa de Madrid para explicar los avances constructivos. Donaría el reloj y se haría cargo de su envío a España por mar. Sin embargo, debía tenerlo terminado en la primera semana de abril si quería inaugurarlos en la fecha prevista, a mediados de noviembre.

Al parecer, la propia reina Isabel II iba a estar presente en el acto, pues en los últimos años los disturbios y el desencanto político hacían peligrar su trono. Sería una buena ocasión para que la monarca se entremezclase con el pueblo. El calor de la gente ayudaría a estabilizar el tambaleante trono.

Dos toques en la puerta cerrada del taller lo sacaron de sus pensamientos, y José agrió el gesto. Todos sus empleados sabían que no

deberían molestarlo bajo ningún concepto. Aunque se acabase el mundo.

Abrió, y uno de sus ayudantes dijo:

—Es urgente.

Cerca del mostrador estaba Peter Hastings vestido de negro, con el sombrero hongo en la mano y su cara de palo. El relojero hinchó el pecho al inspirar para liberar tensión. «Viene a meterme prisa», pensó.

—Pase al laboratorio, se lo ruego —indicó con un gesto.

Pasaron al taller. El alto funcionario le explicó los pormenores de la detención de los dos sicarios procedentes de Cuba, aunque omitió las presiones del embajador español y dijo que Scotland Yard se había limitado a expulsarlos del país. Luego justificó la retirada de los coches de caballos, y le notificó que el sargento Hopkins seguiría como escolta.

Cuando José supo que Prim era el objetivo del atentado, respiró aliviado. Ahora todo encajaba. A fin de cuentas, el general había protagonizado hacía pocos meses un fallido pronunciamiento en España, era el líder político de los progresistas, y su conocida postura antiesclavista y prestigio militar lo convertían en un formidable enemigo de los monárquicos borbónicos y de los millonarios fabricantes de azúcar en Cuba.

Cuando Hastings terminó el frío relato de los hechos con su tono monocorde, el relojero sintió la necesidad de sentarse. Le vino a la cabeza el asesinato de Lincoln el año anterior, mientras presenciaba una obra de teatro. El presidente de los Estados Unidos, por haber abolido la esclavitud en el marco de la guerra de Secesión, recibió un disparo en la cabeza a manos de un fanático sudista, un actor teatral. Todos los periódicos dieron la noticia. Prim era su amigo desde hacía años, y había frecuentado la Tertulia del Habla Española. Llenó de aire los pulmones y logró tranquilizarse poco a poco.

—¿Quiere que pida un vaso de agua?

—No, gracias. Ya estoy mejor —contestó.

—Comprendo.

—Entonces, ¿no quisieron atentar contra mi vida la primera vez? ¿Y aquel hombre solitario que intentó abordarme de noche cerca de Trafalgar Square? ¡Sacó una pistola!

—En el atestado policial figura que había mucha niebla. Posiblemente confundiera cualquier objeto con un arma de fuego. Y lo más probable es que aquel individuo no pretendiera abalanzarse sobre usted, sino coger un coche en una noche desapacible. Lo mismo que estaba haciendo usted, al fin y al

cabo.

—Es posible. Quizá todo fue sugestión. La niebla era tan densa.

Se puso en pie, se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo y dijo:

—En fin, gracias por venir a informarme. Si me disculpa, tengo trabajo.

—Oh, sí. Debo notificarle al general Prim el resultado de la investigación de Scotland Yard —achinó los ojos y dejó pasar unos segundos—. ¿Cuándo cree que acabará su trabajo en la Torre del Campanario de Westminster?

—Si todo va bien, mañana mismo.

El funcionario no pareció sorprenderse.

—Lo celebro. Buenos días, míster Losada.

Hizo una levísima inclinación de cabeza, se colocó el bombín negro y salió del taller con andares rítmicos.

José contempló la maquinaria del reloj de la Puerta del Sol. Muy pronto podría dedicarle todo su tiempo.

70. LONDRES

29 de marzo de 1866

En uno de los muelles del Támesis desembarcaban grandes cajas con antigüedades embaladas. Al descolgar un cajetón con una soga, se rompió una polea y la caja se estrelló contra el suelo, se esparcieron virutas de serrín y los restos de las tallas de los ángeles dieciochescos que iban dentro. En la bodega de un barco procedente del puerto de Málaga habían viajado tablas renacentistas, imágenes policromadas manieristas y barrocas, óleos enrollados y retablos despiezados que serían vendidos por los anticuarios londinenses a coleccionistas de arte religioso. Las piezas provenían de monasterios y conventos abandonados tras la Desamortización de Mendizábal, en los que anidaban las alimañas y el olvido. Treinta años después de aquella ley radical que nacionalizó los bienes de la Iglesia, algunos anticuarios ingleses viajaban a España en plan corsario, pagaban cuatro perras a bandas de ladrones para que saqueasen centenares de conventos exclaustrados, y luego vendían en Londres el botín artístico por una fortuna.

Desde la berlina, José y el sargento Hopkins vieron los destrozados cuerpos de los ángeles en el suelo, quebradas sus alas y astilladas sus cabezas. Se dirigían al Palacio de Westminster, como cada tarde. Durante el trayecto, el relojero le explicó al policía que sus compañeros de Scotland Yard habían resuelto el caso. El sargento asentía orgulloso.

Al llegar a su destino, José le pagó la carrera al cochero, miró hacia la Torre del Campanario y se palpó el bolsillo. Lo traía repleto de peniques para ajustar al máximo el peso sobre el péndulo del Big Ben.

Hizo continuas pruebas con las monedas de cobre, colocándolas en montoncitos. Comparaba la hora con su reloj de bolsillo, hacía anotaciones en su libreta y esperaba. Y como no era menester concentración de pensamiento ni despliegue de habilidades técnicas, para entretener la espera, le pidió al sargento que le contara más anécdotas de su estancia en la India. Sabía que a

Hopkins le encantaba recordar aquellos días en Bombay, y el sargento no le defraudó. Se atusó el bigote, entrecerró los ojos, y evocó algunos detalles de aquella feliz etapa de su vida.

Poco antes de que el sol comenzara a ponerse, José volvió a cotejar la hora que marcaban las ciclópeas manecillas de las esferas del Big Ben con las pequeñas de su reloj.

Lo había conseguido. Por fin había solucionado el problema del atraso. Los peniques apilados funcionaban. Las malas mañas de un carnicero que empujaba un plato de la balanza con el dedo resultaron determinantes. «¡Quién lo hubiera dicho!», pensó mientras dirigía una amplia sonrisa al sargento Hopkins.

—Hemos terminado.

El policía, sorprendido por la noticia, abrió mucho los ojos dijo en tono admirativo:

—¡Mi enhorabuena, señor!

—A propósito, sargento Hopkins. Me ha agradado mucho su compañía estos días. Pasado mañana, cuando salga de servicio, me gustaría que se pasase por mi relojería. Tengo algo para usted.

—¡Oh, una sorpresa! No estoy acostumbrado a recibirlas.

José empezó a recoger su instrumental y a guardarlo en el maletín de piel. La alegría por haber concluido con éxito el trabajo le produjo una repentina sed. Se bebería una pinta de cerveza negra de un solo trago. El sargento, que lo veía contento, no quiso dejar de elogiarlo:

—Supongo, señor, que su esposa estará orgullosa de usted.

Una sombra fugaz veló su mirada. Cerró el broche del maletín y, con un hilo de voz, respondió:

—Mi mujer murió hace cuatro años.

—Lo siento.

—Yo sí me sentía orgulloso de ella.

Las campanas del Big Ben repicaron.

71. LONDRES

30 de marzo de 1866

Caía la tarde sobre el Castillo de Windsor. Primavera naciente. La suave luz otorgaba un hermoso tono rosado a las piedras grises de los torreones y almenas. Los guardias reales, con sus gorros de piel de oso negro y sus casacas rojas, permanecían estáticos en las puertas y en el patio. No moverían un músculo hasta que uno de sus oficiales, a voces, ordenase el cambio de guardia e iniciase la coreografía de zapatazos y lento desfilar.

El secretario de la reina caminaba por un largo corredor alfombrado. Sus pasos eran engullidos por el espesor de la lana carmesí. Hacía frío y las corrientes de aire atravesaban pasillos y estancias. Los criados abrillantaban la madera con cera de abeja, y en el ambiente flotaba un delicioso olor a panal. Tras recorrer diversas estancias, el secretario llegó a una sala con decoración de *horror vacui*: paredes atestadas de cuadros y objetos por doquier. Óleos de todos los tamaños con marcos dorados alcanzaban hasta la moldura del techo. Casi todos eran retratos de miembros de la familia real, y abundaban los de una joven reina Victoria junto a su también joven marido, el príncipe Alberto. Había varios ramos de flores puestos en agua en jarrones de porcelana, y un fuego de leña ardía en la chimenea de mármol blanco. La reina de Gran Bretaña estaba sola. Leía sentada en un cómodo sillón forrado de cretona y bebía whisky escocés.

—Majestad.

La reina, enfrascada en la lectura de *Alicia en el País de las Maravillas*, no oyó a su secretario. Éste carraspeó y volvió a decir:

—Majestad.

—Ah, eres tú. Pasa.

Dejó abierto el libro sobre las rodillas, miró a su secretario con sus ojillos inquisitivos y posó el vaso de whisky en una mesita, junto a una madeja de lana, dos agujas y una toquilla a medio tejer. Le gustaba hacer

punto. Vestía de negro. Desde la muerte de su esposo cinco años atrás, no se había quitado el luto. En los últimos meses había engordado, y su cara mofletuda y sus bolsas bajo los ojos le daban un aspecto aburguesado. En sus gordezuelas manos lucía varias sortijas.

—¿Y bien? —preguntó con su dulce voz.

—Señora, acaban de informar de que el reloj del Palacio de Westminster ha sido arreglado.

—¿Ya no atrasa?

—No, Majestad. Según parece el relojero ha hecho un excelente trabajo.

La reina cogió el vaso y bebió un sorbo. A pesar de que el whisky irlandés era el que gozaba de mayor popularidad, ella prefería el de Escocia. La habitación estaba caldeada gracias a la chimenea encendida, de modo que las chapetas de la soberana podían deberse tanto al fuego como al alcohol. Sonrió, y su incipiente papada retembló.

—Muy bien. El reloj de la Torre del Campanario se ha convertido en el símbolo de Londres, que es como decir del imperio. Las campanadas deben sonar puntuales. Qué diría de nosotros el mundo.

Sobre un aparador de madera noble se amontonaban bibelots, búcaros con flores en remojo, figuritas de bronce y fotografías enmarcadas en plata. Del techo pendía una gran lámpara plateada con velas, y sobre el mármol de la chimenea había dos candelabros con velas a medio consumir. A la reina no le gustaba la luz de gas, y prefería la de los pabilos. Era muy tradicional. «Estoy chapada a la antigua», aseveraba. En cuanto anocheciese entrarían a encender las velas.

—¿Me permitís un comentario, Majestad?

—Naturalmente.

El secretario se llenó los pulmones del aire oloroso a flores.

—Al ministro del Interior le han llamado mucho la atención los honorarios del relojero.

—¿Tan elevados han sido? Bueno, el asunto lo requería —dio otro trago de whisky.

—Todo lo contrario, Majestad. La cifra asciende a siete chelines y dos peniques.

La reina abrió con desmesura sus ojos claros, que con la luz del atardecer que entraba por los ventanales brillaban tanto como sus pendientes de perlas.

—Pues no sería mala idea recurrir a él para que comprobase la hora de los relojes de Balmoral, de Windsor y de Buckingham. Con esa tarifa —le devolvió la sonrisa al secretario.

—Majestad —hizo una ligera reverencia antes de irse.

La reina Victoria retomó la lectura de *Alicia en el País de las Maravillas*. Estaba encandilada con las aventuras de aquella chiquilla. La inacabable imaginación de Lewis Carroll la subyugaba, y pasaba página tras página, con admiración...

Su personaje favorito era el Conejo Blanco obsesionado con la puntualidad que gastaba chaleco, consultaba en todo momento su reloj y corría porque llegaba tarde.

¿De dónde habría sacado el autor la idea de un conejo con un reloj?, se preguntaba mientras proseguía leyendo aquella historia.

72. LONDRES

31 de marzo de 1866

El comedor del hotel en el que se alojaba Prim con su «corte» de edecanes, asistentes, admiradores y periodistas, estaba lleno a la hora de cenar. A todos los mantenía el general en su exilio. Vivían de la generosidad de Prim y de su esposa, una rica y bella mexicana veinte años más joven que él. Francisca Agüero, sentada a la derecha de su marido, conversaba con el suave acento de su país e intentaba, sin demasiado éxito, que los temas se apartasen de la omnipresente política. Los militares vestían ropas civiles, como era norma entre los soldados en activo expatriados. Comentaban entre ellos el insistente rumor de que el Gobierno español iba a decretar una amnistía política para los exiliados, pero los gerifaltes progresistas respondían que aquel perdón jurídico sería «un caramelo envenenado», y que preferían no retornar a España para participar en el paripé político isabelino.

Los periodistas mosconeaban alrededor del general Prim para sonsacarle noticias, entrevistarle y publicar reportajes ditirámicos, pues el militar desprendía una aureola de hombre resolutivo y moderno, muy a la europea, que entusiasmaba a los gacetilleros ávidos de personajes con estrella ascendente.

José había sido invitado a sentarse a la izquierda de Prim. Los camareros servían el primer plato, sopa, y reponían las bebidas. El general inclinó la cabeza hacia el relojero para que su mujer no oyese la conversación, y, en voz baja, dijo:

—Ya me extrañaba que fuese usted a quien buscasen esos desalmados. Usted es un hombre de paz. Querían verme muerto a mí. ¡A mí! ¡Menudo chasco debieron llevarse!

Su tono tenía algo de íntima vanidad, pues el saberse objetivo terrorista, lejos de amilanarlo, había engordado su ego. No era un militar que se arredrase ante el peligro ni un político que se achantase ante sus enemigos.

Cuando aquella mañana el enviado del ministerio del Interior le informó de los planes de asesinato y de cómo los pistoleros habían sido deportados, el general mantuvo la calma y se reafirmó en continuar con su plan de regenerar el país a través de un pronunciamiento antidinástico.

—Tenga cuidado, por si las moscas —le aconsejó José.

—¡Bah! Desde Cuba enviaron a un par de chisgarabís. Debían de llevar demasiado ron en el cuerpo la noche de marras. Chapuceros —dijo despectivo, frunciendo los labios.

El resto de la velada transcurrió con brindis en honor a Prim, a la libertad y a la regeneración de España. Para no poner sobre aviso a los periodistas presentes, los militares hablaban en clave al comentar de soslayo que los sargentos del madrileño cuartel de San Gil habían sido sondeados y se mostraban a favor de un inminente pronunciamiento, pues «la reforma de la nación había de venir de abajo arriba».

Todos adulaban al general. Los comensales se rifaban sus atenciones, y éste, consciente de su carisma, repartía cortesía con equidad, para no despertar recelos. Y si Prim decía alguna frase de significado ambiguo, todos se miraban entre sí, maravillados, como si fuese alguna especie de oráculo.

A la hora del postre —pudín de frutas confitadas—, Prim se puso en pie y alzó su copa para brindar «por la libertad» y, con su acento catalán, desveló que próximamente iba a emprender una gira por Italia para contactar con amigos y ganar adeptos para su causa en el país transalpino. Y «como guinda de la gira internacional», comentó que pasaría una corta estancia veraniega en la localidad marítima de Ostende, en Bélgica, para que Francisca, su mujer, «tomase baños de mar, tan beneficiosos para su hermosa piel».

Antes de que se diese por concluida la animada cena, el general le dijo a José:

—En cuanto mis obligaciones me lo permitan, me pasaré por su relojería. Quiero echar una parrafada en la tertulia y ver qué se cuece por allí. Y también comprar otro reloj.

—¿Se le ha estropeado el que le vendí?

—En absoluto. ¡Va como una seda!

Le dio una calada al puro y expulsó el humo con calculada lentitud. Luego añadió:

—Se avecinan nuevos tiempos. Ese reloj me dará suerte.

73. LONDRES

1 de abril de 1866

Había anochecido, y bajo el arco de Smithfield por el que se entraba en la iglesia de Saint Bartholomew the Great ardían velas votivas, colocadas en el suelo por manos anónimas como ofrenda a la memoria de los ausentes. Las llamas arrojaban una luz débil a las fotografías colgadas de clavos en la piedra. Eran retratos de soldados muertos o desaparecidos en las campañas coloniales que el Ejército británico libraba en medio mundo. Sus esposas y madres depositaban las fotografías de sus maridos e hijos en el arco de entrada del templo al tener noticia de su fallecimiento o desaparición. Era una forma de plegaria para que sus almas ascendiesen al cielo o para que los encontrasen y trajeran a casa, sanos y salvos. El arco de piedra protegía de la lluvia a aquel improvisado memorial fotográfico de los ausentes, de las muertes tempranas, antinaturales, de los más jóvenes. Las velas ardían hasta consumirse, iluminando las imágenes congeladas en el tiempo de los soldados, que miraban serios a la cámara y posaban marciales, enfundados en sus uniformes, nimbados de heroísmo, ignorantes de su destino.

Regresaban de beber sendas jarras de cerveza negra, y habían decidido caminar un rato antes de coger un coche de caballos que los devolviera a sus respectivas casas. A José se le hacía raro ver al sargento Hopkins vestido de paisano, que aun así conservaba su imborrable porte castrense. La noche era dulce y se había levantado la niebla. Las estrellas brillaban, lejanas. Era agradable pasear. El policía consultó por capricho la hora en su flamante reloj.

—Es precioso —dijo tras abrir la tapa plateada y admirar la elegante esfera y los números góticos.

El día anterior había ido a la relojería, tal como le había pedido José la última tarde que pasaron en el Big Ben, y José le regaló un buen reloj de plata de ley. En el interior de la tapa había grabado unas palabras. «A mi sombra buena».

Habían estado en el lugar favorito del sargento para beber tranquilamente una jarra. Como su servicio profesional había concluido, esta vez Hopkins había querido escoger el sitio, y por decisión recíproca, pasaron a llamarse por sus nombres. William José. Y no se les hizo raro, pues fue como si se llevasen tratando desde antiguo.

—A veces —había dicho el relojero, delante de la deliciosa cerveza negra—, al conocer a una persona y tratarla durante un par de días, a uno le parece que la conozca desde hace mucho. La amistad no depende de la cantidad de tiempo transcurrido, sino de la intensidad con la que se vive, de la sincronía de las mentes y de los corazones.

—¿Cómo dos relojes que marchan al unísono?

—Algo así, William. Algo así.

José, que desde el principio se había tomado el arreglo del Big Ben como un reto, estaba exultante. Sentía la necesidad de abrirse a William Hopkins, de sincerarse, de compartir con él recuerdos y pensamientos. La mejor manera de cimentar una amistad.

Entre sorbos de cerveza, acodados los dos en la barra de madera, le había contado su vida de la forma más amena posible, para no ser cansino ni abrumarlo con detalles.

—Hasta que llegué a esta ciudad, mi vida había sido una sucesión de huidas. Para no ser apaleado o apresado, para no morir de hambre, para escapar del destino. Hasta que comprendí que el destino lo construimos nosotros mismos al elegir los caminos de la vida. También huía de mí mismo. Todo cambió cuando llegué aquí, a Londres.

—Cuando se hizo relojero, ¿no?

—Sí, de algún modo así es... Tenía treinta y tantos años. Pensaba que había llegado tarde a todo en la vida. No había encontrado un oficio provechoso y estable en el que me sintiera a gusto. Y lo encontré. El mundo de la exactitud horaria, el planeta de los relojes. Y gracias a esa profesión que me colmó, la conocí a ella.

—A su esposa.

—A mi mujer, Anna. Conocí tan tarde el amor que ya no lo esperaba. Pero apareció...

José le reveló que la echaba de menos cada día. Que al principio, tras su muerte, creyó zozobrar, pero que se rehízo, como tantas veces había hecho antes, en la tormentosa primera etapa de su vida. «Ella lo hubiese querido

así», explicó. Y cuando apuraron sus pintas y salieron a la noche estrellada, le confesó a William que desde su fallecimiento pensaba en ella como si sólo estuviese en un viaje largo, aún viva, y a menudo la imaginaba a su lado, dialogaba con ella y le consultaba cosas. Y que también hacía lo mismo con su amigo Henry Baltimore, en un ejercicio de imaginación tan real que se confundía con los recuerdos.

—De alguna manera me siguen acompañando. Tengo la sensación de que están en algún país lejano y que su ausencia es pasajera. Ellos siguen formando parte de mi vida.

William no pudo ocultar su sorpresa, y abrió sus grandes manos en un gesto abarcador.

—Eso es algo realmente hermoso, José. Mucho mejor que fabular con una vida no vivida. O con lo que pudo haber sido y no fue.

—Aunque se haga esperar, la vida sabe compensar. Cuando un amigo falta, llega otro para suplir su ausencia —sonrió.

William le devolvió el halago con otra sonrisa, que amplió de inmediato al acordarse de algo:

—Me gustó mucho lo que me contó de sus honorarios por el arreglo del reloj del Palacio de Westminster. ¡La cara que debió de poner el enviado ministerial al decirle usted que le debía cuarenta y siete monedas de dos peniques!

—Las que utilicé en el péndulo. Ni una más.

José recordó la estupefacción de Peter Hastings al presentarle la factura. Cuarenta y siete monedas de dos peniques. Un precio simbólico. Su trabajo no tenía una correspondencia económica, sino la satisfacción de José por haber superado el reto. El alto funcionario, sorprendido, tardó en reaccionar. Al principio creyó que se trataba de una broma, un rescoldo del raro sentido del humor español. Pero cuando entendió que el relojero hablaba en serio, alzó una ceja e intentó sonreír lo justo para no descomponer la gravedad de su semblante.

—Le extenderé el correspondiente recibo —había dicho Hastings.

José se volvió hacia William, extrajo un papel del bolsillo de a levita y dijo:

—El recibo. Esta mañana me lo hicieron llegar.

—¿Lo enmarcará?

—Mi amigo Henry me hubiese aconsejado hacer una pajarita o un barco

de papel con él. Quién sabe —sonrió.

Una berlina cruzó la calle. Los cascos de los caballos resonaban en la plácida noche. Al llegar al arco de Smithfield, se detuvo y descendió una mujer bien vestida que se aproximó a las fotografías iluminadas por las velas, acarició una, se besó los dedos y se quedó mirándola como si el tiempo se hubiese detenido o no existiese.

Para ella, los recuerdos eran el tiempo sin relojes.

74. LONDRES

2 de abril 1866

Por fin le daba los últimos retoques al reloj. Al día siguiente, dirigiría la operación de embalaje de la maquinaria, que luego sería transportada por barco hasta un puerto español desde donde, en ferrocarril, llegaría a Madrid para ser montada en la Real Casa de Correos de la Puerta del Sol.

Las relucientes piezas estaban repartidas por el Laboratorio de Cronos. Las grandes pesas y los mazos que golpearían las campanas reposaban en el suelo, sobre una manta. José repasaba las transmisiones, la péndola, el venterol y las ruedas dentadas con pasadores, engrasaba algunos elementos y revisaba la manivela que haría rodar el eje. Los piñones, las palancas y los dientes metálicos relucían. Las doradas esferas de control de los minutos y de los segundos parecían instrumentos de navegación de un buque.

Todo estaba en orden.

Le quedaba un último detalle. El más importante para él. El más sentimental.

Una oleada de recuerdos le humedeció los ojos, y decidió parar un rato y salir a la calle a tomar un rato el aire. Cerró la puerta del taller, y cuando apareció en la tienda y ya se dirigía a la calle para respirar hondo, un cliente dijo en tono admirativo:

—¡Míster Losada!

Era un hombre de mediana edad. Vestía con pulcritud y hablaba con un acento que imitaba al de las clases altas, aunque sus movimientos tenían la lentitud mayestática de los mayordomos británicos.

—Míster Losada —repitió—. Oh, sería un honor que me atendiese personalmente.

—Por supuesto —contestó José.

No trabajaba en el servicio doméstico de ninguna mansión señorial, como delataban sus dignas maneras, sino en uno de los clubes más

distinguidos de Londres. El Boodle's. Explicó que su cometido era un tanto especial: hervir y limpiar con un paño todas las monedas que pasaban por caja. Había que evitar que los socios se mancharan las manos con monedas sucias, y por eso eran sumergidas en agua caliente y lustradas hasta que brillaban. «Como si fuesen de flor de cuño», aclaró, orgulloso, el hombre.

Le ofreció un reloj a buen precio que fue de su agrado, y, cuando el cliente se marchó, José salió a la calle a respirar el aire de aquella mañana primaveral.

Hizo balance de su vida. Rememoró la tormentosa noche en la que huyó de su aldea mientras aullaban los lobos, el frío y el miedo que había pasado cuando se veía obligado a dormir en las cunetas o los soportales de las iglesias, y las muchas ocasiones en las que la muerte pasó cerca, con un roce helado. En el ábaco de su memoria, contó las veces que la vida le mostró su cara más cruel. Pero por duros que hubiesen sido los contratiempos, por mucho que la negrura se hubiese abatido sobre él, siempre supo rehacerse y salir adelante. Mereció la pena. Había doblegado al destino.

Y las manecillas de la vida continuaban avanzando.

Poco después, se enclaustró de nuevo en el Laboratorio de Cronos, cogió una placa de cobre que iba a ser atornillada a una pieza grande y en la cara que quedaría oculta, y se dispuso a grabar la dedicatoria. Nadie la vería nunca:

«Para Anna».

Se acordaba de ella y de lo felices que fueron en la Colina de la Lavanda, cuando la brisa ondulaba las flores y el aire se perfumaba en verano.

Cuando el tiempo lo marcaba el reloj del corazón.

EPÍLOGO

Madrid

31 de diciembre de 2017

La mañana era fría, de invierno madrileño de cielos azules, rasos. La orfandad de nubes garantizaba la ausencia de lluvia. Los pronósticos del tiempo habían acertado. A medianoche, la Puerta del Sol volvería a abarrotarse para recibir el Año Nuevo. Gonzalo Cruz y su compañero, que iba con la cámara a cuestas, miraban la torreta central de la Real Casa de Correos, el edificio construido durante el reinado de Carlos III que albergaba la Presidencia de la Comunidad de Madrid.

—¿Te imaginas la que se liaría esta noche si se estropease el reloj? Toda España pendiente. No veas —dijo Gonzalo señalando el reloj con el mentón.

—Calla, calla. Lo mismo nos enviaban para cubrir la noticia y nos estropeaban el cotillón.

—Días atrás, me dio por imaginar que, unos minutos antes de las campanadas, alguien se agarraba de una manecilla y quedaba colgando en el vacío, como Harold Lloyd.

—¿Quién es ése?

—Un actor de cine cómico.

—¿De cine mudo?

—Sí.

—¡Qué rollazo!

—¡Y qué más da! Bueno, pues supón que el reloj se para un minuto antes de medianoche, como en una peli de suspense de Hitchcock.

—No me gusta el cine antiguo.

Gonzalo se tragó la respuesta, pues hubiera sido de nitroglicerina.

Eran periodistas de televisión. Jóvenes. Con ganas de trabajar duro y promocionar. Gonzalo daba bien ante la cámara. Se desenvolvía con naturalidad y con un punto de descarado. Hablaba con soltura y su bagaje

cultural le confería un perfil todoterreno. En ese aspecto, se notaba la beneficiosa influencia de sus padres —profesores de Lengua y Literatura—, pues leía con voracidad, aunque era muy selectivo y, si en las primeras dos páginas el libro no lo enganchaba, lo abandonaba sin miramientos. No le concedía otra oportunidad.

Se había documentado para el reportaje. Estuvo cuatro días husmeando en los archivos de la cadena para buscar imágenes antiguas y hacerse una idea del simbolismo de aquella plaza, de su importancia en el devenir nacional. Acontecimientos capitales de la historia del siglo XX habían acontecido allí, en el kilómetro cero de las carreteras de España. En la Puerta del Sol. Los técnicos del programa ya habían montado la mayor parte del reportaje que se emitiría por la tarde. Fotografías y trozos de documentales en blanco y negro, mientras la voz de Gonzalo como narrador introducía a los espectadores en la historia del reloj que daba las campanadas de Nochevieja.

Los dos periodistas dejaron atrás la estatua ecuestre de Carlos III. Numerosas personas caminaban con urgencia laboral, esquivando a quienes se hacían fotos con los móviles o posaban delante del oso y el madroño de bronce. Turistas. Personas mayores venidas de otras ciudades contemplaban la plaza y el aturdidor pulular de gente, y en su fuero interno se desencantaban porque no era igual que la Puerta del Sol de las películas en color de los sesenta, la que habían imaginado que permanecería igual, sin cambios. Preferían el imaginario cinematográfico a la realidad. Muchos hombres y mujeres llevaban bolsas de El Corte Inglés. Algunas parejas iban a Casa Labra para tomar unos chatos de vino con buñuelos de bacalao. Gonzalo miró hacia la izquierda y vio el edificio donde estuvo la librería San Martín. Delante de ella mataron a Canalejas cuando, camino del Congreso de los Diputados, miraba los libros del escaparate.

En el reportaje, se proyectarían imágenes fotográficas de la reconstrucción del magnicidio, en 1912, del presidente del Consejo de Ministros, cuando el anarquista Manuel Pardiñas se acercó al político liberal, le disparó en la cabeza y acto seguido se suicidó con el arma. También se emitiría una secuencia del documental cinematográfico rodado en 1912 que recreaba el atentado. Por cierto, Gonzalo, como narrador, había incidido en que el actor que interpretó al asesino era Pepe Isbert, el famoso actor de voz cascada que hizo de alcalde en *Bienvenido Míster Marshall*.

El padrino de Gonzalo le había contado que, de adolescente, le encantaba ir a la librería San Martín para comprar libros de historia, y que

aún recordaba la luz tenue del establecimiento, el olor a madera antigua y los anaqueles atestados, como un batiscafo del tiempo en el que sumergirse para llegar a la época de Benito Pérez Galdós.

También se insertarían en el reportaje las alborozadas imágenes de la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931, en las que la multitud inundó la Puerta del Sol para festejar el evento. Fragmentos de un documental y fotos de Alfonso Sánchez Portela mostraban a hombres y mujeres que enarbolaban banderas tricolores y se subían en los capós de los automóviles y en el techo de los tranvías, ebrios de inesperada felicidad, mientras el recién constituido gobierno provisional saludaba al pueblo desde el balcón de la Real Casa de Correos.

Precisamente antes de entrar en aquel edificio neoclásico, Gonzalo pensó en las diferentes utilidades que había tenido a partir del reinado de Carlos III: cuartel, Capitanía General, Gobierno Militar, Ministerio de la Gobernación, Dirección General de Seguridad y, desde la década de 1990, Presidencia de la Comunidad de Madrid.

Pero lo que más le interesaba era el reloj.

Gonzalo era un romántico: prefería leer en papel que hacerlo en dispositivos electrónicos, montaba en vespa, visitaba el Rastro, iba al teatro, amaba Lisboa y usaba reloj de pulsera, a diferencia de la mayoría de jóvenes, que lo consideraban un cachivache inútil, pues para saber la hora ya tenían el móvil. Comprobó la hora en su Longines de cuerda. Aún quedaban cinco minutos. Llegarían puntuales. Habían quedado con el relojero que supervisaba el funcionamiento del célebre reloj.

Subieron los cuarenta y tres escalones de la torre.

Jesús, el relojero, los esperaba. Estaba trabajando. La maquinaria del reloj hacía bastante ruido. La luz del sol se filtraba a través de las cuatro esferas blancas, una por cada pared de la pequeña torre en la que estaba situado el reloj. La pequeña habitación estaba impoluta. Comentó que era la tercera entrevista que le hacían ese día: una para un periódico, otra para una radio y ésta para la televisión.

Era un hombre tranquilo, serio, con aspecto de coronel de paisano o de director general. Los saludó con un firme apretón de manos y les dijo que comenzasen cuando quisiesen.

El periodista preparó la cámara, se la colocó en el hombro y comenzó a grabar. Gonzalo cogió el micrófono y, tras indicar dónde se hallaban, preguntó:

—¿De qué año es el reloj?

—De 1866. Se inauguró el 19 de noviembre con motivo del cumpleaños de Isabel II. En una campana hay grabada una dedicatoria a la reina.

El relojero, de voz bien timbrada, era muy didáctico, pues explicaba como un veterano profesor. Sus ojos tenían el brillo de quienes aman su profesión.

—Lo construyó un español exiliado en Inglaterra, ¿no es así?

—En efecto. El leonés José Rodríguez Losada lo construyó en su relojería de Londres. Fue un regalo que hizo al pueblo de Madrid. No cobró nada.

Jesús desveló algunas anécdotas de la vida de Losada, y recalcó la importancia que éste alcanzó en Europa con sus excelentes relojes. Gonzalo comentó que, durante la Guerra Civil, un obús fue a parar a la torre pero no llegó a estallar, lo que salvó al reloj de la destrucción. El relojero añadió:

—Por fortuna, la granada no afectó al mecanismo. Tampoco el tiempo parece hacer mella en él: más del noventa y nueve por ciento de las piezas son originales. Y hay centenares.

—¿Son las mismas que fabricó Losada?

—Las mismas. Eso demuestra la excepcional calidad del reloj. Es algo único.

—¿Requiere mucho trabajo conservarlo en tan buen estado?

—Bueno, venimos semanalmente para verter aceite en los puntos de engrase, remontar las pesas, comprobar su precisión, revisar las transmisiones, ver las campanas y darle cuerda, porque hay una reserva de marcha para siete días. En definitiva, comprobar que todo funcione bien.

—Entonces, el reloj no dispone de ningún mecanismo eléctrico.

—No, no, por supuesto que no. Todo es artesanal. Está igual que cuando fue construido en el siglo XIX.

—¿Y es muy exacto?

—Su precisión es absoluta. Va con las señales horarias.

—¿Podríamos decir que este reloj tiene mucha vida por delante?

—Me atrevería a decir que cien años más no se los quita nadie.

Después, Jesús desveló que, al estar supervisando el reloj junto con dos compañeros desde dos horas antes de las campanadas de Nochevieja, nunca se tomaban las uvas. Su trabajo así lo exigía. Gonzalo dio por finalizada la entrevista. Había quedado bien.

Al salir de nuevo a la Puerta del Sol, se enroscó la bufanda al cuello para no enfriarse. Iban al estudio televisivo para montar todo el programa. Pensó en la apretada multitud que tomaría la plaza por la noche, miró a su compañero y dijo:

—No soporto a quienes se ponen pelucones de colores o se disfrazan de frikis para venir aquí a tomarse las uvas.

—A mí me hacen gracia —contestó su compañero encogiendo los hombros.

—No me extraña, la verdad.

En las administraciones de lotería había largas colas para el sorteo del Niño. Para el sorteo de Navidad, las loteras ambulantes, sentadas en sillas de tijera y cubiertas con mantas de cuadros, habían mostrado en sus tenderetes los décimos y se los habían colgado del pecho, como mariscales soviéticos con la pechera repleta de medallas. Ahora, la gente cambiaba los décimos premiados con el reintegro por otros, para ver si así salían de pobres.

En ese momento Gonzalo oyó el sonido del Whatsapp. Miró el móvil. Era ella. El corazón le esprintó. «Ya he llegado. El vuelo, perfecto. Un beso», ponía. La vería por la noche, en la fiesta de cotillón.

A él le gustaba que ella hablase con las eses y a ella que él se las comiese. Un acento norteño y otro meridional. Se habían conocido en verano, en una rueda de prensa, y el enamoramiento fue un relámpago. Desde entonces, el tiempo compartido transcurría a velocidades supersónicas, a un ritmo diferente del laboral, del rutinario. Habían pasado el puente de la Constitución en Amsterdam. Aquellos recientes días, al ser evocados, adquirirían en la memoria de Gonzalo una cualidad mítica: los paseos entrelazados por los canales bajo la luz gris, evitando ser atropellados por los ciclistas, contemplar las estrechas y verticales casas que parecían sacadas de los cuadros de los primitivos flamencos, beber vino blanco en pequeños restaurantes, en cuyas mesas había botellas de cristal con ramilletes de flores...

Comparó la hora de su Longines con la del reloj de la Puerta del Sol. Parecían sincronizados. Sonrió.

Para él, en ese momento, el amor era la medida del tiempo.

NOTA DEL AUTOR

José Rodríguez Losada murió en Londres el 6 de marzo de 1870. Legó su considerable fortuna a sus hermanos y sobrinos, a sus dos sirvientes y a su médico personal. Fue enterrado en el cementerio de Kensal Green, en Londres.

En vida, no se olvidó de su pueblo leonés: costeó un nuevo retablo y altar de la iglesia, y también enseñó el oficio a dos de sus sobrinos, que trabajaron para él en la relojería de Regent Street.

Asimismo, mantuvo su vinculación profesional con España al construir varios relojes importantes: el del Ayuntamiento de Sevilla (trasladado a mediados del siglo XX a la iglesia hispalense de la Concepción), el de la catedral de Málaga y el del Arsenal de Cartagena. Este último, convertido en un símbolo durante el cantón cartagenero de 1873, sobrevivirá a la devastación de la ciudad tras el bombardeo artillero que sufrió, aunque dos de sus esferas resultaron dañadas por las bombas. Hoy día sigue marcando las horas, desafiando el paso del tiempo.

Cuando tuve conocimiento de la vida de Losada me quedé boquiabierto. No entendía cómo no se habían escrito novelas y filmado películas sobre su odisea. Cosas de España. Somos olvidadizos con nuestros héroes y figuras de relumbre. El material literario que recopilé me quemaba entre las manos y, urgido por la emoción, congelé lo que estaba escribiendo en ese momento. La biografía del relojero y la España e Inglaterra del siglo XIX coparon mis desvelos a partir de entonces. La recogida de datos y la escritura me llevaron un año. Las hojas del calendario caían como en las películas antiguas, pero yo vivía en un tiempo flotante, entusiasmado con la historia del relojero de la Puerta del Sol.

Los datos biográficos de Losada son escasos e incluso contradictorios. Los estudios más rigurosos son *José Rodríguez Losada: vida y obra*, de Roberto Moreno García, y *El reloj de la Puerta del Sol: vida y genio de su constructor Losada*, de Luis Alonso Luengo. También es imprescindible

acudir a la obra del dramaturgo José Zorrilla *Recuerdos del tiempo viejo*, escrita una década después de la muerte del relojero. Su fama en el siglo XIX fue tal que Benito Pérez Galdós lo incluyó en uno de sus Episodios Nacionales, *La revolución de julio*, publicado en 1903.

Sobre Juan Prim me interesaba sobremanera su breve estancia en Londres durante su exilio en 1866, de modo que entre la abundante bibliografía sobre el militar me fue útil *El general Prim. Biografía de un conspirador*, de Pere Anguera. El episodio londinense del atentado por parte de asesinos contratados por azucareros de Cuba es ficción, pero me pareció interesante prefigurar el atentado mortal que sufrió en la madrileña calle del Turco el 27 de diciembre de 1870, y por eso recurrí al método utilizado: los fósforos, obstaculizar la calle y el empleo de armas de fuego a corta distancia. La autoría del magnicidio continúa sin resolverse. Es uno de los grandes enigmas de la historia de España. Aunque en la época ya se habló de la implicación de los esclavistas azucareros cubanos en el atentado, pues, de hecho, en la colonia ultramarina circulaba la siguiente frase: «A Prim lo mataron en Madrid, pero el gatillo lo apretaron en La Habana».

Otro de los acusados de maquinar el atentado fue el duque de Montpensier, debido al resentimiento del aristócrata por no haber tenido el apoyo del general catalán para ser elegido rey de España en 1870. Al optar Prim por el italiano Amadeo de Saboya para el trono, se granjeó la animadversión del duque. Como curiosidad, cabe señalar que Montpensier fue, durante una temporada, uno de los habituales asistentes a la Tertulia del Habla Española que se celebraba en la relojería Losada. Desde una perspectiva literaria, es tentador imaginar que Juan Prim y el duque de Montpensier tal vez coincidieran como tertulianos, incluso que congeniaron y que la amistad se trocó en enemistad. El amor es el motor de muchas personas, igual que el resentimiento lo es de otras.

La bibliografía sobre Fernando VII y su reinado es abultada y excelente, pero destacaría *La España de Fernando VII*, de Miguel Artola, que sigue siendo capital en la historiografía.

1816 es conocido como «el año sin verano». Una lúcida exposición de cómo el impacto medioambiental modificó la demografía y afectó a las mentalidades la encontramos en *Tambora: la erupción que cambió el mundo*, de Gillen D'Arcy Wood. Una visión más amplia y enriquecedora se halla en *La pequeña Edad de Hielo. Cómo el clima afectó a la Historia de Europa (1300-1850)*, de Brian Fagan.

Para hacer una inmersión en el Londres decimonónico, es crucial comenzar con Charles Dickens. Y un placer inacabable. Una aproximación al mapa mental y urbano la encontré en *Londres victoriano*, de Juan Benet, *Londres. La novela*, de Edward Rutherfurd y *La Inglaterra victoriana*, de Esteban Canales. Debo señalar que es cierto que la reina Victoria era una lectora apasionada de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Penélope Acero, mi editora, se apasionó desde el principio con esta historia y cuidó todos los aspectos del libro. El tiempo voló trabajando con ella. Y Déborah Albardonado fue esencial a la hora de darme indicaciones y de velar por mi trabajo. Es una suerte tenerla como agente.

Los consejos literarios que me da mi amiga Ana Escarabajal son de oro puro. He conocido pocas personas como ella tan sabias y con tanta pasión por el mundo del libro. En su legendaria librería cartagenera pasé horas felices, las mismas que ahora paso cuando nos vemos y hablamos de la vida y de literatura, que para los letraheridos viene a ser lo mismo.

Cada día, al salir a la calle, veía los amaneceres en cinemascopio tras las crestas de Sierra Mágina, tan hermosos que parecían rodados por John Ford. De camino al trabajo, en el mecano de mi mente se enroscaban y atornillaban las piezas de la trama, de modo que el trayecto al instituto era tan placentero que caía en un leve trance del que me resistía a salir. Escribir una novela es ante todo artesanía, pero tiene algo de estado de ánimo, así que, además de escuchar a Bach por encima de todas las cosas mientras tomaba notas y me sentaba delante del ordenador, también hubo sitio para Mozart, Bruckner y Sibelius. Y, asimismo, algunos de los momentos literarios entre José y Anna tuvieron como fondo la música de Bernard Herrmann, en concreto el tema de amor de *Vértigo*. Hay poca música de cine tan intensa como ésa.

El libro está dedicado a mi mujer por mis continuos viajes solitarios en el tiempo, pues durante meses viví más en el siglo XIX que en el presente. Para María José, que suene el tema *Vesper*, de *Casino Royale*.

El Big Ben se convirtió en el símbolo de Londres a finales del siglo XIX, y en el siglo XX, en un icono inglés. En 1940, durante el Blitz, el Palacio de Westminster fue alcanzado por las bombas alemanas, pero la Torre del Reloj no fue dañada y el sonido de sus campanadas, las retransmisiones de la BBC y los discursos de Winston Churchill fueron la gasolina moral de los londinenses hasta que los jóvenes pilotos de la RAF ganaron la batalla de Inglaterra. El Big Ben sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial. Ni la Luftwaffe ni las bombas volantes V-1 y V-2 lanzadas desde la costa

continental consiguieron destruirlo.

En la actualidad, una de las primeras cosas que hacen los turistas que visitan Londres es fotografiarlo. De día y de noche, con su bella iluminación verdosa.

En efecto, Losada recibió el encargo de ultimar aspectos técnicos del reloj.

En lo alto del péndulo siguen puestas las monedas que ajustan su movimiento.

Table of Contents

EL RELOJERO DE LA PUERTA DEL SOL

1. IRUELA, LEÓN
2. LONDRES
3. COMARCA DE LA CABRERA, LEÓN
4. EXTREMADURA-LA MANCHA
5. LONDRES
6. MADRID
7. LONDRES
8. MADRID
9. ANDALUCÍA
10. LONDRES
11. JAÉN
12. LONDRES
13. LA MANCHA
14. MADRID
15. MADRID, CINCO AÑOS DESPUÉS
16. LONDRES
17. MADRID
18. MADRID
19. LONDRES
20. MADRID
21. MADRID-ASTIGARRAGA
22. LONDRES
23. IRÚN
24. LONDRES
25. LONDRES
26. LONDRES
27. LONDRES
28. LONDRES
29. LONDRES
30. LONDRES
31. LONDRES
32. LONDRES
33. LONDRES

[34. LONDRES](#)
[35. LONDRES](#)
[36. LONDRES](#)
[37. LONDRES](#)
[38. LONDRES](#)
[39. LONDRES](#)
[40. LONDRES](#)
[41. LONDRES](#)
[42. LONDRES](#)
[43. LONDRES](#)
[44. LONDRES](#)
[45. LONDRES](#)
[46. LONDRES](#)
[47. LONDRES](#)
[48. LONDRES](#)
[49. LONDRES](#)
[50. LONDRES](#)
[51. LONDRES](#)
[52. LONDRES](#)
[53. LONDRES](#)
[54. LONDRES](#)
[55. LONDRES](#)
[56. LONDRES](#)
[57. LONDRES](#)
[58. LONDRES](#)
[59. LONDRES](#)
[60. LONDRES](#)
[61. LONDRES](#)
[62. LONDRES](#)
[63. MADRID](#)
[64. LONDRES](#)
[65. LONDRES](#)
[66. LONDRES](#)
[67. LONDRES](#)
[68. LONDRES](#)
[69. LONDRES](#)
[70. LONDRES](#)

[71. LONDRES](#)

[72. LONDRES](#)

[73. LONDRES](#)

[74. LONDRES](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)